

La Segunda Marquetalia

La lucha sigue

★★★★★

Iván Márquez





Iván Márquez

Nació en Florencia, Caquetá. Estudió Filosofía en el Seminario Mayor de Bogotá y algunos semestres de Ciencias Sociales en la Universidad Surcolombiana (Universidad de la Amazonía). Fue profesor de bachillerato en Cartagena del Chairá y El Doncello, Caquetá. Ejerció también como dirigente de la Juventud y del Partido Comunista, habiendo sido elegido concejal de Florencia por la coalición Frente Democrático. Obligado por la represión del Estatuto de Seguridad durante el Gobierno de Turbay Ayala, ingresó en 1981 al Tercer Frente de las FARC, que actuaba en las adyacencias montañosas de Florencia. Luego pasó al 14 Frente en Remolinos del Caguán, bajo el mando de Jorge Briceño, el Mono Jojoy, su primer maestro en guerra de guerrillas, con quien tenía unas excelentes relaciones fraternales. En desarrollo del Acuerdo de La Uribe, firmado por las FARC y el Gobierno de Belisario Betancur, se convirtió en entusiasta activista de la Unión Patriótica liderada por el tribuno, Jaime Pardo Leal, asesinado por el régimen siendo candidato a la Presidencia de la República. Por las listas de ese movimiento político fue elegido representante a la Cámara por el Caquetá. En el Congreso compartió trabajo con Gilberto Vieira, Hernando Hurtado, Bernardo Jaramillo (también asesinado), Hernán Motta y otros importantes dirigentes de izquierda. Con el

exterminio físico de la UP, en el que fueron asesinados más de 5000 de sus militantes y dirigentes, tuvo que regresar al monte por orden de Manuel Marulanda Vélez y Jacobo Arenas. Fue comandante de los Bloques Sur, José María Córdova y Caribe (recordado hoy como Martín Caballero) Bloques donde dirigió y coordinó trascendentales acciones militares y políticas. Siendo ayudantía del Estado Mayor Central y miembro de ese organismo fue cooptado por Manuel Marulanda Vélez al Secretariado de las FARC-EP en 1990, luego de la muerte del comandante Jacobo Arenas. Iván Márquez integró, junto con Alfonso Cano, el equipo negociador de las FARC en los diálogos de Caracas y Tlaxcala (México) durante el Gobierno de Gaviria. Posteriormente, tras la frustrada negociación de paz de San Vicente del Caguán, es designado en el 2012 jefe del equipo negociador de las FARC en La Habana. Luego de cinco años de duras negociaciones, fue firmado con el Gobierno Santos el Acuerdo de Paz, como Acuerdo Especial de los Convenios de Ginebra y como Documento Oficial del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. A pesar de esto, el Estado modificó unilateralmente el texto de lo pactado en asuntos cruciales, incurriendo en conducta de traición y de perfidia. Perpetrada esta descarada violación a los principios de la negociación y a la buena fe, hecho seguido por el montaje judicial contra Jesús Santrich que pretendía extraditarlo a los Estados Unidos, Iván se replegó al ETCR de Miravalle, espacio territorial ubicado en la región de El Pato. Desde allí anunció su renuncia a la curul como senador de la República. El 3 de julio de 2018 regresó a las armas junto con un importante grupo de comandantes y guerrilleros, bajo el amparo del derecho universal que asiste a todos los pueblos del mundo de alzarse en armas contra la opresión. Con esta determinación se da comienzo a la Segunda Marquetalia, que avanza con el lema, *La lucha sigue*.



La Segunda Marquetalia

La lucha sigue



Contenido

La Segunda Marquetalia, La lucha sigue	13
Prólogo	15
El Comienzo.....	25
Carta abierta a Jean Arnault.....	28
El cruce de Chiribiquete	32
Carta abierta a la Comisión de Paz del Senado	34
Naufragio en el Guachinacal	46
La tristeza del Guaviare	48
Venezuela.....	49
Fábula de la estampida	51

Las avispas.....	52
Los bejucos	53
El extravío de Camila	54
El cereo de los fusiles	55
La lluvia	56
El río Inírida	56
La selva	58
En respuesta a la JEP	60
Alex Pajuelito	67
Un pescador sin suerte	68
La noche de la laguna Nápoles	71
“El que la hace la paga”	73
Paquita	76
Tornado en la selva.....	77
La muerte del Payé	77
Carta a Jesús Santrich.....	80
El Guainía y el amor loco de Roldán	88
El camino era culebrero de verdad	90

La anaconda del Yarí	91
La boa de Albeiro	93
El temblador.....	94
Carta a Antonio Guterres.....	96
La insolación del zancudo	100
La vida es un aprendizaje	102
El moqueado	102
El palo caribe	103
Saludo de Nuevo año.....	104
El monstruo de la corrupción.....	106
 Los últimos tres años de Manuel Marulanda Vélez	111
Carta JE.....	120
La sinfonía del Estado Mayor Central	122
La divertida historia de “marrano gordo”	125
El canje de prisioneros y la paz	127
La Segunda Marquetalia	129
La muerte del Comandante en Jefe.....	131

El rescate de Manuel Marulanda	136
Jorge estaba muy lejos cuando murió Manuel	138
La muerte de Jorge Briceño	141
Anécdotas marulandianas	145
Manuel Marulanda y Alfredo Gutiérrez	145
La búsqueda de la placa perdida	146
La emotiva visita de Manuel a El Pato	147
El cuento de la muerte	149
El bombardeo del Yará	149
El sueño del que nunca hubiera querido despertar	151
La emboscada del Leyva	151
La traición del Estado al Acuerdo de Paz de La Habana	155
Saludo a la Conferencia Internacional	
Rosa Luxemburg en Berlín.....	155
Entrevista de El Espectador a Iván Márquez	161
El asesinato de Alfonso Cano y la desconfianza frente a la palabra del Gobierno	171

El traslado del Paisa a La Habana	174
Política internacional de las FARC	176
De Angostura a la nueva América Nuestra	177
Manuel Marulanda Vélez	182
El derecho a la rebelión y el derecho a la paz	182
El cambio de la modalidad operativa.....	187
La operación de los diez mil fusiles	191
Este Gobierno es una desgracia para Colombia.....	194
Liberen a Santrich	197
Batalla de las ideas	201
El desmonte del Bloque Oriental	202
El viacrucis de Romaña	204
La Décima Conferencia	206
La polémica dejación de las armas	216
El congreso constitutivo del partido FARC	221
Resistir a la tiranía mundial	233

El escape hacia la libertad 237

Lo sucedido en Tierra Grata 239

El vuelo del guerrillero ciego 243

En busca del río de la esperanza 248

Los campesinos que activaron la esperanza 253

Era primero de julio..... 256

El viaje final hacia la libertad 259

FARC-EP, La lucha sigue..... 263

Manifiesto 263

Llamamiento del Movimiento Bolivariano

por la Nueva Colombia 275

Carta de reunión 280

Saludos al movimiento social y político 282

La ruptura con la JEP..... 286

FARC-EP responden al diario alemán junge Welt 310

EPÍLOGO..... 329



La Segunda Marquetalia, La lucha sigue

La Segunda Marquetalia es la continuación de la lucha armada en respuesta a la traición del Estado al Acuerdo de Paz de La Habana. Es la marcha de la Colombia humilde, ignorada y despreciada hacia la justicia que destellan las colinas del futuro. Será la de la paz cierta, no traicionada, desplegando sus alas de anhelos populares sobre la perfidia del establecimiento.

Prólogo

Iván Márquez habla con la voz de la selva y de las convicciones.

A dentrase en la lectura de *La Segunda Marquetalia* es comenzar el tránsito por rumbos increíbles y casi impensables de la Colombia profunda; paso a paso, abriendo trochas insólitas entre la manigua, surcando ríos, quebradas, cañadas y selva que se nos va presentando de manera magistral como el retrato de una realidad que tiene la contradicción de ser remota y desconocida para la inmensa mayoría de nuestros compatriotas, pero que está ahí presente, palpitante, clamando a gritos la atención institucional negada durante décadas; sin duda más, mucho más que el tiempo que ha durado la confrontación política, social, armada; porque en últimas es la realidad generalizada de la Colombia rural que tanta riqueza natural y humana nos ha prodigado, pero que tan desatendida ha sido y sigue siendo por quienes gobiernan mirando hacia esos rincones inhóspitos de la patria solamente para saquearlos y someterlos a la miseria y a la desigualdad que atizan una guerra de no acabar.

Es este relato, la crónica de una marcha monte adentro, describiendo las vicisitudes del asedio a un puñado de hombres y mujeres que habiéndose aventurado a emprender el rumbo de la paz y de la lucha sin el tronar de los fusiles, se vieron traicionados y empujados a retomar

el camino del legítimo derecho a la rebelión armada. Por lo que entonces se convierte en la constancia histórica también de las razones que conllevaron a asumir tal determinación, puestos ya en la circunstancia de los sueños frustrados y en el deber decoroso de no dejar morir la esperanza en la Colombia Nueva, pese a tantas adversidades que son precisadas, en síntesis, pero con suficiencia, en esta pintura de la selva y de los hechos políticos que rodearon la más deplorable y vulgar perfidia de lo que han sido los tratados de paz en el mundo.

La presentación de los hechos aquí consignados se da con el rigor secuencial en que se suscitaron, mostrando la transparencia de los esfuerzos y angustias que sus protagonistas vivieron tratando de evitar lo que evidentemente ya era una realidad: el naufragio de un proceso de reconciliación nacional en el que tanta fe y expectativas cifraron las mayorías para poner punto final a un desangre impuesto por décadas a los más empobrecidos y vilipendiados.

El verbo crudo y el de las metáforas, se turnan presencia entre mensajes epistolares de todo orden, dirigidos a dignatarios y veedores nacionales e internacionales llamando la atención sobre la manera cómo los incumplimientos gubernamentales estaban asfixiando el sueño más entrañable de los colombianos, al tiempo que clamaban por medidas y soluciones, que antes que aparecer fueron reemplazadas por más y más actos de felonía gubernamental y partidaria, por parte de desalmados que se centraron en hacer trizas “ese maldito papel” de La Habana –como lo llamó Fernando Londoño– hasta dejarlo convertido en una ilusión más sin realizar. Y son precisamente personas que están entre quienes mayor empeño pusieron al anhelo de concordia, quienes como perseguidos de manera absurda, personifican esta nueva leyenda –como diría Narciso Isa Conde– de rearme de utopías.

Todo lo que se dice en este escrito tiene un acento profundamente franco y directo, con giros literarios de énfasis tanto en la descripción del mundo material como del espiritual, pero también de análi-

sis calmado y sesudo de la coyuntura política a la que se asiste, vislumbrando el futuro de la resistencia a partir de la triste tragedia de la condena bélica que se le impone tanto a los protagonistas de la larga marcha de la perseverancia hacia la Segunda Marquetalia, categoría del renacer constante, como a las inmensas muchedumbres de desposeídos que una vez más se ven traicionados por la oligarquía mezquina que ha secuestrado el poder para beneficio propio.

Y aunque la temporalidad de esta crónica está bastante circunscrita a los cinco meses que duró la caminata de los protagonistas principales del viaje desde El Pato hasta las honduras del oriente colombiano, al mirar de conjunto encontramos la explicación de lo que fue el inicio y desenvolvimiento de las conversaciones de paz entre el Gobierno colombiano y las FARC-EP (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo), incluyendo su fallida implementación y las causas del desmoronamiento de uno de los sueños más preciados del pueblo colombiano. Ahí están dibujados los responsables del fracaso, las consecuencias y el impacto que a corto y mediano plazo significa el hecho histórico y político de la burla a lo pactado, el irrespeto a la palabra empeñada y el aniquilamiento de la confianza en el diálogo como instrumento de soluciones cuando una de las partes pisotea los principios que rigen una negociación de tal calibre.

En una guerra, se suele decir, la primera víctima es la verdad. Pero en este intento de paz también lo fue cuando el primer gran atentando contra la verdad y la transparencia fueron los cambios unilaterales que el Gobierno le imprimió a lo acordado con solemnidad y frente a garantes de alto nivel. Y aquí el crimen de la perfidia gubernamental aparece como la fiera más terrible que con sus garras y sus colmillos destrozó lo pactado, y con ello la más avanzada posibilidad de acabar con una guerra de más de medio siglo que tantos lutos ha dejado a lo largo y ancho de Colombia.

Pero si bien he dicho que estamos frente a una crónica de la marcha por la selva de árboles, de animales, de ríos, de hechos políticos y

sentimientos profundos, no por ello carece de una metodología propia de la historiografía rigurosa en la medida en que recoge la cara oculta de la moneda de los sucesos de la vida nacional, documentados y comprobables, en lo que concierne al proceso de paz; esa cara que los grandes medios no dejan ver porque cada día y a cada minuto presentan su visión —la de los poderosos— sesgada y demonizante del ser insurgente, adelantando la profundización de lo que concretamente se denomina la guerra de baja intensidad. Bastante agresiva y vulgar, por cierto; pues a muchos de esos medios que actúan al servicio de las transnacionales o corporaciones de la información, nada les importa tener que descender hasta lo más hondo de la degradación periodística con tal de subir el rating.

Hay aquí un detalle más o menos completo y comprobable, a mi juicio lo más importante de los sucesos que rodearon el fracaso en gran medida, o la enorme lesión del Acuerdo de La Habana. Sin edulcorarlos ni adornarlos, pues toda la fiereza de los giros expresivos del lenguaje para lo que se usa es para limpiarlos de la maleza de la mentira y el engaño, tomando de entrada los argumentos de la autocritica frente a las responsabilidades que a las FARC corresponden en el descalabro.

Y al respecto, valga precisar que si bien el narrador habla con la voz múltiple del colectivo que protagoniza desde las nuevas FARC-EP el paso al rearme de las utopías, teniendo claro el principio elemental de que la ropa sucia se lava en casa, y que por ética de revolucionarios hay muchas cosas que quedarán guardadas en el cofre del silencio, atendiendo también aquella máxima de que el que calla otorga, ha correspondido hacer precisiones sobre asuntos que quienes, siendo viejos compañeros de lucha, pusieron en la palestra pública recargándolos de falsedades. Es quizás la parte más complicada y controversial de los capítulos incluidos, pero al mismo tiempo la parte que el deber impone cuando de hablar con la verdad se trata. Sin dudas los contrastes y constataciones que haga el lector de este, y de los argumentos que otros han ventilado sin pudor, le darán las claves para

despejar dudas y precisar “certezas” sobre asuntos de los que quizá no tenía información suficiente para llegar a conclusiones definitivas y sin sombras.

Tiene el material elementos de crónica histórica y de testimonio de quienes han visto y vivido en carne propia los avatares de este cuarto de hora del siglo en el que la luminosidad de la posibilidad cierta de paz se ha visto eclipsada por los engaños del poder.

Pasando por encima de la desinformación y el engaño, tiene este texto valor testimonial e histórico y valor documental, en tanto incluye desconocidas piezas de archivo de la vida interna de las FARC-EP, que dan noticia, por ejemplo de cómo fueron los últimos tres años de vida del comandante Manuel Marulanda Vélez, sus preocupaciones y proyecciones; su cotidianidad y sus reflexiones políticas..., hasta los días de su fallecimiento, e incluso la odisea que tuvieron que padecer sus restos mortales hasta encontrar un rincón de reposo en las selvas de Colombia.

Y recoge *La Segunda Marquetalia*, el relato conciso de lo que ocurrió realmente para llegar a la desarticulación del despliegue estratégico, sin garantías. Realidad sobre la cual los “prohombres” de la oligarquía criolla se han explayado en sus libros dedicados a hablar de lo que fue el proceso de La Habana, solo para mostrarse como los grandes estrategias que desarmaron a las FARC-EP. Ufanándose de algo que, en vez de engrandecerlos moralmente, los minimiza, porque develan que más que el interés por solucionar los problemas que generaron la guerra, su propósito era mezquino, apegado en estricto a sus estrechos intereses de clase. Y de este mal no escapa ninguno de los tres grandes escritos que sobre el proceso han hecho desde la orilla de la oligarquía Enrique Santos, Juan Manuel Santos y Humberto de la Calle Lombana. Todos lisonjeros frente al establecimiento, cuidadosos de sus intereses de clase y furibundos y mezquinos en la valoración de su adversario. Ah, y muy sagaces, cada cual más que el otro, incluso en los falsos reconocimientos mutuos llenos de

lisonjas babosas y melifluas. Los entresijos del poder abordados con mentirillas.

No es este el propósito del libro, pero de una u otra forma deja al desnudo las muchas mentiras de los mencionados y de los nuevos comediantes de la claudicación, porque es que a fin de cuentas no parece tan complejo poner en evidencia el común denominador de los todos: el ego y la vanidad, no solo del Nobel de Paz, sino la del frustrado candidato presidencial del partido liberal y el del taimado y malicioso “guerrillero del Chicó”. Ninguna novedad por cierto en la tipificación de estos viejos culebreos del establecimiento, áulicos de Sarmiento Ángulo, beneficiarios de los Panamá Papers y rentistas de los conglomerados comunicacionales y de las corruptelas tipo Odebrecht.

Debo decir en contraste con la brevedad y veracidad de *La Segunda Marquetalia*, y solamente aludiendo a uno de los libelos, que el mamotreto de Juan Manuel Santos es la tergiversación descarada de medio siglo de violencia política impuesta por el régimen, en la medida en que se escamotea la responsabilidad primerísima que tiene el Estado en la generación del conflicto y en su permanencia, y es la muestra de la utilización del anhelo de paz para el logro de intereses políticos partidarios y de clase en circunstancias de una guerra de la que se lucran sin pudor, lo cual hace del libro *La batalla por la paz* el manifiesto de la mayor farsa de este siglo, en la que, aunque aparezcan como adversarios santistas de entraña y uribistas de hígado, son cucarachas del mismo calabazo. Y ahí sí, como dice el mismo alias Juampa, “el veredicto lo dará la historia”, pero lo que es seguro es que ni a él, ni a Uribe, ni a Duque, ni a sus corifeos, la historia los absolverá.

Quienes guiados por el libro *La batalla por la paz* hablan de la sagacidad e inteligencia de Santos para “sentar a la guerrilla” a discutir una agenda definida para terminar el conflicto con la llave de una justicia alternativa, pero al mismo tiempo encuentran que más allá

de cualquier buena intención lo que se produjo fue un “engendro”, parten de la cicatera concepción de que en esta historia de “buenos y malos”, los primeros con el ingenio de Ulises llevaron el Caballo de Troya a los segundos, para lograr en la mesa de conversaciones la rendición que no pudieron alcanzar en el campo de batalla, pasando por alto que la perfidia no es estrategia válida dentro de las leyes de la guerra, y no reconociendo ningún papel altruista en el adversario de una confrontación en la que al régimen le cabe la mayor responsabilidad.

Por añadidura siguen repitiendo la cantinela de la “narcoguerrilla”, bastante falsa, encubridora de un problema de mafias capitalistas gansterizadas que carcome la estructura del sistema. Y tal es la desfiguración, que han hecho creer que la política de sustitución era en realidad una perversa política de incentivos a los campesinos para que siguieran cultivando coca, cuando es el tratamiento militar del problema el que probadamente desde hace décadas opera como factor que incrementa precios y ganancias a los verdaderos beneficiarios del macro-negocio que está engranado al capital financiero. De tal suerte que la falacia de las 200 000 hectáreas heredadas por Duque se cae de la mata con su permanencia numérica, pese a las 95 000 hectáreas que dicen haber erradicado en el marco de una, ya en realidad decrepita “nueva política”, que incluye aspersiones aéreas y más criminalizaciones.

Entonces, engendro no es lo que se pactó sino su premeditado incumplimiento; engendro no es haber acordado verdad, justicia, reparación y no repetición, sino haber pretendido que el banquillo de los acusados quedara designado para una sola de las partes, con el agravante que ningún cambio en los problemas sociales implica la negación institucional de la no repetición. Es en esos detalles donde descansan los nichos de impunidad.

Engendro no fue el pacto de creación de la JEP (Jurisdicción Especial para la Paz), sino su distorsión hacia convertirla en derecho pe-

nal del enemigo, para volverla fuente de vindicta, de estigmatización y alivio espiritual para aquellos que a toda costa, y violando cualquier principio esencial del derecho como lo son el de la presunción de inocencia o el de la legalidad, exigían extraditar a Santrich para dejar esa trocha abierta a toda la dirigencia insurgente, al tiempo que cumplir “con decir la verdad, pedir perdón y entregar bienes” lo tornaron en un asunto solo para insurgentes. Enemigos y camuflados adversarios de la paz hicieron causa común con elementos de este tipo, porque es que no es nuevo eso de fingir y simular la paz y reinventar la guerra.

Sin dar una referencia ordenada del desarrollo de los capítulos, debo resaltar que al traer memoria de los intercambios epistolares de lo que fueron la X Conferencia y el Congreso Fundacional del partido, el texto logra tocar la almendra de las contradicciones de fondo entre quienes tomaron el rumbo del rearme y el sector de la antigua Dirección al que llama la “camarilla”, al indicar que el punto de choque no radicaba solamente en la distorsión que se hizo del asunto de la dejación de las armas, entendida como colocarlas más allá de su uso en política, llevándolo a su definición como entrega propia de una desmovilización que jamás estuvo en la agenda marulandiana de las FARC-EP.

Ese de las armas sí que era un punto esencial, pero lo era también el ideológico al cual sin duda está engarzado y que se resume en la explicación del rumbo reformista asumido por lo que abjuraron al apuntarse en la línea del posibilismo. Sin endulzar el verbo, se concluye que, en la línea estratégica raizal, genuina, de las FARC-EP no está previsto aceptar el horizonte democrático liberal, su chantaje consistente en mostrar cualquier perspectiva de cambio radical como un camino al totalitarismo; o como una ruta absurda e inverosímil en su posibilidad de éxito frente a la omnipresencia irremediable del imperialismo.

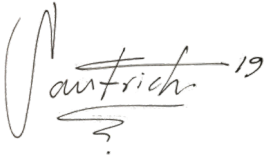
Y sobre este último tenor, son de público conocimiento las necias

diatribas lanzadas, sin que hayamos dado respuesta alguna hasta ahora, en contra de nuestra visión sobre la crisis estructural del capitalismo y la necesidad de la insurgencia global. Ciertamente, ***La Segunda Marquetalia*** asoma sin profundizar porque no es la temática a priorizar, convencimientos presentados de forma argumentada a las instancias directivas de la Décima Conferencia y del Congreso Fundacional del Partido de la Rosa, en cuanto a que las ilusiones burguesas en una recomposición de la periferia del capitalismo global carecen de fundamento, y que son de esperarse a futuro muchas crisis periféricas en el marco de la aludida crisis mundial que pueden abrir perspectivas a la negación elevada de la civilización burguesa y el desmoronamiento de la cultura imperialista. Todo en un contexto de lucha, eso sí.

Pero lo más chocante, seguramente, ha sido la identidad de puntos de vista con el ya fallecido maestro Jorge Beinstein –a quien llamábamos “El Fantasma” y con cariño inmenso rendimos homenaje– en cuanto al cuestionamiento a la retórica engañosa que pretende disociar artificialmente la opresión imperial, el autoritarismo de las élites locales, la concentración de ingresos, o la catástrofe ambiental, de sus raíces burguesas universales. Y es simple, pues con El Fantasma, con quien coincidíamos en su estrategia insurgente para enfrentar al imperialismo y en su teoría marxista de la crisis, cuestionábamos tajantemente las falsas conciencias que se nutren de las “melodías moderadoras”, lo cual era absolutamente “pecaminoso”, en la medida en que con tal cobija se tapan también aquellos que persisten en las falacias de la eterna búsqueda del burgués progresista, del demócrata moderado, de la unidad nacional, del humanismo sensato, que se repiten una y otra vez, reincidiendo en la reproducción del sistema o en apoyarse en sus componentes “menos despiadados” de manera tal que terminan induciendo la postergación de la rebelión y el entablamiento de la conciliación con el verdugo. En fin, blasfemias que se dicen contra el lenguaje “políticamente correcto”, y que lo mejor es etiquetarlas como trotskismo para hacer, cosa por demás absurda, más sencillo su descrédito. ¡Disparates de renegados!

Entonces, claramente, se insiste en que es nuestro papel el de seguir rearmando la utopía, el de seguir exigiendo lo imposible, porque de lo posible se encargan los demás todos los días. El de seguir abriendo el camino hacia la construcción del socialismo; ojalá frente a la decadencia del capitalismo, con una contra-cara que muestre la combinación de resistencias y ofensivas de todo tipo, operando como fenómeno de dimensión global, actuando en orden disperso, expresando diversidad de culturas, diferentes niveles de lucha y de conciencia, con el protagonismo cimero de la inmensa masa de los oprimidos y sufrientes.

Desde las montañas insurgentes de Colombia

A handwritten signature in black ink, reading "Santrich" with a stylized flourish and the number "19" to the right.

JESÚS SANTRICH

El Comienzo

La Segunda Marquetalia inició su marcha a las 9 de la noche del 3 de julio de 2018 en El Pato, región histórica de la resistencia armada, surcando la oscuridad con la sola luz de los cocuyos por trochas de lodo y rocas, cordillera arriba. Atrás quedó sin objetivo el despliegue del Batallón 22 de contraguerrilla “Diosa del Chairá” y del Batallón de alta montaña de Balsillas; y también el comando de francotiradores que quería matarnos.

Desde los picos gélidos de la cordillera, que en el punto Las Morras alcanzan a tocar el cielo, explorábamos con drones silenciosos el movimiento de las tropas que subían por los desfiladeros desde Guayabal, San Luis, Chorreras y La Unión... En tierra, los radios de las milicias campesinas –que son los ojos de la guerrilla– “peteteaban” para comunicar las novedades.

“Monte a monte” avanzaban las fuerzas especiales del ejército, y en esa disposición combativa, en dos días llegaron al sitio donde pernoctamos la primera noche. Allí exploraron el rastro de nuestras botas en todas las direcciones de la rosa de los vientos.

Nos buscaban sin tregua y sin descanso mientras marchábamos con la táctica de guerra de guerrillas móviles de Manuel por trochas se-

cretas de mica y oropel, bajo la lluvia o bajo el sol.

El comando del ejército había desplegado en Guacamayas y el río Pescado una cortina de cierre compuesta por 600 soldados profesionales, y había ordenado a las tropas basadas en Puerto Amor desplazarse en dirección a la vereda El Avance para taponar toda vía de escape. Desde el aire nos seguía siempre el ronroneo de un bimotor de inteligencia que husmeaba las cumbres y volaba rasante las cañadas.

Teníamos plenamente identificada la aeronave. Se trataba de un avión de inteligencia de los Estados Unidos que en su rutina aparcaba en el aeropuerto Benito Salas de Neiva en misión Top Secret. En la antesala del operativo sobrevolaba todos los días, mañana y tarde, la cuenca del río Pato y las cumbres de la triple frontera de los departamentos de Huila, Caquetá y Meta. Siempre voló a baja altura en círculos o en línea recta por encima del lugar donde nos encontrábamos con Oscar Montero, el Paisa. Luego de estas maniobras se dirigía a la base aérea de Tres Esquinas ubicada a orillas del río Ortegúaza, que es una base gringa contrainsurgente dedicada a aportar inteligencia satelital en tiempo real para guiar las operaciones militares.

El movimiento y retiro de las tropas de Puerto Amor, a orillas de Las Perlas, abrió sin proponérselo el gran boquete de nuestra retirada. En cinco días de marchas rápidas y arriesgadas, diurnas y nocturnas, dejando atrás un avispero de drones que nos buscaban, pasamos por San Juan de Lozada, El Guaduas, La Sombra, y desde allí, rosando patrullas militares situadas a poca distancia, llegamos a la vastedad verde salpicada de matas de monte, de esteros, chaparros y morichales: las sabanas del Yaré.

Esa geografía bañada por el sol y poblada de venados y garzones, nos dio la oportunidad del reencuentro, luego de muchos años, con las tardes apacibles del río Camuya. Ya conocíamos esas latitudes. El Mono Jorge nos había llevado en su carro por una carretera guerrillera abierta a pico y pala, bien mimetizada en la selva, hasta el

Camuya. Íbamos para el pleno del Estado Mayor Central que denominamos “Abriendo caminos hacia la Nueva Colombia”. En aquella ocasión nos embarcamos Camuya abajo en busca del río Yarí, y más exactamente en busca del punto donde nos esperaba Manuel Marulanda Vélez, el siempre Comandante en Jefe de las FARC.

En el trayecto, antes de llegar a la bocana del Yarí, recostados en la oquedad de las canoas, contemplamos extasiados el espectáculo de una enorme bandada de pájaros revoloteando en círculos el destellante cielo azul. De repente apareció un águila embistiendo rauda, como Sukhoi en picada, la masa de pájaros. Al zambullirse en ella, para sorpresa nuestra, no produjo ningún caos ni dispersión; la bandada prosiguió impertérrita su vuelo circular.

El águila no persigue a la masa, sino que se concentra en un solo pájaro, el cual, como es natural, la elude con sus movimientos rápidos de supervivencia cambiando desesperado la dirección de su vuelo hacia arriba o hacia abajo, volando en zigzag o hacia los costados. Y él águila se ve obligada a pintar con su vuelo la errática y enloquecida trayectoria... Sin duda el pajarillo no vio otra posibilidad de amparo y salvación de su vida, que la de abalanzarse en picada hacia los botes guerrilleros. Con todas sus fuerzas remaba con sus alas directo hacia nosotros, y detrás, el águila rapaz. ¡Qué crispación tan enorme! Pero la asustada avecilla, sintiéndose a salvo, al lograr lo que quería, con su última exhalación niveló el vuelo para pasar rosando con su turbulencia las cabezas de los guerrilleros en dirección a la montaña.

Esta narración sobre el Camuya, lugar próximo a El Diamante donde se realizó la X Conferencia de las FARC-EP, solo busca pincelar el entorno del lugar donde redactamos la carta que dirigieramos al jefe de la Misión de Naciones Unidas en Colombia, señor Jean Arnault, informándolo de los graves acontecimientos que contra la estabilidad de la paz de Colombia había provocado el Estado en el Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación (ETCR) de Miravalle y en la región de El Pato.

Carta abierta a Jean Arnault

Julio 8, ETCR Miravalle

CARTA ABIERTA

Señor

JEAN ARNAULT

Jefe de la Segunda Misión de NNUU (Naciones Unidas)

Bogotá

Saludo cordial

Desde el viernes 6 de julio tropas especiales de contraguerrilla del ejército pertenecientes al Batallón 22 y de alta montaña han desplegado sobre la región de El Pato un operativo terrestre que no dudamos está dirigido a sabotear la marcha de la esperanza de paz.

Esta novedad que revive ambientes de guerra que considerábamos superados, tiene lugar luego de sobrevuelos de aviones de inteligencia y de drones —que aún se mantienen— sobre el ETCR de Miravalle, situación que hemos informado oportunamente al señor vicepresidente de la república.

Una secuencia de sucesos desafortunados generados por el Estado, están evaporando de manera preocupante la credibilidad y la confianza en el proceso de paz.

Nos referimos a la detención de Jesús Santrich, plenipotenciario de las FARC en la mesa de negociaciones de La Habana, sobre la base de montajes mentirosos de la Fiscalía General de la Nación, injusticia que se ha prolongado en el tiempo por la indiferencia de quienes pueden y deben decretar su libertad. No hay razón de Estado más poderosa que salvar un Acuerdo de Paz.

Nos referimos a los incumplimientos en lo esencial del acuerdo para la terminación del conflicto, como el hundimiento de la Reforma Política por el Congreso. Al olvido de la Reforma Rural Integral cuan-

do el problema de la no tenencia de la tierra ha sido considerado causa principal del conflicto que intentamos apagar. La transfiguración de la sustitución de cultivos de uso ilícito en erradicación forzosa, engañando así a los campesinos, que además no reciben un tratamiento penal diferencial.

Como un lastre que impide al proceso levantar el vuelo están las modificaciones a la JEP, Jurisdicción que fue concebida para todas las partes involucradas en el conflicto, no para una sola. La que promueven hoy no es la JEP que acordamos en La Habana. Es otra cosa luego de su paso por las manos del fiscal, el Congreso, la Corte y el propio Ejecutivo. En su destrucción han participado todas las ramas del poder público que parecen coaligadas en torno a la impunidad para los poderosos.

La paz de Colombia está atravesando una peligrosa turbulencia que la puede empujar definitivamente al abismo de los procesos fallidos. Solo la movilización del pueblo colombiano en defensa de la concordia, y la reacción de organismos internacionales como la ONU (Organización de Naciones Unidas) y la Unión Europea, pueden salvar la paz.

Seguimos esperando una respuesta perentoria de neutralización por parte de las autoridades a la endemoniada máquina de muerte que está decapitando a los líderes sociales en Colombia.

Atentamente,

*Hernán Darío Velásquez
(Oscar Montero)*

Iván Márquez

Por esos días nos había llegado también el mensaje de que el ministro del Interior, el alto comisionado de paz y dos representantes del alto

mando militar deseaban conversar directamente con nosotros para aclarar la situación generada en El Pato... No pudimos atender esta solicitud porque ya nos encontrábamos en marcha e incomunicados.

También escuchamos por la radio a Néstor Humberto Martínez, propagando que no había ninguna orden de captura con fines de extradición contra el Paisa ni contra Iván; que estos podían regresar tranquilos al espacio de Miravalle. El argumento parecía un ardid para amansarlos y revivir condiciones perdidas que les permitiera su captura y extradición a los Estados Unidos. Nadie puede confiar en las palabras del “fiscal Leviatán”, demonio destructor de la paz... Ya habíamos detectado que en la zona del ETCR también se movía infiltrada una fuerza de “zorro-solos” o comandos especiales de francotiradores con la misión exclusiva de darnos de baja. Incluso llegaron a interceptar, fusil en mano, con máscaras y capuchas una camioneta Toyota, en la vía Neiva-San Vicente, creyendo que allí se movilizaban los blancos de alto valor que tanto buscaban.

Solo queríamos que nos dejaran trabajar en paz, atender los requerimientos de la JEP sobre verdad, y continuar nuestra lucha demandando del Estado cumplimiento de la reparación a las víctimas del conflicto, pero no nos dejaron. La intransigencia obnubilada de una oligarquía de derecha, santanderista, nos negó esa ilusión.

Muchos se preguntaban si nos habríamos reunido con Gentil Duarte. Pues sí. Nos reunimos con Gentil y con Calarcá en El Diamante (Yarí), en un sitio colindante con una brigada móvil del ejército. Si no hubiese sido por ellos, por su solidaridad, habría sido más difícil guarecernos de la persecución del Estado. A través de ellos hicimos contacto con Iván Lozada, comandante del Primer Frente, que aún se mostraba sulfurado por la traición que consideraba de doble vía. Pudimos darnos cuenta de la injusticia de una guerra mediática de desprestigio contra un hombre bueno, revolucionario como Gentil, a quien acusaban falsamente, sin ninguna prueba, de ser narcotraficante y de otras barbaridades sin fundamento. Lo que vimos en él fue a

un hombre muy racional y con una sensibilidad humana explayada.

Pero íbamos en que el águila rapaz no pudo cazar al pajarito porque este se refugió en el monte...

Cavilando en el Camuya sobre el aleve plan del Estado contra nuestra vida y nuestra libertad, en la irresponsable detención de Santrich por medio de un mefítico montaje judicial y en la dolorosa traición al Acuerdo de Paz de La Habana, resolvimos adentrarnos en la selva profunda del Guaviare para meditar, en ambiente distendido, la mejor salida a la encrucijada de Colombia: o encontramos sabiamente la manera de salvar el Acuerdo de La Habana del abismo de la perfidia y de los procesos de paz fallidos, o emprendemos el camino de la Segunda Marquetalia soñada por Manuel en los últimos tres años de su vida, para seguir luchando por la paz con justicia social.

Nos daba vueltas en la cabeza la certeza expandida por el Libertador Simón Bolívar en su Dogma filosófico de la insurrección. *“La insurrección se anuncia con el espíritu de paz; se resiste al despotismo porque este destruye la paz, y no toma sus armas sino para obligar a sus enemigos a la paz”*.

Avanzamos entonces por campos abandonados florecidos de algodones rosados que brotaban de las dormideras, buscando el río La Tunia, carretera fluvial que conduce a la Serranía de Chiribiquete. Perros flacos y hambrientos que ladraban con el último aliento, defendían con sus ojos de candela las casas solitarias de sus amos ausentes. Volvimos a ver directamente con nuestros propios ojos la mirada nublada y triste de la pobreza en el campo.

Cuatro días después, de caminar por trochas casi perdidas, nuestra embarcación se deslizaba serena sobre el espejo café con leche del río desplegando en la proa sus alas blancas de mariposa. Los patos agujos volaban rasantes como avanzada fluvial de nuestros sueños insurrectos.

Ante los ojos llenos de asombro desfilaba la vida: vimos los árboles con sus matices verdes infinitos sumergiendo sus pies descalzos en el silencio del río, y las palmas compitiendo con ellos las caricias del sol, su dios de la energía y de la sangre de su sabia. Como una proyección de filmina pasó un árbol viejo con su corazón vencido, resquebrajado y roto, resistiéndose a ser arrastrado por la corriente; y luego apareció un grupo de palmeras con sus blancos vestidos, meneando coquetas en el telón silvestre, sus exuberantes melenas verdes, mientras a lado y lado esporádicamente, se asomaban bermejos barrancos a fisgonear el paso de la barcaza rebelde.

La lluvia se anunció con un tiroteo de gotitas de agua sobre el cristal del río activando con su impacto un hervor de círculos que al chocar en su expansión desataron la sinfonía de sus ondas sonoras, monótonas y diluviales. Tuvo que intervenir el sol con sus flechas doradas para poner en fuga el inoportuno chubasco.

Entonces pudimos ver al final de la recta del río, dibujada sobre las copas vegetales, la mole majestuosa azul oscuro de la Serranía de Chiribiquete. Sabíamos que sus alturas de arcanos ancestrales, de vida y de minerales, estaban custodiadas por tropas del ejército en desarrollo de órdenes ligadas a la ambición de riquezas de la oligarquía, que ve siempre los bienes del común y de la humanidad, como una posibilidad de negocio y de comercio. Actúa como despreciable instrumento de la codicia extranjera.

El cruce de Chiribiquete

El espacio que domina desde las alturas esa serranía, como ella misma, es la naturaleza primitiva más hermosa de Colombia. Los tepuyes o mesas de los dioses que coronan las rocosas atalayas, señorean sobre la selva y la vida. Esas rocas hablan con las estrellas sobre el futuro y también con los humanos a través de sus rojas pinturas rupestres estampadas con las manos del pasado. Chiribiquete es un

inmenso ecosistema cargado de mensajes desconocidos para el mundo, pero herido por todas partes por la deforestación irracional.

Al llegar a la zona de desembarco, Roldán, quien capitaneaba el Yamaha 75 que impulsaba el bote, informó que no conocía exactamente cuál era el puerto de llegada. Mientras daba tiempo a las conjeturas de la duda en su cabeza el motor se le apagó exactamente en la frontera en la que las aguas del río dejan su mansedumbre y entran a la bravura del declive desarrollando velocidades frenéticas en dirección a los cangilones. «Dele cabuya, dele cabuya», le gritaban los guerrilleros, mientras los nadadores se alistaban para lanzarse al río en busca de la orilla para amarrar la embarcación en el primer árbol que apareciera. En ese momento, Roldán logró encender el motor y en un rápido movimiento saca del chorro la embarcación y la enfila hacia un puerto, que desesperado por lo que acontecía, le hacía señas de angustia y lo llamaba con sus manos. Y hacia allá hizo bramar el motor. Eran las 16:00 horas. Los viajeros saltaban ágilmente con sus equipos al hombro directo a un banco de arenas amarillas custodiado por bejuqueras.

Velozmente, como compitiendo con el avance de la noche se construyeron las caletas y se preparó la cena.

Ya en el sosiego del descanso nocturno solo se escuchaba el raudal atronador del Tunia precipitándose entre los cajones pétreos y misteriosos de Chiribiquete.

En medio de la dura y hermosa travesía selvática, del reencuentro con nuestro elemento, la táctica de guerra de guerrillas móviles, amparada en el secreto, la movilidad y la sorpresa, fuimos interpelados por la visita de la Comisión de Paz del Senado al ETCR de Miravalle en el Caquetá encabezada por los senadores Iván Cepeda, Roy Barreras y Pablo Catatumbo, en busca de Iván y del Paisa y motivados por el acceso a las causas objetivas que precipitaron su repliegue del espacio de reincorporación y resolver así la incertidumbre que podía

significar el retorno de un sector de las FARC a la lucha armada.

La Comisión de Paz del Senado pedía a los líderes guerrilleros reiterar de manera inequívoca su compromiso con el proceso de paz. “En Miravalle, manifestamos nuestra preocupación por el prolongado silencio de algunos de los dirigentes del nuevo partido político que han abandonado los espacios territoriales, y la incertidumbre que esa situación genera no solo entre los excombatientes, sino además en la opinión pública. Los congresistas que hacemos parte de la Comisión de Paz hemos expresado nuestra disposición a contribuir esta vez a la exitosa y completa implementación del Acuerdo Final suscrito en noviembre de 2016 entre el Estado colombiano y la que era en aquel entonces la guerrilla de las FARC-EP”, y agregaron que estaban prestos a colaborar para que se superaran los incumplimientos en materia de reincorporación, pero también en materia de garantías de seguridad física y jurídica.

En respuesta dirigimos a la Comisión, la siguiente misiva:

Carta abierta a la Comisión de Paz del Senado

Señores

COMISIÓN DE PAZ DEL SENADO

Congreso de la República

Bogotá

Pese a que el Acuerdo de Paz fue destrozado por depredadores sin alma, nuestro sueño sigue siendo la paz de Colombia.

Al menos tres actos de insensatez empujaron la esperanza tejida en La Habana al taciturno abismo de los procesos de paz fallidos: la inseguridad jurídica, las modificaciones al texto original de lo convenido y el incumplimiento de aspectos esenciales del acuerdo.

Sin duda, la INSEGURIDAD JURÍDICA tocó techo con la detención de Jesús Santrich con fines de extradición mediante montaje judicial urdido por el fiscal general, el embajador de los EE.UU. y la DEA. Esta decisión delirante concebida para sabotear la paz terminó ahuyentando la poca confianza que aún quedaba en los excombatientes. Debemos reconocer que la Fiscalía General de la Nación se ha convertido en una fábrica de mentiras para empapelar judicialmente a mucha gente, y en el caso que nos ocupa, a los principales negociadores de paz de la guerrilla, llegando hasta el asombro de elevar en el rollo de su montaje, la tentativa y el pensamiento mismo a la categoría de delito para justificar la extradición, buscando desesperadamente hundir sin remedio el anhelo colectivo de paz. Estamos frente a un descarado abuso en el ejercicio del poder, mezclado con una rendición inaceptable de nuestra soberanía jurídica a una potencia extranjera. No podemos dejar la Paz –que es el derecho más importante– en manos de personajes como Martínez y Whitaker. Carecen ellos de sentido común para trazar el destino de Colombia, que definitivamente no puede ser el de la guerra. Pero, ¿qué gana EE.UU. aplastando la paz de Colombia? Muy poco ha contribuido a fortalecerla. Para reforzarla, por ejemplo, pudo haber liberado, luego de la firma del Acuerdo de La Habana, a Simón Trinidad, extraditado catorce años atrás a través de un montaje judicial del Gobierno de la época. John Kerry, exsecretario del Departamento de Estado había abierto esta posibilidad en una reunión que sostuvimos personalmente en la capital de la isla. Esas buenas intenciones fueron arrastradas por el viento.

Por otra parte, las modificaciones al texto original de lo convenido transfiguraron el Acuerdo de La Habana en un horroroso Frankenstein. Personajes que nunca fueron ungidos con el honor de ser plenipotenciarios de las partes, se dieron a la tarea de meterle mano para dañar lo construido con tanto esfuerzo y amor. Sucedió después de la entrega de las armas. Eso es perfidia, trampa y “conejo”. Mal hecho. No se puede traicionar la paz de esa manera. Los acuerdos, que fueron firmados solemnemente, son para cumplirlos. ¿En qué

otra parte del mundo ha ocurrido algo semejante? El mismo Estado que firmó el acuerdo, azuzó luego a su tronco y a sus extremidades a destruirlo aduciendo la independencia de poderes cuando tenía en sus manos el recurso constitucional de la colaboración armónica. Se produjo entonces el desconocimiento de la fuerza vinculante del acuerdo que descansa en el hecho notorio de que este es un Acuerdo Especial del artículo 3 de los Convenios de Ginebra y que ostenta al mismo tiempo el rango de Documento Oficial del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. A esto debe agregársele el fallo de la Corte Constitucional que estableció de manera precisa que dicho acuerdo no podía ser modificado por los próximos tres Gobiernos. El expresidente y Nobel de Paz, Juan Manuel Santos, no tuvo ni el valor ni la convicción de hacer uso de las facultades que le otorgaba la Constitución para salvar el proceso. Prefirió no cruzar el Rubicón por temor a la jauría.

Señores senadores: la JEP no es la que aprobamos en La Habana, sino la que querían el fiscal y los enemigos de la concordia; esta ya no es para todos los involucrados en el conflicto; sustrajeron de su jurisdicción a los terceros; rodearon de tinieblas la verdad, que es lo único que puede cerrar y sanar las profundas heridas causadas por el conflicto y generar al mismo tiempo un nuevo ambiente de convivencia. También ampliaron el universo de los aforados para asegurarle larga vida a la impunidad. Con sus propias manos el fiscal Martínez sembró en la Jurisdicción Especial para la Paz las minas de la reincidencia, el testaferrato y otras argucias para poder llevar encadenados a antiguos guerrilleros a la justicia ordinaria y saciar así su sed de odio y de venganza que comparte con ciertas élites del poder. Realmente el “fast track” legislativo fue aprovechado para destrozarse a dentelladas rápidas aspectos sustanciales del Acuerdo de Paz con la bendición incoherente de la Corte. No debe olvidarse que la Ley de Procedimiento de la JEP fue aprobada unilateralmente sin tener en cuenta para nada la opinión de la CSIVI (Comisión de Seguimiento, Impulso y Verificación a la Implementación del Acuerdo de Paz). Siempre quedamos con la impresión que la preocupación

del Gobierno por las víctimas del conflicto fue una preocupación fingida adornada con palabras llenas de aire.

Finalmente, sin eufemismos y en lenguaje franco: lo esencial del Acuerdo de Paz de La Habana ha sido traicionado. El Congreso anterior hundió la Reforma Política y las Circunscripciones Territoriales Especiales de Paz. No se aplicó plenamente la amnistía; todavía quedan guerrilleros presos. Cinco años después de lograr el primer Acuerdo Parcial no hay titulaciones de tierras, ni fondo de tres millones de hectáreas para los que no las tienen, ni nada que signifique dignificación de la vida en el campo. La sustitución está empanzanada porque el fiscal no permite el tratamiento penal diferencial para los campesinos cultivadores y mujeres pobres, y porque no hay formalización de la propiedad de la tierra ni proyectos económicos alternativos. El mismo personaje ha saboteado el funcionamiento de la Unidad Especial de lucha contra el paramilitarismo, imponiendo con ello, que más de quince mil imputaciones de paramilitarismo y de apoyo económico a esas estructuras criminales, que según Memoria Histórica han asesinado a cien mil colombianos, duerman en gavetas en la Fiscalía el sosegado sueño de la impunidad.

El acuerdo tuvo una falla estructural que pesa como pirámide egipcia que fue haber firmado, primero, la dejación de las armas, sin haber acordado antes los términos de la reincorporación económica y social de los guerrilleros. Esa es la causa de los problemas que hoy afrontan los ETCR por incumplimientos del Estado. Ingenuamente creímos en la palabra y la buena fe del Gobierno, a pesar de que Manuel Marulanda Vélez siempre nos había advertido que las armas eran la única garantía segura de cumplimiento de los eventuales acuerdos. Hoy a los guerrilleros los están matando, uno a uno, en medio de la indiferencia de las autoridades, e igual sucede con los líderes sociales cuyo sacrificio parece no tener fin. Tengan en cuenta que hasta el sol de hoy no se ha producido ningún desembolso para financiar proyectos productivos en los Espacios Territoriales. Que alguien nos diga a qué bolsillos fueron a parar los recursos del pos-

conflicto colocados tan generosamente por los países donantes.

Señores y señoras congresistas: nuestra principal preocupación es cómo sacar la paz de Colombia del abismo de los acuerdos fallidos a la que fue arrojada con desprecio, y nos gustaría conocer al respecto sus valiosas apreciaciones. Vale la pena intentar lo imposible, porque de lo posible se ocupan los demás todos los días.

Reciban de nuestra parte un saludo cordial.

Iván Márquez

Oscar Montero (El Paisa)

Dispuestos ya, con equipos al hombro, a reanudar desde uno de los raudales de Chiribiquete nuestra marcha hacia al río Itilla, fuimos despedidos por la mágica visión de una constelación de mariposas amarillas revoloteando en un ignoto playón del Tunia que nos hizo recordar a Mauricio Babilonia en *Cien años de soledad* y la mañana de lluvia tenue del río Caguán en la que por horas vimos pasar la más multitudinaria procesión de mariposas que con sus alas de sol subían en dirección a Cartagena del Chairá.

Luego de esta visión, orientando la brújula de nuestros pasos hacia el oriente como punto cardinal de referencia, buscando el Itilla, nos adentramos entonces en el corazón de esa selva de enigmas, resueltos a devorar la distancia lo más pronto posible. Adelante, en la vanguardia, iban los “trochadores” de Calarcá, machete en mano y sudor, trazando la “pica” orientadora de la ruta. Y así fuimos vadeando caños rojos inimaginados con pisos de piedras blancas pulimentadas con una rara y asombrosa hermosura; caños diáfanos silenciosos y caños revueltos tal vez por el chapoteo de los manaos. En ese rumbo 88 grados, encontramos una inesperada elevación rocosa que tuvimos que escalar agarrados de raíces y bejucos, que, al sacarnos el aire por su rudeza, solo pensábamos en llegar a la cima para tirarnos

al piso a descansar. Y lo hicimos al lado de un árbol enorme que yacía sobre un lecho de hojas, que solo quería, con la ayuda de sus dos nuevos amigos: el tiempo y la intemperie, mezclarse con la madre tierra, como habremos de mezclarnos todos, indefectiblemente.

Reiniciado el camino, más adelante encontramos un campo de “bailadero de brujas”, que son colonias de árboles cargados de majiñas, diminutas hormigas de veneno ácido inversamente proporcional a su tamaño. Estos “bailaderos” se levantan sobre un piso totalmente limpio de maleza, que de verdad semejan una pista de baile. Sus hojas maceradas, mezcladas con aceite de marrano, según los nativos, al frotarse sobre la piel afectada, se convierte en cura natural milagrosa de la terrible leishmaniasis.

Es admirable la manera como el platanillo se empina y se iguala a los gigantes de la selva para disputarles el astro de su vida, de su existencia y supervivencia. Donde hay platanillo —dice la sabiduría campesina alzada en armas— la tierra es productiva.

Luego de superar poblaciones de carrizos y chuquiales selváticos vecinos de los caños, notamos que el Paisa venía cansado; tan cansado que pujaba como un paujil en la profundidad de la selva. Resoplaba el hombre con intervalos de tiempo igual que una mula cargada. En realidad, Oscar es un espécimen muy fuerte para “volar infantería”, tan fuerte que siempre llega a los puntos de destino, clasificado en los primeros lugares.

Gentil es realmente un hombre gentil y muy afable. Nos alcanzó a orillas de Caño Caribe, sonriendo como si nada. Venía volando. La alegría en él es como un estado permanente siempre en rima con su carácter. Resolvimos acampar en ese lugar para darle tiempo a nuestros ingenieros de construir un puente provisional sobre las aguas tumultuosas. Luego del baño refrescante y de enjuagar las prendas empapadas de sudor, la guerrilla resucitada repasaba entre risas las anécdotas de la marcha. Qué bien se descansa frotando en el cuerpo

y en el alma el cosquilleo de la risa. Bajo la atmósfera verde oliva el humo del cohíba al levantar el vuelo dibujaba con los pinceles del aire, nubes dialécticas, de formas vivas, cambiantes, moldeadas por un capricho invisible, que al ser traspasadas por las saetas del sol adquirirían tonalidades azules fantásticas antes de disolverse en la nada.

Más tarde, en la línea que separa la luz y las sombras, comenzaba el concierto bullicioso, con todas sus flautas y a todo pulmón, entonado por la multitud infinita de insectos que pueblan la noche como estrellas en el firmamento insondable.

Ya en la hora del sueño solo se escuchaba el ronquido de guerrilleros cansados, como cotorreo en la oscuridad de guacharacas dormidas.

Los insomnes tenían siempre sus oídos pegados a un transistor. Las noticias hablaban de un Álvaro Uribe confundido con las acusaciones y el anuncio mediático de un proceso de la Corte Suprema en su contra. La radio lo proyectaba inseguro y tembloroso. Tanto crimen soporta ese hombre en sus espaldas que lo doblegan los falsos positivos, las vidas truncadas por el paramilitarismo, sus falsos testigos estipendiados, la corrupción y su enriquecimiento ilícito con los dineros del Estado... Carajo, se parece a un Atlas tambaleante al borde de un precipicio cargando en sus hombros el pesado mundo de sus injusticias.

El haber actuado como líder de la jauría que destruyó la JEP, que es la justicia restaurativa; el haber extraído de la jurisdicción en descarada maniobra de salvamento a los terceros o civiles involucrados en el conflicto, el haber fumigado con humo y niebla la verdad para que la impunidad no sea molestada, o haber recurrido a la marrulla para que la reparación de las víctimas del conflicto no recaiga plenamente como obligación del Estado, lo tiene ahora en la mira de la Corte Penal Internacional con todos sus focos encendidos.

Dice anonadado que se defenderá preso o en libertad y caña con su

renuncia al Senado. No va a renunciar a su investidura y mucho menos ahora que ha asumido la función de titiritero jefe bajo la gran carpa del circo presidencial. Si han caído otras hienas sanguinarias, esta también tendrá que caer. Por eso, sus áulicos y secuaces parecen momentáneamente un rebaño asustado. Miran con horror que la trinchera de su impunidad se podría estar derrumbando, y presienten el ruido de la caída.

Al día siguiente en el desayuno al enterarse de la noticia, el indio José Amalio recordó a sus compañeros de marcha lo que escribió Bolívar a Santander en 1825 en carta dirigida desde el Perú: “*Veo nuestras leyes como Solón, que pensaba que solo servían para enredar a los débiles y de ninguna traba a los fuertes*”. Eso es lo que siempre ha pasado en este país, expresaba con el puño de su indignación.

No es Uribe quien marcha contra toda esperanza hacia el banquillo de los acusados; son sus crímenes de lesa humanidad y su tiranía de ocho años de gobierno. ¡Maldito artífice de la extradición del comandante guerrillero Simón Trinidad a los Estados Unidos con un montaje judicial injusto como mendaz! Ni siquiera el cielo lo verá con benevolencia y mucho menos la Corte Penal Internacional sobre la tierra.

El eco de esas reflexiones debe deambular aún bajo las frondas amazónicas que respiran vida.

Para cruzar Caño Caribe fueron tendidas como puente dos largas palmas que se bamboleaban como los guerrilleros que caminaban sobre ellas aferrados a un cordel de bejuco para no dejarse arrastrar por las turbulentas aguas. Superado el obstáculo, desembocamos, veinte metros más adelante, en un rebalse tan grande como un mar metido en la selva. Tuvimos que caminar una hora larga con el agua al pecho y los morrales al hombro para alcanzar la costa donde los trochadores habían dibujado un sendero deleznable plagado de charcas, árboles caídos hasta de tres abarcaduras, y telarañas de bejucos.

Al medio día llegamos al río Itilla empapados de sudor. Tan pronto descargamos los equipos, que pesaban como un diablo llenos de remesa, decidimos resolver inmediatamente la discrepancia que había en ese momento entre la sed y una fresca limonada que nos esperaba. Cumplida esta tarea vital, escuchamos el parte de normalidad de los exploradores que habían llegado el día anterior al sitio y sobre esa base orientamos construir las caletas y preparar el almuerzo en estufa de gasolina. Cada uno hacía su cama lo mejor que podía. Con madera redonda de veinte o treinta centímetros de diámetro se arma un marco sobre terreno plano, el cual se rellena con hojas de palma para que funjan como colchón. Se le agregan las varas esquineras del toldillo o mosquitero y las horquetas para colgar allí los equipos de campaña. Los que duermen en hamaca la sacan más fácil. Solo tienen que amarrar los guindos de esta en dos árboles bajo una buena casa de techo impermeable. Ya la gente se estaba bañando y disponiéndose a un almuerzo de pescado recién sacado del río, cuando llegaron los helicópteros del ejército a dañar el buen ambiente. El ruido de las máquinas en el cielo se prolongó por treinta minutos. Desembarcaron tropas, primero a dos kilómetros de donde nos encontrábamos, luego más cerca, y finalmente en la orilla del frente, al otro lado del río. Por entre los árboles mirábamos muy bien a los artilleros apuntando hacia abajo sus amenazantes ametralladoras desde las ventanas abiertas del Black Hawk.

Al ver tan ruidoso espectáculo resolvimos, como medida de seguridad, proseguir la marcha, abiertos del río un kilómetro con rumbo 180 para evitar los obstáculos de los rebalses, pues todas las orillas estaban inundadas. A las 17:00 horas acampamos en un caño de aguas mansas, casi mudas. Esa noche fuimos objeto de un ataque nocturno en masa, inesperado y furioso, pero de hormigas arrieras y de comejenes, que destruyeron y tirotearon toldillos, camisetas, equipos de campaña y casas. A través de los agujeros abiertos en los toldillos con el bisturí de corte oval de las hormigas, irrumpió la “manta blanca” de mosquitos microscópicos para rematar su ofensiva frenética.

En las largas jornadas el Paisa había agotado varios frascos de mero-macho sobre la humanidad extenuada pero dichosa de Paquita, y lo repartía generosamente entre sus tropas “patunas” que habían cruzado esa tarde los árboles flexibles del caño, temblando como equilibristas borrachos. «Oeee, Eider, socio, la copita, tráigame la copita», le gritaba al flaco que era su oficial de servicio. Y ya bien entrada la oscuridad no cesaba el traqueteo de los “amarillitos”, Lulo y Marly, que sin importarles el qué dirán, dejaban escapar su arrullo de tortolitos de veinte años, y su “papi por la noche y en la madrugada”. No importaban las marchas de cansancio físico sobre colinas resbalosas y terrenos anegados.

Al día siguiente, reiniciada la marcha, llegó desde la retaguardia a las manos de Eider una peinilla abandonada en el “campo de combate”. La exhibió con el brazo en alto preguntando por su dueño. Nadie respondió. Iván se preguntaba quién sería el hijueputa irresponsable que la dejó tirada en el campamento del ataque de las hormigas. Pero más adelante, cuando necesitó cortar una vara para apoyarse en el cruce de un caño, instintivamente dirigió su mano a la cintura en busca de la peinilla, pero no la encontró. Las hormigas le habían cortado el cordel que la adhería al cinto.

Esta guerrilla sigue siendo la misma guerrilla romántica del Che buscando lo imposible porque de lo posible se ocupan los demás todos los días, como diría Simón Bolívar, el Libertador. Seguimos soñando la patria del futuro edificada por todas las manos, en especial las de los excluidos, colectivamente, a pesar de la traición del Estado al Acuerdo de Paz. Nunca antes Colombia había estado tan cerca del fin de la rebelión armada o su apaciguamiento a través de una negociación. Poderosas fuerzas del Estado cambiaron unilateralmente el texto original del “Acuerdo Final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera” rubricado por las partes el 24 de noviembre de 2016 en La Habana. Hundieron la Reforma Política –que es como el alma del pacto de paz– en el piélago insondable de sus mezquindades, ignoraron por completo el com-

promiso de titular las tierras en poder de los campesinos, el mandato de crear el fondo de tierras para entregarlas a los desposeídos. Destrozaron con saña santanderista la Jurisdicción Especial para la Paz que dejaba atrás el derecho penal del enemigo o justicia punitiva, y entronizaba la justicia restaurativa soportada en la reparación de las víctimas del conflicto por el Estado y el ofrecimiento de la verdad pura y limpia, lo único que puede sanar definitivamente las profundas heridas causadas por el conflicto. Asperjaron tinieblas para agazaparse eternamente en la impunidad. Pisotearon como les vino en gana el principio de la negociación *pacta sunt servanda*. Recurrieron a burdos montajes judiciales para encadenar a los principales negociadores de paz de la guerrilla y extraditarlos a los Estados Unidos. Nada hicieron para frenar los asesinatos de guerrilleros y de dirigentes sociales y políticos. De tal manera que la paz fue arrastrada por la perfidia del establecimiento al abismo, y Colombia colocada contra su voluntad, por la ausencia de sentido común, en las puertas de una guerra interna infinita. Desconoció el Estado sus obligaciones internacionales dejando no solo en ridículo las sentencias de Naciones Unidas, sino también a los Convenios de Ginebra.

Con frecuencia Santos proyectaba en cuadros sinópticos con colores vivos engañosos el supuesto cumplimiento de la reincorporación. La paz no se consolida con palabras sino con hechos tangibles derivados de los compromisos. La perfidia ha sido consumada y, por lo tanto, nos sentimos compelidos y legitimados para hacer uso del derecho universal a la rebelión para seguir luchando por la paz.

Al día siguiente, mientras los guerrilleros, bajo la pálida luz del amanecer, se echaban al hombro sus pesados equipos para retomar la marcha, nuestros recuerdos fueron visitados repentinamente por el exacto poema de Jacobo Arenas que los comparaba con los caracoles con su casa a cuestas. En el equipo de campaña de un guerrillero no solamente va la casa, que es una carpa impermeable verde o camuflada, sino también la cama, que es una hamaca delgada. En el fondo del equipo bien acomodada y apretada va la “economía”, que es el

arroz, el frijol, la pasta, el azúcar, la sal, el aceite, los enlatados, la carne, etc., todo lo de comer. El peso de la remesa puede llegar a una arroba o más. Un poco más arriba pueden ir remolques de munición, explosivos, la ropa, los radios y equipos electrónicos. Afuera, bien amarradas van la ollas de cocina y la “vajilla”, que generalmente es una ollita de aluminio número 14, que es el “plato” donde se reciben las comidas. Todo esto sin contar el peso del fusil y el de las municiones, pistolas y cantimploras que van adheridas a la reata en la cintura... Lo comentado es solamente el vértice del iceberg porque por dentro de un equipo van muchas otras cosas. Por eso el comandante Jacobo comparaba a los guerrilleros con los caracoles, aclarando eso sí, que los guerrilleros son bastantes rápidos para caminar.

Marchando ese día pasamos por parajes alucinantes como aquel donde el enorme armadillo trueno excavó su cueva con sus poderosas garras de hierro donde se refugia y trueno en el fondo de la tierra si se siente perseguido. A lado y lado pasaban enormes hormigueros de congas o de arrieras que parecían pequeños volcanes de cobre rojizos, y también las madrigueras en las peñas donde duermen y descansan tigres y panteras.

Llovía y escampaba y el terreno estaba blando. Al caer Paquita en el pantano –recordando tal vez su pasado de arriera de mulas de Marulanda– espetó furiosa golpeando con su puño el suelo enlodado: «¡Gonorrea hijueputa!». Con el Paisa –volviendo la vista hacia atrás– nos limitamos a mirarla en silencio en actitud reverencial frente a su enojo. «Es que estoy ciega de la putería», gritaba.

«Se me había olvidado que esto era muy duro», explotó Maritza secándose el sudor con el poncho tras una jornada agotadora de 23 kilómetros de marcha a través de una manigua enmarañada y cerrada. Sus palabras nos hicieron pensar que caminar hacia la Segunda Marquetalia no sería nada fácil. Qué dura fue esa travesía enremolinada de más de dos mil kilómetros, evadiendo operativos militares por cordilleras y llanuras, atravesando ríos desbordados, selva virgen,

pantanos y raudales.

A José Amalio –que marchaba por disposición del mando cerrando la retaguardia– aburrido del caminar cansino y lento de algunos de sus compañeros se le ocurrió soltar el embuste de que el ejército venía por el trillo “voleando plomo”. Eso fue suficiente para que los rezagados de la retaguardia capitaneados por Camila y Andrea, en un santiamén, dejaran atrás la vanguardia y a los mismos trochadores. No se les volvió a ver ni en las curvas.

Naufragio en el Guachinacal

Navegando en canoa por el Itilla bajo un cielo encapotado, nuestro motorista resolvió, para acortar distancias y ahorrar kilómetros de curvas o meandros de río, penetrar por un guachinacal estrecho, pero no contó con buena suerte pues al entrar en una curva cerrada el motor no pudo controlar ni frenar el pesado bote que terminó con su proa incrustada entre dos árboles en medio de palmas espinosas. De inmediato agua a estribor, y para tratar de nivelar la embarcación movimos todo el peso de nuestras humanidades a babor, y por allí entró un gran chorro que nos fue hundiendo lentamente en aquellas aguas que parecían salidas de un congelador. En segundos ya estaban flotando en el agua los equipos de los expedicionarios, y también en segundos empezaron a ser recuperados por avezados nadadores guerrilleros. Los morrales rescatados eran colocados chorreando agua por todas partes encima de una gran bejuquera. Mientras los naufragos flotábamos con el agua al cuello agarrados a los bejucos, mirábamos, sin poder hacer nada, cómo cajas de cartón, frascos de aceite, bolsas de galletas, gaseosas, bidones de gasolina eran arrastrados por la corriente. Maritza traía en una olla 16, bien tapado, un sancocho fragante con carne de res para el almuerzo –carne que había desaparecido del menú desde hacía varios días– y a pesar de que Iván de manera premonitoria le había sugerido “armarle viaje” antes de que ocurriera algún percance fluvial, ella se negó rotundamente a esa po-

sibilidad. Consideró el asunto innegociable. Ahora le tocaba mirar con pesar cómo aquella ollita que había sido colmada con sus cuidados cuasi maternos se hundía en las profundas aguas sin remedio. «Primero la vida y luego la comida», fue su exclamación justificatoria. La realidad era caótica hasta que apareció Mincho convertido en buzo. Cada vez que se sumergía sonriente buscando el fondo del río, increíblemente sacaba cosas que todavía permanecían en la canoa. Así afloraron huevos que navegaban en el vientre de madera, botas pantaneras que esperaban fieles su rescate, la olla del almuerzo llena de agua, y hasta una botella de “Old FARC” levantó como trofeo su brazo. Los de la lancha puntera no se percataron de nuestro hundimiento. En medio del desastre, Gabriel, marinero indígena, tomó la iniciativa de moverse a nado por el rebalse y haciendo pie donde podía, poco a poco, logró encontrar tierra firme a una distancia de un kilómetro del lugar de la inmersión. De allí salió veloz en dirección a una vivienda que no hacía mucho habíamos avistado en la margen derecha del río. Hasta allá llegó a solicitar auxilio. Los finqueros, que eran conocidos, le prestaron una canoa grande con un motor 40. Cuando llegó al lugar del accidente ya los guerrilleros hacían esfuerzos para poner a flote la canoa hundida. Esto se logró en pocos minutos. En hora y media ya estábamos de nuevo en marcha por el Itilla arropados por un sol quemante y jirones de nubes blancas. En las riberas, los árboles con el agua a la cintura, parecían formar una calle de honor al paso de aquellos náufraos tristes y pensativos.

Al día siguiente, a orillas de una laguna secamos al sol las armas, las municiones, los equipos empapados, los computadores, los teléfonos, los iPod, los GPS, las grabadoras y los cuadernos... Pero aún no era medio día cuando la atmósfera fue invadida por un humo casi invisible con olor a fritanga de chicharrones de puerco. Un poco más allá, en las aguas serenas, un guerrillero sacaba y sacaba palpitantes caribes plateados de la laguna.

Luego de descansar un día remontamos lentamente en falca el río Unilla, caudaloso afluente del Itilla. Varias embarcaciones que viajaban

en sentido contrario pasaban casi volando por nuestro lado. Por eso la gente las llama “voladoras”. Tirados en el piso y arropados con lonas evitábamos ser avistados por los civiles de las malocas indígenas y de las casas de los colonos. Caída la tarde las estrellas radiantes de la noche parecían vigilarnos como drones en las rotondas fluviales.

La tristeza del Guaviare

El Guaviare profundo nos contó su tristeza por la tala brutal de sus bosques y la destrucción de la vida. En medio de la lluvia que no cesaba en sus ojos nos habló de hombres ambiciosos sin corazón que pagaron por derribar y quemar miles de hectáreas de selva amazónica, para luego hacerlas pasar como abandonadas. Grandes extensiones de tierras chamuscadas, sin dueño, brotando un nuevo verdor. Es el truco de la perversidad y la maldad. Ese es el primer paso —nos dijo— para buscar su titulación sin tanto reparo ambiental ni legal. En su cerebro enfermo orbitan como átomos el oro, el coltán, los minerales y las tierras raras que son fuente de energía... y también vuelan hatos, vacas y toneladas de queso. Es la ambición de riquezas la que está clavando su cuchillo en el pulmón del mundo. Las empresas mineras quieren meterse ya, a la Serranía de Chiribiquete, sobre todo ahora que no hay guerrilla. La guerrilla de las FARC no solo guardaba los bosques y la fauna, sino que era el muro de contención de la minería depredadora del medio ambiente. Las FARC tienen que volver, y volverán, a impedir las quemas, a regular la caza y la pesca, a salvar la vida de la Amazonía que es el oxígeno del mundo.

Por esos días nos avergonzaban las noticias de la destemplada actitud de Colombia hacia su hermana Venezuela, atizada por el rencor del presidente uribista, Iván Duque y su canciller Carlos Holmes Trujillo. Nuestra contrariedad borbotaba del hecho de que siendo Colombia un país exportador de pobreza, sus gobernantes encendieran los odios contra la nación bolivariana que había acogido en su suelo a cinco millones de colombianos víctimas de la política neoli-

beral otorgándoles el rango de compatriotas y asumiendo la costosa carga social que ello supone. El pago de la oligarquía fue el ataque a la moneda venezolana, el sabotaje a su economía y el despliegue de un fuego mediático desestabilizador que inflama odios y chovinismos irracionales, mientras asume una actitud cómplice con el robo y contrabando de productos básicos venezolanos, de millones de litros de gasolina, el abigeato y el robo de vehículos.

Por esta razón, resolvimos publicar las siguientes líneas:

Venezuela

Los colombianos debiéramos fijar en nuestra conciencia que Venezuela, la República Bolivariana, no es un país agresor, sino un país agredido. Con generosidad infinita, a pesar de los agravios de los desagradecidos, nos sigue ayudando en la difícil búsqueda de la senda perdida de la paz. ¿Cómo vamos a olvidar tan rápido que Venezuela acogió solidariamente en su suelo a más de cinco millones de migrantes colombianos que empujados por las penurias económicas buscaban un mejor futuro para sus vidas? Y Caracas no armó ningún escándalo ni ejerció por ello presión internacional contra el Gobierno de Bogotá.

En el pasado el relampagueo de sus armas y el genio de Bolívar nos dieron la libertad y nos dieron existencia política en una Gran Nación de Repúblicas hermanas llamada Colombia. Ese es nuestro destino. Somos y seguiremos siendo dos pueblos hermanos hasta el fin de los siglos a contracorriente y contra quien sea.

Sin duda, la aureola de Venezuela que es su alma bolivariana, es la causa de la ojeriza que por ella siente la oligarquía santanderista de Colombia.

“El terrible monstruo del norte” —como llamaba el Libertador a los Estados Unidos— quiere su petróleo, y con esa obsesión ha capitaneado, junto a la derecha colombiana el sabotaje económico para derribar al

Gobierno de Miraflores, y de paso recuperar a Venezuela como colonia.

Es una vergüenza la diplomacia de guerra desplegada por la cancillería colombiana contra el país vecino. Convirtió a Venezuela en monotema de su política exterior. Paseó a Caín Almagro de la OEA (Organización de Estados Americanos) por toda Colombia para que promoviera la invasión militar. Tras el falso humanismo de sus palabras destella el puñal de la discordia con la que trata de aislar en la ONU al Gobierno del presidente Nicolás Maduro. Lo que realmente quiere el Gobierno de Colombia es desatar una guerra fratricida, a todas luces irracional e irresponsable. Con toda seguridad a Duque no le gustaría que algún expresidente loco incitara al Ejército colombiano a apuntar sus fusiles contra el Palacio de Nariño como descaradamente lo hace su jefe Uribe azuzando a los militares venezolanos al golpe de Estado contra el Palacio de Miraflores.

Duque no tiene ninguna autoridad moral para graduar de dictadura al Gobierno de Maduro. Tampoco para amenazar a nadie con la Corte Penal Internacional por violación a los derechos humanos, cuando su jefe político es “el autor detrás del autor” de los falsos positivos y que mucho tiene que ver con los cien mil muertos del paramilitarismo que denuncia la organización Memoria Histórica. Debiera abandonar su perorata de engaño que atribuye a Maduro recurrir “al demonio belicista para aferrarse al poder”, cuando realmente lo que quiere es volver a la guerra interna para arrojar al incendio del olvido la verdad sobre los responsables del conflicto y la reparación integral de las víctimas por parte del Estado. Un Estado que ha victimizado con su política neoliberal al 70% de sus conciudadanos y que ha convertido a Colombia en el segundo país más desigual del mundo, solo puede hablar con el timbre de la hipocresía.

Causa perplejidad la protección que brinda Duque en Colombia a Julio Borges, responsable del reciente atentado con drones contra el presidente de Venezuela. Eso no es un mérito; es una mancha en el corazón de la personalidad. ¿Y qué decir del parlanchín embajador

de Colombia en EE.UU., señor Francisco Santos quien habla de disuadir estratégicamente a Venezuela, de escudos y de obsolescencia de los Mirage de la Fuerza Aérea? Se parece a Mambrú. Si miramos las décadas pasadas podemos decir que Venezuela es garantía de paz para América Latina y el Caribe. Jamás será una nación agresora, como lo ratifican sus dirigentes.

La gente del común en Colombia, la que no se ha dejado doblegar por el estruendo mediático, se aparta de la insania de su Gobierno contra Venezuela. El sentido común invita a impulsar la hermandad y la solidaridad entre los dos pueblos. Incluso, entre sus Gobiernos. Venezuela es capaz de arreglar sus propios problemas. La injerencia de Colombia en los asuntos internos de la República Bolivariana, es horrible, y mucho más si lo hace como peón de intereses geoestratégicos.

Muy valiente la comparecencia del presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Nicolás Maduro, ante el foro de las naciones del mundo en Nueva York a explicar sus razones y la causa de la crisis.

Que América Latina y el Caribe sean siempre territorio de Paz.

Sin tregua y sin pausa, la marcha guerrillera siguió adentrándose en el enorme bosque tropical desconocido del departamento del Guaviare.

Fábula de la estampida

La estampida es el miedo dispersando la fuerza. Es el pánico al trote sin percatarse que el poder radica en la unión, en la arremetida colectiva. Los novillos se han juntado y miran sorprendidos la marcha guerrillera en un recodo del potrero. Parecen una soberbia formación de infantería que si embiste es capaz de aplastar y poner en

fuga el peligro. Contienen la respiración como esperando la orden de ataque. Dubitan. Pueden hacerlo. Tiembla y resopla la fuerza formidable tensando y haciendo vibrar los músculos bajo la piel. Pero de pronto estalla la estampida como rumor sonoro de raudal en la sabana. La tierra se estremece con el terremoto de pezuñas y la potencia atronadora se diluye en el aire.

Moraleja: El pueblo unido contiene la fuerza arrolladora del cambio. La masa reunida con derrotero claro, es indetenible. Solo hay que embestir venciendo el temor para dejar tendido en el campo y en medio del desorden al adversario político.

Las avispas

En las marchas guerrilleras y en general de cuerpos de tropa no hay nada más caótico que un encuentro inesperado con las avispas. Todo el mundo corre o corre en desbandada para salir del área de la emboscada lo más pronto posible. Pican y zumban por todas partes, en la cabeza, en las orejas, en la cara, en las costillas... No hay ningún valiente que resista impertérrito ese ataque de aguijones enardecidos y venenosos. Pero en estas experiencias no deja de ocurrir que los que van adelante al ser atacados sin cuartel, luego de la carrera y a salvo unos metros más adelante, doliéndose de las múltiples picaduras y palpándose las hinchazones, se quedan calladitos a la espera de que los rezagados caigan en la celada para burlarse de los incautos y distraídos. El asunto se convierte en tema de obligada recocha al final de la jornada.

El loco Roldán, un mozalbete de veinte años que borbota energía como el sol, por todas partes, en el descanso de una marcha en medio de la selva, sorpresivamente nos retó a que le permitiéramos tomar entre sus manos un nido de avispas comprometiéndose a que con su audaz acción ninguna nos atacaría, agregándole la garantía de que, si alguna nos picaba, podíamos agarrarlo a patadas. Con nuestro asen-

timiento tomó entre sus manos el nido con la tranquilidad pasmosa del que sabe lo que hace y vimos cómo las avispas cubrían sus manos sin picarlo para en un instante salir volando. «¿Si ven?», dijo con una sonrisa de oreja a oreja. Entonces tiró al suelo el nido y se alejó feliz.

La clave —explicó más tarde Roldán— está en el sudor. Uno se frota las manos con su propio sudor antes de tomar el nido de la rama donde está colgado. Las avispas se posan en las manos pintándolas de amarillo fuego o de negro, según el color de la clase de avispa. Uno se queda quietecito y pasados unos segundos ellas despliegan sus alas y se pierden monte adentro con rumbo desconocido. «¡No atacan a nadie!», dice abriendo los brazos. Otros las conjuran y las adormecen con el siguiente rezo: «*Guarey, guarey enterceptey de guarizapa*»... Y ellas al escuchar esto se quedan quietas, serenas. Pero si a alguien se le ocurre en ese momento lanzar un madrazo, entonces se pierde el embrujo y atacan con todo.

El padre de Roldán era amigo de las serpientes venenosas; no lo mordían. Interrelacionaba con ellas. Era la versión campesina y montañesa del encantador de serpientes. Un día Roldán —que no conoce el miedo— siendo niño se animó a seguir los pasos de su padre en el raro arte de domar serpientes y entonces le extendió su mano a una culebra. Esta reptó mansamente por su mano y se le enrolló como a su padre en el brazo. Entonces Roldán en un movimiento lento se inclinó hacia el suelo y la serpiente descendió a la tierra deslizándose, pero una vez dejó la mano se volvió velozmente como un rayo y lo mordió. Mostrándonos la cicatriz que le dejó en uno de sus dedos Roldán nos comentó que desde entonces no volvió a tratar con víboras.

Los bejucos

La selva amazónica está poblada de bejucos que al descolgarse de las ramas de los árboles proyectan ante los humanos esa diapositiva mágica, la visión que los hace sentir que se está frente a una selva de

verdad. Sin duda, los bejucos tienen el don de la solidaridad, porque al enlazar con sus largos brazos de clorofila a muchos árboles, evita que sean descuajados por la descomunal fuerza de los huracanes. Unos son rastreros. Otros, enroscados como serpientes trepan hasta las copas y cogollos de los árboles más encumbrados. Tienen muchas formas: hay bejucos que semejan ventanas circulares como aros. Unos son delgados, otros gruesos. Los hay anchos con rizos de olas verdes, o finos como el yaré con el cual los indios hacen canastos y otras artesanías asombrosas. El “tripa e pollo” abunda y es tan resistente que se utiliza para amarrar estructuras de madera. Se ven lianas delgadas pero fuertes como el poliéster, hilillos que enmarañan a los trochadores. Pero también está el agraz pincelado de acuarelas rojas, con su agua bendita y fresca que apaga la sed en montañas remotas, sin ríos y sin fuentes, y el yajé que da alas a la espiritualidad indígena. No hay guerrillero que no haya terminado de bruces con la cabeza enterrada en el suelo o en la hojarasca luego de enredarse en un bejuco invisible. Los que caen, o ríen o sueltan procacidades. Para eludirlos teníamos que describir amplios rodeos para retomar la ruta más adelante desde la palma o el arbusto escogido como punto de referencia. Esa maniobra quita tiempo y merma fuerzas. A pesar de ello, los queremos y los cuidamos, porque brindan siempre con sus hojas un camuflaje perfecto a los campamentos guerrilleros que así se vuelven invisibles a los drones y a la “inteligencia del aire”. Pero no solo: las bejuqueras también son las trincheras donde las dantas salvan sus vidas perseguidas por los tigres.

El extravío de Camila

En una de esas largas marchas por la tupida selva del Guaviare plagada de pantanos y rebalses, Camila confundió el rastro de sus compañeros con el de las dantas y venados que abren trochas como caminos de mulas para llegar todos los días a los salados o abrevaderos, que son sitios arcanos y exclusivos para los animales de la exuberante fauna salvaje. Y por esas mismas trochas los tigres hambrientos

siguen las pisadas de la vida en busca de sus presas. Tres horas deambuló perdida en la selva sin fin, sola y a merced de las fieras. Fue José Amalio, incansable solidario, quien al devolverse la encontró extraviada intentando reconectarse con la trocha perdida de sus compañeros. «Solo había que mirar la pica, el rastrojo y las hojas truncadas, las huellas de las botas en la tierra», la reconvino dulcemente el indio, en cuyo corazón se escuchaba el tropel de su amor por ella.

Cuando por fin llegó al campamento de Caño Tigre sus camaradas la estaban esperando con un plato de yamú y guaracú fritos anzueledos con pepas de siringa. Con ellas, los pescadores sacan también en los remansos del río sartaladas resplandecientes de caribes y juraríes. La siringa tiene el aspecto externo y el color de una ciruela silvestre, pero debajo de su delgada piel rojiza lo que hay es una especie de coco o castaña. El experto en este tipo de carnada es el indio Gabriel de la etnia Cubeo. Con su cabeza rapada y su penacho hirsuto, que le daba un aspecto de sioux guerrero dispuesto al combate o a lo que sea, Gabo nos regaló ese secreto. Es un mando medio del antiguo Primer Frente, experto motorista de botes y conocedor de ríos y caños navegables de los cuales nadie tiene noticia. Distingue los árboles con su propio nombre y conoce sus propiedades curativas.

El cereo de los fusiles

A poca distancia de una serranía rocosa, rodeada de selva por todas partes —donde nace saltando al vacío el río Inírida— el Paisa y Cala cerearon los fusiles de la Segunda Marquetalia que estaban desajustados: cada órgano de puntería andaba por su lado. Los puntos y alzas de mira quedaron en sus sitios exactos, bien alineados, listos para batir el nuevo objetivo de la guerrilla que ya no será el soldado ni el policía respetuosos de los derechos de la gente sino la oligarquía excluyente, violenta y vendepatria; una actitud defensiva que se reserva el derecho a responder la ofensiva agresora. La Segunda Marquetalia no es para quedarnos enredados eternamente en la maraña

del monte, sino para ir a los centros urbanos, con la conciencia de resistencia rural, a aportar nuestro granito de arena a la construcción de los sueños de libertad y humanidad. Queremos que estos fusiles sean garantía de justicia y de una paz sin trampas y sin perfidia

La lluvia

La avanzada de la lluvia es un viento huracanado y sonoro como motor de avión. Empieza con el golpeteo lejano de los cueros de su tambor. Sin que medie mucho tiempo los truenos y los rayos explotan encima del campamento, pero, así como llegan, rápidamente se difuminan en el aire con su estropicio eléctrico. A su paso los árboles se inclinan soltando de sus manos una cascada de hojas, de troncos y ramas quebradas. Luego del aguacero la vegetación toda queda en un silencio suspensivo, quieta, antes de dar paso a la sinfonía del goteo de agua pura cayendo desde las hojas. Cesa la lluvia y una luz recién creada pincela la selva.

Más adelante, carrecillos enormes, cuya madera por su alto precio es muy codiciada por los aserradores, encubrían y camuflaban con su follaje frondoso la marcha guerrillera. Al identificarlos en las orillas de las trochas casi perdidas, respiramos tranquilos al constatar que habían sobrevivido al embate estruendoso de las motosierras.

El río Inírida

Inírida, nombre sonoro y hermoso. Es espejito de sol y mujer de dulce aroma. Es la princesa Inírida, la amazona indígena de la hermosura sin par de la leyenda. Es flor de rayos rojos de sol, es río y es capital.

A lo largo del Inírida destellan en sus riberas el olvido y la soledad. Para el poder central Vaupés, Vichada, Guainía, Guaviare y Amazonas parecieran no existir. Uno que otro pueblo indígena salpica con

sus malocas las orillas de esas lejas y esas soledades. El corazón del Gobierno no siente nada por ellos. No tienen transporte. En motor 9 o 15 o en “peque-peques” surcan las silenciosas aguas llenas de vida. Debieran crearse líneas estatales de transporte fluvial para que los indios puedan sacar al mercado su pescado seco, la fariña, el pipire o chontaduro, la piña y el ají. Hay que enviar misioneros del progreso con ideas nuevas para sembrar en la tierra proyectos productivos, agregando los cultivos amazónicos. Poner en funcionamiento lanchas-hospitales en los principales ríos, lanchas-tiendas de compra de productos agrícolas y venta de víveres, transporte aéreo con itinerarios precisos de vuelos, adecuando pistas y activando aeronaves acuatizadoras. Hay que garantizarles el derecho a las telecomunicaciones, la conectividad, la energía eléctrica, las escuelas y los puestos de salud.

Nos movíamos por agua y nos movíamos por tierra. Ya sea recostados en el costillar de una falca medio absortos sobrepasando riberas o tensando voluntades y músculos para superar terrenos ariscos; al final de la travesía todos terminábamos exhaustos pero felices derrochando risas con las anécdotas de la jornada. Suceden tantas cosas... El Paisa, por ejemplo, hace trampa en las marchas. Aprovecha el paso de los obstáculos, especialmente el cruce de los puentes para tomar ventaja al resto. Y así cómo no. Como es sabido, cruzar un árbol haciendo equilibrio para no caer al agua, es algo que quita tiempo, pero además hay que hacerlo de uno en uno. Y entonces, claro; como al Paisa le gusta ir en la vanguardia y pasa primero el obstáculo, aprovecha para sacar distancia sobre el resto apretando el paso. Cuando está a punto de ser alcanzado, entonces corre, especialmente en las curvas para evitar que lo vean, pero más adelante siempre lo alcanzan extenuado tirado en el suelo. Y allí, precisamente allí, es cuando uno le dice –pasando de largo– “te veo mi negro”.

Pero en todo desplazamiento siempre hay descanso y consumo de agua dulce para recuperar energías. En uno de esos momentos los chichicos y araguatos agitando sus brazos armaron un bullicio gutu-

ral arriba en las copas de los árboles. Observaban con recelo y también con curiosidad la marcha de la Segunda Marquetalia. Cuando se percataron que la guerrilla en descanso no era una amenaza, entonces abrieron la carpa de su circo rodante en la selva, no solo para alardear con su disciplina colectiva, sino para entretener con sus acrobacias en el aire y sus saltos asombrosos de trapevistas, a los guerrilleros trashumantes. En la noche los tigres mariposos y podencos rondaban los sueños insurgentes.

La selva

Es una familia de árboles inmensos, adultos, que dominan las alturas rodeados de millones de niños, de niños arbustos que ocuparán su lugar cuando aquellos cumplan su ciclo vital. Tenemos que respetar esa comunidad vegetal. Esa casa donde se interrelacionan miríadas de insectos que elevan sus voces electrónicas hacia el firmamento poblando de sonidos el oscuro pecho de la noche. Es el ambiente natural donde tigres curtidos y panteras hermosas asechan su sustento, y las dantas o tapires y los venados rumian el follaje. Debemos proteger ese hábitat de las lapas, los chigüiros, los manaos, los osos de todo tipo, los monos, los perezosos y los armadillos que patrullan incansables la geografía verde y terrosa en busca de alimento; resguardar ese espacio vital de los paujiles, las pavas, las guacharacas, los tucanes, las águilas y los halcones, los zamuros y las gallinetas, las torcazas, los loros y las guacamayas y donde todas las aves pueblan de cantos y sonoridades el éter y los vientos; no importunar el mundo de las mariposas que salpican de colores alados y erráticos la vida; el de los zancudos, los jejenes, los tábanos, las abejas, las chicharras, las hormigas arrieras, las corcunchas y las congas; los comejenes subterráneos y silenciosos que quieren seguir haciendo lo suyo por la subsistencia. Permitamos que los caracoles sigan desplegando su ingeniosa estrategia como en la película de Cabrera, y que las arañas sigan extendiendo en el cielo sus telarañas de geometría perfecta con la que sueñan atrapar los insectos, los luceros radiantes de su supervivencia.

Las anacondas, las cazadoras y todas las serpientes tienen derecho a su entorno. No se pueden contaminar los caños ni los ríos que son el planeta de los peces, las nutrias, los perros de agua y los cachirres. Toda la biodiversidad respira en esa casa grande de techo verde, y nuestro compromiso es respetarla y protegerla.

Hemos visto la selva demolida por los bombardeos de la Fuerza Aérea. Hemos visto centenares de árboles mutilados, ennegrecidos y molidos por la pólvora, levantando al cielo sus desnudos brazos quemados. La vida se silenció en esos lugares desde entonces.

Al trasegar la selva profunda, inconmensurable, se atraviesa el campo magnético de la vida. Allí están los códigos encriptados con la información de las plantas que pueden sanar las enfermedades de la humanidad. Nuestros hermanos indígenas ya han descifrado algunos de estos códigos. Que los gringos ni nadie venga a hablarnos de patentes para esquilmarnos o raponearnos lo que la naturaleza puso en nuestras manos. Aquí está el oxígeno del mundo, y está el agua, la lluvia y el sol, están los peces, la fauna y la flora terrestre y están las aves más increíbles y hermosas. Todos juntos. Y hay tesoros escondidos con los que podríamos financiar vida digna para los humanos en armonía con la madre tierra. Que se transfieran los recursos de los bonos de carbono –que los políticos se roban– a los indígenas y al desarrollo y protección de la Amazonía.

No solo están fumigando con glifosato los campos de Colombia, sino también a los pobres de la tierra con el veneno de la economía de mercado, la política neoliberal que mata masivamente de hambre, y que nos niega el derecho a la paz.

La paz es vida, y esta adquiere todo su sentido y validez si está ligada al disfrute de derechos fundamentales como el alimento, la vivienda, el agua, el vestido, el trabajo... Por eso la paz es el derecho síntesis, el pico Everest de todos ellos, sin el cual no es posible la concreción de los demás derechos. Sin la paz que garantice la vida, los derechos

se desvanecen en el aire.

Sin duda, la bandera al viento más destellante que agitan las manos de las FARC-EP es la de la paz. Ella levanta al cielo el clamor de los anhelos de los ciudadanos de un país que nunca se han despegado del sueño de vivir en dignidad. Nuestra dura travesía por la geografía salvaje y dulce tenía en la paz su inspiración.

Una noche escuchamos en la radio que la Jurisdicción Especial para la Paz nos pedía explicar qué tanto habíamos hecho para favorecer la reincorporación de los guerrilleros... A los pocos días le respondimos con la siguiente correspondencia abierta:

En respuesta a la JEP

Señoras y señores magistrados de la JEP

Reciban nuestro saludo cordial.

Pregunta la Jurisdicción Especial para la Paz qué hemos hecho por la reincorporación política, económica y social de los guerrilleros y por la implementación en general de los Acuerdos de La Habana. Nuestra respuesta es TODO; todo lo que ha estado al alcance de nuestras manos. Podemos asegurar que desde la firma misma del acuerdo en la Sala de Protocolo del Palacio de Convenciones hemos exigido día y noche sin cesar, el cumplimiento de lo pactado de buena fe y sellado con la entrega de las armas rebeldes a la Primera Misión de Naciones Unidas.

Las actas de la CSIVI consignan las huellas de este esfuerzo permanente. No abusamos si colocamos como testigos a los altos comisionados Sergio Jaramillo y Rodrigo Rivera, a los exministros de Gobierno Juan Fernando Cristo y Guillermo Rivera, al exministro de

Justicia Botero Gil, al doctor Rafael Pardo de la oficina del posconflicto, a la exministra de Comercio y turismo María Lorena Gutiérrez, a la excanciller María Ángela Holguín, al exvicepresidente general Oscar Naranjo, y al propio expresidente de la república Juan Manuel Santos. Por otra parte, los señores embajadores de Cuba y de Noruega que oficiaron en esas reuniones como garantes del proceso, así como los representantes de la Segunda Misión de la ONU que verifica el cumplimiento por parte del Estado de la reincorporación, también pueden dar fe de estos hechos.

Directamente, al menos en dos oportunidades, le propusimos al presidente Santos la recuperación por guerrilleros de territorios degradados por la minería a través de la siembra de vetiver, el cual actúa como descontaminante y al mismo tiempo como fertilizante de suelos. Esto permite el rescate de la tierra para la agricultura y la siembra de bosques. Como complemento de esta idea le sugerimos una alianza para ayudar a saldar la deuda de setenta millones de toneladas de carbono, contraída por Colombia en París como aporte al esfuerzo mundial para contrarrestar el cambio climático. Posteriormente, con un grupo de empresarios europeos le propusimos, aprovechando el acuerdo de transferencia de tecnología recientemente firmado entre Colombia y Austria, la generación de energía a través de biomasa en los Espacios Territoriales. La biomasa procesada por pirolisis o quemado en seco emite CO₂ neutro a la atmósfera, y como resultado del calor, produce electricidad y frío, así como biocarbón y fertilizantes. Todo ello genera empresa y recursos para financiar reincorporación y reparación de territorios afectados por el conflicto porque involucra a la población al configurar una economía circular para beneficio de todos. Nada de esto obtuvo luz verde a pesar de que alcanzamos a intercambiar sobre estructuración financiera. En este caso el Gobierno “ni rajó ni prestó el hacha”. No efectuó ningún desembolso para los proyectos productivos de la reincorporación ni facilitó que estos se autofinanciaran con trabajo y dinámicas propias.

Pensando en cómo echar a andar la reincorporación, en varias oca-

siones planteamos a representantes del Gobierno la adjudicación de un globo de tierra en Ciudad Yari, municipio de San Vicente del Caguán, para levantar en ese lugar una “Ciudadela de Paz” que congregara a excombatientes de Caquetá, Nariño, Putumayo, Meta y Guaviare, a sus familias y a comunidades campesinas y étnicas de la región, rodeadas estas ciudadelas de diversos proyectos productivos; sin duda, también una buena manera de reparar a la población de las áreas afectadas por el conflicto y de tener a la gente trabajando honradamente y en paz. Pero al Gobierno le faltó compromiso y decisión, si se tiene en cuenta que solo tenía que intervenir terrenos baldíos y predios que habían sido objeto de extinción de dominio.

Por distintas vías le hicimos llegar al presidente Santos la idea de que antes de concluir su Gobierno y como una señal fuerte de cumplimiento y de fortaleza del proceso, pusiera en marcha un piloto de titulación de tierras a campesinos en los términos consignados en el Acuerdo de Paz. Y para ello le sugerimos la región de El Pato, región histórica de la resistencia armada. Hubiese resultado muy fácil instalar allí una oficina de titulación, tal como lo habían ofrecido el ministro de Agricultura Aurelio Iragorri y el doctor Miguel Samper de la Agencia Nacional de Tierras. Todo indica que los engorrosos trámites legales y burocráticos y el desgano del Estado dejaron pasar esta oportunidad de oro para el desarrollo de esa obligación.

También propusimos la creación de granjas que tenían como centro a pequeñas ciudadelas, todas ellas rodeadas de proyectos productivos de explotación piscícola, avícola, porcina, caprina, bovina, cultivos de pancoger y bosques de paulonia. Hubiese sido una opción práctica de reincorporación. Les entregamos proyectos de estas granjas para Espacios Territoriales, técnicamente bien diseñados, pero al señor fiscal general, que ha actuado de muy mala fe contra la paz de Colombia se le ocurrió, con la DEA, en el marco de sus montajes judiciales extravagantes, que cuando Santrich habla de granjas se está refiriendo a “toneladas de coca para exportar a los Estados Unidos”. Ojalá Dios lo perdone por sabotear la paz y por esa maldad dañina que des-

tila su alma. Cuánto deseamos tener una justicia soberana que no se arrodille ni se quiebre ante potencias extranjeras.

La Fiscalía no puede presentar pruebas contra el negociador de las FARC porque no las tiene. Esa actitud absurda e irresponsable es la que tiene al proceso de paz –el logro más trascendental de Colombia en los últimos tiempos– en penosa y triste agonía.

Señoras y señores magistrados: varios proyectos productivos que hoy se desarrollan en algunos Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación, ETCR, lo son gracias al contacto que hicimos con embajadores de la Unión Europea, que muy preocupados por el paquidérmico o nulo avance de la reincorporación aportaron generosamente los recursos financieros que requería su concreción. Así surgen grandes plantaciones de cultivos de maíz, girasol, pimentón, maracuyá, tomate, piña, sábila, se ponen en funcionamiento estanques piscícolas, invernaderos y viveros, y se dan los primeros pasos para incursionar en ecoturismo. Con recursos cooperativos montamos talleres de fabricación de calzado, de muebles de hogar y prendas de vestir, panaderías y restaurantes. No nos hemos quedado con los brazos cruzados. El gran problema, como bien lo conoce la opinión nacional, ha sido el mercadeo de los productos.

Por otra parte, siempre intentamos sin mucho éxito llegar a acuerdos de asesoría y producción con empresarios nacionales de Fedecacao, Fedepanela y otros para desarrollar proyectos con participación de la antigua guerrilla y las comunidades. En cambio, y gracias a su acertada valoración de la paz regional, algunos gobernadores facilitaron maquinaria pesada con la que hemos abierto y reparado un sinnúmero de vías, lo que ha favorecido a amplios núcleos de población campesina afectada por el conflicto. Hemos logrado construir puentes, refaccionar escuelas. No hemos dejado ni un instante de solicitar a las gobernaciones y municipios la extensión de redes que lleven la energía eléctrica al campo, de pedir el mejoramiento de las vías terciarias, instalación de puestos de salud. Incluso, expusimos ante altos

representantes del Gobierno el proyecto de llevar conectividad a las regiones olvidadas y alejadas del corazón del poder central.

Paralelamente, como organización trabajamos con buenos resultados en Desminado Humanitario, y en la búsqueda de personas dadas por desaparecidas en el marco del conflicto, esto último en coordinación con el CICR (Comité Internacional de la Cruz Roja).

Por otra parte, y en otro plano, nunca hemos dejado de persuadir a la gente, como siempre lo hicimos, de la bondad de la preservación de los bosques y la protección de la fauna. Sinceramente nos duele la deforestación de la Amazonía y la conversión por el Gobierno de departamentos claramente amazónicos, como Putumayo, Caquetá y Guaviare, en distritos mineros. Esto es francamente desconcertante. Ojalá corrijan esa mala decisión.

Dedicamos muchas horas a la Pedagogía de Paz tanto en los ETCR como en todos los escenarios de la vida nacional donde tuvimos esa oportunidad. Pero ante el manifiesto incumplimiento por parte del Estado es muy difícil convencer a la gente de sus bondades. Ante las bases, por ejemplo, nos lamentamos de no haber podido lograr un sistema de salud más eficiente para los excombatientes. Queríamos para ellos un régimen especial como el que se aplica a las Fuerzas Armadas, porque las enfermedades de los excombatientes no son las comunes, sino que en gran parte tienen que ver con mutilaciones y lesiones de guerra que no son de fácil tratamiento. Claro, la lucha debemos hacerla por un sistema más humano de salud para todos los colombianos. A pesar de haber desplegado esfuerzos no pudimos acceder a la titulación de tierras en los Espacios Territoriales como garantía del normal desenvolvimiento de los proyectos productivos en los mismos.

Para no fatigarlos con la enumeración de todos nuestros emprendimientos en pos de la implementación, baste recordar las numerosas reuniones en el salón “La Giralda” del Ministerio del Interior en las que dimos todo para convenir con el Gobierno los términos del de-

sarrollo normativo de los acuerdos. Pero se aprobaron textos que al cruzar la estrecha calle que separa a dicho Ministerio del Palacio de Nariño, misteriosamente cambiaron su contenido. Los ponentes de las normas en el Congreso y parlamentarios que nunca fueron plenipotenciarios las distorsionaron con sus caprichos. Hundieron la Reforma Política y siguen ignorando la urgente Reforma Electoral para no tocar el fraude y la corrupción cuando Colombia pide a gritos un sistema político electoral honrado que devuelva la confianza a la gente. Sentimos que en ese escenario del desarrollo normativo de los acuerdos no pudimos evitar la perfidia de la desfiguración de la JEP que favorece la impunidad. Con la convicción del deber cumplido queremos dejar como constancia nuestros argumentos en los cónclaves realizados entre el Gobierno y las FARC en Cartagena y Bogotá; las reclamaciones insurgentes por los incumplimientos de la contraparte ante los expresidentes Pepe Mujica y Felipe González en Cali y en La Heroica; la prédica o pedagogía de la sustitución de cultivos de uso ilícito, que además la quieren los campesinos sin engaños. Si no se aprueba un tratamiento penal diferencial para ellos, la sustitución será un fracaso y peor si se utiliza la vía de la erradicación forzada mediante la aspersión de tóxicos.

Seguimos esperando que el Gobierno abandone las reticencias y cumpla sus compromisos derivados del Acuerdo de Paz. Es que estos son para cumplirlos. Pacta sunt servanda. Debe siempre tenerse en cuenta que el Acuerdo de La Habana tiene la categoría de Documento Oficial del Consejo de Seguridad de NN.UU. y al mismo tiempo la de Acuerdo Especial del artículo 3 de los Convenios de Ginebra. Es de sentido común que, si se le exige a la insurgencia como contraparte, es válido que la JEP llame también al Gobierno o a los poderes del Estado a rendir cuentas sobre la implementación.

El general Alberto José Mejía en representación de una de las partes contendientes presentó hace poco ante la JEP un dossier contra las FARC muy parecido al trabajado por la Fiscalía anterior, pero sería bueno, que, como acto de equilibrio también presentara el de

las Fuerzas Armadas. Naciones Unidas atribuye al Estado y a los paramilitares el 80% de la victimizaciones en Colombia. Memoria histórica responsabiliza a los paramilitares del asesinato de cien mil personas. Jefes paramilitares como Salvatore Mancuso han denunciado cómo ejecutaron ese trabajo sucio en connivencia con el Estado y sus Fuerzas Armadas. Es necesario que hagan también análisis de contexto de los falsos positivos. Todos sabemos que aquí hay unos determinadores. Que los militares no se hubiesen metido en semejante lío de no haber existido esa absurda directiva 029 del ministro de Defensa de Uribe, señor Camilo Ospina, que muy agazapado desde entonces, no dice ni mu. Pedimos que no se hiera la verdad pura y limpia, porque ella contiene el bálsamo bendito que sana las desgarraduras más profundas del alma causadas por el conflicto.

Finalmente, y más que todo para el país nacional: el Acuerdo de Paz de La Habana fue firmado por el Gobierno Santos a nombre del Estado, lo cual implica un traslado de obligaciones al Gobierno Duque quien ha asumido una posición de indiferencia frente al acuerdo y su cumplimiento, dando la sensación que ha tomado la decisión de esperar que este se difumine definitivamente en los vientos del olvido. La JEP que acordamos privilegiaba la justicia restaurativa sobre la punitiva; no contemplaba la impunidad; era para todos los involucrados en el conflicto, en especial para los determinadores que profirieron las órdenes desde la cúpula política, terceros involucrados, terratenientes, sectores empresariales, las partes contendientes... y no solo para estos últimos. No tiene presentación que el actual presidente intente forzar las decisiones de la Justicia Especial, ni mucho menos que el fiscal en descarado abuso de poder allane sus oficinas para raponearle a la Jurisdicción de Paz sus papeles de trabajo. El santanderismo hirsuto está trasladando la guerra con las armas a la guerra jurídica de los montajes judiciales, como forma de justificar el incumplimiento y de empujar definitivamente al Estado a los terrenos deleznable de la perfidia.

De ustedes, atentamente,

Iván Márquez, Oscar Montero, Aldinéver Morantes, Edison Romaña, Albeiro Córdoba, Iván Ali, Enrique Marulanda, Iván Merchán, Rusbel Ramírez y otros.

Como la travesía no se detiene, igual ocurre con la narración.

Alex Pajuelito

Un muchacho de 18 años chapoteaba con sus pasos cansados las estancadas aguas del rebalse guiándose por la turbidez del agua y las hojas flotantes dejadas por la vanguardia de la marcha, cuando de repente ve el celaje amarillo y negro de un enorme tigre mariposo que avanza en sentido contrario, pero por otro carril. El tigre se detiene sorprendido y al ver al joven guerrillero salta a la senda de este y se dispone a atacarlo de frente. Ruge y avanza agazapado como preludio del salto mortal y Alex en reacción le dispara instintivamente su fusil. La fiera —que ya volaba con sus zarpas extendidas— da una voltereta en el aire herida en la cabeza y cae a dos metros del guerrero con sus cuatro arrobas de peso. Como había realizado un disparo y debía justificarlo, resuelve llevar como prueba la cabeza de la bestia a su comandante. Hoy uno de los cuatro colmillos cuelga de su pecho como trofeo de vida y muerte. Los guerrilleros de la retaguardia al ver al animal sin vida sienten pesar, pero al mismo tiempo alegría de que Alex siga vivo. Sentimientos encontrados en el corazón.

Al día siguiente, de pesca por un caño, cerca a la cachivera, Alex se topó con un cachirre o babo de dos metros y medio, y lidió con él una hora pensando en llevarle carne a la guerrilla encampamentada. Lo enlazó cuatro veces y cuatro veces se le soltó. A dentelladas el caimán destrozó los lazos y las varas revolcándose en el agua. Al final Alex se dio por vencido y no tuvo otro remedio que mirar con la impotencia de sus ojos tristes cómo el cachirre se le escapaba hundién-

dose en la profundidad del río.

La pesca se convirtió en una actividad, casi paralela a la marcha marquetaliana. Ese arte de pasión, de carretes de nailon, de plomadas, carnadas y anzuelos, de paciencia, de alegrías y frustraciones nos prodigó muchas historias que nos hacían reír el alma.

Un pescador sin suerte

El Paísa es un buen pescador, pero en esta marcha estuvo muy salado; tan lleno de sal que no pescó ni un caribe, y esto es mucho decir, porque todo el mundo sabe que los caribes engullen hambrientos todos los anzuelos. Orgulloso mostraba el video de sus jornadas de pesca tres años atrás donde se le ve capturando plateados, amarillos, bagres y cajaros inmensos. Desde El Pato venía prometiendo bagre guisado y alcanzó a generar una gran expectativa en la guerrillerada. No tuvo en cuenta que la pesca del video tuvo lugar en la sequía de un verano anterior donde los peces pican desesperados buscando su sustento y que la de la marcha de la Segunda Marquetalia ocurría en tiempo de invierno y de ríos desbordados cuando los peces en los rebalses, monte adentro, se nutren copiosamente de alimento animal y vegetal.

Nadie le quita lo bailado. El Paísa Oscar es un pescador empedernido y afiebrado. Mirándolo bien, a distancia prudente, cuando le pica una cachama o lo que sea, sus gestos se parecen más a los de un pitcher de béisbol que a los de un pescador. Cuando el pez hala la cuerda, tira su mano con fuerza por encima de la cabeza y dando un salto o voltereta en el aire, queda con el cuerpo virado dándole la espalda al río. Todo un espectáculo de gracia.

Pero cuando las condiciones parecen dadas, y se está solo en un recodo del río flotando en un potrillo, se aparecen de repente las toninas o delfines rosados danzando y saltando a su alrededor, dejando ver

la curvatura de su lomo brillante asperjando por la chimenea de su cabeza vapor de agua como el humo de los barcos. Parecieran saludarlo; y en efecto lo saludan porque las toninas son amistosas y cariñosas, pero su presencia ahuyenta a los peces. O más exactamente, ellas cuidan su alimento. Y el Paiza tiene que regresarse entonces con el sabor agri dulce de haber visto en primera fila el extraordinario espectáculo de aquellos delfines emergiendo y desapareciendo a su alrededor, y al mismo tiempo con la frustración de un pobre pescador sin suerte.

Esa tarde nos relató el inicio de su trayectoria como pescador guerrillero. Era el Paiza un jovencito inexperto, delgadito como un fideo, pero de ojos vivaces. Siempre le llamaba la atención la salida hacia el río del grupo de pescadores al caer el sol y esperaba despierto en las madrugadas el arribo de las canoas repletas de pescado. Cuando esto ocurría, su deseo de ir a pescar lo sofocaba hasta el punto que intentaba escapársele del pecho. Hasta que no aguantó más, y entonces un día le pidió a Marulanda que lo incluyera en el grupo de pescadores que ya se alistaba para la faena. A su favor interpuso el argumento dudoso de que él también era capaz de pescar enormes cachamas y bagres. Obtenido el beneplácito, partió feliz con la bendición del jefe. Río abajo le pidió a sus compañeros que lo dejaran en un islote donde se imaginaba sacando los peces plateados de su ilusión. Pero lo que se le vino al rato fue una creciente enorme del río de la que solo pudo salvarse encaramándose en lo más alto de un árbol. Las aguas muy furiosas pasaban rugiendo a su alrededor. Al percatarse al día siguiente de su no regreso, el comandante Marulanda lo mandó a buscar bien temprano. Entonces lo hallaron horqueteado aún en el palo, como un nazareno, picado por todas partes por los mosquitos y los zancudos. Eran las ocho de la mañana. Parecía un enfermo de viruela en estado muy lamentable. Más tarde, sin pena ni gloria entró con la cabeza gacha al campamento. Y Marulanda lo miraba con una compasión burlona.

Un día se le ocurrió, como forma de devolverle la autoestima, en-

viarlo de nuevo a la pesca ordenándole previamente a uno de sus más avezados en el arte, que le colocara en el anzuelo una cachama viva de 25 libras para que él la sacara. «Paiza –le dijo Manuel– le voy a dar mis anzuelos personales que guardo desde la época de Marquetalia para que vaya a pescar». Oscar los miró, y se dio cuenta que estaban oxidados, pero bien sujetos a unos nailones gruesos y retorcidos. Le agradeció el gesto histórico y salió volando. Los maldadosos lo entretuvieron colocando otros dos anzuelos más abajo. Al regresar al sitio, sintió que había caído el pez, y entonces libró con él, el combate más feliz de su vida hasta sacarlo a la playa. El nylon le había quemado los dedos, porque el animal le halaba con una fuerza muy poderosa. Emocionado el Paiza entró corriendo al campamento con la cachama aún palpitante que disparaba flashes de plata con los rayos del sol. Todos reían contentos, henchidos de complicidad. Tres meses después Marulanda, con sus ojos llorosos de la risa, le contó los detalles de su fechoría.

Y volviendo a la marcha: eran las diez de la noche, cuando el sobrevuelo en círculos de un sofisticado y silencioso avión de inteligencia, encendió todas las alarmas. El Paiza y Cala acababan de regresar al campamento móvil de una de esas fallidas pescas nocturnas. La luna amarilla al pincelar la selva dormida con el color de su luz, le imprimía una tonalidad azul y plata alelante. Dos veces pasó por encima como un escualo el avión proyectando su sombra en los claros de luna que salpicaban el campamento. Sin dudarlo, y apoyados en las lecciones de la experiencia, decidimos abandonar el lugar sin pérdida de tiempo para evitar la no grata sorpresa de un bombardeo. Entonces marchamos en la oscuridad orientados solamente por la luz tenue selénica que flotaba en el firmamento.

Al día siguiente, ya en otro campamento como a treinta kilómetros del lugar del sobrevuelo, mientras los rancheros o cocineros preparaban el desayuno en estufas a gasolina, mirábamos extasiados las guacamayas amarillo, azul y rojo que en los últimos pisos de un árbol parloteaban al rededor de los nidos horadados con su pico. Fue

allí, donde se produjo nuestro encuentro con Albeiro Córdoba e Iván Alí que se habían sumado a la rebeldía desde el 21 de agosto. Venían acompañados del comandante del Primer Frente, compañero Iván Lozada. Abrazos, alegría e historias. Le mamamos gallo a Iván Alí que se apareció exhibiendo una barriga multifuncional que además de oficiar como depósito de comida, podía ser adecuada como mesa para colocar pocillos de café, computadoras, radios y GPS. El hombre sentía en su humanidad la diferencia de marchar con un pesado equipo por parajes silvestres y la sensación placentera de viajar por la autopista San José-Villavicencio en una Toyota blindada de la UNP (Unidad Nacional de Protección) con un enjambre de escoltas.

No hacía mucho el ETCR de Charras –lugar de donde partieron– había sido objeto de un inusual relevo de tropas. El tradicional Batot (Batallón de Operaciones Terrestres) fue reemplazado sin aviso previo por dos Batallones de contraguerrilla. El día anterior a la salida de los dos comandantes guerrilleros, el ETCR amaneció invadido por el CTI (Cuerpo Técnico de Investigación) de la Fiscalía, fuerza policial y policía militar, con el pretexto sin consistencia de indagar sobre las propiedades de esas tierras. Días atrás un grupo de paramilitares de la empresa palmera Poligrow había hecho presencia en el espacio pidiéndole a los guerrilleros su apoyo con una embarcación para cruzar el río Guaviare. ¿Dónde estaba el ejército, dónde la policía? La seguridad colectiva e individual del espacio hacía agua por todas partes. Eso precipitó la salida de Albeiro y Alí del espacio de Charras.

La noche de la laguna Nápoles

Salimos del sitio bien temprano, cubiertos por la neblina del río, porque el ejército había bombardeado y desembarcado en dos puntos ubicados a pocos kilómetros de distancia donde nos encontrábamos. Fue una marcha larga y atípica porque no tenía puerto de llegada. Sin haber realizado ninguna exploración previa, habíamos abordado

los botes para alejarnos del lugar del desembarco de tropas, por eso, siendo pasadas las 16:00 seguíamos con los motores encendidos, río abajo. Esta vez el Inírida no tenía orillas, y en busca de un barranco para desembarcar, por más que le pusiéramos a la falca las alas de los últimos fulgores del día, solo avistábamos fantasmagóricas peñas que solo eran marcas de agua, pues al bajar el nivel de estas, quedaba impregnada en los árboles y sus ramas, una franja color tierra que al ser observada de lejos parecían ser los barrancos que buscaban decenas de ojos. Pero no; al aproximarnos al sitio, el espejismo se convertía en rebalse de agua que penetraba en la selva dos y tres kilómetros en profundidad. Como el sol se estaba apagando optamos por dirigir entonces proa hacia la laguna de Nápoles que apareció en la margen izquierda con la primera bocanada de la noche. Estábamos dispuestos a pernoctar flotando en el agua.

Fue algo extraordinario; una experiencia inédita digna de ser narrada como leyenda guerrillera. Cortázar, el grandulón y fortacho motorista, ya en aguas de la laguna hace rugir el motor 40 enfilando la larga mole metálica hacia los árboles. La falca avanza en medio de un estrépito de hierros y de ramas quebradas hasta quedar atrapada en la telaraña del manto verde de la selva. Era lo que queríamos para evitar ser ubicados por drones y aviones de inteligencia. Solo había que tenderse en el piso que estaba cubierto de tablas de madera y protegido con un techo de grueso hule en forma de arco. Todos los humores y los almizcles de 24 guerrilleros se mezclaron en el aire enrarecido con el olor a gasolina que se escapaba de cuatro tambores. Se había configurado una atmósfera de amoníaco, una burbuja de gas realmente explosiva en medio de los truenos y los relámpagos de una tormenta que acababa de estallar. Afuera, Enrique Marulanda había guindado su hamaca a la altura de la proa en los troncos que emergían del agua, pero bien guarecido bajo una carpa impermeable. En esa atmósfera revuelta de sofoco y de calor encerrado detonó un concierto de ronquidos, unos finos como silbido de culebra y otros graves y entrecortados como motor en pistoneo, y una que otra explosión sulfurosa, variadas como en el poema de Quevedo. Aquello

sonaba o tronaba como rugido de fieras en madriguera. Así nos sorprendió el amanecer.

El nuevo día olía a laguna y a pescado, y por esa sensación no podemos olvidar que en esa mañana zumbaba por las ondas hertzianas una de las líneas de acción de la renovada estrategia de seguridad de la derecha, que como quiera que uno la escuche, se escucha como una amenaza.

“El que la hace la paga”

Consigna ruin como hipócrita, inspirada en la ley del Tali3n, fue convertida en el emblema de m3s brillo del Gobierno Duque. Pero, si “el que la hace la paga” ¿qué pasa con el expresidente Uribe, alma de los falsos positivos y de los testigos falsos, impulsor del paramilitarismo que seg3n Memoria Hist3rica asesin3 a m3s de cien mil colombianos, desplaz3 violentamente de su entorno a m3s de seis millones de compatriotas despoj3ndolos, adem3s, de ocho millones de hect3reas de tierra para estimular la renta ganadera y la explotaci3n minera?

Si “el que la hace la paga” ¿cu3ndo pagar3n sus cr3menes los Gobiernos determinadores y los empresarios-sanguijuelas que victimizaron y siguen victimizando con su pol3tica econ3mica neoliberal a millones de seres humanos en Colombia? Ellos son los responsables de las muertes causadas por la inanici3n y la miseria, de los impuestos a los pobres para aliviar la tributaci3n de los ricos, de la desfinanciaci3n de la educaci3n y la salud, y de los tugurios y el desempleo. Ellos son los responsables de los bajos salarios que impactan negativamente los derechos humanos.

Si “el que la hace la paga”, el Estado debe entonces reparar a las v3ctimas del conflicto, y no escatimar esfuerzos para que se conozcan las causas y los responsables de la confrontaci3n fratricida, d3ndole impulso al ofrecimiento de la verdad por parte de todos los involu-

crados en el conflicto; lo demás es demagogia.

Este Gobierno trabaja en dirección contraria a la paz. Desarrolla una estrategia fría y sin sentimientos humanos, calculada, para volver a la guerra. A la guerra interna para justificar la incineración definitiva de los papeles del Acuerdo de Paz; y en lo externo desatar la guerra contra Venezuela. Unas guerras a las que no enviarán nunca a morir a los hijos de los oligarcas, sino a los hijos de la gente humilde y pobre. Duque, con el visto bueno de Washington, está organizando una cruzada irracional de la derecha enfilada a derrocar al presidente Nicolás Maduro y a desestabilizar al Gobierno de la nación hermana y borrar del mapa el florecimiento en el continente de Gobiernos democráticos y populares. Quiere la guerra, para, en medio de la tensión y el caos, imponer la tiranía de políticas económicas que expriman más al pobre y estimulen las ganancias de los “cacaos”, los grandes empresarios que son realmente los dueños del poder.

Por considerarlas pertinentes ponemos a consideración las tesis de Santrich que caracterizan o retratan muy bien al Gobierno de Iván Duque:

Es la continuidad del Orden Social Vigente, dentro de la misma dinámica del neoliberalismo, con un régimen violento e indolente que conserva su carácter de régimen de terror.

De esta continuidad se desprende la continuidad de la miseria, la desigualdad y la exclusión política que fueron causa de la confrontación, y a la que ahora se insiste perniciosamente en dar el equivocado tratamiento de represión y guerra que es lo que nos sumió en medio siglo de sangre. De manera infame se persiste en el militarismo y en la militarización de la vida nacional, en la violación de los derechos humanos, en la guerra sucia, en la Doctrina del Enemigo Interno, en la fracasada guerra contra las drogas, en la obstrucción a la Reforma Rural Integral, en la negativa a la Reforma Política de fondo, que realmente dé paso a una apertura democrática.

En esta praxis perversa del sofisma y del ardid se suele proponer lo peor en materia legislativa y de gobierno para que al final de la controversia se admita el “consenso” alrededor de lo menos peor o del mal menor, en apariencia de las “coincidencias” que eviten el confrontacionismo y el traumatismo social, en la medida en que se abre camino al falso “centro político”, que además para algunos termina convertido en viraje claudicante hacia el centro ideológico.

Nadie puede negar hoy que el propósito fundamental del Bloque de Poder Dominante no era el de construir un camino hacia la paz, sino el de obtener el desarme y la desarticulación militar de la insurgencia, para luego, y sin propiciar ningún cambio de beneficio social sustancial, proseguir con el pronto desarme y desarticulación ideológica y política desplegando con mayor determinación la guerra de baja intensidad, la guerra sucia con formatos remozados, y complementos ya antes experimentados y otros novedosos de estigmatización y persecución judicial, al tiempo que nos imponen el papel de victimarios per sé y de chivos expiatorios de la confrontación política, social y armada de más de medio siglo.

Son inocultables las características lesivas para las capas medias y pobres de la población, como ostensibles los favorecimientos y privilegios para el gran capital, en las políticas económicas del régimen empeñado en la desfinanciación de la inversión social siempre sometida a la exprimidora de la sostenibilidad fiscal.

En este marco de circunstancias, el desparpajo y el cinismo con que se ha irrespetado el Acuerdo de Paz ha destruido la buena fe y el crédito en la palabra, que permitía confiar en el porvenir incluso de lo ya normatizado, o confiar en nuevas vías dialogadas con esta generación de oligarcas gansterizados, lumpenizados, y entregados a los intereses imperiales. Si algo ha traído como enseñanza el actual proceso de paz surgido del Acuerdo de La Habana es que con esta oligarquía nada está acordado, así todo esté acordado.

Y regresando a las vicisitudes de la marcha que avanzaba desde El Pato:

Paquita

No podía atravesar la inestable vara tendida entre dos barrancos separados por un caño sin nombre que corría a unos diez metros de profundidad. Daba unos pasos y se regresaba, tal vez impresionada porque no hacía mucho, atravesando uno de estos obstáculos, había caído al agua con puente quebrado y todo. El golpe que se dio le produjo una cojera que no la dejó en paz durante toda la marcha. Mincho, que la observaba con algo de preocupación, muy galante y solidario le dice: «Tranquila, tranquila... Espere ahí; cruzo el puente y me regreso a darle la mano». Y entonces avanza con los brazos extendidos sobre el lomo quisquilloso del árbol, pero con tan mala suerte que en la mitad del trayecto perdió el equilibrio, y por más que intentó recuperarlo, terminó horqueteado en el palo, tan solo por un instante porque la inercia de la carga a cuestras lo empujó con fuerza desproporcionada en caída libre. Cayó de espaldas halado por el peso del equipo adornado con la estufa y el tanque de gasolina. Y ¡chulumbúm!... Al tocar el río el agua explotó hacia arriba como un volcán; pero Mincho como un resorte resurgió de las aguas sorprendidas ileso y muerto de risa. Recordó después que en la caída solo miraba el azul del cielo y las copas verdes de los árboles. «Sentí que el viento me silbaba por todas partes», dijo. Mientras unos se reían de él, a otros no les gustaba el tono de la burla. Paquita al presenciar el espectáculo resolvió lanzarse al caño para cruzarlo haciendo pie por las partes más bajas.

Tornado en la selva

Unos días después irrumpió con gran sorpresa un tornado a orillas del río Inírida. Iván Alí y los jefes del Primer Frente estaban ensayando dos drones Mavic-pro. En desarrollo de las maniobras, uno de los aparatos que volaba a dos kilómetros de distancia y a 400 metros de altura, emitió una señal de alerta sobre el avance de fuertes vientos en su ruta. Rápidamente, y para evitar la pérdida del dron, Alí optó por ordenar su retorno inmediato al punto de partida. Habrían transcurrido unos cinco minutos luego de su aterrizaje cuando empezaron a caer enormes gotas de agua lo que los obligó a recogerse hacia un cambullón. De repente fueron invadidos por nubes en remolino que elevaron por los aires el techo de la rústica construcción. En ese momento tomaron conciencia que se encontraban frente a un tornado. Entonces corrieron en busca de refugio y protección, logrando ponerse a salvo, prácticamente en la orilla de la vorágine del fenómeno natural. Atrincherados y agarrados con todas sus fuerzas a pequeños arbustos pudieron ver cómo el viento huracanado descuajaba de sus cimientos la casa del campesino que se sumó a la danza en torbellino de árboles que dejaban ver sus raíces, remolinos de bejucos y de hojas volando, de tablas y techos, y de animales sorprendidos que no alcanzaron a guarecerse. Parte de esa carga errática y enloquecida fue arrojada con violencia contra el puerto fluvial destruyendo y hundiendo los botes de madera y de aluminio. «Concluido el fenómeno pudimos ver —precisa Alí— las huellas del desastre: habían sido arrasados, de oriente a occidente —que era la ruta del tornado— dos kilómetros de selva virgen en una avenida de un kilómetro de ancho».

La muerte del Payé

La muerte del Payé es ya una leyenda que empieza a trascender las ignotas selvas del Vaupés y el Guainía. Los Payé curan con plantas medicinales y conjuros las enfermedades del indio y del blanco y ejercen como autoridades espirituales; por eso son venerados y res-

petados en todas las comunidades.

Un día enfermó el Payé del Guainía de una enfermedad letal y su sabiduría ancestral no fue suficiente para curarse a sí mismo. A medida que se marchitaba su salud crecía la preocupación de la comunidad de indios curripacos. Solo había una posibilidad de curación: ir donde otro Payé de más poder. Y este se encontraba en el Inírida. Una comisión indígena organizada apresuradamente, inició una verdadera procesión con el enfermo, río Guainía arriba, hasta Puerto Mica, ubicado sobre un caño de aguas tan oscuras como las del río. El Payé sentía que se estaba muriendo y todavía quedaba un trayecto largo para llegar donde su colega que era también en el fondo su última esperanza. De Caño Mica a Caño Rayado había que llevarlo en hombros unos doce kilómetros, y de allí en embarcación hasta el Inírida, y de la bocana del Inírida hasta donde se encontrara el Payé mayor. Una gran distancia, sin duda. Este cálculo debió hacerlo el Payé agonizante, y por eso instruyó a su gente con palabras precisas y premonitorias: «Si llego a morir en este viaje, quiero que el sitio de mi muerte sea recordado por toda persona que por él transite depositando en el altar levantado en mi memoria una ofrenda vegetal de ramas y todo tipo de madera». Y el Payé murió cuatro kilómetros antes de llegar a Tábano. En el lugar, a mano izquierda yendo hacia Mica hay una pila de madera cortada con machetes donde todos los que transitan esa trocha selvática depositan su ofrenda a la memoria del difunto. Se ha difundido que todo aquel que no rinda tributo al Payé en su paso por el lugar será castigado con una enfermedad mortal. Y cuentan que algunos han muerto por desacato y otros han sido salvados milagrosamente por otro Payé.

El día en que los guerrilleros de la Segunda Marquetalia iban a comenzar su marcha desde Tábano hacia Mica una gran expectativa se había apoderado de todos, porque todos querían conocer ese lugar. Unos decían «yo corto una vara antes de llegar al sitio y se la ofrezco al Payé»; otros decían que no colocaban nada porque no creían en esas vainas... A una hora exacta de marcha, ahí estaba en la curva

de la narrativa, la pila de madera que recordaba al Payé. La gran mayoría se detuvo en el lugar para conocer aquel sitio de la leyenda y soltar al viento sus comentarios. Cuando se dio la orden de continuar la marcha, de todas maneras, la gran mayoría depositó su ofrenda en aquel montículo de palos, por si las moscas... El Paisa Oscar dejó allí con devoción el bastón tallado que le había regalado Iván para que le ayudara a soportar su cojera.

Cuentan que en una ocasión pasó Martín Villa, el viejo legendario, con sus tropas por el lugar, y al percatarse que algunos de sus guerrilleros no habían hecho la ofrenda, les ordenó regresar a enmendar su descuido. No solo no quería que algo malo les sucediera, sino que quería mostrar así el respeto de la guerrilla a esa creencia de las comunidades indígenas. Estas comunidades aún recuerdan con veneración al comandante Villa, y también a Urías Rondón y a otros que pasaron por allí haciéndoles el bien, dotándolos de transporte, energía eléctrica, comunicaciones, televisión satelital y mejorando sus viviendas.

Cuando nos asomábamos al Guainía y mirábamos desde las alturas esa selva plana infinita de donde sobresalían enormes monolitos como islas de un alucinante mar vegetal, nuevamente la radio nos hablaba al oído de la exigencia perentoria del embajador de los Estados Unidos de comenzar ya la extradición de guerrilleros en la Colombia del posacuerdo de paz, con el tono inapelable de un superior jerárquico, o mejor, con el chillido estridente de un aguilucho que se cree volar por encima de la soberanía de la patria que nos vio nacer. En concreto, el señor Kevin Whitaker se refería a Santrich, el estelar ciego, negociador de paz de las FARC, a quien quiere, mediante montaje judicial urdido con el fiscal, enterrar para siempre en una prisión del imperio.

En solidaridad con nuestro vocero y camarada, le remitimos a la cár-

cel de máxima seguridad de La Picota de Bogotá, nuestra percepción de la podrida infamia.

Carta a Jesús Santrich

Apreciado JESÚS SANTRICH

Va nuestro cálido saludo de hermanos con el afecto de miles de guerrilleros de los Espacios Territoriales y de los dispersos en la geografía nacional que esperan noticias del cumplimiento de los acuerdos, y también de la gente buena de este país que anhela tu libertad abrazada al anhelo de paz.

De corazón estamos contigo. Te reiteramos nuestra solidaridad total. Nos enorgullece tu dignidad que la equiparamos con la de Simón Trinidad. Una eventual extradición tuya por cuenta de un burdo montaje judicial de la DEA y la Fiscalía, o la perpetuación injustificada de tu presidio, significarán el fracaso irremediable de la paz. Poco a poco se están cayendo las mentiras del fiscal Martínez. Si no hay pruebas, contra ti, deben aplicarte el principio de favorabilidad produciendo tu excarcelación inmediata.

Nos asombra la intromisión descarada del embajador de los Estados Unidos en los asuntos internos del país, sin que ninguna autoridad asuma la dignidad de la patria ni la voz de nuestra soberanía política y jurídica. Debiera el señor Whitaker actuar con el talante de los diplomáticos acreditados en Colombia que no se inmiscuyen en nuestros asuntos internos ni socavan la paz para derribarla.

El proceso soporta hoy presiones infernales de gente muy poderosa implicada en la violencia, que emitió órdenes a la fuerza pública que terminaron victimizando a millones de seres humanos, gente acostumbrada a la impunidad y a las tinieblas, que le aterra el sol de la

verdad, y que por eso prefiere el caos para enterrar la ilusión seráfica de ver a Colombia trazando su futuro a partir del Acuerdo de Paz.

Por esta razón el Acuerdo de La Habana, llamado por sus detractores “el maldito papel”, no ha podido, por ahora, apagar el incendio del conflicto. Hay personas tan vacías de humanidad y tan llenas de insania que habiendo hecho trizas el acuerdo ahora quieren demoler sus ruinas.

Lo que hoy llaman Acuerdo de Paz no es el convenido por las partes en La Habana. Es un horroroso Frankenstein santanderista. Comparémoslo con el texto del acuerdo del 24 de noviembre de 2016 refrendado por el Congreso de la República y podremos constatar que le cercenaron el alma y cambiaron su esencia por obra y gracia de la interpretación jurisprudencial, la implementación legislativa y la perfidia del Estado. Estas ramas del poder ignoran, encogiendo los hombros, la existencia del principio pacta sunt servanda que establece que todo tratado en vigor obliga a las partes y debe ser cumplido por ellas de buena fe. Pero cambiaron unilateralmente las reglas en medio del juego sin tener en cuenta que este principio del derecho ha sido y es parte del ordenamiento jurídico colombiano. Parece que no se han percatado que al presentar ante Naciones Unidas el acuerdo en la manera de una declaración unilateral de cumplimiento, y de haberlo convertido en un Acuerdo Especial del artículo 3 de los Convenios de Ginebra, el Estado adquiere obligaciones internacionales que no puede soslayar.

“Un acuerdo –como dice Enrique Santiago– por su naturaleza bilateral, solo puede ser mejorado de común acuerdo entre las distintas partes que lo suscribieron. Cualquier otro supuesto es una vulgar usurpación de la voluntad y la legitimidad de las partes y en este caso sería una falsificación de la historia sin validez jurídica alguna y con dramáticas consecuencias políticas para Colombia”.

Tenemos que sugerirles, Santrich, a todos los guerrilleros asentados

en los ETCR y a los que hoy se mueven fuera de ellos, que estudien el artículo de Enrique Santiago sobre estos asuntos publicado por la Revista IZQUIERDA #76. Es fundamental para la comprensión de la encrucijada de la paz y la guerra.

Las alteraciones al contenido del acuerdo por parte del Estado son al mismo tiempo problemáticas como desconcertantes: si la JEP se concibió para todas las partes involucradas en el conflicto ¿por qué excluyen de su competencia a los terceros que son civiles o agentes del Estado no pertenecientes a la fuerza pública que de alguna u otra manera victimizaron colombianos con sus determinaciones? Es necesario reiterarlo: la Jurisdicción Especial no fue acordada solamente para la guerrilla, sino para todos los actores del conflicto.

Sin duda constituye un grave error jurídico y político lo que está haciendo la astuta clase dominante con relación a los militares, los cuales, sabiendo que recibieron órdenes de la cúpula política, no debieran dejarse arrastrar ni impresionar con cantos de sirena que lo que buscan es salvar a la rancia casta política del régimen de sus responsabilidades en el conflicto para endosárselas sin más ni más a las Fuerzas Armadas. Los utilizaron en la guerra sucia y en victimizaciones horribles y ahora quieren lavarse las manos como Pilatos. Eso no es justo y no obedece a la verdad. Todo el tiempo utilizaron a las FF.AA. para mantenerse en el poder mientras se enriquecían con la corrupción y se llenaban de privilegios.

Ahora han tratado de impulsar a través de un Acto Legislativo la creación de salas especiales en la JEP para resolver las imputaciones contra integrantes de las Fuerzas Militares en el marco del conflicto, con jueces de instituciones del Estado que deben ser expertos en un repentino “derecho operativo” cuando existe para ello la normativa internacional del ius in bellum. Con esto solo lograrán activar un pandemónium. Los guerrilleros siempre actuaron bajo normas y un régimen disciplinario severo con el que fueron sancionados muchos de ellos. La “juridicidad insurgente” en la guerri-

lla tuvo por tanto el mismo sentido y valor que el llamado “derecho operacional” en las FF.MM. Pero lo más grave y riesgoso de la creación de salas especiales para los militares con jueces ad hoc o jueces a la carta, es que, si se configura favorecimiento de la impunidad, pueden terminar conducidos a los estrados de la Corte Penal Internacional. Es obvio que esto es una jugarreta de los políticos para aplazar el nacimiento de la verdad en torno a lo acaecido en el conflicto y de sus verdaderos responsables.

Santrich: para concluir, estamos muy impactados con la inseguridad jurídica que expande la desconfianza en todo el universo guerrillero rebelde derivada de tu injusta detención. Solo basta que la DEA invente un cargo para que surja el fantasma de la extradición fraudulenta a los Estados Unidos con lo que hundirían la paz en el turbulento mar de la confrontación. A esta desconfianza se le suma la gran desconfianza histórica surgida del hecho notorio de que los más caracterizados comandantes de la insurgencia en diálogos de paz, como Guadalupe Salcedo, Jacobo Prías Alape (Charro Negro), Carlos Pizarro, Iván Marino Ospina, Álvaro Fayad, y otros, como los candidatos presidenciales Jaime Pardo y Bernardo Jaramillo de la UP (Unión Patriótica) –surgida del Acuerdo de La Uribe– fueron indefectiblemente asesinados. Esa traición extrema, esa perfidia impúdica del establecimiento es lo que no ha dejado construir una paz estable y duradera.

¿Qué nos pueden decir del asesinato de más 80 guerrilleros luego de la firma del Acuerdo de Paz de La Habana? Esto ya se parece al genocidio de la UP que fue exterminada a tiros como política de Estado. ¿Por qué retienen todavía en las cárceles a guerrilleros de las FARC en contravía de lo pactado, que fue su libertad con el compromiso de sometimiento a la JEP? Si Sonia ya cumplió pena en los Estados Unidos ¿por qué no la liberan o por qué no la pasan a la JEP? Ella está hoy en huelga de hambre. Si se acordó alejar las armas de la política ¿por qué siguen matando y exterminando a los líderes sociales de este país que ya suman más de 270 sacrificados?

Que el Estado dé la cara y responda ante la Segunda Misión de Naciones Unidas, los países garantes, los países acompañantes, los notables, la Unión Europea, y en general, ante la comunidad internacional que celebró el silenciamiento de las armas luego de medio siglo de conflicto armado.

Colombia debe despertar. Solo la nación en masa con acciones de calle, de campo y de carreteras podría frenar la felonía y el engaño y obligar al Estado a cumplir los acuerdos firmados de buena fe, teniendo en cuenta que la paz se sustenta también en la garantía de los derechos políticos, económicos y sociales de las mayorías empobrecidas.

Bueno Santrich, recibe nuestro abrazo lleno de sentimientos tiernos reforzado con la certeza de que esta época de tempestad y crispación tendrá que desembocar, más temprano que tarde, en la normalización de la vida pacífica colombiana, si así lo decide el pueblo y el sentido común. Debemos compenetrarnos con la idea de que la fuerza para la salvación del proceso reside en la potencia de la movilización del pueblo.

Hasta pronto.

Iván Márquez, Oscar Montero, Aldinéver Morantes, Edison Romaña, Albeiro Córdoba, Iván Ali, Enrique Marulanda, Iván Merchán, Rusbel Ramírez y otros

Respuesta de Santrich:

Cárcel La Picota, noviembre 22 de 2018. 16:00 horas.

Camaradas

Iván Márquez, Oscar Montero, Aldinever Morantes, Edison Romaña, Albeiro Córdoba, Iván Ali, Enrique Marulanda, Iván Merchán, Rúsbel Ramírez, Anchiga...

“Cuando hay muchos hombres sin decoro hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que roban a los pueblos su libertad, que es robarle a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana”. **MARTÍ.**

Con la memoria de Manuel Marulanda Vélez palpitando en mi corazón y con alegría infinita por su respaldo y solidaridad, va mi abrazo revolucionario.

Apenas me leyeron en el locutorio de la cárcel la carta que me remiten con fecha 17 del corriente mes, procedí a dar respuesta, aprovechando además para dejar sentada mi visión de lo que han sido estos dos años de “implementación” de los Acuerdos de Paz que se cumplen el 24.

No me extenderé, pues el estar plenamente identificado con los análisis que ustedes han hecho públicos refiriéndose al asunto, me ahorra hacer tales reflexiones. De más no está, sin embargo, expresar ahora, que comparto cada aspecto de la misiva que hoy recibo, al igual que con el artículo de Enrique Santiago titulado “El Estado que no respeta sus compromisos pierde el respeto de la comunidad internacional”.

Debo decir que a diferencia del mes de abril, en que se produjo la privación arbitraria de mi libertad, aparte de las voces de ustedes, de camaradas y amistades leales y otras pocas que se alzaron en protesta frente a ese y otros actos de la Fiscalía y del establecimiento que claramente operaban contra el proceso de paz, hoy son muchas, pero muchas más las voces –incluso de contradictores– las que se manifiestan por el respeto a lo acordado, inconformes por los evidentes incumplimientos por parte del Estado, condenando la guerra

sucia que sigue cobrando la vida de tanta gente inerme y específicamente pidiendo mi libertad o exigiendo que dejen actuar a la JEP sin presiones y en plenitud de sus atribuciones.

Esta tarde, por ejemplo, me resumieron los abogados apartes de la intervención hecha en un encuentro de balance de la “Justicia Transicional”, por Kai Ambos, jurista alemán, asesor internacional de la JEP, reseñado el 20 de noviembre en El Espectador. Entre muchos otros aspectos que coinciden con lo manifestado por Enrique Santiago y ustedes, como por mi equipo de defensa jurídica, dice que “la JEP está en su derecho de cuestionar la calidad de fondo, la sustancia de una extradición como la de Santrich... Puede no aceptar a ciegas un indictment, como el de Santrich que viene de una instancia de Estados Unidos que no es inocente, que tiene sus intereses”. Contrasta esta posición con la del procurador Carrillo, lacayo medio ridículo y mediocre, que desde el principio ha hecho de muñeco de ventrílocuo de Martínez Neira, y que ahora grita en súplica no “romper la tradición” de sometimiento que tiene esta República Banana respecto al poderío yanqui.

Tengo claro que estamos dando una lucha por hacer cumplir la palabra empeñada en beneficio del común, que procedemos con el convencimiento bolivariano de que “el gran poder existe en la fuerza irresistible del amor”, que marchamos en procura de cerrarle el paso a la felonía y al engaño, por que el Estado no siga haciendo burla impunemente del pacta sunt servanda, la buena fe y el anhelo de reconciliación de las pobrerías.

Es nuestro deber histórico persistir sin abandonar la rebeldía, en que se haga realidad la paz con justicia social. Persistir y persistir, pero sin dejar de lado el derecho a la resistencia y a la búsqueda del cambio del orden social de miseria, desigualdad y exclusión reinante, en la que imperan «las coimas marica ji, ji, ji... » (expresión del fiscal), persistir; persistir y persistir, pero teniendo claro que de aquel documento del que la comunidad internacional conceptuó en

palabras de Federica Mogherini, entre otras personalidades, como “un ejemplo para todo el mundo de que la reconciliación puede lograrse a través del diálogo”, queda muy poco, incluyendo claro está, la inmensa invaluable voluntad de concordia de quienes han creído en tal camino a pesar de las adversidades.

En este plano yo agradezco mucho a quienes mantienen el respaldo crítico al proceso, y entre este universo de perseverantes a todas y todos mis abogados, quienes sin el pago de una sola moneda han atendido nuestra causa. Y a su lado, a esa pequeña gran legión de leales que han estado atendándolo todo con tanto cariño, entrega, ejemplo y esperanza en que podremos salir adelante.

Cada quien –y ya sabemos quién es quién– ha puesto lo que ha podido y más, aun a sabiendas que lo que se ha venido imponiendo, desde antes del Gobierno de Duque, aquello de que “el primer desafío del Centro Democrático será el volver trizas ese maldito papel que llaman acuerdo con las FARC”, en reafirmación de algo que deberá tener muy en cuenta cualquier movimiento alternativo o de oposición, incluyendo las insurgencias que crean en el diálogo como instrumento para la solución de conflictos, hoy especialmente el Ejército de Liberación Nacional (ELN), y es que con el régimen colombiano, en materia de paz con justicia social NADA ESTÁ ACORDADO ASÍ TODO ESTÉ ACORDADO. Y el que lo dude que mire en nuestro espejo roto.

Como ya ustedes lo habían dicho a principios de julio “la paz de Colombia está atravesando una peligrosa turbulencia que la puede empujar definitivamente al abismo de los procesos fallidos”. Pienso que nuestro acuerdo de noviembre de 2016 ya va rodando, pero creo que siempre podemos acudir en su auxilio. De ahí que sea tan importante y principal “compenetrarnos con la idea de que la fuerza para la solución del proceso reside en la potencia de la movilización del pueblo”.

Como diría nuestro Che Guevara, “es el heroísmo del pueblo en lucha el que impone las soluciones”.

Confío absolutamente en el carácter revolucionario de nuestros compañeros y compañeras de lucha; confío absolutamente en ustedes, en su camaradería, en sus sentimientos de Patria Grande y socialismo, en su capacidad de conducción, en sus determinaciones.

¡Aquí estoy pa’ las que sea! ¡Primero muerto que descolorido! Con amor y esperanza,

Santrich

Bogotá, noviembre 28 de 2018

El Guainía y el amor loco de Roldán

El Guanía es un río oscuro y negro y es líquido de café. Nos gustó oírlo rugir envuelto en vapor en el raudal de Pilones y verlo más adelante jugar entre cangilones de aguas dormidas con nubes de espuma sobre el espejo azabache. Masa de agua, río de asfalto, óxido de hierro y cobalto con aroma de piña, de pescado moqueado y fariña de indios piapocos y curripacos, deslizándose lentamente al lugar de la cita con el Casiquiare, su enamorado hijo del Orinoco que es “serpiente enroscada”. Más abajo de Maroa, en un lugar concurrido por grandes rebalses como testigos, Guainía y Casiquiare se funden en un profundo abrazo de aguas, y reciben de los capitanes indígenas y de los sabios Payé su bendición y la partida de nacimiento con el nuevo nombre de Río Negro, para que fluyan hacia el Brasil verde olivo y selvático en busca del Amazonas y el mar.

Enamorado como estaba de Andrea, Roldán resolvió llamar su atención lanzándose al rápido iracundo del Guainía en Pilones. «Se va a ahogar ese loco», gritaban todos cuando lo vieron tirarse desde las rocas del otro lado del río. Y Roldán aparecía y desaparecía bajo las

aguas revueltas y bramadoras, que se lo tragaban y vomitaban entre piedras enormes y amarillas espumas. Desaparecía y volvía a aparecer. Por varios segundos se le perdió al radar visual de una Compañía completa de 120 ojos hasta que reapareció superando el tramo donde los botes pasaban corcoveando sobre las olas como potros salvajes. Ninguno respiraba; parecían muertos de asombro. Solo recuperaron aliento y vida con el grito de satisfacción que brotó de sus gargantas al verlo nadar sano y salvo por el tramo manso del río. Por ahora ninguna historia es comparable, ni siquiera la del hombre que se ahogó lanzándose por amor al río César crecido, salida del ingenio del maestro Rafael Escalona. No. El Guainía no es el César. En Pilonés es la fuerza descomunal de las aguas tronando cuesta abajo con su capa de vapor pintando remolinos de furia en el aire.

El amor de Andrea le susurraba al oído las locuras más absurdas como aquella de medírsele a cruzar un río desconocido, talvez infestado de anacondas, tembladores y otras fieras acuáticas. Cuando ya nadaba más allá de la mitad del tramo fue sorprendido por una Escuadra de toninas tan grandes como él, que nadaban a su lado como si se tratara de una escolta de cortesía de los delfines rosados del río. Muy asustado y exhausto llegó a la otra orilla, donde –agarrado a la rama de un árbol– descansó y meditó durante media hora cómo iba a ser su regreso a nado.

Hasta con sartaladas de pescados que aún chapaleaban destellando luces como el sol intentó Roldán ganarse el corazón de Andrea. Pero sus esfuerzos no fueron en vano. Finalmente, con Andrea comió per-dices y vivió momentos felices.

Avanzando sobre el Guainía, sabíamos que el ejército –más concretamente la Armada– nos estaba esperando con tropas emboscadas en las que consideraban las rutas que habríamos de tomar. Las bocanas de los caños que tributan al Guainía estaban copadas por unidades especiales de contraguerrilla con el barco y las pirañas artilladas, y los aviones a la espera en primer grado de alistamiento. Tuvimos que

“trillar” selva y atravesar serranías rocosas, sabanetas de arbustos y pastizales ásperos e intratables, pero con hermosos morichales y florecillas como orquídeas en miniatura. La selva del Guainía tapiza el suelo con sus hojas grandes, mucho más grandes que las del Guaviare, y con un capote de musgo donde se hunden las pisadas haciendo más agotadora la marcha.

Tuvimos que atravesar ríos “motetiando”. El verbo guerrillero “motetiar” viene de “motete”; esto es que los muchachos para atravesar un río donde no se dispone de canoa ni de balsa envuelven su equipo de marcha con un plástico que se amarra bien fuerte para evitar que entre el agua; y como una medida adicional de refuerzo, se envuelve el alijo con la casa impermeable dejándola bien amarrada para que el motete quede listo para ser arrojado a la corriente del río. En la panza flotante del motete deben ir, bien asegurados, el fusil y las municiones. En esas condiciones, el motete flota, no se hunde. El guerrillero o guerrillera que no sepa nadar puede sujetarse al motete para cruzar al otro lado. Motetiar, entonces, es cruzar un río empujando el motete. El arte consiste en no dejar mojar nada de lo que se lleva en el equipo y superar el obstáculo sin novedad.

Y retomando la trocha de las anécdotas...

El camino era culebrero de verdad

Siempre llegábamos a los campamentos transitorios al atardecer. En una ocasión lo hicimos con el último suspiro del día, cuando el sol empezaba a zambullirse en su impredecible mar de tinieblas. Con agilidad felina el Paisa saltó de la embarcación y había avanzado unos seis metros sobre el pastizal bañado con acuarelas doradas cuando de repente da una espectacular voltereta hacia atrás, y como si fuera un reflejo, vimos una culebra “pelo e gato” virar también hacia atrás. Ambos, el Paisa y la serpiente, estaban asustados. Es un hecho incontrovertible que el Paisa le tiene pavor a las culebras venenosas llámense

mapaná, rieca, cascabel, coral, canangucha, veinticuatro, verrugoso o patoco; por eso lleva siempre en su equipo frascos de suero antiofídico con los cuales ya ha salvado varias vidas. Y con razón, porque lo persigue hasta la culebra “cuatro narices” del Gobierno.

El motorista era un indígena conocedor de la región y del tejido de caños en la manigua amazónica. Al mirar los cimientos derruidos de la casa abandonada frente al puerto le preguntamos al hombre, por qué no vivía nadie ahí. Y nos respondió que en ese lugar vivió un tiempo su familia. Más exactamente hasta que descubrieron a pocos metros de la casa, en el monte, una enorme boa anaconda. Asustados porque tenían niños le dispararon en siete ocasiones con una escopeta. «Y ese animal bramaba como una vaca», relató el indio. «Tomamos entonces la decisión –agregó– de mudarnos de esta casa y esa es la razón de su soledad y abandono. No se vayan a bañar de noche en el caño porque es muy peligroso», nos advirtió. «Se los puede arrastrar y engullir alguna anaconda gigante», y no estaba cañando.

La anaconda del Yarí

En 1998, Jorge Briceño el “Mono Jojoy” le ordenó al Paisa Oscar entregar a Benítez el mando de la comisión que custodiaba a los prisioneros de guerra de Patascocoy con la instrucción de desplazarse inmediatamente a las sabanas del Yarí, lo cual cumplió con diligencia.

Unos dos meses después, estando en las adyacencias de Ciudad Yarí, Aldemar, el mayordomo de la hacienda Tranquilandia, le contó que, en una laguna ubicada en sus predios, había una anaconda descomunal que cada mes se le comía un becerro. Le pidió al Paisa que la matara a como diera lugar, pero este, se sumergió en un silencio tan profundo que se alcanzaban a escuchar las voces de su pensamiento. Miró al mayordomo con cara de complacencia, sonriente y amable, y sin soltar palabra abordó con la Pilosa, su compañera de entonces, la camioneta Toyota donde se movilizaba, y sin pérdida de tiempo se

dirigió hacia la laguna que se encontraba a unos tres kilómetros de distancia. Llevaba lista la filmadora. Cien metros antes de llegar al lugar descendieron los dos de la camioneta y muy silenciosamente se asomaron a la orilla. Era su día de suerte. La laguna, que tenía un diámetro aproximado de doscientos metros estaba agitada por un extraño y enardecido oleaje. Y vieron y filmaron claramente la espectacular anaconda. Era de un color oscuro y negro y su lomo brillaba con el sol. Y tenía un grosor impresionante como el gran círculo que uno puede hacer con sus brazos. «Qué belleza», balbuceó el Paisa, repitiendo esa coletilla de su dicción; pero no dudó en hacer el compromiso consigo mismo de proteger la extraordinaria serpiente, que pudo haber llegado a esa laguna en una de las conejeras o crecientes del río Yarí, que pasa relativamente cerca.

De ahí salió directamente a hablar con el mayordomo. Sin ninguna finura diplomática le dijo que no permitiría que nadie molestara al animal. Él mismo hizo el cálculo de que la anaconda se podría tragar unos doce becerros al año. «¿Y cuántos becerros al año está matando el tigre?», le preguntó a su amigo Aldemar. Entonces la lógica no es matar al tigre y tampoco a la boa. Simplemente hay que tomar precauciones para que no se desborde lo previsible. Y ordenó tender una cerca flexible alrededor de la laguna. Y a continuación le soltó su idea de buscar un contacto con la National Geographic para que informara al mundo de ese prodigio de 26 metros de largo. En la narrativa de los caucheros en Colombia sustentada con fotografías se tiene noticia de una anaconda de 30 metros de longitud. La más grande de la que se tenga noticia, y esta de la laguna del Yarí tenía un tamaño similar.

Gracias a la prohibición de hacerle daño decretada por el Paisa la anaconda siguió viva durante unos siete u ocho años, hasta que una patrulla de soldados asustados que hacían parte de la operación Destructor II contra las FARC la mataron sin consideración con ráfagas de Galil. Contó más tarde Aldemar que al medirla, efectivamente su longitud alcanzó los 26 metros exactos y contó que los militares le

extrajerón la piel, que es muy valiosa, la enrollaron con cuidado y se la llevaron con el cuento de que iban a curtirla para fabricar zapatillas y bolsos.

La boa de Albeiro

Después de cruzar el río, Albeiro Córdoba nos relató su experiencia con una boa o guío constrictor que medía unos nueve o diez metros de largo. Habían llegado a un caño sin nombre y como era hora del almuerzo, resolvieron hacer un alto en la marcha. De pronto escucharon los gritos de auxilio de un guerrillero que provenían del arroyo. Corriendo, varios muchachos llegaron al sitio y se encontraron con que una boa tenía sujetado por una de las botas al guerrillero. Este abrazado con todas sus fuerzas a un palo hacía esfuerzos para no dejarse arrastrar. La boa estaba sumergida en las aguas —que podrían llegar al pecho de una persona— tal vez agarrada o enroscada en las raíces para poder halar a la víctima.

Inmediatamente Albeiro ordena a diez guerrilleros que se lancen al agua y entre todos saquen al animal. Sin dudarlo un segundo rápidamente se zambulleron y agarraron con sus brazos y manos al guío. ¡Qué locos ese Albeiro y sus tropas! Pero no contaban con la fuerza extraordinaria del animal. Durante un rato los revolcó en el agua, los sacudió, los levantó y los hundió con facilidad hasta que se cansó. Y fue entonces cuando lo sacaron a lo seco en medio de convulsiones. Albeiro solo quería asegurarse de que no los fuera a atacar en el momento de cruzar el caño. Algunos afirman que para obligar a una boa a aflojar necesariamente hay que punzarla con un chuzo o un puñal; es cuando sus anillos pierden fuerza y la persona o presa puede escapar a su abrazo letal.

El temblador

Acabábamos de sortear una de las marchas más duras en la que habíamos atravesado rebalses pantanosos, piedras gigantes como colinas y sabanetas malencaradas. No había agua ni canto de aves, el bosque tropical nos miraba en silencio, un silencio que parecía sin vida. Ni el aire soplabla. En busca de agua caminamos muchos kilómetros y lo único que encontramos, ya bastante extenuados, fue un cañito de dos metros y medio de ancho. Sus aguas eran rojas y espumosas. Ahí pernoctamos. A las cinco y media de la mañana chilló en el cogedero de agua Norton, el perro Golden que acompañaba a Iván Alí. Agitado pasó aullando por encima de algunos guerrilleros que todavía no terminaban de levantarse, los cuales muy molestos lo rechazaron. Unos diez minutos después, Lulo fue al caño a lavarse la cara y a sacar agua con una ollita de aluminio y en el momento de introducir la olla recibió una descarga eléctrica que lo dejó despistado. Miró para todos lados. No entendía qué había pasado. Al alumbrar con su linterna el pozo vio un temblador de tres metros dispuesto a no dejarse correr del lugar porque estaba desayunando con las vísceras de unos pescados que habían sido arrojadas a la corriente. Lulo pidió ayuda y al instante le llegó el flaco Eider con una Carabina 22. No había carne. Y esto desató una discusión si se sacrificaba o no la anguila eléctrica. Muchos hablaron de la exquisitez de sus lomillos. Que era un plato muy fino apetecido en los mejores restaurantes de Europa, decía Alí. Ilustrados todos –por Menisco– sobre cómo quitarle la baba de la piel y cómo aprovechar sus rodajas, la anguila fue conducida –luego de propinar una que otra descarga a los curiosos– a la planta de sacrificio y preparación de la cocina. La fritanga de aquel temblador resultó un fiasco. El sabor se quedó atascado en la garganta de los degustadores y exploradores de gustillos exóticos, los cuales, además, fueron apremiados por la náusea que apareció en el lugar sin ser invitada. Tan pronto se dieron los primeros pasos de la marcha, algunos tuvieron que hacerse a un lado de la trocha para deshacerse del desayuno. Muchos de los que vivieron esta intensa experiencia prometieron no probar jamás bocato de temblador o an-

guila eléctrica.

Con todas estas vivencias, trillando monte, cambiando rutas, eludimos finalmente el operativo militar. Por ahí siguen dando vueltas en busca de un objetivo difuminado en el horizonte marcado entre la curvatura verde de la tierra y el firmamento. Siempre nos acompaña nuestro ángel de la guarda, que es la gente que nos quiere.

Superada la larga historia de las aventuras del Guainía y de los relatos de serpientes y de anguilas electrizadas, fijamos nuestra atención nuevamente en la paz de Colombia, y echando mano a una esperanza debilitada y sin pulso, le escribimos al señor Antonio Guterres, secretario general de Naciones Unidas en Nueva York, buscando activar acciones de la comunidad internacional que impidan el fracaso y ayuden a salvar el proceso de paz de Colombia.

Teníamos expectativas bien fundadas en torno a lo que pudiera hacer la máxima institución mundial para revivir el Acuerdo de La Habana.

Si había sido artífice en su recta final de un proceso de paz exitoso, algo tendría que hacer la ONU para que no se perdieran sus buenos oficios en el apaciguamiento del fuego de una guerra interna. Nada le estaba saliendo bien en los últimos tiempos en esa materia y su activa contribución a la paz de Colombia le estaba aportando un gran éxito y unos laureles demasiado importantes. Nos habíamos reunido directamente con los quince embajadores que integran el Consejo de Seguridad tanto en Bogotá como en el campamento guerrillero de Vista Hermosa, Meta, y unos días después con el propio secretario general, señor Antonio Guterres, también en Bogotá y en el campamento de reincorporación de guerrilleros Mariana Páez de Mesetas. Eso no es usual en NN.UU., lo cual hablaba de su vivo interés en la consolidación del esfuerzo de paz de Colombia.

Por eso, afincados en esas expectativas y esperanzas, resolvimos re-

mitir al secretario general la siguiente comunicación epistolar.

Carta a Antonio Guterres

Noviembre 17 de 2018

*Señor ANTONIO GUTERRES
Secretario General de Naciones Unidas
Nueva York*

Como jefe del equipo negociador de las FARC-EP en los Diálogos de Paz de La Habana, quisiera compartir con usted las preocupaciones y perplejidades de la gran mayoría de guerrilleros y sus mandos, y de la gente del común frente a la persistencia del Gobierno del presidente Duque en modificar, aún más, el acuerdo que ya fue desfigurado profundamente en el transcurso de su implementación normativa. Es un hecho objetivo, no un recurso retórico, que lo que hoy se exhibe como Acuerdo de Paz de La Habana no corresponde a lo convenido por los plenipotenciarios de las partes. El texto original de este fue mutilado en sus aspectos esenciales por la perfidia del establecimiento.

Sinceramente, no sé si el logro más importante de Colombia en los últimos tiempos, que fue silenciar las armas del más largo conflicto del continente, o si la participación de la Organización de Naciones Unidas en el más reciente proceso de paz exitoso en el mundo, pueda ser rescatado del tenebroso abismo de los procesos de paz fallidos.

Ojalá, señor secretario general, la Segunda Misión de NN.UU. que verifica la implementación del punto 3.2 del Acuerdo Final referido a la reincorporación política, garantías para el nuevo partido o movimiento político que surja del tránsito de las FARC-EP a la vida política, y la reincorporación económica y social, pueda retornar

el acuerdo a su estado primigenio y al respeto del principio de toda negociación pacta sunt servanda.

El mandato de la Misión incluye monitorear y verificar lo relativo a garantías de seguridad y lucha contra las organizaciones y conductas criminales que atacan contra defensores/as de derechos humanos, movimientos sociales o movimientos políticos o que amenacen la implementación de los acuerdos y la construcción de la paz, concretamente verificar las medidas de protección, seguridad personal y colectiva; el sistema integral de seguridad para el ejercicio de la política, en especial para los integrantes de las FARC-EP y sus familias; y los programas integrales de seguridad y protección para las comunidades y organizaciones en los territorios. En este campo, como usted lo sabe bien, señor secretario general, la realidad es bastante triste.

El Acuerdo Final precisó, además, qué agencias u organismos dependientes de NN.UU. deberían acompañar el proceso de implementación de cada uno de los puntos del acuerdo. Por ejemplo: a la FAO y al PNUD le correspondería hacer seguimiento al cumplimiento de la implementación del punto 1. “Hacia un Nuevo Campo Colombiano: Reforma Rural Integral”. A la UNESCO y al PNUD el punto 3.2 “Reincorporación”; y a la Oficina del Alto Comisionado de NN.UU. para los Derechos Humanos, la revisión de la situación de las personas privadas de la libertad, procesadas o condenadas, por pertenecer o colaborar con las FARC-EP. La UNODC y la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos acompañaría la implementación del compromiso de “lucha y desmantelamiento de las organizaciones criminales” (punto 3.4); la UNODC “Solución al problema de las Drogas Ilícitas” (punto 4). ACNUR y la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos se ocuparían del punto 5. “Víctimas”. Y respecto al punto transversal de “Enfoque de género”, su asistencia y acompañamiento corresponde a ONU Mujeres y a la representante del secretario general para violencia sexual en el conflicto.

Sobre este presupuesto, señor Guterres, quiero solicitarle con todo respeto que las distintas agencias encargadas del acompañamiento se dirijan al Gobierno del presidente Duque y a la sociedad colombiana informando del cumplimiento de su importante misión, lo que queda por hacer, las causas de los retrasos, etc.

Notamos en el Gobierno dejadez y ausencia de implementación de lo acordado en materia de Reforma Rural, Reforma política, Circunscripciones de paz, Sustitución de cultivos... Son letales las modificaciones introducidas en la implementación legislativa a asuntos tan vitales para la normalización de la vida colombiana como la Jurisdicción Especial para la Paz, y el funcionamiento de la Unidad Especial de desmantelamiento de organizaciones paramilitares (punto 74 de la JEP).

Comedidamente, ante los cambios unilaterales de los contenidos del acuerdo, pido un pronunciamiento de NN.UU. sobre la obligación de implementar el Acuerdo Final de forma fiel respecto a lo acordado. Insisto también en nuestra petición a la ONU de solicitarle al Tribunal Internacional de Justicia un pronunciamiento ratificando la obligación del Estado colombiano de cumplir los términos del “Acuerdo Final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera”.

Saludo cordial

Iván Márquez, jefe el equipo negociador de las FARC-EP

*Con copia al Señor Jean Arnault
Jefe de la Misión de NNUU en Colombia
Países garantes del proceso de paz Cuba y Noruega
Países acompañantes del proceso de paz Venezuela y Chile*

En un descanso en el raudal de Pilonos, un guerrillero se quedó mirando fijamente al Paisa, que se mostraba cuencudo y agotado. «Esa

nariz –dijo señalándola con el índice– tiene más pico que una gallina de Maloca». De inmediato todo el mundo viró su curiosidad hacia la fisonomía del Paisa para comparar esas palabras con la realidad. Quien conoce al personaje, sabe muy bien que el Paisa no se queda manicruzado, y mucho menos frente a bromas tan piquiñosas como esa. Y entonces una tarde, mirando a Iván en calzoncillos saliendo de bañarse en un caño –solo para desquitarse con un inocente– se le ocurrió una frase incoherente: «¡Qué belleza! Se parece a un zancudo americano». Y de esa forma nació el Zancudo.

Luego de una larga marcha por un terreno montañoso invadido por la sequía, llegamos por fin, ya anocheciendo, a un caño de escasas aguas semiestancadas. Mientras buscábamos las varas y las hojas para hacer la caleta fuimos asaltados por un ruidoso aguacero que tronaba como una catarata cayendo del cielo. Con todas las alertas encendidas, porque la lluvia venía con un ventarrón, mirábamos hacia arriba para evitar que nos cayera algún árbol encima. Algunos caían con un estruendo como de bomba, mientras otros gemían con sus espinazos arqueados a punto de quebrarse. Qué reconfortante resulta recordar la dulce resignación de levantar empapados en agua una caleta para el descanso.

El Zancudo dormía o roncaba plácidamente sobre un colchón de hojas mojadas cuando fue despertado abruptamente –y no solo él– por un tropel de media noche de una manada de dantas. Seguramente iban a beber agua en el caño, cuando se percataron que estaban en medio de un “caleterío” guerrillero, y espantadas huyeron formando un estropicio que hacía temblar la tierra en medio de los gritos de dolor de las chamizas quebradas. Unos cincuenta metros más adelante pararon la carrera y empezaron a golpear con sus pezuñas de manera rápida la tierra, como diciendo: no tenemos miedo, aquí estamos. Es la reacción natural de los tapires cuando acaban de salir de un sofoco.

La insolación del zancudo

Al día siguiente iniciamos la marcha por un terreno de altibajos hostigados por un sol que furioso tiroteaba con sus rayos el follaje. Seis horas después de una marcha rápida, el Zancudo empezó a sentirse como flotando en el aire en un mundo de fascinación con árboles danzando como bailarinas de ballet, pero con más sutileza y hermosura que las del monumental teatro Bolshói de Moscú. Y se fue siguiendo una trocha falsa que había hecho perder a los trochadores, sin mirar la senda que se abría río abajo. Unos minutos después de que se le desvaneciera el camino, volvió sobre sus pasos. Todo indicaba que alcanzó a dormir un micro sueño en la vera del camino mientras intentaba ordenar sus pensamientos. Todo era alucinación con la tonalidad rojiza y amarilla del aire bajo la fronda de los árboles. No sabía que estaba bajo los efectos de una insolación que se acentuaba más y más con el tic tac del tiempo.

Estaba seguro que Maritza al percatarse de su ausencia se regresaría con una comisión a buscarlo por la trocha recién abierta. Pero ella pensaba que el tipo iba en la vanguardia y con esa certeza apretaba más el paso. Esto fue así, hasta que se topó con José Amalio. Al verlo descansando sentado en un tronco en medio de árboles inmensos, le preguntó:

—¿Y el camarada?

—No sé. Él se nos quedó —respondió con aspereza el indio.

—No. Él tiene que ir adelante —replicó Maritza.

—No —insistió el indio levantándose del tronco donde estaba sentado—, lo camarada está perdido y yo me regreso a buscarlo.

Mientras tanto el Zancudo había llegado hasta un lugar a orillas del río donde los rastros desaparecían frente a un árbol atravesado que parecía tener forma de puente, que, aunque quebrado más allá de la mitad de la corriente, sus ramas más delgadas alcanzaban a tocar la otra orilla. Entonces resolvió atravesarlo bamboleándose con su pesado equipo al vaivén de las sonoridades de un silencio extremo.

No supo cómo cruzó esas aguas pobladas de caimanes y anacondas, pero ya estaba superando un tramo de islotes y lagunas que todavía turbias indicaban que por ahí habían pasado sus compañeros. Una hora después encontró un cañito de aguas cristalinas y frescas. Como pudo se sentó en la orilla y metió sus pies decalzos en el bálsamo de sus aguas que corrían sin murmurar, mientras el mundo rojizo seguía girando a su alrededor como una constelación de planetas.

Al levantarse con su piel pálida, reseca y fría, no podía dominar su cuerpo borracho por la insolación. Sentía por dentro un vahío contumaz. Se echó el equipo encima y prosiguió su lenta y difícil marcha como sonámbulo en la penumbra de la selva. Iba mareado y al límite de la pérdida del conocimiento.

Cuando el indio lo encontró estaba recostado sobre la raíces de un árbol grueso y retorcido, entretenido escuchando el tan-tan de su corazón, y embelesado con los colores de candela de las acuarelas del sol. No miraba a un indio; miraba a dos José Amalios.

Como el Zancudo ya no podía caminar con el equipo por esa loca ebriedad de los insolados, el indio caminaba rápidamente veinte o treinta minutos; descargaba su propio morral en alguna orilla de la trocha y se regresaba volando a remolcarle el equipo. La escena se repitió dos veces hasta que llegó el flaco Santander, quien había sido enviado por Gentil a averiguar qué había pasado y a ayudar a remolcar si fuese necesario.

El Zancudo los mandó adelante con la carga, mientras él se aproximaba poco a poco al campamento.

Al llegar al lugar vio con toda nitidez a dos Paisas y a dos Paquitas riéndose. Entonces bebió sin respirar seis cantimploradas de suero casero y un jarro de Ensure preparados por Maritza, que lo volvieron a la vida.

Al día siguiente prosiguió marchando en la vanguardia, con más vigor que nunca, como si nada hubiera pasado. Este relato, que no estaba en los planes, se incluyó por la presión y la mamadera de gallo de los protagonistas que aparecen reflejados en la marcha de la Segunda Marquetalia.

La vida es un aprendizaje

Volviendo la mirada hacia atrás, y al ver las distancias derrotadas y la superación con elevadas calificaciones de las vicisitudes materiales y espirituales de la marcha, concluimos que no todo fue sudor y cansancio en los pies. Supimos explotar la alegría en los sitios de llegada recordando las anécdotas de la marcha, las caídas, los extravíos por distracción en la selva por no mirar bien el trillo. Qué gusto y placer nos produjo descansar en un caño de aguas diáfanas que fluyen silbando tenues sobre losas de piedra, lavar la ropa mojada por el sudor sabiendo que nos la colocaríamos húmeda en la mañana siguiente, escuchar el canto de aves desconocidas, oler el aroma del guiso que fluía generoso de la ranchara, dormir en una caleta bien hecha en un piso plano y un buen colchón de hoja de palma, o en el vaivén de una hamaca arrullados por las sonoridades del monte.

Aprendimos cosas nuevas. La vida es un aprendizaje hasta el día en que se da el paso a otra forma de existencia.

El moqueado

Degustamos el pescado moqueado, el ají en polvo y la fariña, elementos esenciales de la cocina y la culinaria de nuestros hermanos indígenas. Sabemos procesar el pescado moqueado y podemos enseñarle a todo el mundo cómo se prepara. Se construye una parilla con varas que puede ser de metro y medio de larga por ochenta centímetros o un metro de ancho, y a una altura de un metro. Debajo

se prende candela, preferiblemente con troncos gruesos que una vez encendidos no se apagan ni necesitan ser atizados con insistencia. Ya encendido el fogón se colocan los pescados completos, con escama si la tienen, pero sin vísceras, en la parrilla de varas. A continuación, se cubre o se tapa con hojas de plátano o de zinc. El calor y el humo hacen el trabajo lentamente, y al cabo de unas horas usted ya tiene una deliciosa, ahumada y jugosa carne para colocar en la mesa, con sal al gusto. El pescado en la parilla puede durar dos días o una semana y ahí estará disponible en buen estado cuando lo necesitemos. Desde luego para consumirlo hay que retirar la piel que adquiere un tono entre rojizo y oscuro por el humo que asciende de los tizones.

El moqueado no es una receta exclusiva que solo aplique a la preparación del pescado. Los indígenas no solo cocinan pescado moqueado; también hacen lapa moqueada, la mejor carne de monte; es como comer el jamón de los dioses. Al ingerirla es preferible retirarle la piel; en cambio, el cachicamo y el cachirre, pueden ser servidos en su propia caparazón.

La fariña, que es yuca brava molida es ideal para acompañar en mezcla las sopas, los guisos, bebidas como la leche y el chocolate, constituyéndose en un alimento generador de energías a la hora de recuperarlas tras marchas forzadas o trabajo excesivo.

Una curiosidad que queremos compartir:

El palo caribe

En la marcha por las riberas del Guainía, el comandante Albeiro Córdoba, hijo de Nariño, legendario integrante del Secretariado, prevenía a los guerrilleros sobre las consecuencias irreversibles de no distinguir entre miles de especies una planta conocida en la región con el nombre de Caribe. Todos los días alertaba y predicaba Albeiro que no fuéramos a utilizar por ignorancia palitos de caribe para

revolver y endulzar el agua, como es costumbre en las marchas de la guerrilla. «Ojo —decía con la ayuda del dedo índice de su mano derecha— esto puede producir, en esta zona amazónica, el envenenamiento de un Compañía entera. Ojo, ojo», repetía. La verdad es que nunca vimos ese arbusto. Tampoco lo conocíamos. Pero tomamos la precaución de preguntarle a los capitanes de los pueblos indígenas si conocían esa planta exótica y letal. La respuesta fue la afirmación de su existencia y que como esa era una información reservada de los viejos Payés, lo mejor era no seguir insistiendo en la identificación del bendito Caribe. Esa duda se nos quedó flotando en el aire cargado de enigmas de esas selvas perdidas en las extensiones brumosas de la geografía.

Como las festividades de fin de año irrumpieron sin permiso en los trascendentales asuntos de la nueva estrategia guerrillera que diseñábamos, pensando siempre en la paz y en lo mejor para los excluidos y empobrecidos y para toda la gente buena del país y sus organizaciones sociales, resolvimos redactar el siguiente saludo para los colombianos.

Saludo de Nuevo año

A los compañeros de los Espacios Territoriales

A la gente del común y sus organizaciones sociales y políticas

Con afecto va para todos ustedes nuestro abrazo imantado con los mejores deseos y mucha fuerza, la que necesitamos para librar con éxito la batalla social y política que como reto de dignidad humana nos impone el año 2019.

Entendemos los pensamientos encontrados que hoy asedian a los guerrilleros y a los sectores más humildes de la población. Al creer en la buena fe de la contraparte y al enredarnos en la telaraña extendida por los desmovilizadores, ingenuamente entregamos todo,

logística y recursos muy valiosos. A la perfidia de Duque ya nada le queda por hacer. Entre su partido y el fiscal despedazaron la paz. Ahora dice que cumplirá el acuerdo en lo que tiene que ver con los combatientes de base y no con los comandantes. Simultáneamente está asfixiando la posibilidad de acuerdo con el ELN. Mantienen a Santrich injustamente tras las rejas para no tirarse el falso positivo exigido por el embaucador Whitaker sin detenerse un segundo a pensar en las consecuencias nefastas de esta conducta demencial para el proceso de paz. No hay otra razón.

Ah, pero cómo les encanta sacar pecho con los logros de algunos Espacios Territoriales en materia de proyectos productivos, generación de energías limpias y ecoturismo, que nada tienen que ver con decisiones del Gobierno, sino que responden a la gestión de algunos comandantes ante organismos internacionales de cooperación.

Realmente actuamos como ciegos cuando no quisimos ver el largo historial de traiciones de esta oligarquía tras la firma de episodios de paz. Somos conscientes que transcurrió mucho tiempo y mucha gente buena se desperdigó por la geografía nacional al no recibir orientación oportuna. Todo esto es muy triste, sí, pero debemos reaccionar. No todo está perdido. Aún podemos levantarnos, luego de la caída, para desplegar con determinación la bandera al viento de la paz.

Mezclemos en el crisol de la lucha los sentimientos de unidad y la movilización de nuestros sueños para crear con ellos la potencia transformadora capaz de levantar la patria del futuro, la que no aplase ni un minuto más la titulación de tierras a los campesinos pobres, la de la democracia sin trampas ni exclusiones, la que repare tanto a las víctimas del conflicto, como a las víctimas de la política neoliberal y le de juego a la verdad; la patria que establezca por primera vez la educación gratuita en todos los niveles, la del combate sin cuartel a la corrupción, la que sepulte para siempre la traición a los acuerdos de paz y conjure con ello la maldición de la guerra que

desde hace años se ha ensañado contra Colombia.

La esperanza sigue viva y mientras ella palpita en nuestro pecho y el pueblo nos ame, ninguna adversidad ni nada podrá detenernos.

Cordialmente,

Iván Márquez, Oscar Montero, Aldinéver Morantes, Edison Romañá, Albeiro Córdoba, Iván Alí, Enrique Marulanda, Rusbel Ramírez, Iván Merchán y otros.

Ya en la tranquilidad radiante como el sol de una playa rocosa del Inírida intercambiábamos sobre la corrupción que está matando a Colombia, que la está dejando sin entrañas. Una mafia ambiciosa y violenta se ha tomado el país. Roban los presidentes que son los que más roban, los ministros, las empresas contratistas, los gobernadores, los notarios, los alcaldes, el ejército, la policía, los narcos... A través de sobornos y contratos se llenan de plata y se enriquecen ofendiendo la pobreza pública. Esas mafias hace rato capturaron la justicia y por eso pavonean su impunidad por todas partes. En las regiones operan mafias violentas que matan en la disputa del botín. Y en Bogotá también, donde disparan con la ley, el montaje judicial y el cianuro. ¿Cómo hacer para sacar a Colombia de ese laberinto? A esa pregunta le seguía un silencio largo que se alejaba como el río en su permanente trashumancia selvática. Unos días después produjimos la siguiente nota:

El monstruo de la corrupción

Al analizar al leviatán de la corrupción y el daño espantoso que causa al tejido social, generando en los ciudadanos impotencia, desesperanza y descreimiento en las instituciones, concluyó Bolívar que la corrupción y la impunidad son el cangro de la República y llamó a

destrozar en los papeles públicos a los ladrones del Estado, comparándolos con las sanguijuelas que le chupan la sangre y hasta el alma al pueblo. Ella, en la realidad política y social que vivimos, es como un cáncer que ha hecho metástasis, y ya en este nivel, ni las palabras ni los conjuros valen. Todas las células, desde las más encumbradas que desempeñan funciones de gobierno, hasta las más periféricas han sido invadidas por la podredumbre. Ya no sirven. La corrupción que señorea en las altas esferas se ha replicado en todas las instancias de la división política territorial. Todo el órgano está gangrenado y expande sus tentáculos de muerte al resto del organismo. Para salvarlo no queda otro camino que la extirpación radical. El gobernante supremo apoyado en las instituciones decentes y honradas y el poder en masa del soberano que es el pueblo, debe tomar en sus manos el bisturí y como cirujano proceder a retirar las partes dañadas. No debe ni dudar ni temblar porque el asunto es crucial, de vida o muerte de un proyecto de nación. De la pulcritud en el manejo del erario, la honradez y las buenas costumbres en la política depende nuestro futuro. Se trata de encender la antorcha que nos permita alumbrar la salida del laberinto, de evitar la caída del país en el abismo inerte de los estados fallidos gobernados por ratas y ladrones.

Y hay que actuar de inmediato no permitiendo que las palabras y los anuncios bien intencionados sean arrastrados por el viento y el asunto arrojado al basurero del olvido. Colocar ya en la picota pública los casos de corrupción más aberrantes y emblemáticos. A la sociedad se le debe hablar del problema y de la solución con la verdad pura y limpia, que es al mismo tiempo una autocritica que no reclama de nadie golpes de pecho. El mandatario que actúe de esta manera no será castigado con la vergüenza del desprestigio, sino que será recompensado con el fortalecimiento de su autoridad y el aprecio de todos los ciudadanos.

No debemos contemporizar con la creencia de que la corrupción y la impunidad son parte de un paisaje natural, de una idiosincrasia y de una costumbre política inveterada y normal, como equivocadamente

lo asumió el expresidente Turbay cuando estimó que la corrupción debía ser reducida a sus justas proporciones. Cero permisibilidad. Que se acabe esa afabilidad con el crimen. No hay que permitir que el tiempo de la inacción destruya lo que aún podemos recuperar: el sentimiento de patria, el mérito y las manos limpias de los funcionarios públicos y con ello la credibilidad perdida.

Las instituciones especializadas de Colombia estiman en cincuenta billones de pesos el monto anual de la corrupción y el robo de los dineros públicos. Ante esta delicada información, la justicia desorbita momentáneamente sus ojos para cerrarlos de inmediato con los párpados de la complicidad. Se impone una legislación fuerte que castigue y recupere lo robado por los choros. Con esos dineros podríamos financiar los primeros pasos hacia la superación de la pobreza destinando los recursos necesarios al plan de choque social que deje por siempre en el pasado la injusticia del analfabetismo, la desnutrición infantil, el desempleo y la carencia de salud.

Nuestra desgracia es tener y tolerar carteles de la toga con magistrados corruptos y venales, y abogados de empresas ladronas ungidos como fiscales, que asumen el ejercicio de la justicia con el deslumbre de shows mediáticos efímeros que colocan tras las rejas a anodinos ladronzuelos dejando intocados a sus patrones, los caimacanes más voraces de la corrupción.

Sin duda, el fiscal Néstor Humberto Martínez es el cabecilla de la justicia forajida que se tomó a Colombia; convirtió la Fiscalía en una fábrica de mentiras, de chantaje, de montajes judiciales y en trinchera pétrea de impunidad para los grandes corruptos. ¿Cómo puede el abogado de los sobornos de los sobornadores de Odebrecht, seguir siendo fiscal general luego de las impactantes denuncias de Jorge Enrique Pizano y del estremecedor epílogo de la vida de ese ciudadano? Nadie entiende por qué sigue en el cargo con ese cínico rictus de sonrisa giocondiana que le produce sentirse respaldado por los dueños del poder. Es asombroso que el fiscal de los corruptos siga

en pie. Ningún colombiano honesto puede creer en esa “justicia” gansterizada e incubidora. Definitivamente el *ius puniendi* o facultad sancionadora del Estado ha colapsado y yace resquebrajado en el piso de la inmundicia. El Poder Judicial todo, necesita una reestructuración, un ajuste, muy serio y a fondo.

Desde siempre nos ha asaltado la sospecha que el montaje judicial del fiscal contra Santrich fue una de las tantas cortinas de humo generadas para distraer la atención y tapar las coimas y sobornos irrigados en la Ruta del sol II adjudicada a Odebrecht (64%) y a Epi-sol-corficolombiana (33%). En otras latitudes cayeron presidentes, ministros y altos funcionarios que mordieron las jugosas tajadas de la empresa brasilera, pero aquí no pasa nada. Si no se investiga cómo amasaron sus fortunas banqueros nativos que hoy aparecen en el escalafón de Forbes como los más ricos del mundo, mucho menos van a investigar la fisiología de sus contratos. Los señores de las carreteras que con inversiones modestas obtienen elevadas ganancias, siguen ahí, imperturbables. Así se caiga el puente de Chirajara o se entreguen puentes arrugados como un acordeón, los altos dignatarios protectores de la corrupción permanecen en sus cargos atornillados por la impunidad.

Ya es hora que se haga algún bien a favor de los colombianos. La nación en masa tiene que reaccionar.

Los últimos tres años de Manuel Marulanda Vélez

Si esta historia hubiese surgido directamente de los labios del comandante Manuel Marulanda, podría haberse titulado con toda la sonoridad de sus palabras MIS ÚLTIMOS TRES AÑOS. Pero la narración la hace el Paisa Oscar, quien tuvo el privilegio no común y corriente de acompañar al Comandante en Jefe de las FARC durante ese espacio de tiempo, y lo hace con todos los acentos de quien compartió como protagonista esos momentos, repletos de vivencias.

Marulanda –relata el Paisa–, andaba siempre con Jorge Briceño, el “Mono Jojoy”, comandante del Bloque Oriental de las FARC, y esto le significaba estar en el ojo del huracán de un gran operativo y asedio militar permanente, hasta que el Comandante en Jefe resolvió poner punto final a esa situación, y dijo NO MÁS.

Jorge se movía, en condiciones de normalidad, con una fuerza de entre 500 a 600 hombres, siempre en combate, lo cual copaba toda la atención de la jefatura del Plan Patriota en el que participaban directamente mandos y asesores del Ejército de los Estados Unidos.

La guardia del camarada Manuel, que estaba integrada por una Columna, es decir por más de 100 combatientes de la Isaías Pardo, abul-

taba el número de manera relevante. Tanta gente y tanto operativo sin duda le generaba al gran jefe una situación bastante agitada que interfería su labor principal de conducción del accionar político y militar de los Bloques de las FARC que desarrollaban el Plan Estratégico en todo el territorio nacional.

Desde hacía días el Paisa lo había invitado a El Pato, zona que él conocía muy bien y a la que añoraba regresar. Marulanda le había dicho que necesitaba un refugio seguro y apacible que le permitiera orientar desde allí a su ejército en medio de las turbulencias del Patriota. Un lugar donde pudiera estar secreta y clandestinamente con una Compañía, es decir, con 54 unidades, cantidad que consideraba suficiente para desplegar su visión de paz y Nueva Colombia.

Oscar le había ofrecido un refugio con las características requeridas en un lugar entre Chigüiro y El Pato.

—Más exactamente en Guayabo Negro —precisa el Paisa.

—Pues el Guayabo sí lo conozco. Ese es un sitio muy bueno —le respondió Marulanda.

Y desde ese momento decidió que se iría para allá.

Transcurridos unos días —narra Oscar—, me mandó a llamar y entonces planificamos ese viaje. Era el momento de iniciar la marcha desde el río Guayabero. El se fue viniendo, se fue viniendo y llegó a Chigüiro. Por ahí en esos lados nos encontramos. Lo primero que me preguntó fue por el terreno. Le respondí que era una geografía sembrada de cordilleras muy altas; altísimas y difíciles. Entonces indagó por los caminos y las trochas. Le respondí que teníamos un camino de herradura que conducía hasta Guayabo Negro. Un camino feo y pantanoso. Escuchó atento la información y de repente me dijo: «Bueno, hagámosle entonces».

En tres marchas llegamos a Platanillo, más concretamente a una finca que le gustó. «Ole, Paisa, esto está muy bueno para instalar una

pelton», exclamó. Era Marulanda un obsesionado con la generación de energías limpias y silenciosas. Luego de un rápido análisis de un caño que bajaba de la cordillera, me extendió el proyecto que acababa de concebir. «Estos son los materiales que debe conseguirme para meterle energía eléctrica a esta finca». Y así fue. Le traje los materiales solicitados para la obra y en ocho días de trabajo teníamos la pelton funcionando. Lo que más nos demandó trabajo fue el levantamiento de la represa.

Desde allí salimos en dirección a Caño San Pedro, al que llegamos luego de una jornada de camino. Como inicialmente era un caño sin nombre él mismo lo bautizó así, porque allí nos sorprendió la fiesta de San Pedro. Era una quebrada ruidosa que corría por una hondonada rodeada de alturas. A él no le gustaba ubicarse en esos terrenos críticos, pero como no había otras opciones, allí se instaló. Orientó armar un campamento transitorio con una explanación que sirviera como pista de baile. Ya había proyectado la fiesta con música, tambores y lechón.

Construyó su caleta en una orilla del caño, pero le molestaba su fragor pedregoso. No lo dejaba dormir y sobre todo le impedía escuchar la proximidad de los aviones bombarderos. Quería silenciar el río, y para ello seleccionó una comisión de guerrilleros bajo su mando, que sacó las piedras del problema dejándolas amontonadas en las orillas. Y efectivamente, en dos horas había desaparecido el estruendo de las aguas, y estas pasaban silenciosas frente a la caleta del viejo, como en la punta de los pies para no importunarlo.

Luego de esa parada festiva continuamos la marcha rumbo a Guayabo. Íbamos subiendo esa loma del San Pedro –recuerda el Paisa–, cuando se vino un aguacero el verraco que no dejaba ni ver. En medio de la humareda turbia de la lluvia Marulanda se detuvo; sacó un impermeable amarillo y se cubrió con él; «ah, yo no me voy a dejar mojar», dijo, y se recostó en un palo grueso a esperar la tregua del diluvio.

Cuando llegamos a Guayabo Negro lo sorprendieron las instalaciones construidas en medio de las encumbradas moles selváticas que danzaban siempre en sus sueños. No esperaba encontrar en el corazón de la cordillera una casa tan grande con camarotes, rancho, economato, pelton en funcionamiento, redes eléctricas, energía, combustibles, Sky, mulas, cultivos de caña, plátano, maíz, pasto de corte y árboles frutales. Todo eso lo cautivó y resolvió quedarse allí capeando las lluvias torrenciales del invierno. Y empezó a sacar exploraciones en varias direcciones para fijar nuevamente en su cerebro las ondulaciones de aquel terreno por el que había trasegado varias décadas atrás.

Pasado un tiempo, y luego de discutir con sus propios pensamientos, tomó la decisión de trasladarse a otro sitio más alto ubicado a unos veinte minutos de la casona. Allí mandó a construir una casita y organizó la pelton. Como era dueño de esa manía de ir bautizando como los curas a los niños, no tuvo ningún inconveniente para impartirle a su nueva residencia el nombre de Ratones, porque había muchos ratones en las alturas de esa pequeña atalaya. Una vez ubicado con trasteo y todo en el lugar, mandó a excavar trincheras adelantándose a posibles emergencias. Allí instaló su cuartel de la montaña con cien hombres y mujeres de la Isaías Pardo, la Columna guerrillera responsable de su seguridad.

—Paísa —me preguntó—, y dónde vamos a construir la casa del Mono, porque Jorge viene para acá.

—Camarada —le respondí—, yo estoy construyendo una casa en medio de la suya y la mía.

—Pues yo quiero ir a conocer esa casa —manifestó.

Entonces fuimos y le gustó. Era una casa modesta, tenía cuarto de dormir, una cocina, una oficina y un corredor. La verdad es que yo estaba al tanto de sus preocupaciones y por eso me había anticipado a su requerimiento.

La casa de Ratones con sus trincheras sigue ahí, de pie, viendo pasar el tiempo, la niebla, el sol y la lluvia. Sobrevivió al operativo militar que copó el área luego de la muerte del camarada. El ejército supo que esa era la casa de Marulanda y por respeto al jefe adversario, los mandos resolvieron no quemarla. Fue lo que propagaron los soldados. Pero sí quemaron la del Mono. La mía no la incineraron porque no avanzaron hasta el sitio donde se encontraba. Recuerdo que él se quedaba ahí con treinta o cuarenta hombres y al resto los regaba por todos lados en avanzadas y puestos de observación. Y claro, esos eran los ojos y los oídos de Marulanda todo el tiempo. Tenía información permanente de todo lo que se movía alrededor de ese campamento.

Entre otras cosas, ellos descubrieron el movimiento de una patrulla que venía a campo traviesa, por la montaña, desde el filo de la Placa que es un sector de la cordillera donde limitan los departamentos de Huila, Caquetá y Meta, y donde nacen los ríos Pato, Guayabero y Coreguaje. Allí los habían desembarcado secretamente y avanzaban por un filo paralelo a la cuchilla donde se encontraba Manuel Marulanda Vélez. Nadie sabía de ese movimiento enemigo y todo indica que ni ellos sabían que iban a pasar muy cerca del refugio del hombre más perseguido y buscado por el Estado, el Comandante en Jefe de las FARC. La maniobra tenía todas las características de una exploración militar del terreno y la ruta que seguían indicaba que buscaban salir a Chigüiro.

Una de las avanzadas descubrió el movimiento furtivo de la tropa. Los comandos de la guerrilla vieron al ejército, pero al percatarse que iban de largo lo dejaron pasar sin disparar un solo tiro. Pudieron hostigar al menos a la retaguardia. Al escuchar el parte, Marulanda protestó y criticó esa actitud carente de iniciativa y decisión, cuando pudieron haber convertido el hecho en una acción de alerta temprana. «Ole Paisa, francamente», remató Marulanda.

En otra ocasión el ejército lanzó un operativo envolvente desde Chi-

güiro, Platanillo, Guaduas, Brisas y El Pato en dirección a Guayabo Negro. Frente a la amenaza, Marulanda da la orden de pelear a todos los mandos de las avanzadas. Una de las patrullas se aproximó al grupo de Jacobo, pero este tomó la decisión de no entrar en combate con el inconsistente argumento de que tenía muchas mujeres y que le daba vaina que le mataran a algunas de ellas. Imagínense la molestia del jefe... Agarrándose la reata –movimiento instintivo que siempre aparecía al lado de su inconformidad– dejó caer los truenos de su crítica sobre Jacobo. «No faltaba más... como si esas mujeres no hubiesen sido bien entrenadas», dijo.

Pero el despiste de Jacobo estaba reforzado con el agravante de haber encaletado mal los equipos de campaña antes de irse para la emboscada. Los dejó a orillas del camino, mal guardados; prácticamente botados. Uno de ellos contenía remolques muy importantes como computadores, documentos estratégicos y plata del comandante Manuel. Pensábamos que eso ya debía haber caído en manos del enemigo, debido a que los nuestros venían cediendo posiciones a medida que avanzaban los pelotones de contraguerrilla. Al camarada se le notaba preocupado ante tanta imprevisión.

Un guerrillero indígena, de los que estaban en la unidad de Jacobo, al ver la crítica situación y el patrullaje de ejército por todos lados, tomó la decisión de ir a buscar el equipo a como diera lugar. Y lo encontró. Por fortuna la tropa no había descubierto la caleta de los equipos. El indio se llamaba Brezhnev y era hombre de confianza de Manuel. Rápidamente sacó la plata y la echó en una mochila y arrancó para donde estaba el camarada. «Pues yo venirme porque decidir sacar plata para no dejar coger de enemigo, entonces aquí estar la plata», le dijo el indio a Marulanda al presentarle el parte de su osadía. El comandante le agradeció el gesto y destacó su valor, pero seguía preocupado por el embolate de los equipos, algunos de los cuales tenían información reservada. Entonces le propuse –narra el Paisa– enviar rápidamente a unos combatientes de la Columna Teófilo Forero a buscar esos equipos, ya que era evidente que todavía

no habían caído en manos del enemigo y que había chance de rescatarlos. «Pues entonces, háganle a ver», respondió el hombre. Inmediatamente despachamos a Cesar al frente de la comisión de rescate, la cual, por fortuna encontró y recuperó los equipos y sus contenidos, sin novedad.

Como las tropas seguían avanzando, le sugerimos a Marulanda que lo mejor era minar el terreno para pararles el macho en el que cabalgaba su soberbia. «Hay que esperar», respondió. Las tropas seguían avanzando, y ya se encontraban a una hora; solo nos separaba una hondonada.

Mientras tanto se produjeron unos tiros con muchachos de la Teófilo. Aprovechamos el hecho para sugerirle que lo mejor era que se retirara. La respuesta fue seca: «NO, yo voy a esperar. Coloquen las minas», ordenó. De inmediato, entonces, enviamos un equipo a sembrarlas en un filo, y eso fue rápido. Cuando tronó la primera preguntó qué fue ese totazo. Respondimos tiene que ser una mina porque ese es su sonido. «Si en una hora llega el helicóptero –estimó Oscar– póngale la firma que han venido a recoger al herido». Y efectivamente, a la hora llegaron un Black Hawk de evacuación de heridos y un “Arpía” o artillado que emprendió a ráfagas todo ese filo donde estaba Marulanda. Así las cosas, nuestro jefe fue recogiendo su equipo. «Lo mejor es evacuar», decidió.

Nos dejó encargados de la situación a mí y a Rodolfo con una Escuadra de la Teófilo y otra de la Pardo con la orden de resistir. Fueron dos días de espera, pero resulta que el ejército al pisar la primera mina, opta por cambiar la ruta inicial por orden de sus mandos. Llegaron al camino central, vieron los trillos de la guerrilla y decidieron no seguir ese camino. Prudentemente se abrieron de él y todas esas patrullas cogieron en dirección a Chigüiro. Nos quitamos el operativo con una sola mina; seguro pensaron que de ahí para arriba estaba todo minado y voltearon grupas –concluyó el Paisa.

Más adelante en el camino de la retirada chocaron con Rodolfo que cubría la trocha de Platanillo. El jefe le había dado instrucciones precisas. «Usted debe cubrir el caño; ahí siempre debe haber un guardia –le insistió Marulanda–. Ponga un centinela sobre ese caño que por ahí es por donde le van a entrar a plomo». Y lo colocó inicialmente, pero después tomó la decisión personal de levantarlo porque los muchachos estaban cansados y querían no se qué. Pensaban que lo mejor era hacer caletas en lo alto, y se puso Rodolfo a pararle bolas a esos muchachos. Estando en eso, pues les cayó el ejército exactamente por donde Marulanda le advirtió y lo asaltaron. Por fortuna no mataron a nadie, pero los hicieron replegar en desorden y ahí se perdieron siete fusiles y un mortero; un mortero chiquito que se le había quitado a la Móvil. Gracias al arrojo y valentía de una muchacha que le decían “la Burra”, por el marido, lograron sacar una ametralladora PKM en medio de un aguacero de plomo.

Ese ejército siguió de para abajo muy ardido y asaltó un comando de milicianos distraídos de la Pardo que estaban bajo el mando de Salvador. Les mataron dos milicianos. Con ese parte negativo le llegaron a Marulanda, quien estaba muy enverbascado con Rodolfo por ese asalto telegrafiado con anticipación; por la violación irresponsable de sus órdenes. No concebía que eso le estuviera pasando a él que era el jefe de las FARC. «Que le pase a otro –decía sujetándose la reata con las dos manos–, pero que me pase a mi, y no por falta de orientación, eso no puede ser».

Unos días después lo vimos sentado frente a su computador escribiendo para el Secretariado y la base guerrillera un documento sobre todas esas novedades. Entonces resolvió subirse a un sitio ubicado a 1800 metros de altura, muy helado, y que él bautizó con el nombre de “Marrano Gordo”. Ahí teníamos otra casita, pero ordenó nuevas construcciones, porque no le gustaba quedarse en casas ajenas. Estimaba que ese era un buen sitio. Las nubes y la niebla permanentes lo relevaban de las molestias de los vuelos de la aviación. Entonces construyó una casa sencilla que consistía en un salón que al mismo

tiempo era su pieza, con un comedor, y a pocos metros ordenó levantar un aula bien grande. Allí es donde nacen las tesis de estudio de la Novena Conferencia de las FARC –remarcó el Paisa. Planteaba que lo fundamental eran las finanzas. Que debíamos crear un fondo de 230 millones de dólares para comprar fusiles, explosivos, misiles antiaéreos, medios de transporte. Habló de la famosa orquesta y de la sinfonía del Estado Mayor. Explicó que teníamos un desorden de marca mayor en la adquisición de las finanzas, por lo que había que diseñar una política acertada y habló mucho sobre la situación política y la liberación de prisioneros de guerra y prisioneros políticos a través de un intercambio. Convocó a algunos mandos como Darío, Romaña, Rolando, Rigo 17, mi persona y algunas unidades del Mono, la Pardo y la Teófilo para estudiar e intercambiar sobre las tesis.

Paralelamente planteaba que ese lugar reunía todos los requisitos para generar suficiente energía, que iba a instalar una pelton de buenos kilovatios que fuera capaz de mover los talleres de sastrería y de talabartería, pensando en la producción de uniformes y el cubrimiento de necesidades de diverso orden de la Pardo y la Teófilo. Anunció que él mismo iba a dictar un curso a los del Bloque Sur y a los del Oriental para enseñarles cómo es que se construyen. Con esa idea colocó circulares de invitación y hasta allá llegaron todos. El curso terminó con el montaje de una gran pelton que aún continúa funcionando en el sitio.

De los documentos que produjo insertamos aquí los siguientes:

Carta JE

Julio 1 de 2006.

Camaradas Secretariado y miembros del Estado Mayor Central.

Los saludo cordialmente y a la vez les comento lo siguiente:

Por este lugar hasta el momento estamos sin novedades que lamentar. En el entendido que hay tropas por varias partes de esta región como buscando perdidos.

Ahora en pocas palabras voy a recordar parte de lo señalado en las conclusiones del pleno de 2000 de forma resumida y de mayor importancia para el futuro de la organización FARC.

1. Reajuste de mandos en Compañías móviles y guardias de seguridad de miembros del Secretariado con personal totalmente conocido y en lo posible probados en los combates.

2. La preparación escalonada de los Frentes componentes de los Bloques, en lo político, militar, organización de masas, consecución de material bélico, ajuste de Estados Mayores de Frentes con personal conocido y dinámico para la ejecución de planes de todo orden como lo exige el actual momento, que son base fundamental a corto y largo plazo, incluidas las finanzas como lo señalan las conclusiones, sin correr pero sin parar, para poderle resistir otros cuatro años a la maquinaria bélica y política de Uribe.

3. Por el momento habrá algunos Frentes que no pueden permanecer en su áreas por circunstancias ajenas a nuestra voluntad. Pero en mi opinión lo importante es mantenerlos como fuerza lista para ocupar su posición cuando las condiciones lo permitan manteniendo la relación directa con las masas del área para no perderlas o evitar que el enemigo las gane y las vuelva contra nosotros.

4. *Con respecto a la realización de cursos en escondites especiales con todas las medidas de seguridad, estos permiten ejecutar y poner en práctica todas las especialidades en medio de operativos de las brigadas móviles. Ello significa para nosotros la asimilación que han logrado adquirir los nuestros en este campo del conocimiento militar para moverse como pez en el agua y no dejarse golpear, de ello depende en gran parte el éxito de nuestra concepción revolucionaria de guerra de guerrillas en permanente acción, con movilidad de acuerdo a las circunstancias y al terreno.*

5. *Los jefes de Estados Mayores de Frentes son elegidos por el Estado Mayor del Bloque por su capacidad y comprobada fidelidad con la causa revolucionaria, los cuales están obligados a ejecutar planes y a cumplir orientaciones de los Organismos Superiores en función de cualquier situación producto de cambios bruscos que se presenten nacionalmente.*

6. *Si por algún motivo los miembros del Estado Mayor del Bloque son insuficientes y hay varios incapacitados físicamente o por accidentes etc., el Estado Mayor puede llamar a quienes considere necesario para cubrir la vacante, o para entregarles planes como subalternos de esa instancia superior, porque de antemano son parte de esta organización político militar, cuyos integrantes por igual cumplen planes y tareas de la organización FARC de conformidad con su capacidad y nivel cultural.*

7. *Estoy seguro que si los mandos en general aprovechan bien el conocimiento adquirido de cuatro años de confrontación militar y política, corrigen a tiempo errores, fallas, machismo y debilidades de todo género en los combatientes, e instruyen bien a los hombres y mujeres a su disposición para el combate, serán mucho más efectivos al atacar el enemigo con cualquier arma en terreno conocido o desconocido, y seguramente los resultados en bajas serán mayores para el enemigo y muy pronto lo tendremos a la defensiva o medio cansado. Igual a como piensan ellos hacer con nosotros, de acuer-*

do a informaciones recibidas de varias fuentes, donde el Gobierno y altos mandos militares aseguran, que muy pronto nos tendrán sentados en la mesa, sin exigencias de ninguna naturaleza en favor de cambios.

Sin más,

JE (Esto quiere decir Judío Errante, como él mismo se consideraba)

Otro documento extraordinario que habla de sus elevados conocimientos y experiencia en la conducción de tropas, es el de la Sinfonía del Estado Mayor Central, donde compara a este con una orquesta que debe interpretar con maestría la música de justicia social y paz con la que sueñan las mayorías nacionales. Va la siguiente síntesis del documento:

La sinfonía del Estado Mayor Central

De manera metafórica y didáctica el comandante Manuel ha utilizado el símil de la orquesta sinfónica para explicar la forma y el fondo de lo que debe ser el accionar político-militar de las FARC para avanzar en la concreción del Plan Estratégico:

Todo proyecto de una organización política-militar como las FARC con fines revolucionarios y estratégicos a corto y largo plazo para la toma del poder mediante la combinación de las diversas formas de acción de masas –dice Manuel–, requiere de sus cuadros más esclarecidos constancia, perseverancia, esfuerzo, dedicación, conocimientos locales, regionales y nacionales de la problemática que nos rodea en un país lleno de conflictos sociales para acertar en la formulación política, táctica y estratégica a largo plazo y en lo posible en alianza con otras fuerzas que asuman el compromiso de luchar por los cambios.

El Estado Mayor Central, todos sus integrantes –en total 31– son como los integrantes de una gran orquesta de resonancia nacional e internacional, en la que cada uno de ellos, estructurados política e ideológicamente, calificados y experimentados en su especialidad, ejecuta un instrumento, desde el más complejo hasta el más sencillo.

Los mandos medios en permanente activad política-militar con tropas guerrilleras entrenadas, son el componente humano para darle continuidad al Plan Estratégico, hasta que las condiciones objetivas y subjetivas surjan en los grandes centros urbanos de acuerdo a la profundización de la crisis al interior de los partidos tradicionales en lo político, económico y social, y que las masas tengan un alto grado de organización y concientización sobre el objetivo a conquistar, y no quieran seguir más siendo gobernadas por los de arriba como antes, para que se produzca el cambio revolucionario, bajo la dirección de FARC.

Las finanzas son el motor que genera la energía y alimenta los instrumentos de la orquesta. Todos los plenos y conferencias se realizan para coordinar y afinar los instrumentos y ejecutar la melodía al ritmo del interés general de un escenario repleto de masas. En nuestro caso esos instrumentos son: el Plan Estratégico, la Plataforma Bolivariana por la Nueva Colombia, el Programa Agrario, las Normas Internas, el Estatuto y el Régimen Disciplinario, el accionar militar constante, el Partido Clandestino, el Movimiento Bolivariano, la solución política al conflicto social y armado, el Intercambio humanitario, la Agenda Común para la paz, entre otros.

El Secretariado dirige la orquesta a escala nacional y afina los instrumentos en cada Bloque y en cada Frente. Si alguno no suena tal como lo requiere el Plan Estratégico, hay que acoplarlo hasta que el instrumento logre la sintonía requerida por el conjunto de la orquesta. Esta sintonía se logra mediante la subordinación a los organismos superiores, el cumplimiento de planes y órdenes, el gasto austero, la capacidad de análisis ante los nuevos acontecimientos, el excelente

comportamiento interno, sin desviarse a uno u otro lado en la política de masas; manteniendo la unidad de mandos, combatientes y población civil.

Si estos elementos son tenidos en cuenta, será muy poco lo que tengamos que agregar en ajuste de planes.

Otras instrucciones de Marulanda emitidas desde su campamento de Río Sucio:

“El ataque al enemigo debe ser permanente y no por cosechas. Lo que se necesita es dinamizar nuestra operatividad persiguiéndolo constantemente sin darle tiempo para el descanso... con acciones grandes, pequeñas o medianas, donde apliquemos el dicho maoísta: *Dios, fusil, nosotros y pólvora*, en cuarteles, carreteras, transportes, montañas, puentes, torres eléctricas, bancos, petróleo y desplazamientos de tropas en operativos etc. Todo ello dirigido contra la dirigencia gobernante y la economía para debilitarla. Mejor dicho, la guerrilla tiene que recurrir a todos los medios indispensables: paralizando los abastecimientos, la energía, las carreteras, el transporte y otras actividades, que le garanticen su éxito sobre el enemigo, sin dejarlo reponer ni moral ni físicamente. Sin esperar que seamos cientos de hombres los podemos golpear con pequeños comandos... En lo anterior, prima por encima de todo la voluntad de los mandos y combatientes, porque no hay triunfo sin esfuerzo y perseverancia. Sin olvidar el elemento principal para toda clase de acciones: la inteligencia. Esta, debe ser permanente, sin interrupción y utilizarla en los desplazamientos diurnos y nocturnos; en los escondites en ciudades y campos. Hacer todo guardando el secreto, para evitar golpes del enemigo”.

De esta forma pensaba nuestro Comandante en Jefe. Era la voz de la experiencia la que hablaba con los acentos del maestro de la guerra

de guerrillas móviles.

“A Marulanda se le puede vituperar, detestar o admirar –dice la National Geographic– pero nadie puede negar que es uno de los colombianos más importantes de la historia reciente del país”. 17 Gobiernos sucesivos, con sus generales, recursos y medios bélicos, no pudieron con él. El general Valencia Tovar estima sobre el Comandante en Jefe de las FARC que: “Fue uno de los más sagaces estrategias militares gracias a una intuición poco común y a un sistemático aprendizaje de la experiencia”. De él decía el gran comandante de la revolución cubana, Fidel Castro Ruz: “Marulanda fue uno de los más destacados guerrilleros colombianos y latinoamericanos. Cuando muchos nombres de políticos mediocres sean olvidados, el de Marulanda será reconocido como uno de los más dignos y firmes luchadores por el bienestar de los campesinos, los trabajadores y los pobres de América Latina”.

La divertida historia de “marrano gordo”

Y habló Manuel cualquier día desde la cotidianidad de su vida campamentaria espueleado por una idea que le orbitaba como un planeta en el sol de su cerebro; era una idea macondiana: «Bueno Paisa, consígame un buen marrano para celebrar el 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer. Búsquelo entre cuatro y seis arrobas; pero eso sí, le recomiendo la traída del marrano. Usted lo tiene que traer en dos o tres etapas porque El Pato está muy lejos de aquí. Son unas ocho o diez horas, y como hay mucha piedra en el camino hay que ponerle zapatos para que no se le dañen las pezuñas y no vaya a llegar enfermo ni afiebrado». Yo me fui volando pal’ Pato –dice el Paisa– y en una sola jornada estuve allá.

En las primeras casas de Miravalle consiguió un buen ejemplar, pero tenía más de diez arrobas. «¡Ah!, de todas maneras, me lo voy a llevar así sobrepase el peso estipulado por el viejo», pensó el Paisa para

sus adentros. Sabía que estaba incumpliendo la directriz.

A los campesinos y a los muchachos les causó mucha risa que tuvieran que enzapatar al “caribajito”. Decían que el Paisa estaba loco, pero no sabían que el que lo pedía así, era el propio Marulanda. Tampoco sabían de su presencia secreta en el área. No todos los de la Teófilo estaban en antecedentes que el Comandante en Jefe se encontraba entre Coreguaje y Río Sucio.

De material de botas pantaneras viejas confeccionaron los zapatos, muertos de la risa. Todos se gozaron el espectáculo de ver al cochino con sus botas de caucho cogiendo trocha, hacia una montaña empinada.

En la primera jornada llegaron a Coreguaje a paso de marrano cansado. El bicho marchaba indiferente y sin ningún afán. Al día siguiente llegó a “Microbio”, lugar con agua escaza que era la meta de la segunda etapa. Al tercer día el porcino hizo su entrada triunfal al campamento de Marulanda en medio del asombro y el entusiasmo de la guerrillerada. El camarada se encontraba digitando una nota en su computador cuando le llegó a la oficina el cotorreo y la risa que conmocionaba a Río Sucio. Lentamente se bajó los espejuelos unos dos centímetros y observó detenidamente al visitante. «Está grande; pero bueno... ya llegó hasta acá ese verraco», opinó con aire de resignación. Entonces ordenó bañarlo y ubicarlo en un sitio cubierto, con piso de helechos y con toldillo para que no lo chuparan los murciélagos. Le dieron tanta comida —comentó el Paisa— que se sopló más. Quedó como de 14 arrobas.

Pero esa buena vida solo le duró hasta el 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer. Esas fechas no se le pasaban a Marulanda en blanco. Sacrificarlo fue toda una odisea, pues el animal no se doblegó frente al primer golpe que recibió en la frente con una maza o porra de 17 libras. Casi ni se quejó. Luego viene el segundo intento, y el marrano igual. No daba muestras de desfallecimiento, que era lo que espe-

raban los matarifes para apuñalarlo. «Ole, y no será que le dan más duro», refunfuñó Marulanda. Entonces fue cuando le asestaron el siguiente golpe. Ahí sí empezó a chillar; tan fuerte chillaba que fue escuchado en el espacio de todas las avanzadas. Sin pérdida de tiempo Héctor “Comidita” le hundió triunfal el cuchillo en el corazón bajo la mirada de los equipos de trabajo que ya estaban listos para aderezar la carne que se destinaría al asado, los tamales, las morcillas y los chorizos. Mientras Marulanda –que siempre fue un fino mamagallista– empezó a difundir entre la tropa la versión que “Comidita” no había acertado la puñalada al corazón del puerco, sino que esta había traspasado en realidad al “obispo”, un órgano contiguo del aparato digestivo que todavía no aparece registrado en la anatomía animal.

Lo que siguió fue una fiesta inolvidable. Las muchachas bailaron sin pausa y sin tregua. Hubo asado y apetitosos tamales y también trago; pero un trago medido, porque al jefe no le gustaban las exageraciones en el licor.

Esa es la historia del remoquete del campamento –concluyó el Paísa. Desde ese 8 de marzo el campamento de Río Sucio quedó marcado de manera indeleble para la historia con el sugestivo nombre de “Marrano Gordo”.

El canje de prisioneros y la paz

Desde su cuartel de la montaña enclavado en las alturas adyacentes al Coreguaje, Manuel Marulanda Vélez repartía generosamente todos los días su aguda visión política y militar al Secretariado, al Estado Mayor y a la base guerrillera, extraída de sus análisis y de la lectura de los folios de la experiencia.

El canje humanitario de prisioneros se le había convertido en una obsesión. Veía en él la posibilidad de poner fin al drama humanitario que afectaba a militares, policías y guerrilleros en cautiverio, y al

dolor y la angustia que embargaba sus familiares. Con ese propósito, buscando generar condiciones favorables al canje, Marulanda había ordenado, como gesto unilateral, la liberación de 305 militares y policías, de un grupo de más de 500 que habían sido capturados en combate por las FARC. A este gesto de grandeza el expresidente Pastrana respondió con la mezquindad de dejar en libertad solo a 14 guerrilleros. Los expresidentes Pastrana y Uribe no están hechos para albergar en sus almas ningún sentimiento de humanidad. Por esa razón decenas de oficiales y suboficiales, soldados y policías permanecieron más de una década como prisioneros de guerra en la selva, esperando un canje que nunca llegó.

«Quieran o no, mientras persista esa realidad –le decía al Paisa– tienen que hablar todos los días de las FARC, bien o mal. La candela está prendida y mientras tengamos prisioneros, esa velita va a seguir alumbrando». El se soñaba logrando ese intercambio humanitario –rememora Oscar Paisa.

Otro tema que bullía en su corazón con una desbordada pasión era el de la paz de Colombia. Ella siempre estuvo presente en su pensamiento, desde el inicio mismo de la marcha de la rebeldía en 1964 desde Marquetalia, hasta más allá de la fecha de su muerte física del año 2008, porque en él la paz fue y sigue siendo como un anhelo infinito que trasciende el tiempo.

En los tres últimos años de su vida Manuel Marulanda Vélez nunca habló de negociación de paz rematada con entrega de armas –asegura enfáticamente el Paisa–. Nunca. Y menos en ese rigor de la guerra. Pero sí, que debíamos buscar permanentemente el acercamiento con la clase política pensando en la salida negociada al conflicto.

«Con Uribe –decía Marulanda– no tenemos nada que negociar; pero con otro Gobierno, que no sea el de ese señor, se debe conversar, y mucho más si es democrático. Tenemos que trabajar por un acuerdo de paz, pero eso sí, sin entregar los fierros, porque ellos son la única

garantía de cumplimiento de lo acordado. ¿Les queda claro?», remarcaba con acento el Comandante en Jefe.

La Segunda Marquetalia

El otro tema de su obsesión era la Segunda Marquetalia. Manuel Marulanda Vélez consideraba que, en el territorio de El Pato, en esa topografía de cordilleras y ríos caudalosos, estaban dadas las condiciones para emprender una nueva etapa de resistencia. Y elaboró un documento al respecto –asegura el Paisa.

«Aquí se puede hacer –decía el jefe– una gran operación militar nunca vista, que supere a todas las demás». Consideraba que podíamos tomarnos o copar toda una brigada móvil del ejército entre El Pato, Guayabero y Chigüiro, con fuerzas combinadas de los Bloques Sur y Oriental. «Así sea la última pelea de mi vida, la quiero dirigir en persona». Pero, además, pensaba en montar un puesto de mando con ese propósito, y lo estableció de hecho. «Uno es el que escoge el terreno y no el adversario –decía–. Por lo visto, con esa rutina que tienen, estoy seguro que podemos darle una tanda inolvidable a una Móvil; y hay especialmente una, la novena, que está dando todas las condiciones entre Chigüiro y Platanillo».

Consecuente con su pensamiento –relata el Paisa–, convocó entonces una reunión de mandos del Oriental, la Isaías Pardo y la Teófilo Forero, a la que asistieron, entre otros, Romaña, Rolando, Rigo 17, Darío, Enrique y mi persona. «Vamos a hacer el estudio del terreno, y el que yo quiero es este –nos dijo inclinándose sobre la mesa para indicarlo con precisión–. Aquí es donde hay que hacer la pelea –sentenció tocando con el dedo índice la carta geográfica–. Y aquí en este otro –enfaticaba señalando el punto–, es donde vamos a instalar el centro de abastecimientos, que es lo más complicado porque este terreno es tremendo. Definitivamente tocará entrar la remesa al hombro».

Y aquí entra fugazmente en escena Edison Romaña pintando con su relato otra tonalidad asombrosa de la didáctica de Manuel Marulanda Vélez. Él utilizaba también su emblemática toalla amarilla para explicar sus planes militares –recuerda Romaña–. La extendía en la mesa o en el suelo y con ella erigía las colinas del terreno con sus manos, o extendía valles aplanando la superficie, dibujando en el aire la ruta enrevesada de los ríos... Sobre esa carta afelpada, en más de una ocasión, explicó maniobras de aproximación al objetivo, la ubicación de las Compañías, los grupos de contención y el repliegue guerrillero luego de la acción. Ese era nuestro jefe –remata con destellos de admiración, Romaña.

Luego de escuchar a los mandos medios –prosigue el Paisa–, Marulanda los organizó en comisiones con órdenes operativas concretas. En caliente despachó una comisión al terreno para que lo conocieran palmo a palmo, identificando con precisión cada uno de los caños y quebradas, las elevaciones y las hondonadas, los sitios muertos, los puntos críticos, en fin, todos los accidentes de la topografía como requisito para planificar con acierto la batalla futura. A continuación, integró otra comisión con la tarea de comenzar ya la entrada de abastecimientos desde El Pato y Platanillo. Yo tenía que ayudar en esa tarea –precisa el Paisa–, pero al mismo tiempo debía responder por la producción de diez toneladas de explosivos y garantizar con la Teófilo el aseguramiento del área comprendida entre El Pato, las Brisas, Alto Guaduas y la Placa. El comandante Marulanda había dispuesto la ubicación de parte de su guardia en las alturas próximas al lugar donde operaría el puesto de mando dirigido por él en persona. Al Oriental le había asignado también un flanco específico, que era La Uribe entre los ríos Duda y Guayabero. Estando en medio de esos preparativos lo sorprendió la muerte. Y la verdad es que nos sorprendió a todos y nos dejó muy tristes.

Sin embargo, la Segunda Marquetalia de sus sueños, sigue hacia adelante centrando su atención ya no solo en un área pequeña determinada como la de Guayabero-Platanillo, sino en todo el ámbito de

la geografía nacional. La Segunda Marquetalia es la continuación de la lucha armada en respuesta a la traición del Estado al Acuerdo de Paz de La Habana. Es la marcha de la Colombia humilde, ignorada y despreciada hacia la justicia que destellan las colinas del futuro. Será la de la paz cierta, no traicionada, desplegando sus alas de anhelos populares sobre la perfidia del establecimiento. Con una nueva modalidad operativa que marchará al compás de las movilizaciones populares y que corrige los blancos de sus órganos de puntería, que no serán más ni el soldado ni el policía que traten con decencia al pueblo llano. No queremos más guerra entre los de abajo. El derecho universal que tienen todos los pueblos del mundo a levantarse en armas contra la opresión, enarbola en lo más alto de nuestro firmamento la bandera de la paz con justicia social, como en el dogma filosófico de la insurrección del Libertador Simón Bolívar.

La muerte del Comandante en Jefe

Marulanda ya presentía su muerte por esos días de 2008. Estando en el campamento de “Marrano Gordo”, tomó la decisión de trasladarse a otro sitio ubicado a unos 800 metros del lugar explorado por Enrique, su hijo. Cuenta este que ya venía hablando de la muerte. A Aleja, la cantante, le echó un cuento de muertos en la rancho. Cuando subimos los dos al filo para que él inspeccionara el sitio de la nueva caleta me habló del tema de manera muy brusca –dice Enrique–.

—¿Por qué quiere usted que yo me muera? —me preguntó de repente. Y yo le respondí molesto y con acento:

—Cómo va a pensar usted que yo quiero que se muera?

Veníamos subiendo una pendiente muy escarpada en la que yo le daba la mano en los tramos más difíciles. No me respondió, y entonces proseguimos la exploración normalmente. Le gustó el sitio que estaba ubicado entre dos ríos, uno de ellos de nombre Río Sucio. Allí levantó su nueva casa, su última casa —remarca el Paisa.

Y hablando de las premoniciones de Manuel sobre su propia muerte, comenta Romaña, que un año antes en el campamento de Pilonés, el 13 de mayo de 2007, cuando celebraba su cumpleaños número 78, empezó a relatarnos que ninguno de sus familiares, padres, hermanos, tíos y primos había durado más de los 70 años. «Yo no puedo ser la excepción –decía– y ya siento que la muerte me está llamando». Fue cuando empezaron sus presentimientos de lo que sucedería el 26 de marzo de 2008.

Estando los dos en la casa nueva –recuerda el Paísa– llegó Enrique, su hijo, a informarle que las noticias estaban hablando de la muerte de Iván Ríos. «Ole, cómo así que mataron a Iván Ríos», reaccionó. Entonces se levantó de la silla y prendió el Televisor. Y sí; esa era la noticia.

En esa casa estábamos desayunando, unos tres días antes de su deceso y de pronto me soltó el tema de su muerte.

–Pues a mí como que no me queda mucho tiempo, Paísa. Presiento que me queda poco tiempo –me dijo como ensimismado en sus pensamientos.

–¿Por qué me dice eso si yo lo veo muy lúcido? –le respondió Oscar.

–Es que siento un problemita en el pecho que me está perjudicando; a veces me dan unos dolores muy tremendos, siento que el corazón me roza y me restriega el pecho, y ya los años y todo eso... –musitó como si ya estuviera en el otro mundo. Le dije:

–NO. Usted todavía nos aguanta por lo menos diez años más.

Dos días después le pedí permiso para ir a El Pato a cuadrar algunas cosas relacionadas con las finanzas. Me preguntó:

–Cuánto tiempo necesita? Le respondí:

–Creo que unos quince días.

–Eso es mucho tiempo, Paísa –replicó–. ¿No será que con cinco días usted hace esa diligencia?

–Es muy poquito tiempo –le respondí; pero bueno, yo trabajo en esos cinco días.

—Bien —asintió—, váyase entonces y aquí lo espero en cinco días. Y agregó—: Vea esa greca que tenemos allí —me dijo señalándola—, es para que nos tomemos un café con leche, un periquito cuando regrese. —Listo —le respondí—; yo le caigo aquí.

Y entonces arranqué. Llegué a Miravalle y me acosté a descansar. Como a las ocho de la mañana me llegó una comisión enviada desde el campamento del comandante con el mensaje expreso y apremiante de que debía regresar porque el camarada estaba muy grave, muy enfermo. «¿Cómo así?», les dije. No me informaron de entrada que se había muerto. Entonces ordené alistar equipos, enfermero y medicamentos para atender la salud del camarada. Pero me llamó la atención que el mensajero me preguntara si yo tenía formol. ¿Formol? Vea pues —pensé—. Esto si está más raro que un verriondo... ¿Por qué formol? «No; yo no tengo esa vaina», respondí. Tuve que encargarlo diciéndome a mí mismo «aquí pasó algo». Arranqué a toda, y cuando llego al campamento, claro, el camarada había muerto. Allí estaba con su uniforme guerrillero... Lo estaban velando en una mesita envuelto en la bandera tricolor de las FARC. El desconsuelo de los muchachos era total.

Enrique Marulanda narra lo que ocurrió ese día del viaje del Paisa a Miravalle. Hice relación y pensaba ir a darle el parte de que no había novedades, pero él no estaba. Como sabía que se encontraba enfermo, resolví no darle el parte. Yo era el comandante de guardia. Unos segundos antes lo había alcanzado a ver entrando a la casa. Y cuando estaba llegando a la comandancia escuché el grito de Sandra. ¡Hijueputa!, se murió mi papá —pensé—. Eso no tiene vuelta. Cuando fui a mirar, sí; ya estaba muerto. Quedó sentado en una silla roja que nosotros le cargábamos. Cuando llegaron las enfermeras sabíamos que no había nada qué hacer.

Entonces con Acacio que estaba allí, llamamos a los muchachos para informales la triste noticia. Luego tomamos la decisión de mandar a buscar al Paisa que estaba en Miravalle porque él era el superior

jerárquico en el área. Él que se viene del sitio y le cae un comando de fuerzas especiales por la espalda; pero ya no se encontraba allí – cuenta Enrique Marulanda.

Para determinar qué hacer –dice el Paisa– nos reunimos los mandos que estaban en Río Sucio, entre ellos, Acacio, Rolando, Darío, Rodolfo... Y nos pusimos de acuerdo en cómo manejar esa situación de la muerte del camarada Manuel y en una situación de operativos militares por todos lados. Intentar conseguir un ataúd, eso llama la atención cualquiera sea la vía de acceso. Por eso optamos por mandarlo a hacer con unos buenos ebanistas y motosierristas que teníamos en el campamento. Ellos sacaron las tablas y lo hicieron.

Entonces resolvimos organizar el homenaje y las honras fúnebres. No teníamos uniformes, no podíamos invitar a nadie. Así que solo informamos al Secretariado. Ellos ordenaron manejar la situación con extremada prudencia y secreto. Teníamos unas 200 unidades regadas en esas montañas y tuvimos que actuar calladitos. Tomamos la decisión de no decirle nada a los que estaban más retirados y que los correos o chasquis de la guerrilla dejaran sus cartas cifradas en las avanzadas. Cuando alguno de ellos planteaba hablar con el camarada le respondíamos que por ahora no era posible porque no se encontraba en el campamento. Nos inventábamos cualquier carretazo –comenta el Paisa– para preservar el secreto mientras mirábamos dónde lo íbamos a enterrar y todo el mundo quería saber dónde.

Inicialmente seleccionamos una guerrilla y con esos compañeros fuimos a enterrarlo. Luego, pensando con cabeza fría concluimos que lo mejor era reducir el número de los conocedores, para así reducir el círculo de los involucrados y buscar que el secreto quedara en un núcleo de los más leales, para que no nos lo fueran a quitar. Por eso lo movimos a otro lugar cuando llegó el “Mono” Jorge. Y teníamos razones suficientes para proceder de esa manera. Cuando la noticia de la muerte de Manuel Marulanda trascendió, el Gobierno del presidente Santos ofreció una recompensa de 5000 millones de

pesos a quien entregara los restos del comandante legendario. Para qué le pusieron precio a sus cenizas, a sus restos mortales? Talvez porque siguen pensando que sus ideas siguen vivas.

Manuel Marulanda hizo todo lo posible por encontrarse con Jorge. No dejó de llamarlo. Le decía: «Véngase Mono que necesito hablar con usted..., pero eso sí, no se vaya a venir con todo ese gentío que usted carga atrás. Lo espero ojalá con una Compañía (60 combatientes), porque esto aquí es un refugio, y a usted con ese problema de salud, le serviría un poco de reposo. Aquí le tenemos sus medicamentos, su casa. Desde este lugar podremos organizar las cosas».

El camarada le mandaba a traer lo que consideraba necesario para acondicionarle la estadía. Pues el Mono no llegó. Murió el camarada, y cuando Jorge conoció la noticia, entonces se vino en pura verraca con 200 hombres por esas cordilleras en una situación muy compleja, enfermo y con operativos buscándolo por todos lados.

Cuando llegó el hombre nos convocó de urgencia para que le informáramos todo lo relacionado con la muerte del camarada Manuel y todo lo obrado hasta el momento. Fue entonces cuando tomó la decisión de seleccionar una comisión de ocho personas integrada por Rolando, Mario, Enrique, Alonso, Arley, Ángel, Darío y mi persona para que procediera a reubicar, por seguridad, los restos de Marulanda.

Y nos fuimos. Y Marulanda intacto. Así lo encontramos. Tan pesado como estaba, y nosotros moviéndolo por esas cordilleras, por esas bejuqueras, y dele nosotros, borrando trillo hasta que encontramos un sitio, lleno de piedra, además. ¡Uff, qué problema! Nos tocó meter el cajón de lado. Lo metimos forzado por una gruta y ahí lo dejamos al lado de un cañito. Borramos el trillo, bien borrado.

Dijimos allá no puede entrar ni el diablo. Por el lado de El Pato no permití que ni siquiera nadie entrara a Coreguaje. A mí me dijeron

que quedaba al frente de esa responsabilidad de custodia. Y el comandante Manuel estuvo cinco años sepultado, sin novedades. Pero luego me enteró que el cadáver de Marulanda había sido extraído en el año 2012, por una orden loca de Timochenko y Carlos Antonio, proferida de manera unilateral y sin consulta al Secretariado, para trasladarlo quien sabe dónde. Yo que era el responsable y conocedor del área no fui informado. Se lo robaron sin que me percatara —dice el Paisa con dolor e indignación—. Y lo supe cuatro años después en el 2016. Eso fue para mí un golpe traicionero y una gran sorpresa. No encuentro la razón para sacar al camarada de esa manera sabiendo que estaba bien cuidado.

El rescate de Manuel Marulanda

Cuatro años después del hurto de los restos del camarada Manuel en las alturas de la montaña donde habían sido sembrados, me llegó la información —toda junta— tanto de la profanación con fecha exacta, como del lugar donde fueron escondidos por Timochenko y su camarilla encabezada por Carlos Antonio.

La verdad —asegura el Paisa apretándose el pecho— yo estaba muy ardidado con lo sucedido y no tenía paz ni sosiego en el alma, y me preguntaba sin cesar quiénes y por qué actuaron de manera tan maligna y traicionera. Para mí fue como un desfogue de la tristeza enterarme que los restos habían sido trasladados a una zona del Meta muy distante del Caquetá, y que podían ser recuperados. Entonces, sin pensarlo dos veces, tomé la decisión de ir a rescatarlos sin importar el riesgo que significaba evadir el anillo de seguridad del ejército de Miravalle y el cruce frente a bases militares instaladas en la vía que conduce al Guayabero.

18 guerrilleros, de los mejores de la Columna Teófilo Forero, nos apretujamos en 4 camionetas y salimos en busca de Manuel. Le hicimos duro y sin aflojar durante 10 horas. Cuando llegamos al sitio,

casualmente iba saliendo del lugar una patrulla de soldados que se apostó a lado y lado de la vía sin que ninguno de sus integrantes hiciera el más mínimo intento de frenar la caravana. Despacito, muy despacito, fusil en mano y tiro en recámara, pasamos por aquella inesperada “calle de honor” de hombres en traje de fatiga, embarrados y llenos de sudor. Solo fue un momento de altísima tensión.

Superado el obstáculo, unos metros más adelante detuvimos la marcha para sacar exploraciones que nos informaran de la dirección del avance de la patrulla, y si en el lugar donde presuntamente estaban enterrados los restos, había o no presencia de ejército. Al constatar que la zona estaba libre, mandé a unos muchachos a excavar la tierra y a buscar a Manuel por todas partes. Trabajaron cinco horas y no encontraron nada. Solo teníamos referencias, algunas señas, pero no el punto exacto.

Tuvimos que regresar a El Pato asediados por la duda: «Bueno, si nos dicen que es por ahí, entonces hay que seguir buscando. Cómo vamos a dejar perder de esa manera los restos de Marulanda», se cuestionaba el Paisa. Él había sido designado por el Mono Jorge, como ya se dijo, como custodio de aquellos restos emblemáticos.

Entonces envié a dos exploradores de civil para que siguieran buscando y escudriñando el área –relata Oscar–. Les dije: «Cuando encuentren algo me avisan y yo regreso». Y efectivamente esos muchachos lo encontraron e informaron del hallazgo. Sin dudarlo un segundo partí nuevamente hacia el lugar con una Escuadra de doce unidades distribuidas en tres vehículos. Con un desplazamiento rápido y nocturno eludimos los controles militares desperdigados a lo largo de la carretera que se extendía entre la cordillera y la sabana. Cuando llegamos al lugar, sí; allí estaban los huesos del Comandante en Jefe acomodados en una caneca plástica. Los recogimos con amor y veneración, y también con alegría por el fin de la profanación, y luego de unas horas de marcha pasamos por El Lozada cantando el estribillo de la nueva canción: *los que no son de Manuel, esos no son*

de las FARC; los que no son de las FARC, esos no son de Manuel.

Hoy los restos de Manuel Marulanda Vélez reposan en un lugar seguro y secreto. Su legado le pertenece a los pobres de Colombia, a los guerrilleros de la Segunda Marquetalia y a todos los rebeldes. En una colina de Miravalle, sede de los campamentos de la antigua resistencia, en su homenaje hay una escultura del legendario guerrillero con su gorra de visera levantada, su toalla al hombro y sus botas pantaneras, mirando la nueva realidad, sujetando enérgicamente con sus dos manos, la reata de donde penden su pistola y su peinilla. Está como vivo y con ganas de seguir peleando por la paz y la Nueva Colombia.

Estima el comandante Romaña que lo acaecido es consecuencia de la subordinación ciega a unos personajes de la dirección a quienes se obedecía por su rango, pero que terminaron autodesenmascarándose como renegados de la rebeldía esparcida por Manuel sobre la tierra.

Marulanda era un hombre de una autoridad avasallante, pero era al mismo tiempo un ser afable y humilde. 60 años de sus 78 los dedicó día y noche a luchar por los más pobres, por la justicia social, por la democracia, por la soberanía y la paz. Los que heredamos su legado juramos recoger las banderas pisoteadas, les limpiaremos el lodo para hacerlas tremolar al viento en la cumbre más elevada de la conciencia colombiana.

Jorge estaba muy lejos cuando murió Manuel

Para explicar por qué Jorge no estaba con el camarada Manuel el día de su deceso, Aldinéver Morantes precisa lo siguiente: Nosotros estábamos con el Mono en un área donde colindan los municipios de Lejanías, Mesetas y Uribe, más exactamente entre Casa Verde y el lugar donde se fundó el Bloque Oriental, conocido con el nombre de Casa Cuña. Estábamos creando las condiciones para recibir a tres

generales, altos mandos del ejército, que habían solicitado conversar con nosotros. Ellos, como muchos otros militares, habían leído con detenimiento las cartas de Manuel Marulanda Vélez dirigidas a los oficiales, suboficiales y soldados del ejército y querían tener una relación directa con el Secretariado de las FARC. Nuestro Comandante en Jefe siempre quiso establecer un puente de comunicación con los integrantes de las Fuerzas Armadas oficiales –recuerda con énfasis Aldinéver.

Y agrega: Esta tarea había sido coordinada con Marulanda. Los militares mencionados nos habían hecho conocer con anticipación, a través de un contacto, que no compartían la política de seguridad democrática del entonces presidente Álvaro Uribe que dio rienda suelta a los falsos positivos con el asesinato de miles de jóvenes inocentes que eran presentados a través de los medios de comunicación como guerrilleros muertos en combate. Nadie debe olvidar que Uribe medía los éxitos de su seguridad democrática con litros de sangre –recuerda Aldinéver–. Los señores generales con quienes preparábamos las condiciones para reunirnos, tampoco compartían la complicidad del Estado con los grupos paramilitares que en ese momento estaban avanzando por el departamento del Meta, por todo el piedemonte llanero, desde Putumayo y Caquetá, hasta Arauca. Ellos los habían atacado militarmente, lo cual había disgustado profundamente al señor Uribe.

La reunión iba a tener lugar en Casa Cuña. Los generales tenían dos opciones para llegar: una era en helicóptero, lo cual no les permitía estar más de cuarenta minutos en conversaciones; y la otra era entrar por vía carretable y luego avanzar un par de horas en mula. Hoy este lugar es un resguardo indígena llamado Ondas del Cafre.

Estos militares como muchos otros, nos habían enfrentado limpiamente, sin guerra sucia. Eran troperos reconocidos que a través de sus operaciones nos habían causado bajas muy importantes y sensibles, como la muerte del comandante guerrillero Marco Aurelio

Buendía, uno de los cuadros de más perspectiva en las FARC. Murió también el hermano de Romaña, conocido como Ismael Ayala, comandante del Frente Manuela Beltrán. Ellos se proponían sacarnos de las adyacencias de Bogotá y de los sitios más estratégicos de Cundinamarca. Habían sido adversarios nuestros, nos habían causado bajas, pero contaban con nuestro respeto –precisa Aldinéver.

Por nuestra parte, seguimos abiertos al diálogo con militares y policías, con sus estructuras de rango y altos cargos, sin dejar de pensar ni un minuto que con ellos, con los comandantes más racionales de la institución armada, se debe conversar para buscarle una salida política a la confrontación y pensar en la instauración de un nuevo Gobierno con una nueva visión, incluyente, enemiga de la corrupción, respetuosa de los derechos humanos, que procure vida digna para la gente y haga prevalecer la soberanía patria.

El día de la muerte del camarada Manuel –afirma Aldinéver– yo ya no estaba en el campamento del Mono; este se encontraba en dirección al sitio donde lo esperaba el Comandante en Jefe. Pero fui citado personalmente al radio por Jorge, y sin presencia de radistas, fui informado a través de códigos de aquella partida triste del 26 de marzo de 2008. La noticia de la muerte de Marulanda se mantuvo en secreto durante algún tiempo.

Al Mono se le notaba un gran remordimiento por el hecho de no haber estado con Marulanda el día de su muerte. Jorge casi no dormía. Se acostaba a las doce de la noche y dos horas después se le miraba al frente de un computador. A las tres de la mañana citaba reuniones para despachar misiones y correos. Eran muchas las consultas que le llegaban desde un gran número de Frentes y Compañías de combate. Nosotros leíamos los correos y a esa hora le hacíamos los resúmenes, y sobre esa base él expedía las orientaciones correspondientes.

El Mono andaba con mucha tropa. Era poseedor de un don de mando muy notable que lo hizo muy querido, no solo entre la tropa guerri-

llera sino también entre la población campesina de la región.

Manejaba grandes agrupaciones y estructuras guerrilleras y resolvía de manera eficiente sus necesidades logísticas y requerimientos políticos. Estaba al tanto del acontecer nacional e internacional y discutía con solvencia sobre esos asuntos.

En los últimos meses de su existencia Marulanda hablaba de volver a la guerra de guerrillas móviles. En una circular –recuerda Aldinéver– el comandante nos pedía analizar y buscar la razón del por qué nos estaban golpeando militarmente después de tantos éxitos, sabiendo que estábamos peleando con tropas bajo la dirección de los mismos generales que durante cuatro años comandaron sin resultados favorables operaciones contra nosotros. «Debemos preguntarnos –decía Marulanda– ¿será que estamos desconociendo normas fundamentales de la confrontación, donde hemos logrado progresos y el despliegue nacional, tal como lo indica el Plan Estratégico con la toma de nuevas posiciones?» Ese tipo de preocupaciones ocupaban la mente del comandante.

La muerte de Jorge Briceño

La tardanza en la dislocación de la fuerza en unidades más móviles y pequeñas pudo haber sido una equivocación del Mono, y una de las causas probables de su muerte –afirma Aldinéver–. Es que prácticamente estábamos concentrados en un área no muy amplia, y con toda esa tecnología militar de punta que tenía a disposición la fuerza pública, era casi imposible mantener en secreto nuestra localización. El ingreso de toneladas de alimentos a la Serranía de La Macarena, que era un teatro de operaciones bastante pequeño, más el trabajo de la inteligencia y la infiltración interna que habían permeado algunas instancias de mando condujeron sin duda a generar las condiciones para el bombardeo y su posterior muerte –estima Aldinéver.

Jorge consideraba que por tierra el ejército no era capaz de llegarle y lo demostró de hecho frenando a plomo los avances del ejército que se originaban desde varios puntos de la selva. No tuvo suficientemente en cuenta el papel de la tecnología, aunque siempre estaba al tanto de ello. Tal vez nos envalentonamos. Aprendimos a desarrollar operaciones militares importantes en medio de la ofensiva y el Mono siempre estaba al frente de sus tropas resolviendo favorablemente todas las contingencias.

Pero la causa principal de la muerte del comandante fue la introducción de un microchip instalado en sus botas de diabético recién adquiridas. Dos días después de su estreno fue bombardeado con toneladas de C4 lanzadas por la aviación en un claro uso desproporcionado de la fuerza. El comandante Alfonso Cano le había advertido a Jorge que a través de fuentes de inteligencia confiables había sido informado que tenía un mando infiltrado que suministraba todos los datos de sus movimientos a las Fuerzas Militares y de policía.

En los días del bombardeo estábamos desarrollando una reunión del Estado Mayor del Bloque Oriental. Llevábamos tres jornadas de trabajo. El domingo no hicimos reunión. Ante la intensa actividad de la aviación de 24 horas al día—salía un avión y llegaba otro a sobrevolar el área de los campamentos— le habíamos planteado que cambiara de ubicación. En respuesta orientó a todo el mundo atrincherarse y permanecer en primer grado de alistamiento. El Mono dormía en un búnker, en un refugio subterráneo. El bombardeo empezó a las dos de la mañana y las bombas aplastaron el bunker donde se encontraba. Murió asfixiado. No estaba herido. Hubo respuesta guerrillera. Habían más de 500 guerrilleros, los cuales combatieron con heroísmo y valor durante tres días.

Al día siguiente del bombardeo logramos entrar al campamento con los compañeros Alonso 45, Rolando, Iván Merchán, y mi persona—dice Aldinéver—. Tuvimos que atacar por varios flancos. El campamento había sido demolido por las bombas. La montaña derribada

aún estaba humeante. No encontramos nada. No vimos al Mono; solo un aparato que emitía una señal luminosa roja en el sitio donde estaba su campamento. Habían muerto con él unos ocho guerrilleros, los cuales quedaron sepultados. Lo único que quedó intacto era el economato y la central de comunicaciones.

El campamento del comandante Jorge Briceño estaba ubicado en la Serranía de La Macarena, a dos kilómetros del río Santo Domingo, más exactamente a orillas de Caño Tolueno, bautizado así por los guerrilleros porque en el lugar había funcionado una fábrica de TNT del Bloque Oriental de las FARC.

Anécdotas marulandianas

Manuel Marulanda y Alfredo Gutiérrez

Cuando llegábamos a “Marrano Gordo” cansados de remolcar Economía —recuerda Enrique Marulanda— nos íbamos derecho al aula a ver televisión. A mi papá no le gustaba mucho ver televisión, pero se asomaba al salón para cerciorarse de cómo habíamos llegado; a no ser que estuviera tocando y cantando Alfredo Gutiérrez. Ahí si se quedaba atornillado como embelesado y sonriente. ¡Cómo le gustaba la música de Alfredo Gutiérrez! También le gustaba escuchar a Lisandro Mesa, a Darío Gómez y la música paisa. Es que la música era su punto débil. En los diálogos de paz del Caguán andaba pa’riba y pa’bajo con su grupo vallenato guerrillero llenando con la alegría de la música los campamentos. Se valía de cualquier pretexto para decretar un baile donde los guerrilleros y guerrilleras estuvieran contentos. Repartía trago, pero poquito para que la gente no se emborrachara. El único que se le emborrachaba todas las veces era el “Ardillo” porque sabía dónde tenía el viejo la caleta. No se cansaba de hacerle picardías a mi papá, pero él lo quería mucho. Para algunos mi papá era el que lo mandaba a hacerles pilatunas a los muchachos para divertirse después.

La búsqueda de la placa perdida

La Placa es una estrella metálica sembrada hace medio siglo (tal vez sesenta años) por las manos de unos topógrafos del Estado en una de las alturas más destacadas de la cordillera oriental. Tiene tres puntas que señalan cada una la ubicación exacta de los departamentos del Huila, Meta y Caquetá. Por allí había pasado varias décadas atrás el comandante Manuel; ahora necesitaba para las tareas de la Segunda Marquetalia refrescar aquellos datos.

En cierta ocasión –anota el Paisa– me llama el camarada y me dice que necesita que le ayude a hacer una exploración a la Placa. Que hacía cuarenta años había pasado por allí. Me explica que se trata de una placa de cobre que tiene tres puntas cada una señalando un departamento en un rucio muy alto. Y recibo de él las siguientes pistas: «Usted tiene que tomar todo el Guayabero arriba hasta que se convierte en una quebradita. Ahí nace el Guayabero. Suba por ese caño hasta encontrar una fileta que es el reparto donde nacen varias quebradas. Usted se para ahí y ve perfectamente al Huila, al Caquetá y al Meta en la distancia. Yo necesito la coordenada de ese sitio. La necesito para trazar una trocha que salga a Guayabal, Pato. Otra para salir derecho a Baraya en el Huila, donde Rigo. En caso de que esto se ponga verraco por aquí yo me broto por esa placa».

Siguiendo esas instrucciones salió el Paisa con seis unidades, Guayabero arriba. Encontró la fileta indicada por Marulanda. Subieron por ella y llegaron a una explanación que por sus características Oscar intuyó se trataba del sitio marcado por Marulanda como destino. Había un musgo muy alto. Duramos horas buscando –dice el Paisa– y cuando creíamos que no íbamos a encontrar nada, los exploradores encontraron unas latas viejas. Entonces empezamos a hurgar con chuzos el terreno, hasta que uno de los muchachos topó algo duro. Y nos agarramos a volearle machete hasta que vimos la famosa placa. Se trataba de un cuadro de cemento de un metro cuadrado y en el centro estaba la añejada placa de bronce de las tres puntas. La lim-

píamos bien. Tenía inscritas unas fechas. Y entonces procedimos a tomar la coordenada con GPS. Con el dato asegurado nos regresamos a pasar el parte, pero buscando la ruta de Guayabal. El jefe nos había dicho que teníamos que bajar por la fileta que va volteando hacia la izquierda. En esa ruta se encuentran con dos caños conocidos como los Pepos. Es ahí exactamente donde nace el río Pato. Con esa información –asegura el Paisa– comenzamos a romper buscando comunicarnos con la región de El Pato. Y efectivamente por ahí salimos a Guayabal, y desde ese lugar tomamos la ruta a Miravalle y desde ahí volteamos a Coreguaje a buscar a Marulanda. El tipo recibió muy contento la noticia del hallazgo y el éxito de la misión.

La emotiva visita de Manuel a El Pato

Ocurrió en las negociaciones de paz con Pastrana en el año 99. Me llamó el camarada Manuel a Los Pozos y me dijo:

–Hombre Paisa, quiero echarme un recorrido por El Pato... lo conozco muy bien y hace mucho tiempo que no voy.

–¿Ah? Pues cuando quiera vamos –le dije–. Por allá tenemos un sitio calidad para usted.

Entonces arrancamos. Iba feliz en sus camionetas y llevaba su guardia y sus perros. Llegamos a un punto conocido como La Libertad en el centro de El Pato, entre Chorreras y Guayabal. Ahí, en un filo dominante, al borde de la carretera habíamos construido un quiosco pequeño con una oficina, piso de cemento y dormitorio con baño privado, por si algún día al camarada le daba por venir. Cerca teníamos un campamento donde yo permanecía con veinte guerrilleros, con sus alojamientos y sus baños. Teníamos árboles frutales, yuca, plátano, bomba de gasolina y carretera. Y llegó el hombre y se parapetó allí.

Habíamos pasado por San Vicente, por el Batallón Cazadores, Minas Blancas, Puerto Amor, Campanas, Las Morras, Los Andes, Chorreras y La Libertad. Y a medida que chequeaba el panorama, empezaba

a recordar. Lo recuerdos se le venían todos y por todos los flancos, como en manada. Y lo sacudían. Yo notaba que lo revolcaban.

Definitivamente el sitio le agradó y el hombre se fue amañando ahí en el quiosco donde no cabían sino la mesa y cuatro sillas. Y escribía como un condenado. De pronto se levantaba y cogía una silla y nos sentábamos a conversar en el alero teniendo de frente la impactante pintura viva de la región de El Pato con su río sonoro, sus montañas y sus cascadas que se desprenden de los peñascos. Y entonces daba rienda suelta al concierto de sus recuerdos. Y señalando con el dedo índice me decía: «Mire Paisa, por allá pasé con Joselo; allá al frente está La Majiña... en aquel sitio había un campamento. Para llegar a él teníamos un camino de bestia que subía bordeando aquel chorro; esa era la entrada. De La Majiña, cruzando el lomo de esa cordillera, habíamos abierto una trocha secreta que conducía directamente al Coreguaje, donde realmente teníamos el campamento madre. Por aquella parte habíamos sembrado mucha caña y teníamos instalaciones paneleras, los fondos y cantidades de mulas. Esa finca que está allá, detrás de esa fileta, es de Joselo...», y hablaba y hablaba acicateado por las remembranzas.

«La finca de Joselo, sigue ahí», le dije. Es tanto el respeto de los campesinos que hasta hoy nadie se ha atrevido a ocuparla. Todo el mundo sabe en El Pato que esa es la finca de Joselo.

«La Teófilo construyó una buena casa en aquel alto», le comenté señalando el sitio. Le habíamos sembrado de todo, hasta árboles frutales, pero un día llegó el ejército y la incendió, le metió candela aduciendo que era de las FARC, pero no se pudieron llevar el terreno, por eso sigue allí en el mismo sitio. ¡Cómo disfrutaba Marulanda estas historias!

Cuatro días permaneció Manuel en ese teatro donde comandó la resistencia décadas atrás. De La Libertad, libre y feliz regresó a Los Pozos, sede de los diálogos de paz.

El cuento de la muerte

Un día mi papá –recuerda Enrique Marulanda– nos echó el cuento de la muerte. «Había un tipo que se comportaba muy mal; era demasiado dañado –inició así su narración–. Se le advirtió: pórtese bien porque si no, viene la muerte y se lo lleva. –Yo no creo en esas pendejadas porque ni el diablo ni la muerte como personas existen –replicó el hombre. Pero sin embargo tomó precauciones por si acaso... –Voy a mamarle gallo a la muerte –concluyó para sí. Como era barbado y muy mechudo se hizo calvear y se rasuró la barba. –Con esto no me reconocerá –dijo muy seguro. Y efectivamente un día se apareció la muerte en la región buscándolo por todas partes con su guadaña lista y no lo hallaba a pesar de su exhaustiva búsqueda. De verdad la muerte ya estaba muy cansada y con ganas de suspender todas sus pesquisas. Entonces llegó a una casa, precisamente donde se había refugiado el hombre malo. Al sentirla, este se escondió detrás de una puerta, con tan mala suerte que la huesuda lo encontró. Sin saber que esa era la persona que tanto buscaba, al mirarlo dijo: –Mientras encuentro al mechudo me voy a llevar a este calvo. Así fue que aquel pobre desgraciado no pudo escapar a la muerte».

El bombardeo del Yari

Estábamos acampados en El Paujil (Yari) relativamente cerca a un área donde teníamos encaletados algunos carros y mucha economía (alimentos). Entonces se vino una conejera, que es una creciente del río que se produce cada cuatro años que alcanzó diez metros de altura inundando la selva donde teníamos las caletas.

Al ver esto, mi papá mandó a mover la economía en canoas con motores fuera de borda. Con nosotros estaban Rolando y Acacio. Pero en una tarde de esas, la noche sorprendió a los rescatistas en plena actividad teniendo que regresar al campamento alumbrando con exploradoras el río. No se dieron cuenta que estaban siendo observados

desde un avión de inteligencia que los siguió hasta el campamento. Por medio del escaneo de Yuri nos enteramos que pidieron la aviación; pero esta no llegó por mal tiempo en el área. Estaba cerrado por densos nubarrones. Tuvieron que regresar sin concretar el ataque.

Solamente éramos diez guerrilleros los que acompañábamos a mi papá en el campamento —explica Enrique Marulanda—. Como era domingo, el nos dice: «Hoy hay baño, lavado de ropa y aseo de armas». Como yo había visto al “marrano” —como llamábamos al DC-3 artillado— bajar hacia Charco Caimán que era un polígono de la aviación ubicado a unos diez kilómetros del lugar, entre Los Lobos, el Camuya, el Yari y el Caguán, me abstuve de lavar la ropa. Yo estaba sentado en el puente cuando pasó “el marrano” y se puso a dar vueltas por una hora en Charco Caimán. Yo no estaba confiado. Sentí cuando se nos vino y cuando se estaba acercando escuché por monitoreo al piloto informando que se aproximaba al objetivo. «Donde les voy a lanzar las bengalas, ahí es», dijo el piloto. Entonces soltó las bengalas arriba del campamento. Teníamos unos sesenta equipos de los guerrilleros que estaban afuera cumpliendo misiones y nosotros apenas éramos diez. Cuando ocurrió esto, le dije: «Papá, los computadores». Pero la respuesta que recibí fue «No señor, salvémonos nosotros que esos aparatos se consiguen después». Entonces nos salimos. Nos movimos unos 200 metros y paramos un tantico. En ese momento cayó un aguacero de bombas sobre el campamento, con metralla y todo eso. Me dijo: «Enrique, váyase aquí derecho y busque la retirada convenida, y cuando esté allá, nos grita». Cuando llegué al sitio, que eran unos árboles grandes, los llamé. Y como Yuri estaba escaneando escuchó cuando los pilotos dijeron «vamos a cambiar de entrada». Entonces mi papá le dijo, devolvámonos. Yo entonces me moví del sitio justo cuando las bombas empezaron a caer ahí. Lanzaron bombas de racimo. Una sola picada del avión y explotaban entre seis y siete bombas. No pasó nada. Cuando caían las bombas Yayita y Sandra se le tiraban encima para cubrirlo y protegerlo de las bombas. Él se les enojó y les dijo que lo dejaran caminar. Así era mi papá; muy fresco.

El sueño del que nunca hubiera querido despertar

Estaba lloviendo a cántaros, y nosotros subiendo por un filo.

—Papá —le dije—, deje yo paso adelante y en caso de que resbale en un paso malo —porque el piso era deleznable— yo le doy la mano para que se sostenga. Y flotando en ese sueño le pedí que me hablara de estrategia.

—Ole, yo de eso se poco —me respondió—; el que sabe es Jacobo. Y seguimos bajando hasta que caímos a un caño y de allí subimos otra loma que era toda de rocas. Cuando llegamos a la cumbre esta era una mesa rocosa enorme y al fondo se miraba una sabana muy hermosa con matas de monte y morichales y señalándole varios puntos, le explicaba qué había en esos lugares, quiénes habitaban esas casas que reverberaban en la distancia. Y estando en ese ensueño de pronto me llaman para la guardia, despertándome del sueño del que no hubiera querido nunca despertar.

La emboscada del Leyva

Arrancamos una marcha. El comandante es quien dice dónde se debe parar para descansar. Normalmente esto se hace cada hora. Y pasó una hora y él no dijo nada. Entonces, yo seguía —relata Enrique—. A las dos horas lo esperé y le dije,

—Camarada: llevamos ya dos horas y la gente está cansada.

—Oiga, ¿y usted acaso no sabe que cada hora hay que parar? —me respondió. Yo esperaba que él como mando diera la orden cuando llegáramos a un sitio donde se sintiera cómodo. Entonces seguimos.

—Es posible —nos dijo— que de aquí para allá encontremos la tropa, porque Romaña acaba de informar la novedad de sobrevuelos de helicópteros sobre el río Leyva y Caño Reyes.

Luego de marchar con cuidado llegamos a un sitio y nos dijo:

—De aquí para allá, ya no hay peligro, pueden andar en marcha libre, porque no nos podemos quedar por aquí. No podemos dejar trillo. Y arrancamos.

Avanzamos unos 500 metros y a mí se me ocurrió parar la vanguardia. Cuando papá llegó cerquita di la orden de proseguir la marcha. Los soldados nos esperaban emboscados a cien metros. Ernesto —un indígena del Putumayo— iba de primero cuando nos encendieron a plomo. Todos soltamos los equipos para pelear. Entonces el camarada Manuel nos dijo: «Retírense ordenadamente por la trocha. Nadie se sale de la trocha». Agachado arrastré mi equipo, pero cuando intenté echármelo al hombro, me encalamburé, pero de todas maneras lo saqué —comentó Enrique—. Al retirarnos un kilómetro, nos faltaban dos compañeros y la “negrita”, la perrita que siempre acompañaba al camarada. Allí nos hizo aguantar hasta que llegaron los guerrilleros y la perrita. Se perdieron ocho equipos. A las 18:00 horas llegó el puntero que era el indio. Había logrado salir con el equipo a pesar de que lo agarraron a quemarropa. Entonces nos movimos otro kilómetro.

Ahí permanecimos un día. Cuando reanudamos la marcha hacia el Leyva encontramos los trillos de la tropa. A orillas del río hicimos una reunión de balance de lo sucedido. Darío propuso en la reunión que se integrara una Escuadra especial (doce unidades) encargada de sacar al camarada Manuel en caso de enfrentamientos sorpresivos. Al enterarse el jefe de la propuesta, respondió sin inmutarse: «Ole, eso de que nombren una Escuadra para que me saquen a mí en caso de combates, eso no es así. Es todo lo contrario. Yo soy el comandante y soy el que tengo que sacarlos a ustedes».

A Marulanda, le dedicamos en desagravio por todo lo ocurrido en esta tormentosa etapa el poema que le escribió el gran poeta comunista, Luis Vidales:

“Canto Colombia a Manuel, el guerrillero/ es este, América Latina,
el que yo canto/ a este, mundo de hoy, os lo presento/ Manuel es el
padre de la selva colombiana/ es el pastor de la paz en el rebaño/ Ma-
nuel es hermano de los ríos y del viento/ y allá donde es más libre la
montaña/ dulce patria hacia el cielo, allá lo siento/ En su loor la no-

che iluminada/ suelta su tiroteo de luceros/ Las altas tierras limpias lo vieron colombiano/ y el aire puro le fue dócil a su sueño/ El águila que pasa es un disparo/ cada ave es como un papel que cruza el cielo/ Para hablarle de patria los árboles susurran/ y el mástil de la palma flamea su bandera/ para indicar que pasa el guerrillero/ ¡Un momento! le dice la límpida mañana/ y sobre un risco del ande americano/ le saca una foto espectral de cuerpo entero/ Los árboles son como escuadras de su ejército/ por defensor del pobre, pariente próximo del trigo/ como a este le sucede: que cuarenta veces lo han dejado muerto/ solo para quedar cuarenta veces vivo”.

La traición del Estado al Acuerdo de Paz de La Habana

Si bien, en las múltiples misivas dirigidas a instituciones del Estado y a la comunidad internacional se pincela muy bien lo sucedido en torno al Acuerdo de La Habana, queremos agregar otras consideraciones que proyectan luces que sin duda nos ayudarán a entender mejor la maniobra de engaño del Estado que culminó con la melancólica entrega de armas de las FARC.

Saludo a la Conferencia Internacional Rosa Luxemburg en Berlín

A la XXIV Conferencia Rosa Luxemburg

Desde Colombia la patria delineada por Bolívar en el Congreso de Angostura hace 200 años, y nacida en el campo de combate, en la espléndida victoria de Carabobo tres años después, saludo la XXIV Conferencia Internacional ROSA LUXEMBURG, que se realiza en Berlín.

Ante todo, quiero depositar un ramillete de rosas rojas a la memoria de la roja Rosa, a la Rosa Luxemburg, a la mujer de palabra y acción, de teoría y trinchera, a la mujer revolucionaria que sigue comandando la Liga Espartaco en una lucha a muerte contra el capitalismo.

Contigo, Rosa, queremos repetir, que “La revolución es magnífica... y que todo lo demás es un disparate, y que el socialismo no es, precisamente, un problema de cuchillo y tenedor, sino un movimiento de cultura, una grande y poderosa concepción del mundo”.

Dijiste de frente muchas verdades que incomodaron a los reformistas que se conforman con poco; a los timoratos y miedosos –que por esa condición humana– resolvieron no volver a hablar de la toma del poder; a los ilusos que viajan en el bote del parlamentarismo institucional a sabiendas que marchan directo a los cayos rocosos donde terminan varados los sueños socialistas; a los burócratas que estrangulan la iniciativa y la vida revolucionaria, que la limitan y le recortan las alas. Muchas verdades, Rosa, muchas verdades enrostraste.

Gracias por enseñarnos con tu ejemplo la solidaridad con las luchas emancipadoras y a estimularlas y fortalecerlas con la crítica constructiva que corrige a tiempo los errores.

“Socialismo o barbarie” no es una simple consigna agitacional –nos dice Néstor Kohan–, ella encierra una ruptura radical con todo un modo determinista de comprender la historia y la sociedad. No se marcha de manera ineluctable hacia el socialismo. No. Hay que luchar, hay que movilizarse. Nada se logra con los brazos cruzados. Para conquistarlo se necesita la subjetividad histórica y la lucha de clases. Rosa plantea que la historia humana es contingente y tiene un final abierto, no predeterminado por el progreso lineal de las fuerzas productivas. La subjetividad es el fuego de la conciencia que se convierte en fuerza material en la contienda.

Las fuerzas de las huelgas y las movilizaciones políticas y sociales al

unirse, configuran, es cierto, una potencia; pero su verdadera potencia transformadora radica y destella con todas sus luces en las propuestas políticas y sociales de las fuerzas de la revolución.

Hay que seguir librando la batalla por la revolución, siempre pensando en la toma del poder, si es que de verdad aspiramos a cambiar la sociedad.

Con la certeza de que Rosa Luxemburg sigue siendo paradigma de rebelión y revolución, les deseo muchos aciertos en sus deliberaciones.

Cuba, Cuba, la isla de Martí y de Fidel... Sesenta años de revolución socialista, brotando por todas partes como el sol, rayos de dignidad... Felicitaciones. Fue acertado y muy justo resaltar los esfuerzos de Cuba, de su Gobierno y de su pueblo en la construcción heroica del socialismo bajo el fuego persistente y sin tregua del imperio.

Aprendimos del Comandante en Jefe de esa revolución que todo enemigo se puede vencer; que ningún arma, ninguna fuerza es capaz de rendir a un pueblo que se decide a luchar por sus derechos; que quien no sea capaz de luchar por otros, no será nunca suficientemente capaz de luchar por sí mismo; que las ideas no necesitan ni de las armas, en la medida en que sean capaces de conquistar a las grandes masas; que cuando un pueblo enérgico llora, la injusticia tiembla; que no hay independencia ni hay revolución sin el socialismo y sin la solidaridad internacional; y que ser internacionalista es saldar nuestra propia deuda con la humanidad...

Eterna gratitud al Gobierno y al pueblo de Cuba por su solidaridad amorosa hacia Colombia, por todo lo que hizo, para que las FARC y el Gobierno llegáramos a un acuerdo que permitiera poner fin al más largo conflicto del hemisferio. Jamás los dirigentes de la revolución interfirieron las decisiones. –Las decisiones las toman ustedes–, nos decían con su reconocida diplomacia. Gracias, mil gracias Cuba.

El 24 de noviembre de 2016 se firmó en La Habana el Acuerdo Final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera, que nosotros, como guerrilla, asimilamos como una gran victoria en la más hermosa de todas las batallas, que es la lucha por la paz. En solo dos años de vigencia, con seguimiento de misiones de Naciones Unidas y de organismos internacionales los resultados en materia de cumplimiento por parte del Estado son desalentadores.

En ese lapso han sido asesinados más de 400 líderes sociales del país, y más de 85 guerrilleros, lo cual atisba una perspectiva de muerte aterradora. El acuerdo perseguía alejar las armas de la política, pero estas siguen siendo utilizadas para el exterminio físico de los opositores.

Cambiaron el texto original del Acuerdo de La Habana violentando el principio de toda negociación *pacta sunt servanda*. Los acuerdos son para cumplirlos. Después de firmados, sus términos no pueden ser modificados.

Destruyeron la Jurisdicción Especial para la Paz, JEP, concebida para todas las partes involucradas en el conflicto. Las instituciones del establecimiento resolvieron que solo era aplicable a la guerrilla y a los combatientes, excluyendo de su jurisdicción a los agentes civiles del Estado, a los determinadores de la violencia desde la cúpula política. Eclipsaron el ofrecimiento de verdad para ocultar la identidad de los verdaderos responsables de las victimizaciones, cuando la verdad es lo único que puede ayudar a sanar las profundas heridas del alma causadas por el conflicto.

El Estado colombiano ha desestimado sus obligaciones internacionales de cumplimiento adquiridas, tras la conversión del Acuerdo de La Habana en Documento Oficial del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y en Acuerdo Especial del artículo tercero de los Convenios de Ginebra.

Por otra parte, el parlamento, con la anuencia del fiscal general y la Corte, hundió en sus debates ausentes de sentido común los acuerdos sobre participación política, titulación de tierras a los campesinos y reparación de víctimas del conflicto. Se ha negado la Fiscalía a poner en funcionamiento la Unidad Especial de lucha contra el paramilitarismo. Más de quince mil compulsas de copia de los implicados en esta barbarie criminal reposan imperturbables en los anaqueles de la Fiscalía General. La institución Memoria histórica ha revelado que el paramilitarismo es el responsable del asesinato de más de cien mil colombianos en las últimas décadas.

Podríamos abundar en los incumplimientos del Estado, pero haríamos interminable esta exposición. Baste con señalar que el otro gran problema es la inseguridad jurídica de mandos y combatientes de la insurgencia, lo cual ha expandido la desconfianza en las bases guerrilleras. El más grave de todos es el de la detención, mediante montaje judicial con fines de extradición, urdido por el embajador de los Estados Unidos, Kevin Whitaker y el fiscal general, Néstor Humberto Martínez, del estelar invidente negociador de paz de la guerrilla, Jesús Santrich, que ya completa nueve meses en prisión injusta. Aún permanecen encarcelados 400 guerrilleros que debieron quedar en libertad con la simple manifestación de su voluntad de acogimiento a la JEP, tal como lo consigna el acuerdo. Y otro hecho grave es el encarcelamiento que padece en Colombia la comandante Sonia luego de purgar once años de prisión en cárceles de los EE.UU. Y en Florence, Colorado, en una prisión subterránea, en condiciones infrahumanas el comandante Simón Trinidad, extraditado con un montaje judicial a los EE.UU., purga una condena a sesenta años. Para Simón de las FARC pido la solidaridad de la XXIV Conferencia. Luego de catorce años en las mazmorras gringas, exigimos su libertad. Libertad, libertad, para Simón Libertad.

En resumen, la paz fue traicionada por el Estado colombiano que optó por la perfidia y el incumplimiento de lo pactado de buena fe.

Reconocemos que incurrimos en varios errores como el de pactar la dejación de armas antes de asegurar el acuerdo de reincorporación política, económica y social de los guerrilleros, cuando Manuel Marulanda Vélez, el histórico Comandante en Jefe de las FARC había advertido que las armas debían preservarse como garantía del cumplimiento de los acuerdos; otro gran error fue negociar la dejación de armas sin ninguna conexión con la mesa central que había sorteado con éxito los acuerdos sobre tierras, participación política, víctimas del conflicto y Jurisdicción Especial para la Paz.

Nosotros no queremos ahora llorar sobre la leche derramada. No vamos a engañar a ningún guerrillero con el cuento de que todo está bien, que el Gobierno está cumpliendo; no. Enterrar la cabeza en la arena como el avestruz para negar el fracaso no será nuestra actitud.

Ni más faltaba, que luego de la perfidia y el engaño del Gobierno, vayamos ahora a engañar a las bases guerrilleras. Vamos a dar la pelea para tratar de recomponer las cosas y reparar el daño, como una modesta autocrítica, levantando siempre en alto la bandera de la paz, que es del pueblo.

Para terminar, no dejemos sola a Venezuela y a su Gobierno bolivariano que afronta un ataque brutal de la derecha latinoamericana confabulada, dirigida por el Gobierno de Washington.

Iván Márquez, jefe del equipo negociador de las FARC

Enero 11 de 2019

Entrevista de El Espectador a Iván Márquez

1. ¿Qué decirle a quienes se preguntan dónde está el exjefe negociador de las FARC?

Estoy construyendo el relato de mis percepciones sobre el proceso de paz recogiendo el sentir de la base guerrillera y de varios mandos. Nunca antes Colombia había estado tan cerca del fin de la rebelión armada o su apaciguamiento a través de una negociación. Pero desgraciadamente una intolerancia desadaptada frente a los cambios positivos, y, sobre todo, el analfabetismo de algunos soberbios que aún no logran entender la paz como derecho síntesis, tienen al borde del fracaso el esfuerzo extraordinario de La Habana.

2.Cuál es su situación actual frente a la Justicia Especial para la Paz, teniendo en cuenta que el Gobierno de Iván Duque pidió a la JEP incidente de incumplimiento esta semana, a través del consejero para el posconflicto Emilio Archila.

A la JEP la presionan no solamente el presidente Duque, los elementos más recalcitrantes de su facción política, la Fiscalía que allana su sede y rapta sus papeles de trabajo, sino también la embajada de los Estados Unidos. Al consejero Archila le recomiendo con respeto ponerle flaps a sus deducciones subjetivas en torno al cumplimiento de los acuerdos para que pueda aterrizar en la realidad el proceso de paz de Colombia. El problema es que siguen pensando equivocadamente que la JEP no es para todos los involucrados en el conflicto, sino para una sola de las partes, y el presidente se da el lujo de decir que le cumplirá a las bases, pero que con los comandantes la cosa será distinta. Eso genera desconfianza porque encierra una gran inseguridad jurídica.

3. ¿A pesar de ello, Iván Márquez sigue comprometido en aportar verdad y justicia en el sistema integral de la JEP?

Todos los involucrados en el conflicto deben aportar verdad a través de los mecanismos convenidos y no de los ideados por el capricho unilateral de un alto dignatario que cree que los acuerdos pueden ser modificados a su parecer. La verdad se aporta de manera colectiva, a través de abogados o de un escrito. Y esto es válido para la cúpula política que emitió órdenes, para los terceros involucrados o agentes civiles del Estado, los partidos, los ganaderos, los empresarios que han financiado al paramilitarismo... Comparemos el texto original del acuerdo y constataremos que lo que hoy quieren hacer valer es un Frankenstein parcializado que se resiste a olvidar el derecho penal del enemigo.

4. ¿Por qué en su más reciente aparición a través de un video publicado en youtube usted afirma que fue un error haber pactado la dejación de armas sin antes negociar la reincorporación política y económica de los excombatientes de las FARC? En algunos sectores esto fue entendido como si usted estuviera arrepentido de haber dejado las armas.

Fue un error porque la experiencia de una organización como las FARC no previó que con ese paso desesperado estábamos sembrando el germen de la perfidia del Estado, que es el incumplimiento del acuerdo en sus aspectos esenciales. Entonces es comprensible que algunos desde el establecimiento piensen, que, ya desarmada la guerrilla, ninguna voz desarmada puede exigirles cumplimiento. Sin darnos golpes de pecho estamos asumiendo la autocrítica, pero buscando cómo recomponer el juego del ajedrez volcado por los pérfidos y los tramposos.

5. ¿Por qué usted firmó el Acuerdo Final, como jefe negociador, si no estuvo de acuerdo con lo que se pactó, con la dejación de las armas como se hizo?

Lo expresé claramente en la carta dirigida a la conferencia de Berlín. Tuvimos otra falla que fue desmembrar la negociación del Cese al

fuego y la dejación de armas de la mesa central que ya había sacado adelante los puntos 1, 2, 3 y 4 de la agenda. Y ahí fue Troya. Y agrégueme la subordinación a la jerarquía... Pero por ahí hay constancias escritas de las discusiones. Comenzamos hablando en la mesa de la colocación de las armas lejos de su uso como en Irlanda, de su retiro de la política. Eso se fue transfigurando poco a poco en entrega de armas a cambio de nada. Antes del evento de Mesetas propuse la dejación gradual: un 30% al cumplimiento de garantías de seguridad jurídica, otro 30% asegurada la seguridad física de los combatientes y de los líderes sociales en los territorios, y el restante 40% con la garantía de la reincorporación política, económica y social. Pero un afán loco, no permitió ni siquiera eso. Caímos en la celada de creer en la buena fe.

6. ¿Es probable que ante su inconformidad por los incumplimientos llegara usted a parar a las disidencias?

Ah, yo no se cuándo van a parar esa manía de encasillar a la gente sin activar las neuronas. La palabra disidente ha sido demonizada y amenazan con hacerla caer con todos sus fuegos sobre las voces críticas. Aquí estamos es para pelear por la concordia y por una alternativa política que construya el futuro de Colombia sobre la base de la paz con justicia social, democracia verdadera y soberanía.

7. El alto consejero para el posconflicto, Emilio Archila, dijo que hay 13 031 excombatientes siguiendo su proceso de reincorporación, con dificultades, pero están allí, ¿eso no es evidencia de que el proceso, aunque lento, avanza?

La gran mayoría de esos guerrilleros que menciona el doctor Emilio Archila, así reciban un estipendio, se sienten hoy en día abandonados a su suerte en esos espacios territoriales. Ya están cansados de tanta promesa. El Gobierno tiene poco que ver en los proyectos exitosos que hoy pueden mostrar algunos ETCR, pues estos han sido activados por la gestión de sus comandantes con países aportantes.

No ha sido capaz el Estado de titularles tierras para el desarrollo de sus proyectos productivos y mucho menos ejecutar los desembolsos para su financiación. Allí sienten la inseguridad jurídica asperjada por ese montaje judicial que mantiene a Jesús Santrich, negociador de paz de la guerrilla, injustamente tras las rejas. Al conocer la cifra de los guerrilleros y líderes sociales asesinados no dejan de pensar que pueden ser los próximos en la lista.

8. Tras el incidente de incumplimiento que le abrió la Justicia Especial para la Paz a Hernán Darío Velásquez, el Paísa, ¿cree que este no regresará al proceso de paz?

Ni el Paísa ni nadie ha manifestado que se sale del proceso de paz. Me consta que ha trabajado con todas sus fuerzas por ella, pero, quiere la paz, como todos nosotros, sin trampas y sin perfidia. Otra cosa es que lo saquen a uno, y esa decisión con sus consecuencias, le corresponde asumirla a quien la tome.

9. ¿Cuáles son las garantías que exige Iván Márquez para regresar a la vida pública y ocupar su curul en el Senado de la República?

Mi repliegue de la vida pública fue marcado por la detención de Santrich surgida del concierto para mentir del embajador de los Estados Unidos y el fiscal general a través de un montaje judicial, y por la forma descarada como a dentelladas rápidas de “fast track” hicieron trizas el Acuerdo de Paz en el Congreso con el visto bueno de las otras instituciones. Unos tipos que nunca fueron plenipotenciarios en la mesa rediseñaron el acuerdo como les vino en gana. ¿Dónde se ha visto que un Acuerdo de Paz, luego de firmado por las partes, pueda cambiarse así porque sí? Se debió respetar el principio de negociación *pacta sunt servanda*, la buena fe, y tener en cuenta que el Acuerdo de Paz es Documento Oficial del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y que además tiene carácter de Acuerdo Especial del artículo tercero de los Convenios de Ginebra.

Creo que puedo luchar por mi país y la gente del común y por los que viven en las catacumbas de la exclusión desde el espacio que me sea posible.

10. En el marco del proceso contra Jesús Santrich, este último ha dicho que todo es un montaje de la Fiscalía y la DEA, y que prueba de ello es que su sobrino, Marlon Marín, también intentó hacer lo mismo con usted. ¿Cómo se dieron estos hechos y en qué momento se dio cuenta de eso?

Parece que intentó, pero no fui muy consciente de ello. Como dice Santrich, el montaje es tan burdo que el agente de la DEA Bryan Witek al percatarse que los informes de Marlon Marín carecían de contundencia, vino a Colombia a pedirles a los otros detenidos en el montaje que involucraran a Santrich. Esos procedimientos hieden. Oye, ¿y por qué no lo liberan? Este fiscal que tenemos es una calamidad. Mire cómo ha dañado la paz.

11. ¿Cree que su sobrino, Marlon Marín, es un agente infiltrado de la DEA? ¿Por qué?

Le sugiero trasladarle esa pregunta a él. No puedo especular con ese tema.

12. ¿Por qué cree que le tendieron esa trampa a un sector de las FARC, que es el que usted representa?

Vaya uno a saber. Pero por lo que he colegido de intercambios con funcionarios del Gobierno anterior, pareciera que le están cobrando al estelar invidente su firmeza y consecuencia en la mesa de negociaciones a favor de los intereses de la gente del común y de los guerrilleros. No traga entero. Eso lo sabe todo el mundo.

13. ¿Cómo fue su salida del Espacio Territorial de reincorporación de Miravalle (Caquetá) y por qué tomó esa decisión?

Sobre cómo salimos con el Paisa de Miravalle y cómo tomamos esa decisión, tenemos tema como para escribir un libro. Nos dimos cuenta que Fuerzas Especiales del Batallón de Contraguerrilla 22 “Diosa del Chaira” nos estaban avanzado al quiosco donde nos encontrábamos. A las nueve de la noche emprendimos amparados en la oscuridad la retirada cordillera arriba. Después nos enteramos que el comando del ejército había desplegado en Guacamayas y el río Pescado una cortina de cierre compuesta por 600 soldados profesionales. La verdad es que desde hacía días habíamos descubierto comandos de Fuerzas Especiales moviéndose de noche en las áreas donde dormíamos. Ya sabíamos que el bimotor que nos sobrevolaba todos los días era un avión de inteligencia de los Estados Unidos que en su rutina aparcaba en el aeropuerto Benito Salas de Neiva en misión Top Secret. Siempre nos tenían los drones encima, vigilando. Cerca a Chorreras, en la vía San Vicente-Neiva, comandos encapuchados pararon, fusil en mano, una camioneta parecida a la del Paisa creyendo que en ella se movilizaban los dos objetivos de alto valor... Bueno, dejemos por ahí esta historia.

14. Durante el conflicto, es decir, cuando fue el comandante del Bloque Caribe y controlaba la frontera, era más difícil una intervención militar de los Estados Unidos en Venezuela. Sin las FARC en armas, ¿cree que esa posibilidad hoy es más probable, teniendo en cuenta la crisis actual?

Me avergüenza, seguramente como a la gran mayoría de los colombianos, el melancólico papel de esta cancillería errática que tenemos que parece no se da cuenta que está jugando con candela. Un día llama a derrocar el Gobierno legítimo de Venezuela, otro día amanece proponiendo crear Prosur y después entrometiéndose en litigios internacionales sin tener noción de la legislación que los rige. Esta cancillería tiene que sosegar y pensar. Es una locura promover una guerra fratricida en la que los que van a ponerle el pecho a las balas no son los hijos de la oligarquía sino los de la pobreza. Duque ve la paja en el ojo del prójimo, pero no ve la viga en su propio ojo. Hay

que tomar conciencia de que vivimos en el tercer país más desigual del mundo, en un remanso de los corruptos, que este es un Estado involucrado en crímenes de lesa humanidad, y por lo tanto no tiene ninguna autoridad moral para pedir la acción de la CPI (Corte Penal Internacional) sobre países vecinos. Cuánto añoramos un Gobierno distinto que promueva relaciones de hermandad con los vecinos, respetuoso del principio de no intervención en los asuntos internos de otros países...

15. ¿Tiene que ver algo su separación del proceso de paz con la arremetida de Colombia y Estados Unidos contra el Gobierno de Nicolás Maduro en Venezuela?

En absoluto. Pero no estoy de acuerdo con esa política equivocada. Colombia tiene que rescatar el decoro y no actuar como peón ciego de poderosos intereses geoestratégicos.

16. ¿Tiene algún tipo de interlocución con los garantes internacionales del Acuerdo de Paz?

No, lamentablemente. Pero para ellos siempre tengo dispuesto en el corazón un sentimiento enorme de gratitud. Los colombianos no debemos dejar de valorar todo lo que han hecho Cuba y Noruega, Venezuela y Chile por nosotros, por la paz.

17. ¿Qué pasó con los otros exmandos medios de las FARC, quizá ocho más, quienes también abandonaron los ETCR el año pasado?

Tengo entendido que están por ahí tratando de incidir para que las cosas cambien a favor de los colombianos, de la gente del común.

18. A pesar del Acuerdo de Paz, ¿cree que la extradición pueda afectar a los exmandos de las FARC que no hayan cometido delitos después de la firma del pacto de La Habana?

Mirémonos en el espejo de lo que está sucediendo con Santrich. Acabo de leer un trino de @AlirioUribeMuñoz que dice “Contra @JSantrich_FARC lo que hay es una orden de captura administrativa. No hay un proceso penal. El fiscal hizo el show y lo capturó. Lleva 8 meses detenido ilegalmente”.

Contrapreguntas

La JEP va a citar próximamente a los miembros del antiguo Estado Mayor Central para que respondan personalmente por el caso 001. ¿Usted se va a presentar?

Hay mecanismos establecidos para ello, como he dicho. Para qué forzar una realidad distinta a lo acordado. Hay que entender que conducir al banquillo a una sola de las partes –por el prurito de la venganza– cuando son dos las involucradas, no es más importante que el hecho mismo de la paz. Ese es el gran triunfo de Colombia, el que tenemos que defender todos. Tenemos que dejar atrás las ocurrencias de un sector recalcitrante que actúa como si no fuera el principal responsable del conflicto. Que no se hagan los locos. Son las partes –no una sola– las que deben concurrir voluntariamente a aportar la verdad que sosiegue y atempere los espíritus. Analicémoslo por el bien del país. La JEP que es justicia restaurativa no puede transfigurarse por prestidigitación y viveza en derecho penal del enemigo.

Algunos califican que su declaración en el último video es un llamado a retomar las armas. ¿Qué les responde?

Es un llamado a retomar el proceso de paz, a que se respeten los Acuerdos de La Habana. Es que el Estado nos puso conejo, nos trampeó.

¿Es decir, que usted en este momento está dentro del proceso de paz?

No dejaré ni un instante de luchar por la paz de Colombia. Si todos

entendiéramos la paz como el derecho síntesis, nadie daría su brazo a torcer hasta alcanzarla. Me gusta la definición de este derecho lograda por Federico Mayor Zaragoza exdirector de la UNESCO: “Los Derechos Humanos son indivisibles, pero está claro que el derecho a la vida es el derecho supremo, ya que de ella depende que puedan ejercerse todos los demás derechos. En consecuencia, todos los condicionantes de la vida se convierten, automáticamente, en derechos fundamentales: la alimentación, el agua, la salud, el medio ambiente, la educación”... Esa es la paz que queremos; con democracia profunda y justicia social.

¿Qué pasa si la JEP le quita los beneficios al Paisa, tras decidir sobre el incidente de incumplimiento?

Hoy la JEP es una institución presionada y asediada por la actual administración, el partido de Gobierno, el fiscal general Néstor Humberto Martínez y el embajador de los Estados Unidos, Kevin Whitaker. Este último, por ejemplo, pisoteando la soberanía jurídica de Colombia no cesa su cantinela insistente de preguntar cuándo se va a extraditar al primer guerrillero luego del Acuerdo de Paz. En la W Radio la vicepresidente de Colombia, Marta Lucía Ramírez, dijo que si la JEP no extradita a Santrich “al presidente Duque no le temblará la mano de controvertir a la justicia”. ¡Qué perla! ¿Le retorcerán entonces el cuello a la JEP? Dejen que la Jurisdicción Especial resuelva en derecho y en su autonomía todo lo que tenga que resolver a favor de la paz. Que cesen de espejar esa tiniebla de inseguridad jurídica que daña la buena voluntad, la buena fe. “Hay personas tan vacías de humanidad y tan llenas de insania que habiendo hecho trizas el acuerdo ahora quieren demoler sus ruinas”, fue lo que le expresamos a Jesús Santrich hace poco. Tendríamos que ponernos no solo en las botas del Paisa, sino en las de todos los guerrilleros para intentar descifrar todos estos signos de la perfidia.

¿Y por qué no ocupar la curul en el Congreso, que puede ser un buen espacio para luchar por sus ideas? ¿Qué está esperando para hacerlo?

Vea, la curul, así sea importante, es lo de menos. Yo no he luchado 38 años en la guerrilla solo por una representación en el Congreso. Ya en el 86 fui representante a la Cámara por la Unión Patriótica surgida del Acuerdo de Paz de La Uribe, y como recordará, la Unión Patriótica fue barrida a plomo. Los sucesos de Miravalle que nos obligaron al repliegue buscaban eliminarnos físicamente o al menos capturarnos y extraditarnos. La carta que dirigimos a la JEP en respuesta a sus requerimientos daba cuenta de nuestro trabajo y compromiso. Sinceramente me gustaría con mis compañeros convocar conciencias codo a codo con los liderazgos sociales y políticos del país para activar la esperanza de la paz. La Corte determinó que en los próximos tres Gobiernos no se podía modificar lo acordado. Esto se convirtió en letra muerta, como lo sabe toda Colombia.

Pienso que necesitamos un Gobierno distinto que honre la palabra empeñada. Hoy todo el establecimiento debiera estar trabajando en la Reforma Política tal como se acordó, en cómo agilizar la formalización de la propiedad de la tierra, cómo garantizar la reparación de las víctimas del conflicto como obligación del Estado; cómo rodear de garantías la movilización y la protesta social, y en este aspecto cómo frenar tanto asesinato de líderes sociales y de excombatientes, lo cual tiene un impacto mundial estremecedor. Los cocaleros quieren sustituir, pero con ofrecimientos alternativos. Da la impresión que el ministro de Defensa —que quiere a rajatabla la erradicación forzada con glifosato— tuviera un acuerdo para favorecer los intereses de la Monsanto. Esa sustancia cancerígena, luego de asperjada, permanece activa veinte años.

Por otra parte, Colombia tiene que emprender una lucha sin cuartel contra la corrupción estableciendo una legislación fuerte que permita el rescate de lo robado. Esos cincuenta billones que se embolsillan los choros, podrían, una vez recuperados, aplicarse, por ejemplo, a un plan de choque social como un primer paso para erradicar la desnutrición infantil, la inasistencia en salud, el analfabetismo y el desempleo. Hay tanto por hacer, pero la mezquindad está atravesada

como una mula muerta en el camino. Algo debemos hacer para que la política económica favorezca también a la gente del común y no solo a poderosos empresarios; necesitamos políticas urgentes para proteger nuestra biodiversidad, regular la explotación minero-energética pensando en la sustentabilidad socio-ambiental, prohibir el fracking, propender por la generación de energías limpias e impulsar la industria nacional, en especial la pequeña y la mediana, con créditos y con innovaciones tecnológicas. En fin, la paz tiene que ver con todo esto.

El asesinato de Alfonso Cano y la desconfianza frente a la palabra del Gobierno

El traslado de comandantes de las FARC a La Habana no estuvo libre de desconfianzas y sobresaltos; y no podía estarlo. En vísperas del inicio de los diálogos, por orden del presidente Santos, había sido asesinado en medio de una operación militar, el comandante de las FARC, Alfonso Cano, quien había dirigido personalmente los contactos exploratorios para los diálogos de paz con el Gobierno. El mismo presidente Juan Manuel Santos reconoce que ya se habían realizado tres reuniones con ese propósito: una en zona fronteriza de Norte de Santander, y dos reuniones en Venezuela, que tuvieron como escenario la isla de La Orchila.

Alfonso alcanzó a intuir la celada que preparaba Santos para quitarle la vida: “quieren colocar, aún caliente, mi cadáver sobre la mesa de conversaciones”, advirtió. Apenas unos meses atrás el comandante guerrillero había emitido la siguiente apreciación:

“Desmovilizarse es sinónimo de inercia, es entrega cobarde; es rendición y traición a la causa popular y al ideario revolucionario que cultivamos y luchamos por las transformaciones sociales; es una indignidad que lleva implícito un mensaje de desesperanza al pueblo que confía en nuestro compromiso y propuesta bolivariana”. Palabras contundentes.

Hoy Santos está tratando de borrar el casete de su protagonismo cobarde y sucio en el asesinato de Alfonso Cano. Muy hábilmente en su libro *La batalla por la paz* trata de esconder la verdad tras el humo de sus mentiras. Asume la responsabilidad de lanzar el operativo militar, pero oculta que dio la orden de fusilar a Alfonso en momentos en que este se encontraba capturado vivo.

Con artes de ilusionismo el tahúr de la perfidia intenta vender la idea que su responsabilidad, solo fue esa, la de aprobar el operativo, y nada más. Y entonces agrega –refiriéndose al ejército– “mal podría frenarlos cuando el objetivo de mayor valor estratégico estaba a su alcance. Tenía que elevar la moral de las tropas”.

Y prosigue: “Me dijeron que habían localizado a Cano, un objetivo que veníamos persiguiendo hace años, y fue ahí donde tuve que tomar solo, absolutamente solo, la crucial decisión” –asegura Santos refiriéndose al operativo– pareciendo olvidar lo que había dicho en Kansas: «Tomé la decisión de eliminarlo y así se hizo». Y luego en Bogotá frente al hermano de Alfonso, manifestó: «Yo ordené su muerte porque estábamos en guerra y seguimos en guerra».

Queda claro, entonces, que dio la orden de asesinarlo para elevarle la moral a las tropas... No hay argumento más irracional. Tras el bombardeo de la fuerza aérea en la vereda Chirriaderos, municipio de Suárez, Cauca, Santos autorizó el fusilamiento de Alfonso Cano en total estado de indefensión, pasando por alto que un capturado en combate se convierte automáticamente en persona protegida. Ese es un crimen de lesa humanidad. Tampoco tuvo el expresidente en su oscuridad mental un momento de luz para ver y entender que a un interlocutor de paz no se le asesina.

Decir que en Colombia no existe la pena de muerte, suena a afrenta si lo hacemos mirando los ojos de la triste realidad, por ejemplo, si miramos los falsos positivos. Sí; en Colombia el Estado ha matado y sigue matando a miles de inocentes y opositores, aunque no existe

legalmente la pena de muerte. Juan Manuel Santos actuó con premeditación y alevosía.

Sentarnos a conversar con ese Gobierno fue un trago muy amargo que la gran mayoría de comandantes guerrilleros –llenos de desconfianza– se negaba a beber. Si fuimos a La Habana, lo hicimos por la confianza que nos brindara el presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Hugo Chávez, quien predicaba convencido que una nueva realidad había florecido en el continente, y que esta favorecía la acción política de las fuerzas democráticas del cambio y el progreso. Y puso generosamente a nuestra disposición los medios de transporte y el acompañamiento para trasladarnos a La Habana, ciudad que había sido escogida como sede para los diálogos de paz.

Fue un acto de osadía, tal vez orlado de aventura, volar en un avión que nos trasladaría de La Habana a Oslo, la capital noruega, a anunciar al mundo la instalación de los diálogos de paz entre el Gobierno de Colombia y la guerrilla de las FARC. Íbamos en busca del más hermoso sueño que anida en el corazón humano. El avión voló durante mucho tiempo el largo litoral de los Estados Unidos, cuyo Gobierno es enemigo a muerte de la paz de Colombia. Desde sus ventanillas pudimos observar el brillo de las luces del país del norte –siempre pensando que podríamos tener una sorpresa desagradable. Claro; íbamos acompañados de garantes cubanos y noruegos, y eso nos daba una frágil tranquilidad. Unas horas después, sobrevolábamos sin novedad el lugar del hundimiento del Titanic, y antes de que irradiara el alba, a mano derecha, íbamos dejando atrás los faroles intermitentes del Reino Unido mientras avanzábamos en busca del país escandinavo que quería paz para Colombia.

Todos estos antecedentes, pero especialmente la traición que le arrebató la vida a Alfonso Cano, bullían como inquietud en la mente de todos, y de ellos no era ausente el Paisa cuando recibió la orden perentoria de trasladarse a La Habana para mostrar unidad en el propósito de lograr la paz por vía negociada. Por supuesto el Paisa se negó

en esa histórica ciudad a participar en las negociaciones en torno al cese al fuego y la dejación de armas, que se planteaban por fuera de la mesa central a través de una subcomisión.

El siguiente relato es un retrato fiel de la odisea que le tocó vivir:

El traslado del Paísa a La Habana

Lo que hicieron con el Paísa Oscar no tiene nombre. Timo y Carlos Antonio lo convocaron de urgencia a La Habana para someterlo, como a Romaña, a Walter y a Gentil, a la olla pitadora del ablandamiento porque dudaban de su disposición a la solución política. Oscar se encontraba en las adyacencias de Florencia (Caquetá) donde enfrentaba un gran operativo militar que buscaba eliminarlo a como diera lugar por orden del presidente Santos. Fue esa la razón por la que Santos les pidió aplazar un mes su traslado a Cuba con el propósito de ganar tiempo para intentar en ese lapso darle de baja. Pero pasó el mes y no lograron el objetivo y luego vino otro mes, y otro, y nada... El Paísa seguía vivo en medio de los bombardeos y la confrontación. Ni Timo ni Carlos Antonio explican por qué lo hicieron emprender una larga y peligrosa marcha de 1500 kilómetros por zonas infestadas de operativos militares como lo eran El Doncello, Puerto Rico, El Pato, Guayabero, y el Guaviare, trayecto que pudo sortear sin novedad, pero con mucho sacrificio, gracias al apoyo de los comandantes Aldinéver, Calarcá y Córdoba. El Paísa iba cojeando por esquivar en su piernas propinadas en un bombardeo. Pudieron haberlo recogido en helicóptero en zona rural del municipio de Florencia para que abordara la aeronave en el aeropuerto de esa ciudad con destino a La Habana. También pudieron hacer eso cuando el Paísa llegó a la región de El Pato en medio de combates. Pero no. Se les había ocurrido la estúpida idea, inocente o calculada, de que el comandante guerrillero solo podría salir hacia Cuba desde territorio venezolano. Con esa obsesión y abusando de la subordinación de los combatientes formados por Manuel Marulanda Vélez,

lo hicieron emprender a pie un viaje desgastador en busca del Río Orinoco para pasar a Venezuela. Ya se encontraba bien adelante, en el río Inírida, cerca a Garzas, cuando le hicieron detener la marcha para que participara en una reunión del Bloque Oriental en el Yará, sin ser integrante de esa estructura. Lo increíble por lo absurdo es que en el río Inírida lo recogieron en un helicóptero para que asistiera al evento del Yará. Concluida la reunión fue retornado vía aérea al punto donde había sido extraído a orillas del Inírida. ¿Por qué no lo incluyeron en el vuelo que condujo de regreso a Carlos Antonio a La Habana luego de presidir la reunión del Yará? Ya en el terreno, Oscar fue informado de la novedad de rastros de “zorros solos” o comandos de Fuerzas Especiales alrededor del campamento. Entonces envió exploradores guerrilleros que encontraron el campamento de los hombres del ejército que le estaban haciendo inteligencia. En otra dirección fue avistado un hombre, solo, en medio de la montaña que al sentirse descubierto se escabulló muy ágilmente en la manigua. Enterado de estos hechos, el Paisa tomó la decisión lógica de moverse inmediatamente en dirección norte, buscando el río Guaviare, al cual llegó luego de cuatro marchas abriendo camino en medio de la selva tupida. Acompañaba al grupo, una Escuadra al mando de Rafael Político. Ya en el Guaviare abordaron una embarcación río abajo hasta un campamento secreto que les había ofrecido Albeiro Córdoba, comandante del 44 Frente. Unos días después, Timo y Carlos Antonio resolvieron poner fin a su delirante desafuero acordando con el Gobierno el envío de un helicóptero para iniciar el proceso de traslado del Paisa a La Habana. Lo sorprendente es que el helicóptero lo regresa centenares de kilómetros desde el punto de extracción hasta San José del Guaviare desde donde finalmente abordó la aeronave que lo conduciría a La Habana con escala en Medellín.

Conviene plasmar aquí en este relato algunos trazos de lo que será la política internacional de las nuevas FARC de la Segunda Marquetalia, porque ellos actúan como brújula para que la comunidad in-

ternacional acceda a un conocimiento más completo y acabado de la organización alzada en armas que prosigue su lucha en Colombia por el cambio social y político.

Política internacional de las FARC

Las FARC de la Segunda Marquetalia son una guerrilla internacionalista que actúa en concierto con las líneas del antiguo Plan Estratégico diseñado por Manuel Marulanda Vélez, denominado “Campaña Bolivariana por la Nueva Colombia”.

Si el objetivo no es ni el soldado ni el policía respetuoso de los derechos ciudadanos, sino la oligarquía excluyente y corrupta, tampoco lo serán los Ejércitos de los países vecinos. Consecuentes con el amor a la patria haremos valer nuestra soberanía y no cesaremos de luchar por la concreción del sueño de Bolívar de ver nacer en este hemisferio una Gran Nación de Repúblicas hermanas, cuya cohesión garantice nuestra independencia y libertad. Rechazamos cualquier forma de colonialismo, dependencia e intervención en los asuntos internos de otros países; lucharemos por el sueño de un continente que clama por la desmilitarización de la región, y que declara la América Nuestra como Territorio de Paz.

Propendemos por un nuevo orden mundial, guiado por los principios de cooperación, autodeterminación, solidaridad y fraternidad de los pueblos.

Son tareas nuestras:

Demandar una transformación democrática y representativa del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Promover una integración cultural de la región que supere visiones economicistas o mercantiles, apoyando instituciones como la CELAC, UNASUR y el ALBA, como también promoviendo otras, de forma creativa.

Construir estrategias hacia la soberanía financiera y monetaria, la soberanía alimentaria y la soberanía cultural de nuestro continente, trabajando en vía de la cooperación y la complementariedad de nuestros países. Dar vida a medidas transitorias de protección frente a tratados y convenios que vulneren los derechos de la población, incluida su denuncia o renegociación, en especial de los Tratados de Libre Comercio y los Acuerdos de Protección Recíproca de las Inversiones; la solución de controversias en la jurisdicción nacional; la auditoría a la deuda externa y su renegociación. Apoyar el diálogo creativo entre los pueblos del mundo que vaya más allá de los Gobiernos, para enfrentar las luchas globales contra el hambre, la desigualdad, la pobreza, la discriminación, la violencia, el desastre ambiental y el cambio climático. También buscaremos consolidar instituciones entre los Gobiernos y los pueblos de Nuestra América, para la defensa de la riqueza natural, el medio ambiente, la biodiversidad y ecosistemas estratégicos, nevados, páramos, bosques, flora y fauna, y particularmente de la Amazonía.

En sintonía con esta visión nos referimos al Congreso de Angostura que, convocado por Bolívar, el Libertador, hace 200 años, sigue siendo hoja de ruta fundamental para la construcción de nuestro futuro.

De Angostura a la nueva América Nuestra

Las palabras del gran tribuno de Angostura esparcidas como semillas por los vientos libérrimos del Orinoco de 1819, fueron dictadas por la pasión, y la fuerza del amor a la libertad, la justicia y la humanidad.

Durante mucho tiempo había analizado el Libertador los sistemas de gobierno que habían brillado sobre la tierra para sugerirnos caminos y cartas de navegación que condujeran a la estructuración de Gobiernos, que concebidos pensando en lo mejor para sus pueblos, produjesen la mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad

social y mayor suma de estabilidad política.

Sin copiar códigos extranjeros, y recurriendo a leyes propias redactadas con el limo terroso de nuestra geografía y nuestras costumbres, pero siempre con la bendición del soberano que es el pueblo, quería Bolívar leyes justas, legítimas y sobre todo útiles.

Estimaba que para formar un Gobierno estable se requiere la base de un espíritu nacional que, recogiendo el sentir del soberano, reduzca el roce entre los gobernantes y los gobernados, lo cual exige al frente de las instituciones a mujeres y hombres virtuosos que amen la patria, ciudadanos de moral intachable, no corruptos ni ladrones; servidores públicos que nunca pierdan de vista que solo están autorizados por la Constitución para hacer el bien y no el mal. Y que el pueblo no es ni rebaño ni manada, ni el polígono de la maldad de pastores crueles y tiránicos. El pueblo es el soberano, es el que manda. Y al pueblo se le respeta. Él mismo sabrá dispensar amor a los altos cargos más virtuosos y justos.

Las bases de un gobierno republicano –predicaba el Libertador Simón Bolívar hace 200 años en Angostura– deben ser la soberanía del pueblo, la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud, la abolición de la monarquía y los privilegios. Necesitamos de la igualdad para refundir, digámoslo así, en un todo, la especie de los hombres, las opiniones políticas y las costumbres públicas.

La necesaria sinfonía de los poderes para hacer la felicidad del pueblo, que reforzada con un cuarto movimiento o potestad cuyo dominio era la infancia y el corazón de los hombres, “un cuarto poder que purifique lo que se haya corrompido en la república, que acuse la ingratitud y el egoísmo, la frialdad del amor a la patria, el ocio, la negligencia de los ciudadanos”, dimanaban del deseo de Bolívar de robustecer el establecimiento social y lograr a través de la unidad y la conciencia el imperio de la libertad, la paz y la justicia.

Pareciera que desde entonces el tiempo se hubiese congelado, y con ello, la visión y el sueño del Padre de Nuestra América. Desde 1825 Estados Unidos, el santanderismo continental y la Santa Alianza europea —que sigue viva— se coaligó para anular el proyecto de Bolívar. Nada ha cambiado. Los representantes de los Estados Unidos en Lima y Bogotá, Tudor y Harrison, conspiraban con Santander y la aristocracia de Lima para derrocar a Bolívar. Sus objetivos eran: dividir y desmoralizar al ejército libertador. Sabotear el Congreso Anfictionico de Panamá. Desmembrar a Colombia. Asesinar a Bolívar y a Sucre, y abolir la obra política y legislativa bolivariana.

Y hoy, el autodenominado “Grupo de Lima” liderado por el santanderismo de Colombia, Washington y algunos Gobiernos europeos, luchan para derrocar al presidente constitucional de Venezuela, Nicolás Maduro, pero buscando al mismo tiempo borrar de nuestra historia a Bolívar para enterrarlo definitivamente en las catacumbas yertas del pasado y el olvido. Le temen a su proyecto que sigue vivo, y por eso en Colombia, desde hace rato, ya no se enseña historia patria en los planteles educativos.

Sin duda, la Gran Nación de Repúblicas que dominaba el sueño de Bolívar, su persistente empeño en la unidad de los pueblos como escudo de nuestro destino, como trinchera de resistencia a los embates de potencias coloniales, y su revolución social que amenazaba insupportables privilegios, fueron la causa del odio de los Estados Unidos y de la oligarquía colombiana.

Odiaban al Bolívar libertador de esclavos. Detestaban al transformador social, al alfarero de repúblicas y creador de Estados sobre la base de la soberanía popular, al organizador de la hacienda pública y administrador pulquérrimo, al estratega de las relaciones internacionales y adalid de la unidad, al apóstol de la igualdad y de la ruptura de las barreras étnicas, al forjador de conciencia de patria y de soberanía, al fundador de periódicos, de hospitales e ingeniero de caminos, a ese poliedro de espejos que destellaba luces en todas las

direcciones de la rosa de los vientos, en fin, a esa especie de Quijote, “arquitecto de castillos en el aire”.

Pensando en el pueblo, en su dignificación, Bolívar declaró la educación como la primera necesidad de la República y decretó que esta debía ser gratuita, laica y generalizada; y para ello no se cansó de fundar escuelas, colegios y universidades en toda la extensión del teatro de sus campañas liberadoras.

Santander acusaba a Bolívar de “hablar de soberanía del pueblo y guardar silencio sobre las libertades individuales”. Y creía socavar al héroe difundiendo entre las élites de aquellos años 20, que *“Bolívar quiere provocar una guerra interior en que ganen los que nada tienen, que siempre son muchos, y que perdamos los que tenemos, que somos pocos”*. Estaban molestos con esa potencia moral que tronaba: *“yo antepongo siempre la comunidad a los individuos”*.

Resentidos los poderosos por la abolición de la servidumbre y por las medidas de justicia agraria que devolvía las tierras a los indígenas, protestaban infamemente que con ello Bolívar levantaba las “heces de la sociedad”. Para los santanderistas el pueblo era “gente baja”, o simplemente una “manada de carneros”. En cambio, para Bolívar —llamado por las oligarquías, caudillo de los descamisados— *“la ofensa hecha al justo es un golpe contra mi corazón”*. Proscribía las distinciones, los fueros y los privilegios. *“Tales son nuestros liberales —denunciaba—: crueles, sanguinarios, frenéticos, intolerantes y cubriendo sus crímenes con la palabra libertad que no temen profanar”*.

¡Qué les iba a gustar a los predicadores del libre comercio la prohibición de las importaciones de manufacturas para forzar, mediante la producción diversificada, el desarrollo de la industria nacional! Ellos lanzaron contra Bolívar sus anatemas de fuego cuando tomó la decisión de nacionalizar las minas del suelo y el subsuelo.

“Santander es un pérfido, no tengo confianza ni en su corazón”, – expresaba Bolívar– y por eso escribe a Soublette: “Ya no pudiendo soportar más la pérfida ingratitud de Santander, le he escrito hoy que no me escriba más, porque no quiero responderle ni darle el título de amigo”. Ya lo había advertido: “En cuanto a Santander, este hombre perverso ya nada le queda por hacer, toca todos los resortes de la intriga, de la maldad, y la maldad es para dañarme y formarse su partido... La existencia de ese monstruo de iniquidad y de perfidia es una asechanza perpetua al gobierno, a mí mismo y a Colombia”.

En conspiración con el representante de los Estados Unidos en Lima, Santander alentó al general La Mar a invadir a Colombia tomándose Guayaquil, empeño miserable que fue derrotado por Sucre en la batalla del Portete de Tarqui.

Pero al final asesinaron a Sucre en total indefensión. Santander condecoró con la Cruz de Boyacá a los asesinos del Gran Mariscal de Ayacucho, los generales bandidos, José María Obando y José Hilario López.

Con esa herencia maldita del santanderismo, la actual Colombia no tendrá futuro. No tendrá paz porque su esencia es la perfidia, la trampa y el incumplimiento. El movimiento social y político del país, sus liderazgos, la juventud que contiene la fuerza arrolladora del cambio, las mujeres, los políticos honrados, los militares y policías virtuosos que aún anidan en su corazón el legado de Bolívar, si reúnen sus fuerzas, constituirán la potencia transformadora, la fuerza capaz de construir el futuro delineado por Simón Bolívar en el Congreso de Angostura.

Retomemos el discurso del Libertador a orillas del Orinoco: “Dignaos legisladores concedernos... un Gobierno eminentemente popular, eminentemente justo, eminentemente moral, que encadene la opresión, la anarquía y la culpa. Un Gobierno que haga reinar la inocencia, la humanidad y la paz. Un Gobierno que haga triunfar bajo el

imperio de leyes inexorables, la igualdad y la libertad”.

Bolívar tiene quehacer en América todavía.

Iván Márquez, Oscar Montero, Aldinéver Morantes, Edison Romaña, Albeiro Córdoba, Iván Alí, Enrique Marulanda, Iván Merchán, Rusbel Ramírez, Villa Magdalena, Nelson Robles y otros

Febrero 15 de 2019

En la ingente tarea de materializar la Segunda Marquetalia de los sueños de Manuel, el once aniversario de la desaparición física del Comandante en Jefe de las FARC llegó como poderosa fuerza espiritual a ayudar a desplegar nuestras velas en dirección a la Nueva Colombia que se insinúa como alborada en el horizonte futuro.

Manuel Marulanda Vélez

El derecho a la rebelión y el derecho a la paz

Cuando muchos nombres de políticos mediocres sean olvidados, el de Marulanda será reconocido como uno de los más dignos y firmes luchadores por el bienestar de los campesinos, los trabajadores y los pobres de América Latina.

FIDEL CASTRO RUZ

Tras once años de su partida rendimos con el corazón el más tierno homenaje a quien se levantó como esperanza de los desposeídos, al maestro de la guerra de guerrillas móviles, al luchador consecuente por la verdadera paz, Manuel Marulanda Vélez.

Era Manuel un hombre sencillo y directo, un campesino franco, despojado de todo candor con relación a la lucha de clases, con un don de mando natural y fulgurante. De él decía el general Álvaro Valencia Tovar que

“fue uno de los más sagaces estrategias militares gracias a una intuición poco común y a un sistemático aprendizaje de la experiencia”.

Siempre convocó a los militares, a los soldados, a la suboficialidad y a los oficiales del ejército a sumarse a los sueños de patria nueva de las mayorías. Él consideraba que una Nueva Colombia con justicia social, democracia y soberanía, era posible.

Bullía en su alma una desbordada pasión por la paz de Colombia. Ella siempre estuvo presente en su pensamiento desde el inicio mismo de la marcha de la rebeldía en 1964, desde Marquetalia hasta más allá de la fecha de su muerte física del año 2008, porque en él la paz fue y sigue siendo un anhelo infinito que trasciende el tiempo.

En los tres últimos años de su vida Manuel Marulanda Vélez nunca habló de negociación de paz rematada con entrega de armas. Nunca. Pero sí, que debíamos buscar permanentemente el acercamiento con la clase política pensando en la salida negociada al conflicto.

«Con Uribe –decía Marulanda– no tenemos nada que negociar; pero con otro Gobierno, que no sea el de ese señor, se debe conversar. Tenemos que trabajar por un Acuerdo de Paz, pero eso sí, sin entregar los fierros, porque ellos son la única garantía de cumplimiento de lo acordado».

Advertía a los negociadores guerrilleros en los diálogos de paz del Caguán, que las oligarquías pretendían una paz gratis, un desarme gratis, pagado con perfidia y con traición.

«Vean –decía–, los oligarcas y los ricos quieren el cese al fuego porque tienen afectados sus intereses, pero aquí en este país hay 20 o 25 o 30 millones o más de gente aguantando hambre. A la gente lo que le interesa, más que el cese al fuego, es solucionar su problema económico. Está jodido, no tiene con qué desayunar, no tiene con qué almorzar. De manera que el tema al que tenemos que entrarle es a este y no a otro».

Propuso aprobar una partida o un sueldo para todos los desempleados. “Ese fondo ¿de dónde saldrá? Seguramente de la inversión social para pagar un año de ingreso básico a los desempleados, mientras se cita a la pequeña, mediana y gran industria a discutir los términos sobre la manera de poner en marcha los planes de empleo... Porque la paz se va a dar cuando comiencen a verse los resultados”. Era la visión de Manuel.

El 26 de marzo –día de la partida del Comandante en Jefe de las FARC-EP– fue instituido por numerosos movimientos políticos y sociales del continente como Día del derecho universal de los pueblos del mundo a la rebelión, al alzamiento armado contra la opresión.

El recurso a la rebelión es un derecho natural e histórico. El preámbulo de la Declaración Universal de los Derechos Humanos aprobada por la ONU en 1948, lo consagra y legitima.

Para recordar hoy a Manuel Marulanda Vélez en su asombrosa trayectoria de resistencia, permítannos referirnos a este derecho universal, a través de reflexiones del Libertador Simón Bolívar en las páginas del Correo del Orinoco de 1821: *“El hombre social puede conspirar contra toda ley positiva que tenga encorvada su cerviz, escudándose con la ley natural/ Sin duda –decía Bolívar– es algo severa esta teoría, pero aun cuando sean alarmantes las consecuencias de la resistencia al poder, no es menos cierto que existe en la naturaleza del hombre social un derecho inalienable que legitima la insurrección”*.

Y de manera pragmática nos recomienda, también, en los folios de ese documento que: *“A fin de no embrollar la gramática de la razón, debe darse el nombre de insurrección a toda conjuración que tenga por objeto mejorar el hombre, la patria y el universo”*.

Y de nuestra parte diríamos que Manuel Marulanda Vélez le insufló

vida a aquel aserto bolivariano de que *“La insurrección se anuncia con el espíritu de paz, se resiste contra el despotismo porque este destruye la paz, y no toma las armas sino para obligar a sus enemigos a la paz”*.

Seguimos en la contienda política resueltos a alcanzar con el respaldo de la conciencia nacional, de la movilización social y política, con el concurso de nuestros jóvenes, de nuestras mujeres, de nuestros campesinos y pueblos indígenas, las comunidades afro, los raizales, los cristianos, los militares y policías y la población urbana, la victoria definitiva de la paz de Colombia sobre la base de vida digna para todos.

A 200 años de vida republicana, los colombianos reclaman la “restauración moral” de la República sobre pilares solidarios y estructuras de humanidad; una paz que nos garantice pan, empleo, tierra, salarios justos, salud y educación gratuitas y de calidad, vivienda digna, transporte barato, servicios públicos, conectividad, buenas autopistas, el respeto a la biodiversidad y al medio ambiente; una democracia que tenga en cuenta al ciudadano de a pie, unas instituciones que sean el orgullo de todos por su probidad, integradas por personas y funcionarios virtuosos, y unas Fuerzas Armadas defensoras de la soberanía y las garantías sociales, todo ello como el nuevo estandarte que ha de distinguir a la Colombia del futuro.

Invitamos al Estado, a que, recurriendo no a la ley obtusa o al derecho penal del enemigo, ni a montajes judiciales, sino al sentido común, a retirar el odio, la intransigencia de su guerra y toda la maleza jurídica que han atravesado, como una mula muerta, en el camino de la paz.

Gloria eterna a nuestros fundadores y a los caídos. Nuestra solidaridad con los lisiados en la confrontación contra el Estado, a los guerrilleros que continúan en prisión y a los civiles condenados por rebelión. Nuestra solidaridad con las familias de los 90 guerrilleros y los 400 líderes sociales asesinados luego de la firma del Acuerdo de

Paz de La Habana.

La paz sigue siendo el derecho superior de todos los colombianos, porque ella supone la vida, y porque sin vida de nada sirven los demás derechos. Rechazamos las pretensiones de guerra contra Venezuela disfrazadas de presiones diplomáticas que buscan posicionar el neocolonialismo en el continente.

La paz se gana con movilización. Involucrémonos en una minga nacional por un nuevo Gobierno y por el derecho a la paz.

Iván Márquez, Oscar Montero, Aldinéver Morantes, Edison Romaña, Enrique Marulanda, Iván Merchán, Rusbel Ramírez, Villa Magdalena, Nelson Robles...

Marzo 26 de 2019

La lucha por la Nueva Colombia en paz, con justicia social y democracia verdadera ha tenido episodios muy fuertes que la ciudadanía del país y del mundo, y todos los guerrilleros, deben tener siempre presentes porque el camino de los cambios favorables a las mayorías ha sido un sendero de muchos sacrificios y dificultades.

A continuación, esta historia narrada por el comandante Edison Romaña:

El cambio de la modalidad operativa

Inicialmente –relata Romana– Marulanda creía en las acciones militares grandes en las que vencíamos sin mayores bajas, como las de Uribe, Gutiérrez, las tomas de Miraflores y San Juanito, y el copamiento de una fuerza militar en el Coreguaje. Todas ellas antecedidas de una planeación precisa y acertada. En la misma categoría podemos clasificar otros ataques militares contundentes como los desarrollados por las FARC en Urabá, Antioquia, Chocó, y las del Cauca.

Estas acciones obligaron al adversario –como es natural en la guerra– a realizar el balance de sus reveses, las causas de estos, y el estudio de la técnica operativa de la insurgencia en sus ataques. Y comienza de esta manera el replanteamiento de su estrategia de enfrentamiento.

En las peleas grandes que siguieron no hubo de nuestra parte inteligencia de combate rigurosa como en las anteriores. Por ejemplo, saliendo de la toma de Mitú -rememora Romana-, nos desembarcaron toda la Brigada Móvil 3 en medio de la selva. Frente a esa novedad la orden fue entrar en combate. La cercamos; y cuando empezamos a estrechar el cerco, se la llevaron toda. La recogieron en helicópteros, y nos la botaron a 200 kilómetros del lugar en un pueblito llamado La Libertad. Nuestra fuerza estaba estructurada en tres Columnas, la de Buendía, la de Urías y la mía. A los ocho días alcanzamos la Móvil del ejército en Santa Bárbara, municipio de El Retorno. La cercamos y entramos en contacto a las 17:00. Peleamos 24 horas. La inteligencia de combate se hacía por medio de fuego. Lanzábamos comandos de exploración y hostigamiento para establecer la ubicación del adversario y capacidad de reacción. Realmente no había inteligencia seria. No sabíamos a cuántas unidades íbamos a enfrentar, ni cómo era el terreno ni sus accidentes. “Entren en combate que ellos están en movimiento y ustedes también”, era la orientación. “Ustedes están en el terreno, conocen al enemigo, conocen el tiempo atmosférico

rico, propongan qué hacer”. No estábamos aplicando la cartilla ni actuábamos de acuerdo con las enseñanzas y la experiencia. Nos habíamos divorciado de nuestra propia forma de operar. El resultado fue de más de 40 militares y 30 guerrilleros muertos, entre ellos Ever Pichón, un excelente comandante de la Rondón. Recuperamos 600 equipos de campaña, 120 fusiles, 15 lanzagranadas MGL, y 10 ametralladoras, pero empezamos a reflexionar que ese material de guerra era poca cosa comparado con las muertes, que eran irreparables. Para formar un Comandante de Compañía –que es capaz de dirigir a 60 unidades en combate– se requieren muchos años de trabajo y formación.

Cuando se produce el cambio de la modalidad operativa del enemigo –estima Romaña– no nos habíamos acoplado a tiempo a esas modificaciones. Estábamos infestados de microchips, lo cual facilitó los bombardeos masivos de la aviación. Sin duda, la infiltración fue la que mayor daño nos causó. Un microchip no se puede mover solo; se necesita a alguien que lo lleve –explica Romaña–. Descubrimos algunos mandos infiltrados.

Luego de la acción de Miraflores donde capturamos a más de 200 militares como prisioneros de guerra, el ejército empezó a utilizar la aviación con más intensidad para bombardear nuestras posiciones.

Se había puesto en marcha un plan: yo debía tomar Gutiérrez. Rogelio, John y Rolando a Puerto Lleras. Y Urías y Buendía a Puerto Rico Meta, y la cantidad de guerrilla que iba para allá era muchísima. Habíamos concentrado tropas de los doce Frentes guerrilleros que rodeaban a Bogotá. La idea era tomar esos pueblos y esperar el refuerzo para pelear contra ellos. Hicimos trincheras en la sabana con ese propósito. Pero el enemigo ubicó esas posiciones y luego las bombardeó estrechándonos contra el río Ariari. De verdad estábamos envalentonados y en el fondo esa fue la causa de un descalabro muy grande en muertos y heridos –opina Romaña–. Va uno a hacer el balance y los mejores comandantes de Compañía y de Guerrilla, son los muertos.

Si bien la operación sobre Mitú tuvo un gran impacto nacional e internacional por tratarse de la primera vez que la guerrilla se tomaba la capital de un departamento, no se justificaba la cantidad de muertos que se venían dando. Y ahí es cuando interviene Marulanda y dice: «Bueno, tenemos que hacer un alto, para realizar un balance exhaustivo que nos permita establecer qué es lo que nos está pasando». Y ese balance tuvo lugar en 2007 en el campamento de Pilonés, abajo de Ranchón, por el Papaneme arriba, municipio de La Uribe. Participaron el Mono Jorge y unos cincuenta comandantes de Frentes, de Compañías, entre ellos Aldinéver, Leonel, Yerson, Darío, Rolando, Enrique, Leiber, Robles, y muchos otros.

El ejército y sus brigadas móviles en sus desplazamientos por la selva sembraban minas por todas partes. Fueron muchos los guerrilleros que cayeron en ellas quedando muertos, mutilados o lisiados. Esos guerrilleros deambulan hoy como invisibles en ciudades y campos, ignorados por el Estado y por algunos de sus antiguos comandantes, (con la honrosa excepción, entre otros de Walter, Romaña y el Paisa). Son ellos, igual que los militares que cayeron en campos minados, víctimas del conflicto, como lo son también, lamentablemente, los civiles.

Los bombardeos de la fuerza aérea del Estado estaban arrasando con sus explosiones muchas vidas guerrilleras y demoliendo grandes extensiones de selva virgen haciendo un uso desproporcionado de la fuerza al lanzar toneladas de bombas sobre los campamentos insurgentes. La guerrilla no tenía aviación, ni baterías, ni misiles antiaéreos para defenderse. A través de infiltrados, y de supuestos amigos, las Fuerzas Militares lograron sembrar microchips en algunos campamentos que satelitalmente les reportaban las coordenadas exactas para los bombardeos de precisión. Estos microchips eran introducidos también en los víveres, en los generadores de energía, en los radios transistores y de comunicaciones, en todos los aparatos electrónicos. Con esta información de la ubicación exacta procedían a los bombardeos nocturnos —explica Edison Romaña.

Claro que también en muchas ocasiones engañamos al comando del ejército al colocar fuera de los campamentos microchips que detectábamos en las provisiones y en la carga que llegaba. Esos lugares eran bombardeados furiosamente por la aviación. Les hacíamos perder el esfuerzo y toneladas de explosivos, sin resultados. Y en algunos casos esperábamos el desembarco, causándoles bajas sensibles.

El bombardeo que más nos afectó fue el del curso de mandos medios del Bloque Jorge Briceño acaecido por una aglomeración que contrariaba la directriz de Marulanda Vélez de evitar concentraciones de tropas guerrilleras. Murieron 38 mandos medios. Los responsables de este desastre nunca fueron reconvenidos ni llamados a responder disciplinariamente. Ya había muerto el Comandante en Jefe Manuel Marulanda Vélez. La gran mayoría de mandos y combatientes cree que hubo algo más en la generación de este hecho que terminó debilitando sensiblemente al Bloque Oriental de las FARC y a toda la organización armada.

«Esto no puede seguir así», había conceptuado Marulanda en la reunión de Pílon. Seis horas de charla de Manuel Marulanda Vélez hablando de que teníamos que volver a la modalidad anterior de pequeños comandos con misiones concretas, colocando minas, atacando con fuego, aplicando los principios del secreto, la movilidad y la sorpresa. «No más grandes concentraciones de guerrilla para pelear en masa», nos decía. Esta no es una guerra de posiciones. En las peleas participábamos 1000, 1500 hombres y mujeres, lo cual se estaba convirtiendo en hábito, y cuando se peleaba en comandos tácticos, los guerrilleros sentían que les faltaba algo. Si se mandaba una Compañía con planes de combate, ya esta no peleaba como antes, si no miraba el despliegue de grandes cantidades de gente a su lado.

Entonces el camarada Manuel dijo que había que incrementar la utilización de minas. Estas no deben pasar de treinta gramos, porque ese tamaño es suficiente para herir un soldado y sacar a diez del combate. Así los fuimos frenando —dice Romaña— y los combates a gran

escala empezaron a pasar a un segundo plano.

A cada guerrillero se le dotaba entre cinco y diez minas. Estas fueron consideradas un combatiente más al que no le daba hambre, no le daba sueño, no le daba pereza y podía estar las 24 horas de guardia. Los guerrilleros empezaron entonces a colocarles nombres a sus minas, como Pedro, Juan, Mireya, Diana... Fue cuando el ejército cambió su modalidad operativa y solo buscaba a la guerrilla en pequeñas unidades de diez o veinte hombres para atacarla.

El propósito de Marulanda era neutralizar el Plan Patriota, y el despliegue de tanta tropa en esas montañas. Con esta forma de operar el Comandante en Jefe puso a andar a cinco mil soldados por un solo camino si querían evitar bajas lamentables e impactantes. Entonces todos acampaban pegados a los caminos. De esa manera nos daban tiempo para abastecernos, hacer escuelas móviles y reuniones.

Gracias a las minas y a la guerra de comandos se evitó tanto desgaste. Ya no había sino que esperar a los comandos del ejército. En el Yará entrenamos a más de 800 francotiradores. Eso ayudó, sin duda.

La operación de los diez mil fusiles

Nosotros no creíamos en eso. «No se ve que ese indiecito tenga los contactos para conseguir el armamento que nos ofrece», nos decía el Mono Jorge. El contacto con él lo había hecho el Negro Acacio. Se trataba de un peruano de apariencia humilde que planteaba sin jactancias que él tenía los fusiles y los misiles que necesitábamos; que no nos exigía ni dinero ni nada para entrarlos al país y depositarlos en nuestras propias manos, y que le pagáramos después —explica Romaña—. Nos decía que él los “bombardeaba” o los lanzaba desde un avión utilizando paracaídas para evitar su destrucción al contacto con la superficie. Entonces tomamos la decisión, el Mono, Acacio y mi persona, de ir a hablar personalmente con él. El indiecito nos re-

iteró que tenía mucho poder. Él se presentó diciendo que nos quería colaborar y ayudar; que sabía que nosotros no teníamos plata, pero que él tenía el armamento. ¿Cómo íbamos a rechazar semejante oferta? Y concretamos entonces con él los detalles de la operación.

Luego de esta conversación, el Mono me dijo: «Romaña, usted se va para Cundinamarca y en dos meses debe conseguir veinte mil millones de pesos para pagar. Hay que reunir pronto esa plata porque nosotros no podemos quedar mal». Y esa plata se consiguió efectivamente en los retenes montados en la vía Bogotá-Villavicencio. La necesitábamos para financiar la rebelión, y esta se hace con armas; sin ellas no habría rebelión. El indiecito argumentaba que él no dudaba de las FARC y que sabía que hablaba con una organización seria, a la cual se le podía creer.

Asegurados los recursos, Acacio salió para el Vichada a esperar el material de guerra y a organizar su recepción. Habíamos discutido sobre cuál sería el área más apropiada y segura para el lanzamiento de las armas desde un avión que volaba sobre una de las tantas aerovías que conducen al Perú. Se desecharon la Laguna del Oso, municipio de La Uribe, y el área de Sumapaz, este último por la altura. Se convino entonces que el mejor sitio para el “bombardeo” era una zona del Vichada próxima al río Guaviare. Se elaboró el plan y entregamos las coordenadas de un punto cercano al río Uva.

Mientras esperábamos, resolvimos atacar algunas guarniciones militares para distraer al ejército. El entrenamiento en las sabanas del Yarí fue dirigido por Marulanda y el Mono. Participamos dos Bloques, el Oriental y el Sur. Los jefes de la operación eran Rolando, Urías y Buendía. Nos distribuimos en tres fuerzas: Urías y Buendía debían tomar Puerto Rico. Romaña, Aldinéver y Corena, Puerto Lleras. Y la tercera fuerza que se conformó era esencialmente una fuerza antidesembarcos.

Marchábamos por la selva 14 Compañías —unas 840 unidades— que

debían ejecutar el asalto a la policía y al ejército basados en la cabecera municipal de Puerto Rico. Cuando faltaban tres días para el asalto, recibimos un mensaje lacónico firmado por el Mono: “Paren y pónganse a hacer la carretera entre el Guayabero y el río Ariari”. Nos preguntamos: si vamos a una toma ¿por qué nos ponen a abrir carreteras? Claro; el indiecito nos había sorprendido, y ya estaba bombardeando fusiles AK sobre las selvas del Vichada —explica Romaña—. Para transportar 10 000 fusiles con municiones y bayonetas, teníamos que conseguir carros, cuatrimotos, y hacer carreteras. En un mes abrimos centenares de kilómetros de vías. Nos tocó empatar Guérima con el Guaviare, el Guaviare con el Ariari, el Ariari con el Guayabero y este con el río Yari, como ruta para la evacuación segura de los fusiles.

Las armas no caían exactamente en la coordenada. En cada vuelo se lanzaban unos mil fusiles. Ubicado el primer lanzamiento, teníamos que buscar sobre la ruta los paquetes que iba arrojando el avión. No era una operación fácil. Tuvimos que colocar gente en las copas de los árboles con binóculos y brújulas para orientar a los buscadores en medio de esa selva inmensa y espesa. Antes de tocar el suelo, se abría un paracaídas que amortiguaba el contacto.

Confesamos que siempre nos ha causado asombro el papel de Uribe en los destinos de Colombia, y lo que están haciendo contra el anhelo colectivo de paz el presidente Iván Duque y la facción de derecha que lo sostiene, quienes al parecer tienen como hoja de ruta absurda conducir al país al caos de una guerra permanente. ¿Buscan sepultar la verdad del conflicto y ocultar el rol protagonista en la violencia de ciertos dirigentes políticos, y asegurar su impunidad? Sin duda.

Este Gobierno es una desgracia para Colombia

No es la consolidación de la paz el objetivo del Uribismo en el poder, sino la conspiración permanente contra ella. En tiempos de posacuerdo es el miedo a la verdad y al desplome del búnker de su impunidad lo que impulsa sus desatinadas decisiones. En otras palabras, le tienen miedo a la verdad del general Rito Alejo del Río, a la de más de dos mil militares que se acogieron a la JEP, a la verdad que quieren aportar cientos de empresarios y para-políticos, y a la verdad de las víctimas del conflicto y de las organizaciones defensoras de derechos humanos.

Lo que está detrás de las objeciones del presidente Duque a la Ley Estatutaria de la JEP, es entonces, un pánico terrible a la verdad y al eventual derrumbe de la impunidad. Uribe y su facción política saben muy bien que a pesar de que excluyeron de la Jurisdicción Especial a los terceros involucrados en el conflicto en contravía de lo pactado, no les será fácil escapar de la escena del crimen. Durante sus Gobiernos, por ejemplo, se provocaron más de 3 500 000 víctimas (el 41% del total de víctimas en 50 años de guerra), y se emitió la Directiva 029 del Ministerio de Defensa, que desencadenó los falsos positivos y la muerte de miles de jóvenes inocentes. La cúpula política, junto a empresarios, terratenientes y otros, son los verdaderos determinadores de la violencia, los autores detrás del autor.

Valdría la pena ahora preguntarnos por qué no dejaron prosperar la Unidad Especial del punto 74 de la JEP que debía ocuparse de los casos de paramilitarismo. Son cien mil los ciudadanos asesinados por esa máquina de muerte... Ya es hora que el fiscal explique por qué no dejó funcionar esa Unidad.

Aquí lo que se debe objetar es la guerra, no la paz, presidente Duque. La paz es el derecho síntesis porque garantiza la vida. Sin vida, derechos fundamentales como la alimentación, la vivienda, el agua, la salud, el trabajo, se disuelven en el aire, se quedan sin objeto.

Cuando un Gobierno incumple la Constitución y desconoce y desacata los fallos de la Corte interponiendo falsas inconveniencias políticas, e ignora la división y autonomía de las ramas del poder, es porque ha iniciado la marcha hacia el infierno de la tiranía.

Teniendo en cuenta que el Acuerdo de Paz ya fue hecho trizas y sus aspectos esenciales hundidos o denegados por el anterior Congreso, y observando el panorama desolador de la falta de implementación, las actuales objeciones de Duque a la estatutaria –cumpliendo obedientemente el dictado de Sarmiento Angulo a través del fiscal Martínez– para ser precisos, no buscan destruir la paz sino demoler sus ruinas.

Nuestras preocupaciones impresas en cartas dirigidas a la Segunda Misión de Naciones Unidas, a los países garantes, a la Comisión de Paz del Senado, a la Jurisdicción Especial para la Paz, al secretario general de la ONU, Antonio Gutiérrez, dando cuenta del taciturno hundimiento de la paz de Colombia, ya pueden empezar a considerarse como constancias históricas.

Esta cadena de sucesos desafortunados de traición a lo acordado, a los principios de *pacta sunt servanda* y de buena fe, llenaron de desconfianza a los excombatientes, incluyendo los de la fuerza pública, a los que ahora pretenden intimidar con inseguridad jurídica para que mantengan sus bocas cerradas y no hablen nunca de la responsabilidad principal en el conflicto de la cúpula política y los poderosos.

Las objeciones son maniobras de engaño del Estado para eludir su responsabilidad de reparar a las víctimas del conflicto; para instituir el absurdo de que haya dos jurisdicciones investigando sobre los mismos hechos; llenar la nueva Jurisdicción con millones de casos para hacerla inoperante; y para que se pueda extraditar sin pruebas a comandantes guerrilleros para saciar así su sed de venganza. Esto último fue lo que hizo Uribe con Simón Trinidad a quien extraditó a los Estados Unidos, sin ser solicitado por esa potencia, mediante un

sucio montaje judicial. Simón terminó condenado a sesenta años de cárcel por un delito inventado a última hora, que ni siquiera hacía parte del montaje inicial.

El Gobierno de Duque es una desgracia para Colombia que arrastra la peor crisis humanitaria de la región. Negar el derecho a la paz es una aberración –y de las peores– si lo que se busca es borrar el más hermoso anhelo humano solo para ahuyentar el miedo a la verdad que siente una casta política que ejerce el poder desde la violencia. Nada justifica hacer trizas un Acuerdo de Paz para que un grupo minúsculo de privilegiados siga flotando apaciblemente en el éter de la impunidad.

A la calle; hay que salir a la calle a defender el derecho a la paz.

Marzo 14 de 2019

A un año del injusto encarcelamiento de Jesús Santrich, notable negociador de paz de la guerrilla en La Habana, artífice fundamental del acuerdo, hemos querido elevar nuevamente nuestra voz de protesta por el montaje judicial mentiroso en su contra, urdido por el fiscal general de la nación y el nefasto e injerencista embajador de los Estados Unidos en Bogotá, con el propósito de destruir no solamente la paz sino las ruinas de lo que aún queda de ella. Nuestra duda en torno a la participación de Santos en esta treta, todavía no ha plegado sus alas.

Liberen a Santrich

Abril 9 de 2019

Hemos visto pasar un año de injusticia, sin que ningún poder humano haya podido poner fin a la arbitrariedad del injusto presidio de Santrich, el guerrillero ciego que nos ilusionó a todos con la paz.

Mantener tras las rejas mediante un montaje judicial sin pruebas al más importante negociador de paz de la guerrilla, solo para dañar el Acuerdo de La Habana, es una bofetada al sentido común, al decoro y a la conciencia nacional.

Sin duda el fiscal Néstor Humberto Martínez pasará a la historia como el principal saboteador de la paz de Colombia. Él, y el embajador de los Estados Unidos, Kevin Whitaker, son los dueños de esta patraña que ha frustrado el más hermoso sueño colectivo que persiste en dejar atrás medio siglo de conflicto armado.

Santos habló hace un año de “pruebas contundentes”, pero hasta ahora nadie ha mostrado pruebas ni en Estados Unidos ni en Colombia y no han abierto ninguna investigación judicial en el país sobre los supuestos delitos imputados. No se trata de hechos y conductas fáciles de ocultar. Acusan a un hombre invidente de intentar exportar diez toneladas de cocaína a los Estados Unidos —el mayor envío de droga desde Colombia— pero no dicen dónde está ubicado el depósito que almacena esa cantidad. No hay suministrador identificado, ni medios de transporte. No existen redes en Estados Unidos que hayan sido identificadas y ni siquiera existen cantidades de dinero con las que hipotéticamente se fuera a pagar la adquisición del cargamento. Mentirosos. Las acusaciones contra Santrich son un rosario de inconsistencias y mentiras urdidas por funcionarios sucios acostumbrados a las trampas y a los montajes judiciales.

Estados Unidos quiere el fracaso total del proceso de paz, y el intento

de extraditar a Santrich constituye el mayor ataque para destrozarlo. Por eso el embajador de los Estados Unidos, interviniendo sin rubor en nuestros asuntos internos, le pidió a un grupo de congresistas colombianos aprobar las objeciones de Duque a la Ley Estatutaria y pretendió coaccionar a los magistrados de la Corte Constitucional.

Lo que buscan estas objeciones es hundir definitivamente en el Congreso el proyecto de ley, para obligar así, a una nueva discusión, desde cero, de un texto de estatutaria que cambie todo el acuerdo.

La reforma de la Constitución que pretende el uribismo, busca dejar sin efecto el Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición (Acto Legislativo 001 de 2017) y también dejar sin piso la prohibición a los próximos tres Gobiernos de modificar e incumplir lo acordado (Acto Legislativo 002 de 2017).

Quieren hacer con Santrich lo que hicieron con Simón Trinidad, quien fue extraditado a los Estados Unidos a través de un montaje judicial durante el Gobierno de Álvaro Uribe, y pese haber derrotado la mentira en los estrados judiciales, de todas maneras, fue condenado a sesenta años de prisión por un “delito” por el que no fue extraditado, y acusándolo de ser integrante del Estado Mayor Central de las FARC, del cual nunca hizo parte.

Para extraditar a una persona desde un país donde poco importe la soberanía jurídica, debiera tenerse en cuenta, al menos, el principio de doble incriminación, que consiste en que solo puede acordarse una extradición por una conducta que sea delito en ambos países. Pero Colombia se regala. Aquí tenemos gobernantes y funcionarios que no solo se arrodillan, sino que se arrastran.

Llamamos al movimiento político y social de Colombia a la solidaridad con Jesús Santrich, reclamando su inmediata libertad, así como la de Simón Trinidad y la de aquellos guerrilleros que, en contravía de lo acordado en La Habana, continúan en prisión.

Al fiscal Martínez y al embajador Whitaker les pedimos abandonar tanta maldad y que no sigan siendo la mula muerta atravesada en el camino de la paz. Que no intimiden ni paralicen más a los magistrados de la JEP y dejen que estos tomen su decisión frente a Santrich amparados en la autonomía que les otorga la Constitución Nacional.

¡Libertad, para Santrich libertad!

Iván Márquez, Oscar Montero, Edison Romaña, Aldinéver Morantes, Enrique Marulanda, Iván Merchán, Rusbel Ramírez, Villa Magdalena, Nelson Robles y otros.

Batalla de las ideas

Es una obligación moral de los guerrilleros de la Segunda Marquetalia desenterrar las causas que condujeron a las FARC a la candorosa decisión de dejar las armas a cambio de una precaria e intrascendente participación en política electoral, pues no se combate un régimen con los fierros en la mano durante medio siglo, solo para eso.

Tendremos entonces que desentrañar maniobras y traiciones, engaños y robos, la explotación aviesa del sentido de subordinación del colectivo de mandos y guerrilleros, el trabajo de zapa del enemigo para socavar los cimientos de una sólida organización conducida durante tanto tiempo, en todas las tormentas, por el genio de Manuel Marulanda Vélez. Cómo fue que nos resbalamos y cómo nos levantaremos con mayor ímpetu y pasión para continuar la obra iniciada por nuestros padres fundadores. Todo lo bueno o lo malo que ha ocurrido tenía que ser así para poder salir de aquellos que no nos dejaban avanzar. No podía ser de otra manera. Nos levantaremos con renovadas fuerzas. No nos dejaremos amilanar por los obstáculos; los quitaremos para avanzar. El futuro será de justicia para nuestro pueblo.

El desmonte del Bloque Oriental

El desmantelamiento del Bloque Oriental tuvo lugar, luego de la muerte en un bombardeo de su comandante, Jorge Briceño, y de la desaparición física del Comandante en Jefe de las FARC, Manuel Marulanda Vélez.

Estos desafortunados sucesos precipitaron la caída del Bloque más poderoso de las FARC en manos de Timochenko y su camarilla de apóstatas de la lucha armada. Ahora nos enteramos que, de manera silenciosa y clandestina, desde hacía años, la voluntad de lucha de ese jefe había enfermado, y en sus campamentos —a espaldas de Manuel Marulanda— difundía el virus de la claudicación, pregonando en tono conspirativo, que la lucha armada había perdido vigencia. El fenómeno no afloró como una erupción repentina de su alma de renegado; ya venía Timo transitando el infernal camino de su desarme ideológico.

El 26 de marzo de 2012, a las 02:50 horas de la madrugada, la aviación del ejército atacó con toneladas de bombas una Columna de mandos del Bloque Oriental de las FARC en Caño Correntoso, municipio de Vistahermosa. Murieron 37 comandantes. Sus cuerpos destrozados y sus lamentos quedaron esparcidos en un espacio de 3 hectáreas, mezclados en una atmósfera de pólvora, con el humus de la tierra, y el verde y la sabia de la selva abatida.

La directriz de Marulanda era clara y precisa: se debía evitar la concentración de tropas guerrilleras en la nueva situación militar generada por los bombardeos masivos de la aviación y el uso desproporcionado de la fuerza. Ignorando totalmente esta advertencia Carlos Antonio convocó a los mandos medios del Oriental a una Escuela atípica como inútil, alejada de los pensums habituales de las escuelas guerrilleras. ¡¡¡Los concentró para enseñarles “comprensión de lectura”!!! Y para trabajar sin sutilezas la mente del guerrillero, de la que querían borrar la memoria de Jorge Briceño, y también de Manuel Marulanda Vélez.

No se puede pasar por alto que, del campamento de Carlos Antonio, ubicado muy cerca del área del bombardeo, no salió ningún refuerzo ni apoyo, ninguna directriz. No hubo despliegue de fuerza para responder al ataque, ni conformación de comandos para buscar y atender heridos.

Esa insensata concentración de mandos medios de la guerrilla para un “curso” traído de los cabellos, le vino como anillo al dedo al comando del ejército, que desde hacía algún tiempo estaba mutando sus blancos calificados como “objetivos de alto valor” hacia lo que empezaba a denominar “objetivos de valor intermedio”. Los estrategas del ejército estaban convencidos de que la mejor manera de configurar una correlación que les fuera favorable, era aniquilando a los mandos medios de la guerrilla, por ser estos los encargados de materializar las órdenes superiores.

Cuando los combatientes guerrilleros, dolidos, reclamaron en asamblea explicación y castigo a los responsables de este descalabro militar, Carlos Antonio los acalló airado exhibiendo un mensaje impreso en un papelucho en el que Timochenko, le decía desde la distancia: “confiamos en tu sapiencia, Carlos Antonio”.

Así fue como empezó la destrucción del Bloque Oriental, al que, el antiguo Secretariado liderado por Manuel, le había confiado las más trascendentales misiones estratégicas.

Luego vino una época de relajamiento de la disciplina, de licor y fiestas en búnkeres subterráneos y de denostación de las armas. La prédica permanente de Carlos Antonio era, que estas se habían convertido en un estorbo.

La Red Urbana Antonio Nariño se marchitó en sus manos; cuadros muy buenos terminaron muertos o encarcelados. El Mono Jojoy calificaba a Carlos Antonio como un “traga-níquel” insaciable, un derrochón de dineros de la organización que nunca entregó cuentas de los

bienes muebles e inmuebles que le fueron confiados. En una ocasión guerrilleros del ETCR de Playa Rica en el Yari le preguntaron, con sus ojos llenos de lágrimas, si era cierto el rumor de que había participado en la muerte del Mono, y lo hicieron porque sabían que había pernoctado la noche del bombardeo en un campamento adyacente que no fue tocado por las explosiones.

Totalmente anómalo fue también el hecho de la llegada de este personaje, en un helicóptero cedido por el ejército, con un grupo de guerrilleros bien armados, al ETCR de Charras (Guaviare) en medio de las conversaciones de La Habana. El objetivo que se había trazado la camarilla era debilitar la fuerza guerrillera que se encontraba bajo el mando del comandante Albeiro Córdoba, a quien consideraban escéptico frente a las negociaciones de paz y a la dejación de las armas. Con pretextos baladíes le sacaron centenares de combatientes, supuestamente para fortalecer la presencia de FARC en otros ETCR del país.

Timochenko y su grupo, que ya habían vendido sus almas al diablo, desconfiaban no solo de Albeiro, sino también de Romaña, el Paisa y Aldinéver. Lo que sucedió con Oscar Montero, el Paisa, ya fue relatado con todos sus pormenores.

El viacrucis de Romaña

Lo de Romaña fue algo parecido. Lo hicieron caminar centenares de kilómetros bajo el fuego, en medio de grandes operativos del ejército, hasta la frontera con Venezuela donde se encontraba Mauricio Jaramillo. Extenuado se presentó ante este para indagar el motivo de la citación, pero solo recibió una respuesta lacónica sin mayores explicaciones: «Lo llamaba para informarle que tengo que salir para La Habana a reforzar el grupo de FARC que está adelantando contactos exploratorios con el Gobierno Santos —dijo Mauricio—, puede regresar mañana mismo si así lo desea», agregó.

«Me lo pudo haber transmitido por radio», pensó Romaña. Y así, sin más ni más, fue despachado. Romaña no podía encontrar una razón lógica que le permitiera entender el motivo de semejante despropósito, que no fuera el de exponerlo irresponsablemente a una emboscada o choque con las tropas oficiales. Toda la marcha de regreso transcurrió escoltada por un sentimiento de indignación que borbotaba de los guerrilleros que lo acompañaban.

Más tarde, con el pretexto de que debía partir hacia La Habana con la misión de integrar la subcomisión técnica que discutía con altos oficiales de las Fuerzas Armadas el punto 3 de la agenda denominado Fin del Conflicto (Cese al fuego y de hostilidades bilateral y definitivo, y la dejación de armas y garantías de seguridad), le quitaron las tropas que tenía a su mando y lo obligaron a entregar los bienes de la organización que había administrado por muchos años con diligencia y esmero.

Allí trabajó hasta que Carlos Antonio y Timochenko consideraron que su presencia en aquella mesa les estaba resultando incómoda. Fue regresado entonces a Colombia, pero lo enviaron a Tumaco, bien lejos del Bloque Oriental y de sus tropas... Allí levantó a los guerrilleros del Pacífico, les insufló amor al trabajo y a la actividad política. En poco tiempo el ETCR de La Variante se colocó –de la mano de Romaña– a la vanguardia del desarrollo de proyectos productivos para la reincorporación, lo cual estimuló una cascada de visitas por parte de funcionarios del Gobierno, legisladores, representantes de Naciones Unidas y de organizaciones sociales, que captaron la fuerza de sus emprendimientos. Hizo empresa, abrió carreteras, construyó viviendas dignas para los guerrilleros, pero tuvo que abandonar el espacio por amenazas del grupo de Guacho que, aliado con algunos comandantes militares del puerto, coordinaban su asesinato.

De La Variante de Tumaco pasó entonces a El Diamante, municipio de La Uribe, donde sembró con sus guerrilleros –la mayoría lisiados de guerra– centenares de hectáreas de maíz y girasol con recursos

proveídos por la Unión Europea, logrando una gran producción, que lamentablemente se perdió por ausencia de mercadeo. Allí también impulsó la explotación ganadera, sembró paulonia, abrió vías terciarias y construyó puentes con todos los requerimientos técnicos y de ingeniería, como el del Guape Sur, que le ahorró una hora al difícil tramo La Uribe-Mesetas. Como la Gobernación proyectaba construir un puente de características similares en la región, Romaña pidió les adjudicaran el contrato a los excombatientes por un monto de 400 millones de pesos, pero la gobernadora del departamento prefirió concederlo a una empresa que cobraba 5000 millones. La oferta de Romaña les habría ahorrado a los metenses 4500 millones de pesos.

Cuando la inseguridad jurídica empezó a sobrevolar como zamuros y gallinazos el espacio de El Diamante, Romaña toma la decisión de refugiarse en la montaña.

Un alto oficial del ejército nos sorprendió un día al confiarnos, que la más alta instancia de la dirección guerrillera había sido infiltrada por la inteligencia del Estado, situación que les facilitó, lo que denominó, la más importante victoria contra las FARC.

La Décima Conferencia

La Décima Conferencia, que tuvo lugar en el corazón de la sabanas del Yarí, fue convocada para que, como instancia de máxima autoridad de las FARC-EP, refrendara o rechazara el Acuerdo de Paz firmado en La Habana. Durante varios días este propósito estuvo a punto de naufragar porque Timochenko y su camarilla resolvieron en actitud oportunista darle prioridad al cambio de Estado Mayor Central, porque se les había ocurrido excluir de esa Dirección a antiguos y experimentados comandantes para colocar en su reemplazo a unos muchachos y muchachas del grupo de Carlos Antonio, recién asomados a la Organización, sin poner a consideración ningún tipo de mérito.

Jesús Santrich, Andrés París, Rubín Morro, Matías Aldecoa, Pablo Catatumbo y otros comandantes, habían sido borrados por la camarilla de la lista de integrantes del Estado Mayor, lo cual encendió el debate. El propio Timochenko, que encabezaba la comisión encargada de reestructurar la Dirección, armó una pataleta infantil, con amenaza de renuncia, si no respaldaban su capricho.

Abiertamente, Carlos Antonio y Byron reunían en medio de la Conferencia a los delegados del Bloque Oriental, para indicarles qué posición debían adoptar en los debates, y para exigirles votar por la lista de nuevo Estado Mayor, que ellos habían presentado “en respaldo al viejo” (en referencia a Timo) a quien supuestamente un sector “quería sacar”. Lo sorprendente es que nadie había presentado listas; solamente ellos. Pastor Alape reunió con igual propósito a los representantes del Bloque Efraín Guzmán, y lo mismo sucedió con los delegados del Bloque Alfonso Cano. Esas prácticas nunca se habían visto en las nueve Conferencias guerrilleras de las FARC que antecedieron a la Décima. Estaban peleando con la sombra de su propia paranoia, o tal vez creando condiciones para coronar con broche de oro su visión entreguista.

Muy grande fue el malestar que esa actitud causó en las tropas guerrilleras. La Conferencia se salvó, porque finalmente la camarilla, ante la resistencia de los delegados, entendió que lo mejor era amainar el fuego de sus desmedidas ambiciones, y esperar otra oportunidad para dar el zarpazo.

La lectura de los recuerdos que hoy Timo tiene de esa Conferencia, es delirante. Ella jamás aprobó la entrega de armas a cambio de nada. ¿En qué conclusión está escrito ese compromiso?

“La Conferencia, en vez de abrir el debate de fondo sobre los Acuerdos de La Habana y el paso a la legalidad –como dice Santrich– fue lanzada por el atajo peligroso de la estigmatización contra quienes venían levantando sus voces críticas, y el aislamiento de la partici-

pación de personas que tenían sus observaciones de peso contra lo cocinado en materia de dejación de armas. Me refiero, por ejemplo –afirma Santrich–, al caso de Romaña, a quien con cualquier excusa mantuvieron al margen de las discusiones”. Lo designaron jefe de las avanzadas de seguridad, solo para meterle distancias y colocarlo lejos, muy lejos del debate.

Y en ese debate, delegados e invitados escucharon la tonalidad y el acento de las palabras de Iván en la sala:

El pueblo quiere respuestas a sus inquietudes, y las tendrá si avanzamos con su voz y fuerza irresistible en defensa de sus derechos. Para ello, los acuerdos deben ser respetados. Y para que estos sean respetados, el mismo pueblo debe erigirse en monitoreador y garante de los mismos. Habrá paz si los gobernantes no traicionan su firma y su palabra...

Los enemigos de la paz son sordos y solo escuchan y atienden a sus propios intereses. Son capaces de patear los acuerdos para que estos no se cumplan. Por eso tiene que haber garantes, y nadie mejor puede asumir esta tarea, que el propio pueblo.

Vamos a recuperar los espacios perdidos y a posicionar las fuerzas revolucionarias y del cambio –afirmaba Iván en su intervención–. No podemos perder esta oportunidad. Debemos organizar políticamente a la gente en todas partes y en todos los rincones de la patria, como dijo ayer el compañero Danilo Urrego. ¡Eso es lo que debemos hacer!

Este Gobierno está en su peor momento y está buscando oxígeno desesperadamente. No tiene plata para la implementación de los acuerdos; la ayuda internacional, aunque sonora es precaria y hasta ridícula en comparación con la ayuda militar recibida por Colombia durante décadas; el presupuesto del 2017 disminuye el gasto social e incrementa el gasto militar y el pago de la deuda. No cumple el Gobierno su palabra empeñada con el movimiento social, se compro-

metió a solucionar sus demandas y todo se perdió en la demagogia. Se aferraron a la paz como arma estratégica para mantenerse en el poder, pero tendrán que soportar sofocos y dificultades, porque ya nadie cree ni tiene esperanzas en los que gobiernan.

Con ideas los iremos sepultando poco a poco, porque están destinados al fracaso. La clase dirigente y sus partidos están desprestigiados.

Debemos enseñar el camino. Que el pueblo entienda de dónde venimos y hacia dónde vamos –proseguía Iván–. Decirle, señalando el futuro, que debemos reconstruir la patria de sus cenizas. Mostrarle al pueblo la otra cara de la moneda, la necesidad de que se respeten los derechos a la tierra, a la salud, a la educación, a la vida digna. Hablarle del futuro para que nadie recaiga en la desesperanza. Debemos llegar a las catacumbas del pueblo donde no llega nada, donde viven los olvidados, los maltratados, los que no tienen voz; tocar lo más sensible, decirles que tienen derechos, y que ha llegado el momento de construir sus sueños y de darle vida a la esperanza mediante la lucha. Y en todo caso llenar su corazón con amor a la patria.

Al pueblo le han arrebatado tanto, que le han dejado solo la vida, y mientras esta exista y se respire dignidad y haya sueños justicieros, podremos construir futuro.

Ninguna batalla es fácil, porque si no, no sería batalla. Debemos batallar con la fuerza de la unión y los pensamientos creadores.

Vamos a conquistar al pueblo y su corazón, con coherencia y sencillez, con el verbo de la esperanza de cambio y transformación, contra la monotonía, contra lo mismo de siempre. Nuestra fuerza en esta etapa inicial será la fuerza de los olvidados, de los excluidos, la del pueblo maltratado, de los pueblos indígenas, comunidades afro, de las mujeres, de la juventud, de las confesiones religiosas, los refugiados y desterrados, los despojados de sus tierras y de todo el mundo.

Vamos por buen camino; el viento sopla a nuestro favor hacia la patria soñada, acompañados por el pueblo. No nos dejaremos amilanar por los obstáculos; los quitaremos para avanzar. El futuro será de justicia para nuestro pueblo. Eso está escrito en el firmamento de Colombia, y así debe cumplirse. Venceremos por la patria colombiana y nuestramericana.

Y proseguía el jefe guerrillero: Hay que llegar transformando todo: la politiquería, la corrupción, los viejos vicios. Mucha gente nos apoyará. Pueblo y FARC tienen que ser uno solo, como el mar y la ola.

No podemos confiarnos ni un tantito así. La decapitación de nuestros dirigentes es la destrucción del proyecto; por eso debemos protegerlos como se protege la niña de los ojos. Debe haber garantías de seguridad para la actividad política si realmente se quiere la paz. Si no hay seguridad, no hay política. Debe haber seguridad para todos los que entran en la nueva etapa política. Este debe ser compromiso público del Gobierno.

Y lo que estamos viviendo y padeciendo hoy, es el mismo viacrucis, por el que hace algunos años transitó la Unión Patriótica, abatida a tiros por lo intransigencia de los enemigos de la concordia —predicaba Iván en la Conferencia.

Y sobre todas estas preocupaciones, y sobre lo sucedido en La Habana, también Santrich opina:

Pensaba que respecto al conjunto de lo provisionalmente pactado no habría mayores aspectos de contradicción por parte de los asistentes, debido a que, de cada punto de la agenda se venían haciendo informes y consultas detallados a los combatientes, y se habían recogido sus observaciones y aportes, los cuales sirvieron de mucho para construir las Propuestas Mínimas que sobre cada temática la Delegación de Paz de la guerrilla llevaba a la mesa, y en últimas se había alcanzado un acuerdo admisible para dar base a las transformaciones

que el país requería para superar las causas de miseria, desigualdad, exclusión política y represión que habían generado y mantenido la confrontación.

La excepción –según Jesús Santrich– se encontraba en torno al asunto de la “dejación de las armas”, respecto al cual desde la jefatura de Timochenko se había determinado enviar a La Habana a un grupo de compañeros, diferente a la Delegación encabezada por Iván Márquez, para integrar una comisión técnica que abordaría por separado el punto 3. Fin del Conflicto, y en especial la dejación de armas, aspecto que desde un inicio lo habíamos concebido como la “colocación de las armas lejos de su uso en política”, descartando cualquier idea de entregarlas.

Mi observación desde que se dio inicio al trabajo de esta comisión, que terminó dirigida por Carlos Antonio Lozada –prosigue Santrich–, consistía en la manera secreta en que se venían llevando estas negociaciones sin informarle los debates y avances a la Delegación ni a los combatientes. Varias veces hubo incidentes porque en las reuniones de trabajo se pidió explicaciones y lo que se obtuvo fue la inconsistente y escueta respuesta de que ese era un tema reservado de manejo exclusivo del Secretariado (lo que tampoco era cierto, pues varios de sus integrantes no estaban al tanto de los detalles), lo cual no tenía ni pies ni cabeza, si se toma en cuenta que en la medida en que los interlocutores directos eran altos oficiales de las Fuerzas Armadas y de la policía, no era entendible que con el mismo Estado Mayor de nuestra organización hubiese compartimentación y secretos.

El resultado del trabajo de la subcomisión técnica lo concocí en la víspera de la firma del 23 de junio de 2016 del acuerdo que habían construido, al que denominaron “Acuerdo sobre Cese al Fuego y de Hostilidades Bilateral y Definitivo y Dejación de las Armas entre el Gobierno Nacional y las FARC-EP” –recuerda Santrich–. No hubo espacio para expresar ninguna consideración respecto a su redacción, ni a la determinación impuesta por el Gobierno de someter el

Acuerdo General que resultara –sobre un aspecto contramayoritario como lo es la paz– a la refrendación plebiscitaria que se daría sin ningún tipo de pedagogía participativa que explicara la temática. Pronto asistiríamos al juego pertinaz de la desinformación que adelantarían los enemigos del proceso en contra del acuerdo.

La estrategia perversa de poner en marcha la campaña de mentiras diseñada por Juan Carlos Vélez, arrojó los resultados del NO a los que luego tuvo que enfrentarse la masiva movilización popular, pero que de todas maneras derivó en el manoseo de lo pactado para atender los caprichos del uribismo. Pero más allá de esta situación, como algo muy delicado ocurrió que de la “dejación de armas” se había ido transitando a un concepto internamente en las FARC: su entrega unilateral por parte de la insurgencia, configurándose un desarme que en la práctica en nada comprometía al Estado respecto a compromisos propios siquiera de depuración de sus Fuerzas Armadas comprometidas en actos de guerra sucia, de paramilitarismo y de los llamados falsos positivos; menos en compromisos tangibles que implicaran el cambio de la Doctrina de la Seguridad Nacional del Enemigo Interno, que tanto luto le había causado al país, hacia la pactada “Seguridad Humana” de Naciones Unidas.

No se movió un dedo para concretar el mecanismo de desmonte de los grupos paramilitares, y más bien lo que se observó desde el establecimiento fue el desfile de las más disímiles obstrucciones que encabezó el fiscal general de la nación, Néstor Humberto Martínez Neira, sin que el Gobierno de Juan Manuel Santos intentara siquiera mover alguna de las atribuciones constitucionales que le habrían permitido dar un buen inicio a la implementación.

Para el caso mío en la Conferencia –afirma santrich– pusieron a desfilar a los muñecos de ventrílocuo que dedicaron gran parte de los horarios de trabajo a lanzar diatribas y acusaciones sobre que, mi conducta hacía rato venía oponiéndose a las decisiones de la Dirección, sellando Timochenko de manera temeraria su acusación de que

yo me oponía a la dejación de armas, y en los corrillos regó la especie de mi animadversión contra el conjunto de los acuerdos. Cosa en la que abundaban las mentiras y las desfiguraciones sobre mis verdaderas opiniones.

A eso me tuve que referir en mi intervención, en la cual, pese a que debí tener derecho a una réplica suficiente frente a tanto ataque orquestado desde las cabezas de Timoleón Jiménez y Carlos Antonio Lozada, quien sea dicho de paso sacó de su sombrero de mago de feria la especie de mi desviación ideológica hacia el trotskismo, sin presentar ningún argumento sólido, sino una diatriba infundada, estigmatizante y vacía, pero venenosa. Ni siquiera se da cuenta que desde hace rato padece una desviación ideológica hacia la derecha.

No me dieron más de cinco minutos de intervención, cuando algunos de los que pusieron a librar el ataque de calumnias e injurias les alargaron intervenciones de hasta quince minutos. Pero me centré en presentar una argumentación política en defensa de la salida negociada, pero en contra de hacerlo a cualquier costo, y en todo caso mostrando mi disposición a subordinarme al centralismo democrático y a coadyuvar en lo que por mayoría definiera la Conferencia.

Presenté por escrito mi propuesta de Programa y de Plan, todo lo cual fue engavetado sin tomarlo para nada en consideración, y dejé sentadas mis advertencias sobre la traición que sobrevendría por el apresuramiento insólito que en materia de “dejación”, ahora concepto convertido en el eufemismo de lo que en realidad sería la “entrega” de las armas, se tenía por parte de los que construyeron tal capítulo del acuerdo.

Era el día del aniversario de la muerte del camarada Jorge, pero los organizadores de los certámenes culturales paralelos, nada previeron para rendir homenaje al héroe inmolado. Ni una sola mención en ningún espacio. Estaba clara la política que se venía desarrollando en cuanto a ir desmontando del imaginario guerrillero la encumbrada figura de Jorge Briceño y del mismo comandante Manuel Marulanda Vélez.

Aquella sesión de la Conferencia se caldeó cuando sumado a lo que he dicho, Timochenko dio lectura de lo que dijo sería el nuevo Estado Mayor Central que se inventaron, incluyendo alrededor de treinta compañeros nuevos, relevando sin explicación a una buena parte de viejos comandantes experimentados, a los que fueron sacando sin ninguna delicadeza y dejando en evidencia que esta nueva Dirección obedecía a los caprichos de los ya mencionados como cabezas del sainete. Los asistentes no aguantaron más, y uno a uno se fueron levantando a pedir la palabra en oposición a lo que estaba sucediendo. La gran mayoría de quienes tomaron la palabra, lo hicieron para expresar su inconformidad y cuestionar lo que estaban viendo.

La pregunta reiterada era por qué esas medidas, por qué la inclusión en la Dirección de personas que mayoritariamente los asistentes no conocían en su trayectoria y hacerlo sin mediar explicaciones, etc. La avalancha fue tan contundente que Timochenko, quien tenía a su cargo la moderación del evento tuvo que parar las intervenciones varias veces pidiendo que se suavizara el lenguaje y que se tomara en cuenta que había invitados. Pero la gente replicaba preguntando por qué esa medida no se pidió cuando se surtieron los ataques que antes se habían suscitado especialmente contra Santrich. Nadie hizo caso a los pedidos de ponderación y de verdad que hubo un momento en que parecía que el asunto se estaba saliendo de control; así que la directiva de la mesa optó dar por cerrada la jornada argumentando que al día siguiente se proseguiría, y que era mejor ir a atender la jornada cultural que ya estaba teniendo algo de retraso. Más de diez camaradas quedaron haciendo fila para intervenir.

Al día siguiente, lo que aconteció fue que desde horas muy tempranas hubo una reunión extraordinaria del Secretariado para encontrar una salida a la situación; pues era evidente que el tiempo no daría para resolver semejante entuerto, dado que esa era la última jornada de trabajo según lo planificado, y en la tarde correspondería la clausura pública, para lo cual estaba convocada la prensa.

La Conferencia no reinició a las 8 am., porque la reunión mencionada que comenzó muy temprano, no concluía. Cuando por fin avanzada la mañana se volvió a convocar al personal, la salida que habían encontrado era dejar los debates hasta donde habían llegado el día anterior, echar para atrás los cambios que habían anunciado, dejar intacto el Estado Mayor y realizar una reunión específica para mirar la posibilidad de ampliar la Dirección a partir de propuestas que hicieran las regiones, pero que eso se haría en un Pleno posterior. Que lo importante ahora era dejar un mensaje de unidad al país para continuar luego con la preparación del Congreso, de tal manera que en este certamen se darían los debates políticos sobre Programa, Estatutos del nuevo partido, etc., y se decidió que la base para esos debates serían los documentos que para tal efecto había preparado la comisión destacada para ello, la cual encabezaba Iván Márquez.

Los asistentes entendieron que, si no se quería suscitar una ruptura habiendo tanto personal extraño presente y terminar de mala manera la Conferencia, que de por sí ya estaba maltrecha, no había otra salida, y así se procedió. Pero nunca nadie aprobó que las armas se debían entregar a cualquier costo. En todo caso, el personal siguió la línea de la subordinación y dejó en manos de la Dirección el rumbo a seguir.

Durante la Conferencia del Yarí, la camarilla invirtió, en una semana de espectáculos rockambolescos, la friolera de 7500 millones de pesos; un derroche injustificado. ¡Tanto guerrillero lisiado y mutilado por la guerra, deambulando sin esperanza de tratamiento médico en todo el territorio nacional, para que algunos con ínfulas de empresarios del espectáculo, desaparecieran, en un santiamén, en un rápido movimiento de manos, los recursos de las FARC! Mientras esto ocurría, miles de guerrilleros en los Espacios Territoriales no tenían ni botas, ni medicinas, y afrontaban problemas de desabastecimiento de alimentos y dotación.

La camarilla claudicante siempre ha hablado de pugna interna, pero

solo se conocen sus libelos y publicaciones de catadura rastrera salidas de plumas escritas con tintas de mentira y rencor. Nosotros habíamos decidido guardar silencio; no responder a las provocaciones y ataques públicos para no dañar la cohesión, pero se sobrepasaron. El que calla otorga, dice el refrán popular... En adelante no vamos a permitir la desfiguración de la historia, ni dejarle el relato sobre una resistencia decorosa comandada por Manuel, a una visión sesgada y repleta de celos infundados.

La polémica dejación de las armas

La discusión en la mesa de La Habana sobre el punto 3 de la agenda “Fin del conflicto (Cese al fuego y dejación de armas)”, fue desde el comienzo un intercambio plagado de diferencias entre dos visiones, la del Gobierno y la de las FARC-EP.

Como plenipotenciarios de la insurgencia repasamos las experiencias de todos los procesos de paz sucedidos entre Gobiernos y guerrillas en las últimas décadas. Hablamos con antiguos guerrilleros de la URNG guatemalteca, del FMLN salvadoreño y del IRA irlandés, entre otros. No nos gustaba la entrega de las armas a cambio de poco o nada, como había ocurrido con otras guerrillas colombianas.

Teníamos clara la experiencia vivida por nuestro Comandante en Jefe, Manuel Marulanda Vélez, en la época de la pacificación de los años 50 y durante los Gobiernos del Frente Nacional. “Nosotros nunca entregamos las armas al Gobierno, y no teníamos por qué hacerlo, puesto que el Gobierno no nos las había dado. Esas armas pertenecen al pueblo –precisaba Marulanda–. Optamos entonces por guardarlas, pensando en que, si el Gobierno no traicionaba el acuerdo y ofrecía garantías ciertas de democracia y justicia social, pues no sería necesario regresar a ellas”. Esa era la visión de Marulanda; visión que despreciaron los apóstatas y perjuros de la lucha armada revolucionaria, como derecho universal de los pueblos frente a la opresión.

Hablamos con generales y exguerrilleros de otros países que habían logrado Acuerdos de Paz y también estudiamos procesos desarrollados en otras latitudes. Tomamos atenta nota. La experiencia que más nos gustó, y que era muy similar a la explicada por Manuel Marulanda, fue la del IRA. Ellos no entregaron las armas. Las colocaron lejos de su uso. Y no ha habido problema, porque de alguna manera se ha respetado la palabra empeñada. Y ya han transcurrido más de dos décadas y el conflicto armado irlandés no se ha escalado.

En La Habana escuchamos a guerrilleros del IRA y a integrantes de fuerzas de seguridad. Analizamos las sabias palabras de Gerry Adams, líder del Sinn Féin irlandés, y también las de un venerable obispo que había servido como testigo en la dejación de las armas o colocación de estas lejos de su uso. El mitrado nos confió, que él fue conducido, vendado por los guerrilleros, al sitio donde habían sido depositadas. Allí pudo observar que, efectivamente las armas estaban almacenadas en esa caleta. En su presencia, entonces, los guerrilleros del IRA procedieron a sellar el escondite y luego de esto lo regresaron al punto de partida. Las partes quedaron satisfechas por igual.

Esa fue la idea de dejación de armas que expusimos al abrir la discusión del punto 3 de la agenda. A los plenipotenciarios del Gobierno colombiano no les gustó para nada. Y ahí empezó la presión de ellos sobre ciertos comandantes de las FARC en Colombia, que desde hacía tiempo habían exteriorizado su proclividad a la entrega de las armas.

Como resultado de esta presión, empezaron a llegar a La Habana desde Colombia, otros comandantes designados por Timochenko con el eufemismo de reforzar la mesa y así demostrar la más nítida disposición de las FARC a firmar un Acuerdo de Paz.

Y como jefe de ese “Caballo de Troya”, introducido para neutralizar la posición de los negociadores de la mesa principal, fue designado Carlos Antonio Lozada. A nadadito de perro se nos fueron metiendo.

Después llegó Timochenko, y así se fue configurando la gavilla de la camarilla. Reuniones secretas, conversaciones sigilosas y clandestinas entre Carlos Antonio y los militares, fueron perfilando la transmutación de la dejación de las armas, en su entrega sin garantías de cumplimiento. Los capitostes de la desintegración de las FARC actuaban bajo el embrujo de la oferta del Estado de una participación política, que solo eran migajas de oropel.

La concepción inicial de los plenipotenciarios de las FARC en la mesa central sobre el tema de las armas, reposa como constancia histórica en los papeles del Secretariado y en las explicaciones dadas a los guerrilleros en las zonas y espacios de reincorporación en desarrollo de las pedagogías de paz. A estos siempre les dijimos que no habría entrega de armas, sino que estas se guardarían en una caleta secreta, como garantía cierta de cumplimiento de los acuerdos, tal como nos había indicado la enseñanza de Manuel Marulanda Vélez.

No aceptaba el grupo desmovilizador argumentos en contrario a su determinación de abandonar las armas sin más ni más. De nada valió alertar sobre el trabajo de zapa del fiscal general, Néstor Humberto Martínez, quien venía sembrando el acuerdo de minas jurídicas para entrapar a los comandantes más connotados de la guerrilla, a los cuales la oligarquía no quería ver en la actividad política o trabajando en paz en las regiones, sino muertos, o en la cárcel, o extraditados a los Estados Unidos.

Cuando la camarilla estimó que su plan había fraguado, procedió a convenir con el Gobierno las fechas para la entrega de las armas, sin respetar la simultaneidad e integralidad de este proceso con el de la reincorporación política, económica y social, y las garantías de seguridad para los futuros excombatientes y de los liderazgos sociales en las áreas de conflicto. De verdad, las armas les estorbaban, como lo reconocían sin sonrojo en los campamentos, luego de la desaparición física de Manuel Marulanda, Jorge Briceño y Alfonso Cano.

Intentando frenar esa carrera loca hacia el despeñadero de una paz precaria e ingenua, logramos que aceptaran a regañadientes la fórmula de operativizar la dejación de armas de manera gradual en tres fases o etapas, que realmente buscaba un instante de reflexión antes de consumir el error, o de buscar al menos rescatar del ahogado el sombrero.

La primera fase consistía en hacer dejación de un 30% de las armas cuando tuviéramos la certeza de garantías reales de seguridad jurídica. Aspirábamos como mínimo a la liberación de los guerrilleros presos, con el solo compromiso de su sometimiento a la JEP, tal como lo estipulaba el acuerdo. El Gobierno se negaba a ello interponiendo pretextos sin fundamento, y por encima de la Ley de Amnistía que ya estaba en vigencia.

La segunda etapa proponía hacer dejación de otro 30% de las armas cuando las garantías de seguridad física, tanto para guerrilleros, como para los dirigentes sociales en las zonas de conflicto, estuvieran aseguradas. Lo que tenemos hoy es una matanza espantosa: más de 160 guerrilleros asesinados y más de 600 líderes sociales abatidos.

La tercera etapa, que sería la dejación del 40% restante de las armas, solo se haría efectiva cuando tuviésemos certeza del cumplimiento de las garantías de reincorporación económica y social para los guerrilleros, y el mejoramiento de las condiciones de vida en el campo.

Bastó un breve descuido para que los desmovilizadores arrojaran esta esperanza al cesto de la basura. Cuando regresábamos de una tarea de pedagogía de algún ETCR, Carlos Antonio, con el respaldo de Timochenko, ya había firmado irresponsablemente con el Gobierno en Bogotá, la entrega de las armas en un santiamén. Se habían comprometido esos personajes a una entrega exprés de las armas: el 7 de julio se entregaría el 30%, el 14 de julio, otro 30% y 7 días después el restante 40%, sin exigir ninguna de las garantías acordadas.

Borraron lo que se había convenido con tanto esfuerzo.

Qué pataleta armó Timochenko cuando Iván le pidió que frenara la primera entrega hasta que no liberaran a los guerrilleros presos y a los líderes sociales, tal como había sido convenido en La Habana. Dijo, lleno de soberbia, que Iván lo que quería era incumplir lo acordado con el Gobierno, cuando lo que realmente se procuraba era presionar el cumplimiento de la palabra empeñada por el Estado. Por ahí están los mensajes que retratan ese instante de una historia verdadera.

Cuando se está vencido ideológicamente no valen razones.

Siempre nos preocupamos por la arquitectura de un plan B en caso de que el Gobierno se negara a cumplir lo firmado, pero nunca salió una directriz para los guerrilleros en ese sentido. La ahogaron con palabras dictadas por un subjetivismo tonto.

La subordinación, que en lo militar es elemento esencial, paradójicamente nos empujó al abismo. Nos formamos en ese principio marulandista y estábamos acostumbrados a cumplir las órdenes emitidas por el Estado Mayor Central y su comandante. Esto último se nos convirtió en una desgracia que hoy tratamos de superar con la autocrítica que entraña el reto de la recomposición de las FARC-EP, el ejército forjado por el maestro de la guerra de guerrillas móviles, Manuel Marulanda Vélez; siempre teniendo en cuenta que nuestra gran bandera, es la paz con justicia social, democracia y soberanía para Colombia, que habrá de surgir de un nuevo Gobierno, verdaderamente democrático, instaurado por las mayorías, que edifique sobre esas bases, nuestro futuro como nación.

El congreso constitutivo del partido FARC

“Seamos realistas, pidamos lo imposible”. **Alzamiento de mayo del 68**

Con la realización de un Pleno previo, se procedió a organizar el Congreso constitutivo del Partido de la Rosa, con los documentos fundacionales más o menos proyectados para su discusión previa al certamen, a fin de que en los días que este se realizara la discusión no se tornara dispendiosa.

Lo cierto es que debió ser la Conferencia la que discutiera las tesis fundacionales, pues eran aspecto esencial del análisis que se debía hacer para definir si se ratificaba o no el Acuerdo de La Habana y si se daba el paso a la legalidad, en lo cual consistía la razón fundamental de la convocatoria, pero ya hemos hecho narración de la distorsión sufrida por la temática durante el desenvolvimiento de los debates, de tal manera que el tiempo pasó y estos aspectos nodales quedaron relegados por la imposición arbitraria de los asuntos que causaron el casi hundimiento de la Conferencia. La determinación que salvó la situación fue la de realizar el Pleno de enero que resolvería los aspectos relacionados con Estructura y Programa.

Valga decir que las tesis estuvieron a la mano, pero la Directiva de la mesa principal ni siquiera las entregó para su estudio.

Los meses transcurrieron envueltos en incertidumbres y discusiones sin orientación en las regiones, hasta que el Pleno se llevó a realización nuevamente en las sabanas del Yarí a inicios del 2017. Este evento dejó establecida una Dirección provisional preparatoria del Congreso, sin tocar la vieja estructura del Estado Mayor, pero sí ampliándola con personal que fue propuesto por quienes representaron a las regiones en esa ocasión. No dejaron de asomar los intentos por definir un listado amañado, pero, aunque el sector Timo-lozadista pudo incluir muchos de los nombres del personal afecto a sus propósitos, más o menos se conformó una Dirección que integraba las

posiciones diversas que ya eran inocultables.

Durante el Pleno, más o menos se pudieron consensuar los documentos de discusión para el Congreso, el cual pactamos hacerlo en agosto antecediéndolo de una reunión de la nueva Dirección.

El Congreso Fundacional se realizó en Bogotá, en el Centro de Convenciones, entre los días 28 al 31 de agosto de 2017, con la asistencia de unos 1800 delegados y alrededor de 200 invitados incluyendo internacionales, sobre todo de partidos de la izquierda latinoamericana, y el evento de presentación del partido se hizo el primero de noviembre del mismo año en la Plaza de Bolívar de Bogotá, donde asistieron alrededor de 10 000 personas de diferentes partes del país.

Tres días, entre el 25 y el 27, estuvimos discutiendo sobre ajustes de metodología, mesas de trabajo, orden del día, logística, recepción y acreditación del personal que venía de las regiones, suscitándose contradicciones por la determinación que tomó el equipo de Carlos Antonio y Timochenko, de someter a elección con tarjetón la Dirección del partido a crearse, y también se suscitaron impases por la descalificación a dedo, subjetiva y amañada, que el equipo de Lozada comenzó a hacer de delegados elegidos en sus estructuras, que no eran de su gusto, argumentando que no llenaban requisitos e incluso tildándolos de infiltrados. De un momento a otro el Congreso comenzó a tener censores que advertían sobre lo que se podría decir o no decir, hacer o no hacer, admitir o no admitir en el certamen.

Aunque parecía absurdo que se hiciera un tarjetón para una elección entre personal hasta entonces clandestino que mayoritariamente no se conocía entre sí; ni siquiera entre los más relacionados se sabían sus nombres verdaderos, el procedimiento se impuso. No valieron los argumentos y la sugerencias reiteradas de que era mejor que las Direcciones de los Bloques, que conocían más o menos al personal de sus áreas, sugirieran a los cuadros más capaces para en principio integrar la Dirección. Por lo menos en tres debates se sustentó el

argumento de la inconveniencia de tal mecanismo pidiendo que se diera un tiempo de relacionamiento entre las bases, para después sí proceder con comicios informados, o que por lo menos se publicitara información sobre los postulados. Nada de eso valió y se optó por la peculiar medida de elaborar un tarjetón a dos colores (!), unos nombres en rojo —que eran los que recomendaba la “Dirección histórica”— y otros en verde correspondiente a los nombres de los demás aspirantes. En la primera lista, la roja, se colocaron los 111 nombres que a bien consideró el sector Timo-lozadista, y en la segunda al resto. “Democrática” manera de resolver la iniciativa electorera que fue acompañada con la prohibición de hacer campaña, pero con la realización por parte de los que eso vedaban, de reuniones privadas en las que se orientaba por quién votar dentro de la lista roja.

Otro de los inconvenientes que, respecto al procedimiento de elección, se había anotado por parte de quienes nos oponíamos, era que el tiempo estipulado para el desenvolvimiento del trabajo de las mesas temáticas no daba para al final proceder con las votaciones en las que participarían tantos delegados, sin previo ejercicio de una práctica desconocida para la mayoría de asistentes, que jamás en su vida habían participado de algo similar.

Calculábamos que entre movilizarse a donde habían dispuesto los espacios de votación dentro del mismo recinto, hacer la fila, recibir el tarjetón, sentarse a estudiar los postulados, señalar los 111 nombres y depositar en las urnas —para lo cual estaba también prohibida cualquiera ayuda— cada quien se demoraría no menos de 10 minutos corriendo. Entonces habría que instalar al menos 40 mesas, para que, votando 40 delegados en cada espacio, el procedimiento a ejecutarse por no menos de 1500 asistentes que podrían hacerlo por no estar inmersos en tareas acuciantes, ocuparía no menos de seis horas, y un tiempo más holgado para los escrutinios.

De hecho, ya habiendo iniciado el certamen quienes se postularon tuvieron que retirarse durante horas de las discusiones para realizarse

las fotografías y los registros de datos que incluirían en los tarjetones que fueron elaborados apresuradamente de un día para otro. Sobre la marcha de los debates más álgidos del último día, a eso de las 15:00 anunciaron la apertura de los comicios. El desorden era monumental. Efectivamente haciendo una cosa y la otra, sesionando y votando nos asaltó la noche. La gente se fue retirando, mientras atropelladamente se leían las conclusiones temáticas, sin dar paso a la lectura de las conclusiones generales que estaban a cargo de Marco Calarcá, Santrich y otro grupo de camaradas. Esta comisión nunca se reunió porque Marco no lo quiso y pasó un párrafo de cuatro líneas en el que se decía que se aprobaba todo lo debatido, y se hizo caso omiso a los 24 puntos sintetizados por Santrich, quien de todas maneras entregó a los redactores el material que elaboró con los otros compañeros. Todo parecía premeditado para luego escribir lo que les pareciera.

En la agenda oficial de trabajo, el evento fue denominado “CONGRESO NACIONAL DE LAS FARC-EP por un Gobierno de Transición para la reconciliación y la paz”, con un orden general presentado al público en los siguientes puntos:

1. Rueda de prensa
2. Show artístico. Muestra de las mejores presentaciones artísticas de los grupos culturales de las FARC-EP
3. Deliberaciones de las comisiones.
4. Plenaria para aprobación de conclusiones de las comisiones.
5. Rueda de prensa.
6. Show artístico. Muestra de las mejores presentaciones artísticas de los grupos culturales de las FARC-EP que llegan a Bogotá desde los Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación.

La instalación corrió por cuenta de Timochenko, y el primer día de actividades se fue yendo con los saludos de las delegaciones invitadas y las intervenciones de personalidades, entre los que se contó al expresidente Ernesto Samper. Los demás exmandatarios invitados no asistieron.

En una de las entrevistas que se realizaron en la antesala del acontecimiento político del momento –recuerda Santrich– haber dicho al periódico El Heraldillo de Barranquilla que “el Congreso era la concreción del sueño de Manuel Marulanda y era el inicio formal del trabajo que haríamos para unificar a los colombianos”. La línea que nos habíamos trazado era la de dar la mejor imagen de concordia y tratar de preservar la unidad por sobre cualquier circunstancia, pensando que en el camino se podían arreglar las cargas. Pero las contradicciones eran tan evidentes que en los inevitables corrillos se expresaba la tensión existente.

Recuerdo haber dicho a ese mismo medio periodístico, siempre guardando prudencia y dejando los debates de grueso calibre para los espacios internos –precisa Santrich– que “nosotros siempre hemos pensado en la toma del poder y queremos hacerlo en una gran convergencia, en una alianza dentro del movimiento real de las comunidades y del pueblo colombiano. Convergencia para generar un Gobierno Alternativo. Se quiere hacer alianzas y encontrar un común denominador para llegar a las elecciones presidenciales y por ello, desde el anuncio del evento que hoy se realiza se extendió la invitación a todos los precandidatos que se han postulado. Varios de ellos aceptaron la invitación, pero no confirmaron asistencia...”. Nunca nos planteamos lanzar candidato presidencial porque la idea central era la convergencia con otros sectores.

En su discurso, Rodrigo Londoño (Timochenko) manifestó que estábamos dando “un paso trascendental en la historia de las luchas populares en Colombia. Las FARC nos transformaremos en una organización exclusivamente política que ejerza su actividad por los medios legales...”.

Enfatizó en que “continuaremos luchando por el establecimiento de un régimen político democrático que garantice la paz con justicia social, el respeto de los derechos humanos y un desarrollo económico con bienestar para todos los que vivimos en Colombia...”. Era el dis-

curso con el que en general coincidíamos. Y terminó manifestando que “nos espera una hermosa tarea”.

Lo más importante del discurso seguramente era el planteamiento que se mantendría nuestro compromiso de lucha con el pueblo, el cual debería estar presente en todos los aspectos de la organización. “Ello deberá manifestarse en nuestro nombre, en nuestros símbolos, en nuestra actitud, en nuestra manera de tratar con la gente, en nuestra Plataforma y Programa. La Gran Convergencia Nacional, con la que pretendemos crear poder desde las bases y disputar los espacios institucionales, solo será posible si actuamos con modestia, sin soberbia o suficiencia, con respeto por los demás”, expresó en su cierre, pero no eran sino palabras vacías, porque en el trasfondo que no era visible sino para quienes lo estábamos padeciendo, ya estaba claro que el desarme del personaje de marras no era solamente con relación a los fusiles, sino que se trataba de un desarme ideológico de vieja data, que era el que a él y a sus partidarios cercanos los había conducido a apresurar la desmovilización sin mayores garantías.

El problema era fundamentalmente ideológico, pero se expresaba en cosas aparentemente sencillas como en el empeñamiento de abandonar el nombre y tratar de dejar de lado la huella histórica de nuestro carácter insurgente radical, comunista. De tal manera que choques de todo orden se presentaron en las comisiones encargadas de proyectar el Programa, la Plataforma de Convergencia y los Estatutos.

Cada debate fue ganado por las mayorías marulandistas que se hicieron sentir pese a las manipulaciones, y quizás un punto álgido fue la votación sobre mantener o no en el texto de los Estatutos el carácter marxista-leninista del partido. Este pulso también fue ganado pero la irascibilidad de la contraparte amenazaba con romper el curso de procedimiento de votaciones que se iba dando en cada contradicción, de tal suerte que finalmente se optó por una postura que implicaba la no mención literal del marxismo-leninismo. De ese tamaño era la abjuración. Y lo que nos ideamos quienes estábamos presentes en tal

debate, fue incluir los nombres de dos marxistas-leninistas a los que ya les quedaba difícil sacar de escena: Manuel Marulanda Vélez y Jacobo Arenas, legendarios fundadores de las FARC.

El texto final del debatido artículo 5 del capítulo I de los Estatutos del nuevo partido, referido a la Naturaleza y los Principios, finalmente quedó redactado de esta manera:

“Artículo 5. Orientación ideológico-política. El partido recoge los principios y elaboraciones teórico-políticas derivadas del pensamiento crítico y libertario, así como de las experiencias que a partir de ellos se han desarrollado tanto a nivel mundial como en nuestro continente americano y, las formuladas por las FARC-EP desde su momento fundacional en 1964, en especial por nuestros fundadores Manuel Marulanda Vélez y Jacobo Arenas para plantear superar el orden social capitalista vigente en la sociedad colombiana, y promover y apoyar un proceso histórico que permita construir una sociedad alternativa, en la que impere la justicia social, la democracia real y avanzada, la superación de toda exclusión, discriminación o segregación por razones económicas, sociales, étnicas o de género, la garantía de la vida y de la existencia digna, el reconocimiento del buen vivir del individuo y de la comunidad, la construcción de una nueva economía política que garantice la realización material de los derechos humanos, los relacionamientos no destructivos ni depredadores de la naturaleza y el ambiente, en una nueva ética, y relaciones sociales de cooperación, hermandad y solidaridad”.

Este solo detalle basta para observar el calibre del distanciamiento que se estaba profundizando. Ya no se trataba solamente de la determinación inconsulta, apresurada y sin garantías de entregar las armas que se había tomado, entre muchas otras que sellaban el descontento de las mayorías, sino la manera como se venía asumiendo a rajatabla, aprovechándose en últimas de la medida de quienes no compartíamos tales abdicaciones. Pero bueno, lo cierto es que no eran asuntos separados, ambos venían del derrotismo del que estaban impregna-

dos, y dejaban destilar en cada intervención que hacían. Una pieza de museo sobre tal situación que arropaba al sector Timo-lozadista es el discurso de instalación de la Décima Conferencia, en el que cada problema propio de la guerra se describía y se mostraba como insuperable.

Habría que recordar, además de lo dicho, que, en la X Conferencia Nacional de Guerrilleros Comandante Manuel Marulanda Vélez, entre las conclusiones sobre la transformación de las FARC-EP en nuevo partido político hacia una nueva forma de hacer política, algo que dejaron bien claro los asistentes quedó escrito en el punto 5 de dicho texto:

“Con el acuerdo de solución política consideramos que se dan las condiciones mínimas requeridas para producir el paso a la vida política legal y proseguir la brega por nuestras aspiraciones estratégicas de superación del orden social capitalista vigente en el país”. A lo cual se le agregó de manera inequívoca que: “El Acuerdo Final representa una ruptura en nuestra historia, pero traza al mismo tiempo una línea de continuidad. El desistimiento del alzamiento armado no conduce a nuestra desmovilización; se trata más bien de un acontecimiento que nos encauza hacia un nuevo tipo de movilización y accionar político, entendidos como expresión de nuestra indeclinable decisión y voluntad política colectiva de persistir en la lucha a través de la organización de un nuevo partido y movimiento político. En consecuencia, nos seguiremos orientando por un ideario inspirado en el marxismo, el leninismo, el pensamiento emancipatorio bolivariano y, en general, en las fuentes del pensamiento crítico y revolucionario de los pueblos y en particular de las FARC-EP”.

Por si no fuera suficiente tal precisión en el campo ideológico que, era donde se advertían los intentos arteros del revisionismo, en el punto 6 se escribió:

“Independientemente del nombre que lleve, el nuevo partido es un

partido de comunistas y de clase. En tal sentido, sus principios de organización son leninistas”.

Releyendo lo cual se puede decir, sin dudas, que la línea Timo-lozadista actuó en contra de este mandato de la Conferencia.

Para ocultar el giro de izquierda a derecha, la acusación de que quienes sentamos postulados adversos teníamos desviaciones ideológicas trotskistas, también saltó a la palestra en la sala que se encargaba de definir aspectos programáticos y línea ideológica. Carlos Antonio encabezaba estas acusaciones con meros etiquetamientos sin fundamento que no pudo argumentar mientras se atragantaba manifestando poseer las verdades del genuino marxismo. Lo cierto es que no valía la pena responder. Solamente se le dijo, que, si ese era el tema de discusión, organizáramos un seminario ideológico donde se colocaran sobre la mesa las tesis que cada quien defendía o vislumbraba como correctas.

El encono era absoluto contra las posiciones que no coincidían con el Timo-lozadismo, y tal ambiente empeoró cuando tras el largo escrutinio que culminó a eso de las tres de la madrugada, entre las cinco votaciones más altas estaban los nombres de Iván Márquez, quien obtuvo el primer lugar y Jesús Santrich, como tercero. De segundo logró registro Pablo Catatumbo, de cuarto Joaquín Gómez y de quinto, con un resultado bastante lejano del primero, Timoleón Jiménez.

Este golpe a la arrogancia lo sintieron como un insulto, que incluso llevó a Timochenko a renunciar. Pero de nuestra parte, nadie estaba en el plan de pasar factura, sino de integrar la Dirección de la mejor manera considerando, además, que el “comandante” de las FARC siguiera como presidente del partido. Pero mucha agua de intrigas corrió bajo el fracturado puente de las desavenencias que en realidad había entre uno y otro sector. Finalmente, después de una vergonzosa discusión en el primer Pleno de los elegidos a la Dirección Nacional de los Comunes, se impuso una Dirección ejecutiva de quince

integrantes dejando por fuera a Santrich, que parecía ser la manzana de la discordia en aquella escena típica de la politiquería o vieja forma de hacer política que se supone iríamos a inaugurar.

Se resumiría el conjunto de las contradicciones y sobre todo la situación más compleja del Congreso, que era la ideológica —agregando que hoy el panorama es más claro en lo que respecta a las definiciones de pensamiento y rumbo que cada quien ha ido tomando— diciendo que el quid del asunto estaba en el viejo nuevo debate sobre el reformismo y el posibilismo, tan trillado en los círculos intelectuales de izquierda.

En la práctica, la situación era que, desarticulado el despliegue estratégico de nuestra fuerza militar, difícilmente se podía dar marcha atrás, o mejor dicho, desde que se firmó la entrega de las armas, sin previamente haber negociado la reincorporación y sus garantías, generado ese problema estructural nodal que violó el principio de negociación que indicaba que “dejación y reincorporación” se analizarían de manera integral y simultánea, el salto al abismo estaba dado. Aun así, ahora con los huesos un poco rotos, con firmeza ideológica podíamos todavía reconfigurar el rumbo dentro del camino de la insurgencia sin armas; pero el caso era que se nos quería imponer el horizonte democrático liberal, para hundir la opción de rechazar los términos de tal esquema, de adversar a ese chantaje liberaloide de que seguir tras cualquier perspectiva de cambio radical, lo que haría sería dar elementos para la continuidad del terrorismo de Estado y de la guerra.

Desde La Habana ya venían presentándose esos choques entre los puntos de vista, porque se nos consideraba idealistas cada vez que repetíamos a Bolívar diciendo que lo que correspondía a los revolucionarios era hacer lo imposible porque de lo posible se encargaban los demás todos los días; que era lo mismo que militar en la idea del mayo 60 en cuanto a ser realistas demandando lo imposible.

Ellos sabían que no queríamos unas bases programáticas reformistas, pero hicimos el esfuerzo por no dejar de forma tan tajante nuestras posiciones, tratando en todo caso, que no quedara postulado el reformismo, abundando en los cambios cosméticos al capitalismo para ponerle el rostro humano.

A nuestro modo de ver, si por una u otra circunstancia específica de las FARC, la ruta que se había decidido tomar, era la de la lucha por la justicia social sin armas, ello no nos daba patente para descalificar el derecho de los pueblos a la rebelión armada contra las tiranías. Lo uno no podía conducir a lo otro con el argumento de que estamos en otros tiempos y que entonces nos debemos condenar, para que las luchas de los pueblos sean legítimas, a enfrentar los horrores de los opresores con las manos vacías y los pechos desnudos, asumiendo una natural condición de mártires.

La línea que venían asumiendo, en conclusión, era la de la llamada “real politik”, la del posibilismo, y en general, la del reformismo en su práctica cotidiana, que incluso los alejaba de los mínimos elementos revolucionarios consignados en los documentos fundacionales del Partido de la Rosa, que luego metieron en la gaveta del olvido.

De buenas a primeras parecía que nuestros adversarios entraban a militar en el dogma del progreso de la historia, y no en la de un materialismo histórico que aniquilara esa idea; era como si los hubiese absorbido el fantasma del conformismo, como si los asustara la tiranía de la realidad y la necesidad y deber que tiene todo revolucionario de, frente a las adversidades, nadar contra la corriente. Era como si se hubieran contaminado totalmente del posibilismo, desechando el potencial creativo del marxismo-leninismo, pero valiéndose de argucias de falso radicalismo que a lo que apuntaba era con las descalificaciones infundadas, a evadir el debate ideológico profundo.

La situación me trae a memoria –razona Santrich– aquella crítica que el camarada Alejandro Szwarcman del Partido Comunista argentino

hacía a los liquidacionistas cando se llenan la boca diciendo “la política es el arte de lo posible”, pero lo único que no les parece posible es hacer la revolución, porque ya se han encarretado con la historieta de que “no se puede encajar la realidad que nos toca vivir en el fórceps de la teoría y de la experiencia revolucionarias”. Mágica fraseología que se eleva como verdad incontrovertible anulando cualquier estrategia de poder, dejando por completo de lado los pilares de la concepción jurídica y política del Estado y el ser social como aquello que determina la conciencia del ser humano.

Pero bueno, también a la mano en la línea de la “real politik”, les queda el argumento de la correlación de fuerzas para convencer a los incautos, señalándonos con su dedo inquisidor y diciendo ahí están aquellos locos, desfasados, delirantes, que frente al terrorismo de Estado persisten en la palabra revolución. Lo cierto es que no nos pondremos del lado donde abunden los aplausos sino del lado del deber. Las nuevas tesis que nos traen nuestros otrora camaradas, no son diferentes en esencia a las del viejo posibilismo en el que comenzaron a hacer evidente su militancia desde el Congreso Fundacional. A mi modo de ver —dice Santrich—, lo que ocurre es que ahora el rumbo reformista lo continúan, ya sin máscara, con la genuflexión propia del que, para demostrar su transformación, sobreactúa su postración.

Aunque con esta misma perspectiva critiquen por subjetiva nuestra visión sobre la crisis global y estructural del capitalismo y de la necesidad de una insurgencia mundial por un nuevo orden social de justicia, lo cierto es que hablamos sobre hechos tangibles. Nos preocupa el acentuamiento de la ley de la selva, la ley del más fuerte, en la política internacional por parte de los Estados Unidos. Descaradamente el Gobierno de Washington interviene en los asuntos internos de otros países y viola impunemente la ley internacional y las normas que reglan el comercio entre las naciones, en medio de la más abrumadora impunidad.

Trump ha soltado sus halcones Burton, Abrams y Pompeo, exjefe de la CIA, para que con las mentiras más increíbles y rebuscadas construyan la justificación para agredir aún más a Cuba y a Venezuela, mientras afilan las garras para atacar a Nicaragua, la patria de Sandino.

Trump y su banda están de lleno en la planificación del pillaje que permita saquear las riquezas naturales de Nuestra América, al compás de la Doctrina Monroe y la arbitrariedad de los nuevos corsarios. Quieren robar para intentar salvar el imperio estadounidense que se está hundiendo en el ocaso de su historia.

Y no se trata de una ilusión, pues existen de sobra las evidencias; y en esto podemos traer a relación la formulación del maestro Jorge Beinstein cuando expresa que el crepúsculo del sistema arranca con las turbulencias de 2007-2008, expresándose en multiplicidad de “crisis” que estallaron en ese período (financiera, productiva, alimentaria, energética) y que convergieron con otras como la ambiental o la del complejo industrial-militar del imperio empantanado en las guerras asiáticas. (J. Beinstein, *Capitalismo del Siglo XXI: el imperio del caos*, Argentina 2013).

Resistir a la tiranía mundial

El mundo entero está presenciando la decadencia del imperio más brutal de la historia de la humanidad: el de los Estados Unidos. La Casa Blanca siente por dentro el tremor de estar perdiendo el control del mundo, y por eso intenta desesperadamente imponer una dictadura fascista mundial que le permita vivir más allá del ocaso.

Metido en el ojo del huracán de su angustia, Estados Unidos se cree con patente de corso para aplicar las arbitrariedades que le venga en gana contra los países del hemisferio, mientras lanza tarascazos contra Rusia, China, Corea del Norte, Siria e Irán –que tienen cómo de-

fenderse—. La ira impotente del imperio que se marchita, radica en que estos no son países subordinados ni satélites de nadie. De ahí su agresividad.

Cuba y Venezuela son blancos, sin duda, menos poderosos materialmente que los capitalistas de Estados Unidos, pero son mucho, mucho más poderosos en decoro, en dignidad. Y esa es la fuerza que puede. No necesitan que nadie les perdone la vida. Saben resistir. Sus pueblos tienen la estirpe de Bolívar y de Martí, de Chávez y de Fidel, que no se doblegan ni se humillan. Y los pueblos latinoamericanos nunca han tenido afecto por la Doctrina Monroe del terrible monstruo del norte.

Es hora de desencadenar la solidaridad del mundo hacia Cuba bloqueada y agredida desde 1959. Nada justifica la destrucción de la soberanía de ese país ni la obra socialista de su revolución. La razón obliga a condenar la aplicación del título III de la Ley Helms-Burton, la transgresión al derecho internacional y a las leyes del comercio, que afectan no solo a Cuba sino a terceros Estados.

¡Fuera manos de Venezuela! Washington le está cobrando al bravo pueblo su sueño de socialismo bolivariano que se erige como muro de contención al saqueo del petróleo, el oro, los diamantes y los minerales que generan nuevas energías; por eso conspira para derrocar al Gobierno legítimo del presidente Maduro, agudizando la crisis humanitaria con sus inhumanas medidas de bloqueo, expropiación de empresas como Citgo y la congelación de fondos que impide la compra de alimentos y medicinas.

Si no le dan lo que quiere, Estados Unidos lo toma de todas maneras. Con mentiras descaradas edifica la manipulación mediática. Amenaza con guerras de invasión. Suelta sus halcones locos para que justifiquen el atropello. No le importa las resoluciones de la ONU. No le importa destruir el planeta, y menosprecia los esfuerzos que buscan frenar el cambio climático.

Debemos hacer conciencia –leyendo en las páginas de la historia– de que los imperios no son inmortales ni eternos. Que la respuesta a los desafueros es la movilización de los pueblos en rebeldía mundial. Se deben crear confederaciones de Repúblicas hermanas en todos los continentes para resistir por encima de creencias religiosas, tonalidades de la piel, y todo prejuicio social, si se quiere preservar la vida, la dignidad humana.

Una alianza de Estados y pueblos soberanos por la dignidad y el respeto. La construcción de un mundo mejor exige hoy la movilización de la resistencia contra la tiranía mundial. De nada sirve la inacción. La estupefacción y la parálisis de nada sirven. Hay que reaccionar, pasar a la respuesta unida del mundo contra el atropello. Necesitamos la unidad para derrotar siglos de injusticia, con la certeza de que tendremos de nuestra parte a la inmensa mayoría del pueblo norteamericano.

La estrategia de dominación que conjuga en una poderosa batería de fuego, tecnología, manipulación de la mente, guerra cultural, pedagogía del miedo, ciencia aplicada, diplomacia, desestabilización, azuzamiento de conflictos, no logrará disuadir la lucha por la dignidad humana.

Mayo 5 de 2019

Cerrando este relato sobre LA SEGUNDA MARQUETALIA, y ya teniendo libre a Santrich entre nosotros, dirigimos con afecto nuestras más cálidas palabras de agradecimiento a todos los que lucharon y se movilizaron en Colombia y en el mundo por su excarcelación y el fin de la injusticia. Un abrazo al equipo #SantrichLibre, a los abogados, a los guerrilleros de los ETCR y a todos los amigos de la paz de Colombia, que hicieron hasta lo imposible por su liberación.

Con dificultad pudimos sacar de los barrotes de La Picota al consecuente negociador de paz, que pudo, en ejercicio de sus derechos, asumir funciones como congresista en la Cámara de Representantes;

pero una nueva celada urdida por el presidente Iván Duque y el uribismo para capturarlo en su comparecencia ante la Corte y extraditarlo a los Estados Unidos, lo obligaron a regresar monte.

La historia de esta decisión, que hemos denominado EL ESCAPE HACIA LA LIBERTAD, va acompañada de documentos básicos del relanzamiento desde las montañas insurgentes, de las FARC-EP para proseguir la resistencia con las armas de la política.

El escape hacia la libertad

Ya posesionado como representante a la Cámara, Santrich había llegado el 20 de junio al ETCR de Pondores (La Guajira) a atender compromisos políticos durante dos días, con la idea de dirigirse luego al ETCR de Tierra Grata (Cesar) donde tenía previsto con guerrilleros del Sur y del Caribe, un ejercicio de construcción de aporte colectivo de verdad para la JEP. Pero estando en Pondores, estalló el paro cívico de La Guajira como protesta de la población contra el cobro de peajes en vías deterioradas, el desabastecimiento de gasolina, la carencia de agua potable, el atraco con los recibos de la energía eléctrica, la explotación minera destructora del medio ambiente y la corrupción. Una semana completa tuvo que pasar Santrich, quieto en primera base, porque las vías habían sido bloqueadas. Desde allí redactó saludos de solidaridad con la lucha del pueblo guajiro y wayuu.

Al exjefe negociador se le veía un tanto ilusionado con el nuevo horizonte de la actividad parlamentaria que se insinuaba enorme frente a sus ojos del alma. Pensaba en lo que podría hacer en ese ámbito del poder público a favor de las mayorías empobrecidas y ya se imaginaba denunciando en los debates la responsabilidad del régimen en la generación de tanta injusticia. Quería convertirse en portavoz de las aspiraciones del movimiento social, de los indígenas, los cam-

pesinos, la población negra de los litorales y de la gente que vive en las catacumbas de la exclusión. Resuelto estaba a tocar las puertas de la izquierda y de los partidos democráticos para explorar con sus dirigentes, rutas hacia una Gran Coalición Democrática por un nuevo Gobierno, un Gobierno de Transición que priorice la justicia social, y la búsqueda de una paz completa para Colombia. Dispuesto estaba también a darle vida con sus iniciativas al partido, pero, en especial, dispuesto a dar todo de sí para sacar el Acuerdo de La Habana del oscuro foso de la perfidia donde había sido arrojado por el establecimiento. En paralelo a todo esto, quería asistir al homenaje que generosamente el cura Hoyos y sectores de la izquierda le tenían dispuesto ese próximo domingo en el Rincón Latino de Barranquilla, y también, como poeta, deseaba participar en el Festival Mundial de la Poesía que se realizaba en Medellín.

Sus anteriores visitas a Pondores y a Tierra Grata estuvieron marcadas por un despliegue inusitado de patrullas militares en la parte alta de la Serranía del Perijá, frontera con Venezuela, y por seis agentes de la policía nacional que no lo perdían de vista ni un solo instante. Esa era la orden del Gobierno, no para protegerlo, sino para asegurarse de que una eventual fuga no echara a perder su determinación de extraditarlo a los Estados Unidos.

Ahora, el operativo era mucho mayor porque el ejército había sido desperdigado, en respuesta al paro y la protesta ciudadana, en toda la línea de la carretera que de Valledupar conduce a Maicao.

Santrich no podía permanecer más tiempo atrapado en el ETCR de Pondores, porque desde hacía tres días lo esperaba en Tierra Grata, el grupo de jefes guerrilleros del Sur y de la costa atlántica ya mencionados. Entonces orientó el envío de un “palabrero”, como hacen los wayuu, a conversar con los dirigentes del paro, para que le permitieran movilizarse ese jueves por carretera hacia al Cesar. Estos accedieron a la solicitud. Una hora después, el invidente parlamentario se abría paso entre la multitud manifestante, barricadas de escombros,

arbustos atravesados, y la densa humareda de las llantas incendiadas. Entrada la noche pasó por el municipio de La Paz y en pocos minutos hizo su arribo al Espacio Territorial ubicado en el lomo de un cerro donde en las noches se divisan las luces de Valledupar, y “se siente el fresco ya” porque cerca de Manaure está.

Lo sucedido en Tierra Grata

Allí saludó con el afecto de siempre a los guerrilleros y a los visitantes que lo esperaban desde hacía tres días, pero su pensamiento había sido copado por una información que recibió cuando sorteaba las barricadas, después que pasó Fonseca. Una fuente de alta fidelidad le había transmitido que el Gobierno Duque lo iba a detener para extraditarlo a los Estados Unidos a como diera lugar, en el momento de su comparecencia el 9 de julio ante la Corte Suprema de Justicia, y eso lo tenía preocupado y ensimismado en sus reflexiones. ¡Qué contumacia hirsuta y enfermiza la de un Gobierno arbitrario que no admite razones y pisotea por encima de lo que sea, la presunción de inocencia y el debido proceso! Es un hecho –pensaba Santrich– que este Gobierno, que desprecia la concordia y el respeto de los acuerdos, no cejará ni un minuto en su empeño de entrapar jurídicamente a la paz para impedirle a los colombianos el disfrute de ese derecho.

Una vez ubicados en las caletas –narra Santrich– nos dirigimos al salón de reuniones para iniciar el intercambio de ideas con los visitantes en torno a la construcción del relato de reconocimiento colectivo de verdad para la comisión respectiva del Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición. Eso fue lo que se acordó en La Habana. Jamás se habló de comparecencias individuales obligatorias con implicaciones judiciales. Esa trampa fue obra de un Congreso ignorante manipulado por el fiscal y el uribismo, pues no se podía modificar el texto de lo acordado por los plenipotenciarios de las partes y mucho menos cuando los acuerdos habían recibido de la Corte su bendición de constitucionalidad.

Fue un error —explica Santrich— que algunos de nuestros comandantes accedieran a estas comparencias individuales envenenadas, porque estas solo generan controversias surgidas del “yo no fui, fue aquel”. Y lo peor es que esa obligatoriedad no cobija a los terceros civiles, porque así desgraciadamente lo dispuso ese mismo Congreso, en contravía de lo pactado en el sentido que la JEP es para todos los involucrados en el conflicto. Una justicia de esa catadura, solo aplica para los de ruana y genera impunidad para el Estado y sus agentes civiles.

Fue muy floja y sin sentido la explicación que dio la dirigencia de la Rosa para optar por las comparencias individuales. Decir que lo hicieron para tenderle un salvavidas a la JEP, sitiada y atacada desde todos los flancos uribistas y desde otras derechas empeñadas en el apocalipsis de la paz, no justifica semejante concesión que rinde pleitesía a una modificación unilateral de lo acordado y enteramente lesiva de la seguridad jurídica de los excombatientes guerrilleros.

La reunión de Santrich con los interesados en el tema se prolongó, con autorización de los líderes del ETCR, hasta bien entrada la madrugada. Pensó pasar un rato por el billar para departir con ellos, pues sabía que saldrían hacia sus lugares de origen después del desayuno; y con esa idea procedió primero a darse un baño para luego cambiar su indumentaria blanca por ropa oscura. Aprovechó también para remplazar sus sandalias de cuero sinuano por botines fabricados en Tierra Grata, buscando proteger así sus pies de la plaga de mosquitos. De seguro ese cambio de look estaba rimando con los mejores versos de su pensamiento. Muchos amigos en Bogotá, en Barranquilla, en Toluviejo, en todas partes donde fue avistado con su bastón, gafas oscuras y jata le preguntaban asombrados: “¿Y usted qué hace por aquí todavía? Lo van agarrar, lo van extraditar, váyase pa’l monte”.

Y efectivamente, Santrich estaba concentrado en buscar una salida a la encerrona proyectada para cuando se presentara en la Corte. La

calidad de la fuente lo obligaba a no dudar. El problema es que no había pensado en esa posibilidad, sino en su trabajo legal, confiado en que el montaje judicial ya estaba derrotado. A una persona sensata no se le pasa por la cabeza que un invidente, que venía de estar cinco años en La Habana tejiendo un Acuerdo de Paz, que lo acompañaban policías a todas partes, día y noche, pueda estar vinculado al narcotráfico. Y los imbéciles autores del montaje judicial llegaron a afirmar que el negociador de paz tenía listas diez toneladas de cocaína para ser exportadas a los Estados Unidos y que disponía de una flotilla de aviones para su traslado. ¡Qué miserables el fiscal general, Néstor Humberto Martínez, y el gringo Kevin Whitaker! El montaje judicial contra la paz brotó de esas mentalidades pútridas.

Cuando estuvo nuevamente solo en su habitación, Santrich espetó repentinamente una frase reiterada del viejo José Manco: «Yo tengo mis límites», expresión que le salió con el mismo acento del viejo miliciano del Perijá. «Yo tengo mis límites», reiteró solo y en voz alta.

El viernes me puse en pie a las siete —comenta Santrich— y la jefa de escoltas puso a todos su hombres en disposición de trabajo. Me advirtió que los muchachos, incluyendo los policías, le habían manifestado que se sentían cansados porque los trajines de traspase de las últimas dos semanas habían sido duros y que parecía que yo no dormía ni dejaba dormir. Le dije, entonces, que los reuniera y que les dijera que los choferes podían dormir todo lo que necesitaran y que los guardias, si no se sentían en condiciones de prestar bien el servicio, se relevaran en turnos más cortos. Ella hizo una reunión de trabajo rápida, les explicó la situación y todos dijeron que, de ninguna manera, que mientras yo estuviera en pie, ellos también lo estarían.

Ese viernes —afirma Santrich— trasnocharon nuevamente, esperando a que yo terminara de hablar con la gente que había llegado al ETCR de diversas partes de la zona a hablar conmigo.

Cuando llegó el sábado, el equipo de escoltas estaba listo para que arrancáramos en cualquier momento, pero yo seguí mi rutina sin comentar decisiones. Lo que sí hice, muy temprano, fue escribir una nota para la jefe de escoltas. Todo el día la tuve en el bolsillo del pantalón. A eso de las nueve de la mañana los policías me preguntaron que a qué hora era la partida. Les dije que estuvieran tranquilos, que yo les avisaba en el transcurso del día. Pero me insistieron en que les precisara un horario porque necesitaban cuadrar la seguridad en Barranquilla. Entonces les respondí que nuestra llegada a esa ciudad la calcularan para las tres de la tarde del domingo, porque era el horario que reservadamente le había dado a los organizadores del evento del Rincón Latino, y no en la mañana cuando el sitio estaba más lleno. Me manifestaron que hablarían con el comando de policía del Atlántico para disponer discretamente de personal en el lugar y que entonces no había necesidad de viajar en la noche, sino a eso de las seis de la mañana del domingo porque el viaje no duraba más de seis horas.

Lo cierto es que después de ires y venires durante el día, y cuando ya comenzaba a sentirse el ambiente de la noche les dije que saldríamos al día siguiente, domingo 30 de junio, a las 07:00, y les reiteré con más detalle que en Barranquilla la actividad a la que tendríamos que asistir era organizada por el padre Bernardo Hoyos, amigos y militantes de izquierda, para atender un homenaje de desagravio que me harían en la sede política del cura. En realidad, ya en ese momento tenía la decisión de partir hacia una zona segura, porque tenía la certeza dada por buena fuente, de que la citación hecha por la Corte Suprema de Justicia de manera apresurada –si se toma en cuenta el ritmo con que llevan otros procesos– era la de capturarme en la misma diligencia fechada para el día 9 de julio a las 09:00 horas, que era como estaba dispuesta por la sala de instrucción de mayoría uribista.

La verdad es que no hubo manera de preparar detalladamente un plan de escape por el Cesar, porque lo previsto para una situación de emergencia se había diseñado con otros compañeros pensando en una salida por La Guajira, y eso para tiempos venideros y por si aca-

so se notaba que la determinación del establecimiento de seguirme entrampando tomaba cuerpo. No parecía que esto pudiera suceder al menos en lo que restaba del año, pero como uno nunca sabe a qué atenerse con un régimen mentiroso y malintencionado, el plan estaba hecho.

Ya en Tierra Grata y enterado como estaba de la situación, el “plan de escape” lo hice yo mismo en mi mente sin comunicarle a nadie en especial. No organicé un grupo compacto, sino que contacté por separado a un par de locos extraordinarios, muy buenos, que me habían acompañado en el pasado en la unidad de propaganda del Bloque Caribe.

A Joche le pedí entonces que contratara un carro de los que regularmente suben a la Sierra de Manaure y lo pusiera a esperar unos insumos agrícolas que le llevaría Daniel con destino a la reforestación que se estaba dando en la parte alta.

Mientras tanto hice colocar dos llantas viejas junto a la ventana para facilitarme la salida de la habitación.

El vuelo del guerrillero ciego

Un vehículo, conocido en el ETCR, fue parqueado cerca al callejón que pegaba con la ventana de mi cuarto. Yo sabía que en el primer retén ubicado en la salida a ese chofer solo lo paraban para preguntarle si llevaba “protegidos”; si decía que no, le daban el pase sin requisa.

A las 19:15 los policías me pidieron que los dejara ir a descansar, y así lo hice. De tal manera que a las 20:00 estaban encerrados en sus cuartos.

Volví al billar y estuve departiendo con los escoltas, especialmente con uno que acababa de llegar de Bogotá en relevo de otro que salía

del esquema por tiempo cumplido. A las 20:30 uno de los escoltas guerrilleros me pidió formalmente que nos fuéramos a descansar porque la gente estaba agotada y había que madrugar para la jornada del día siguiente. Le respondí que no había problema, que ya casi nos íbamos; que estaba esperando a Daniel que venía por mí en pocos minutos.

Cuando llegó Daniel al billar, me despedí y me fui para mi habitación. Ya eran las 20:55. Entonces cada quien, excepto los guardias del turno que se apostaban en la entrada de mi cuarto, se replegó hacia sus habitaciones.

A las 21:00 entré con Daniel al cuarto. Cerré la puerta con seguro y de inmediato le dije en voz baja que apagara los teléfonos y con una seña de silencio con el índice en mis labios, lo insté a que saliera por la ventana con los bolsos. Él no parecía entender nada. Yo cogí una máquina de afeitar que tenía en el bolsillo externo del maletín —dice Santrich— y me quité el bigote rápidamente, doblé el bastón y musitando le dije que lo asegurara y le entregué la esquila que de mi puño y letra había escrito para la Chata, jefe del esquema de seguridad, en la que le decía que me iría esa noche a visitar a mi hijo y que nos veríamos en la mañana en Valledupar; que llamara a Daniel a las 08:00 del domingo, para comunicarle dónde me debía recoger a fin de movernos para Barranquilla. Ahí fue cuando Daniel reaccionó y se puso las pilas. Entonces me pasó una gorra para que me la pusiera, acondicionó la nota en la cabecera de la cama, cruzó la ventana y luego me ayudó a salir.

Los del carro nos susurraron que esperaríamos un tantico porque los policías del Espacio Territorial estaban cruzando todos hacia la cancha de fútbol. Pasados unos minutos subimos al carro que ya estaba con el motor encendido.

Apenas cerramos las puertas el campero echó a andar suavemente. El chofer pitó dos o tres veces mientras salía; todavía se escuchaban

ruidos de fiesta sabatina en el billar, y al lado derecho de la vía, en el restaurante, se escuchaban algunas voces y perros ladrando. Un policía que venía en una moto, pitó en señal de saludo.

En cuatro o cinco minutos estábamos en el puesto de control militar de la entrada. Ya el chofer estaba claro que la ruta era hacia Manaure. Nos hicieron el alto muy en rutina y el guardia preguntó si iba algún protegido. El chofer, contestó que no, naturalmente. «Siga», le dijo el guardia con desgano.

En diez minutos llegamos al segundo control militar. Redujimos la velocidad, pero el guardia hizo señas de que siguiéramos; así se hizo, pero la camioneta se apagó unos metros más adelante cuando nos disponíamos a tomar la curva hacia Manaure. Daniel advirtió que un soldado venía hacia nosotros, pero al ver que el vehículo reinició la marcha, se regresó.

En veinte minutos entramos a Manaure: llegamos al parque y pudimos identificar el otro carro que habíamos contratado supuestamente para llevar los fertilizantes a la reforestación. Daniel se asomó y les dijo que buscaran una calle más oscura saliendo hacia la sierra y nos esperaran ahí. Manaure estaba muy vivo y encendido con música vallenata y fiestas; serían las 22:00 cuando hicimos el transbordo de vehículos.

La sorpresa de los ocupantes del campero que nos esperaba fue muy grande porque no podían creer que yo estaba ahí y menos que me estuviera subiendo al carro que iba para la sierra –acotó Santrich–. Joché nos dijo que el ejército venía bajando del área de la reforestación, y que ya la otra patrulla de relevo iba para arriba. Como noté algo de confusión, les dije que ni modo, que Daniel y yo, nos marchábamos de todas maneras. «No hay problema –dijo el amigo del carro que nos había transportado desde Tierra Grata–, yo los acompaño», y enseguida los otros también se mostraron dispuestos.

Y salimos con las ventanas abiertas para no generar curiosidad ni sospechas. Y apenas estábamos emprendiendo la ruta hacia la sierra, el chofer avistó —a unos 150 metros— varias luces de linterna. Burlándose del chofer Joche le dio un coscorrón y en voz baja lo “increpó”: «¿No les dije que el ejército venía bajando y que la otra patrulla subía a relevarlos? Ese es el Batallón de alta montaña, ya lo que fue, fue, total es que vamos a llevarle una comida a los trabajadores de la reforestación y a pasar unos días con ellos, ¿quién nos va a sacar de esa historia?», dijo riendo en coro con Moncho y Peyo, sin mostrar nerviosismo. Pensé entre mí, estos son los locos que necesitaba para esta vuelta.

El vehículo avanzaba lento y los segundos se hacían eternos, yo desenfundé la machetilla, por si acaso... No porque podría luchar contra nadie sino para resolver el problema conmigo mismo en caso de emergencia.

La patrulla, apostada a lado y lado de la vía oscura semejava una calle de honor. Los fusiles al hombro, en intervalos de unos diez metros, sudorosos, cansados y con los equipos en el suelo. Venían bajando a pie desde lo alto de la montaña y estaban haciendo un descanso sin sentarse.

Pitamos para saludar, esperando que nos hicieran el pare, pero con las manos nos fueron haciendo señas de que siguiéramos.

Cuando ya pasamos la larga hilera, uno de los acompañantes dijo que con seguridad hacia arriba no había más militares, porque esa era la gente que esa semana había permanecido en el puesto de control, y que lo más lógico es que los otros llegaran al otro día, porque por más que caminaran esa noche el cuero no les daría para subir esa loma en menos de seis horas. «En cincuenta minutos estaremos arriba», concluyó.

En ese momento Joche, mirando aún los rostros impactados por el

susto, se echó a reír, burlándose de todos. Entonces dijo: «Hermano, ya nos volamos; aquí no nos agarra ni la CIA con toda su fama». Todos soltamos la carcajada y el ambiente se distensionó. Luego de un silencio, agregó: «No joda, yo sabía que esto no era ningún fertilizante, yo lo sabía... Menos mal que nos trajimos unas botas de cuero buenas para el barro, porque está lloviendo y ese camino debe estar feo».

El ascenso a la cordillera continuó tan tranquilo y fluido como nuestra charla amena sobre asuntos de la paz, sobre cómo esa zona tan abandonada no había recibido hasta el momento ningún beneficio derivado del acuerdo. De pronto, dirigiéndose a mí, el chofer soltó lo siguiente: «Quizás si me dicen de antemano que el viaje era para esto —con tanta matazón que hay— no me hubiera atrevido, pero ya estamos en lo que estamos y me alegra poder ayudar en algo, camarada, porque la verdad es que hace rato se nota que a usted se la tienen montada».

Momentos antes —recuerda Santrich— habíamos recibido una llamada de un enviado de Iván, con la instrucción de seguir el camino y la promesa de que en tres días debíamos esperar nueva instrucción sobre la ruta de evacuación. Nos había hecho saber que más adelante debíamos virar hacia Villanueva.

Mientras ascendíamos por la carretera destapada íbamos atentos a un camino que se abría hacia el norte en las adyacencias de “Casa e Vidrio”, una edificación levantada sobre el hombro yerto de Cerro Avión, un páramo pequeño donde la Cadena Radial Bolivariana, Voz de la Resistencia, emitía unos años atrás sus proclamas insurgentes entre canciones rebeldes.

A las 23:30 los fugados divisaron entre la niebla y los pinos gigantes la Casa de Vidrio, mientras arriba se insinuaba el destello de los luceros. El carro detuvo su marcha en una puerta de golpe que señalaba la ruta hacia un camino enlodado. Rápidamente descendieron todos sus

ocupantes. El primero fue Santrich y luego los tres locos que lo acompañaban, Joche, Peyo y Moncho. Ya en tierra Santrich desplegó sobre el lomo de aquel aire gélido, la carta de navegación que había concebido en su cerebro. Hasta ahí nos acompañaron Joche y el chofer.

En busca del río de la esperanza

El frío era inclemente –recuerda Santrich– y como la brisa del páramo nos mojaba con su rocío, nos pusimos las chaquetas y nos aparamos para iniciar la marcha. Ya habíamos avanzado un gran trecho, cuando resolví cambiar la dirección del avance para desinformar a los del campero sobre la exacta dirección de nuestro repliegue. Entonces orienté buscar el camino hacia el río Esperanza. Los muchachos respondieron que esa trocha debía estar perdida, porque hacía muchos años nadie transitaba por esos lugares; que la última vez que cruzaron por ahí fue en el 2008.

No quiero sorpresas desagradables al utilizar un camino abierto inexplorado –reaccionó Santrich con voz resuelta–. La marcha es por donde digo, así nos toque trochar con machete, y si nos perdemos veinte días o un mes, no importa, porque el río no solo brinda seguridad, sino que tiene suficiente coroncoro y bocachico, como para no dejarnos morir de hambre.

Sin mayor discusión, Moncho tomó la vanguardia y guió al pequeño grupo por una sabana de niebla, hacia el norte, pero con una certeza vaga de que marchaban en dirección al extravío. Y efectivamente, al rato estaban perdidos. Lo percibió el propio Santrich al manifestarle a Peyo que tenía la impresión de que estaban describiendo una U. «No señor, vamos bien», respondió Peyo. Unos metros más adelante Moncho paró la marcha en una sabana encharcada y dijo que debía explorar porque no tenía convencimiento de que ese fuera el camino. Entonces recostamos nuestros equipos en unas matas de frailejón mientras el guía se orientaba. Este salió volando con su linterna en-

cendida, pero a pocos metros se lo tragó la niebla. Pasó una hora y el hombre no aparecía. «Esto está raro —murmuró Peyo—. Si la niebla se está disipando ¿por qué diablos no se ve la luz de Moncho?» Me preocupé —comenta Santrich— y por eso les dije a Peyo y a Daniel que lo mejor era movernos hacia un cerro enmontado, que según me informaron, empezaba a mostrar su silueta a media distancia. Desde allí podremos observar seguros lo que está pasando con Moncho.

Entonces encaletamos la maleta del desaparecido en unos arbustos y con las linternas apagadas nos dirigimos al cerro. Yo —dice Santrich— me agarré del bolso de Daniel y avanzamos loma arriba, tomando el cuidado de borrar nuestras propias huellas. Adelante iba Peyo abriendo el camino, pero el monte estaba muy cerrado y no encontraba por donde seguir. Tuvo que prender la linterna para poder avanzar. Unos minutos después alcanzamos una pequeña explanada —dice Santrich— donde ellos habían logrado divisar un resplandor a lo lejos, en sentido contrario de donde veníamos. Entonces les orienté avanzar un poco más para buscar un punto de descanso donde tuviéramos dominio de la sabana. Bajamos los morrales y Peyo se adelantó un trecho para explorar qué seguía adelante, y desde el nuevo punto encendió su linterna y empezó a llamar a gritos a Moncho, porque había visto una luz verde de linterna solitaria que venía por la ruta que nosotros traíamos. Entonces le dije a Daniel que nos rodáramos hacia el lugar donde estaba Peyo, y al llegar lo encontramos agachado, cagado de la risa, porque había encontrado nuestro propio rastro al momento de iniciar la marcha hacia el río. No habíamos hecho una U, sino una O completa.

Cuando llegó Moncho nos comentó que se había perdido en un laberinto de caminos cerrados en niebla, pero que había encontrado un sendero viejo que parecía se alargaba en dirección al río que buscábamos en medio de la oscuridad.

Se había configurado de repente una escena inusual en la que un ciego orientaba a tres locos sobre el camino a seguir, un camino que

parecía estaba jugando a las escondidas con ellos.

A las dos de la mañana el jefe ordenó reiniciar la marcha en busca del sendero dudoso indicado por Moncho. Unos minutos después –relata Santrich– Daniel me comentó que el resplandor se seguía viendo muy fuerte en dirección hacia donde marchábamos, pero un poco a la izquierda. Tuve la impresión que íbamos en sentido noroccidente, y por eso detuve la marcha. Pensé que si seguíamos así nos iba a sorprender la mañana en esa extensa sabana, un área excesivamente crítica, que no ofrecía ninguna seguridad en el caso de ser sorprendidos por un operativo del ejército. Pero para tranquilizar a mis acompañantes les dije que antes de las seis de la mañana era imposible que los policías se enteraran de nuestra fuga, agregando que al percatarse que no habíamos pernoctado en el ETCR, saldrían a buscarnos a Valledupar, como explicaba la nota dejada a la jefe de seguridad.

Hechas estas reflexiones –dice Santrich– dispuse proseguir la marcha en sentido contrario al resplandor y siempre buscando hacia la derecha, que es el oriente. Pero más adelante, en medio de la polvareda de esa niebla Moncho admitió que, estábamos nuevamente perdidos y que lo mejor era esperar a que amaneciera para poder ubicarnos y avanzar con mayor precisión. Estábamos más perdidos que el hijo de Limberth. Entonces insistí en poner rumbo totalmente a la derecha; a la derecha –repitió Santrich–. Y así se procedió, machete en mano, abriendo camino entre matorrales.

Hacia las 03:00 desembocamos en una sabana más abierta con terreno inclinado. Se sentía que en serio íbamos bajando. Así seguimos durante una hora, apretando más y más el paso. «Ahora si vamos por donde es», decía Peyo, dándonos ánimo.

A las cuatro de la mañana hicimos un alto en un pequeño riachuelo que tropezamos. Bajamos los morrales y nos sentamos a descansar. Entonces Peyo ofreció un refresco para la sed. «¿Por qué tomar un refresco habiendo tanta agua por aquí?», dijo bastante molesto San-

trich. Y entre risas le respondió Peyo: «Camarada, lo que pasa es que los tres refrescos que nos hemos tomado los cargaba yo en mis costillas. Como se que de aquí para allá vamos a encontrar mucha agua, entonces ¿para qué seguir cargando más bulto?» Todos nos echamos a reír –apuntó Santrich–. Ya se sentía en el ambiente tranquilidad, porque efectivamente esas eran las aguas que caían al río que estábamos buscando.

Al proseguir el camino, pendiente abajo, la neblina se hizo más ligera y encontramos un camino viejo abandonado, pero bastante trillado. Bajamos durante quince minutos hasta tomar una travesía con profundos despeñaderos hacia la derecha. Así que nos fuimos con más cuidado y con las luces encendidas.

Al atravesar los despeñaderos la alarma del reloj de Peyo comenzó a sonar a las 04:50. Todos soltamos la risa, porque el tipo cargaba el reloj con la alarma de la hora de levantada en la guerrilla. «Como en los viejos tiempos», dijo él para defenderse de la mamadera de gallo. En ese sector había arbustos grandes y aunque hacía mucho frío, este era menos inclemente que el de la sabana.

A las cinco ya todos estábamos tendidos en el piso de hojas húmedas, sobre las carpas de marcha y dos costales que acondicionamos como “colchón”. Estábamos bastante extenuados luego de seis horas de marcha, y por ello Peyo, en pocos segundos, prendió los motores de su “ronquío”.

A las 07:30 nos levantamos todos –recuerda Santrich–. Peyo y Moncho salieron a explorar el terreno con la luz bendita del día, mientras Daniel y yo nos quedamos encaletados escuchando una emisora que todavía se alcanzaba a captar bien, pero siendo domingo lo que sonaba era música y cero noticias. Nos sentíamos felices de que hubiera salido el sol, porque la verdad es que estábamos entumidos y tiritando de frío.

A las 08:00 regresaron los exploradores con ambiente festivo, hablando animados y con la noticia de que íbamos bien encaminados. La neblina era poca y el sol alcanzaba a mostrar sus rayos claramente indicándonos el horizonte. A lo lejos escuchamos el sobrevuelo de un helicóptero, y una vez se perdió el ruido, reemprendimos la marcha. Peyo, que en algún momento había escuchado un comentario mío sobre la dificultad que tenía por la falta de un buen bastón, me arregló rápidamente una rama fuerte de cualquier arbusto que le pareció preciso para resolver el problema. Nos fuimos abriendo paso transitando sobre una alfombra de helechos y a veces por debajo de pequeños arbustos, muchos de ellos ennegrecidos, tal vez por alguna quema pretérita.

A eso de las once de la mañana descansando bajo los árboles de una selva todavía fría por las vaharadas del Pintao y Cerro Avión, volvimos a escuchar el ruido distante del helicóptero. Allí aprovechamos para desayunar y almorzar de una vez con un menú de salchichas enlatadas y pan.

Mirando hacia el horizonte, y apuntando con su dedo índice, Moncho dijo: «Tenemos que salir al pie de aquel morro que se divisa. Parece que ahí se ve una socola». Y luego indicando el nororiente y recordando los tiempos en que le había tocado transitar con unidades del 41 Frente, complementó: «Ahí debe estar la punta de la trocha que cogía río abajo; estoy seguro, porque por esos lados hicimos un campamento en el que tuvimos varios días de reentrenamiento. Aquel es el Filo del muerto», precisó. Y Peyo asentía con su cabeza y reforzaba esa certeza con el recuerdo de sus anécdotas. Y la marcha prosiguió alborotando reminiscencias.

Los campesinos que activaron la esperanza

Esa tarde llegamos a una quebrada pequeña flanqueada por árboles enormes, sin frío y sin neblina, donde decidimos acampar. Habríamos podido caminar otras dos horas –precisa Santrich– pero lo cierto es que yo iba bastante cansado y con las canillas algo golpeadas por la marcha nocturna en la que, quizá por la falta de hábito que había acumulado, y por no contar con un buen bastón para andar, varias veces me di contra las piedras, o tomé bruscamente los altibajos. Calculo que me había caído unas seis o siete veces durante la marcha nocturna. Todos estuvimos de acuerdo en organizar ahí la dormida.

Mirando bien el terreno, Moncho descubrió un trillo viejo que se perdía hacia el norte, pero Peyo, le dijo que ese era un camino de dantas, que no le parara bolas a eso, que debía era ir a prender el fogón. Y además que Moncho era un explorador chambón que se la pasaba todo el tiempo perdido. Santrich resolvió cortar los comentarios exigiéndoles que se bañaran y se cambiaran la ropa, pero ellos respondieron que lo harían tan pronto hicieran una exploración en los alrededores, para lo cual se dividieron el terreno.

Yo me estaba bañando –recuerda Santrich– cuando Daniel me dice que escuchó a Peyo gritando, como llamándonos. Peyo venía corriendo, con unos guineos en la mano. Cuando llegó donde nos encontrábamos explicó:

–Camarada, ahí arriba, ahí cerquitica, por donde dijo Moncho hay un ranchito con gente; yo conozco al compañero, está con dos muchachos más; ya hablé con ellos. El trillo es de esa gente. Antes venían a buscar agua a esta quebrada, pero ya tienen manguera instalada en un nacedero que les queda más arriba de donde están; la socola que se veía, es de ellos, ahí está; es un cultivo de frijol y tienen yuca y plátano...

–¿Cómo así, te dejaste ver? –le preguntó sorprendido Santrich.

—Camarada, yo los vi primero desde lejos y los reconocí, por eso les llegué. Ellos salieron corriendo cuando me vieron, pero cuando les grité que era yo, se detuvieron. Son masas viejas. El tipo durante un tiempo fue miliciano del 59 Frente en La Guajira, hasta cuando le tocó mudarse para acá porque los paracos lo andaban buscando para matarlo. De seguro Moncho también los conoce, porque el señor nos acompañó cuando hicimos la marcha hacia el punto de reagrupamiento. Son de confianza, no se preocupe.

Entonces subimos al lugar donde se encontraba Moncho haciendo una caleta con colchón de hojas.

—¿Qué pasó, cuál es la gritería? —le preguntó a Peyo. Pero el que respondió fue Santrich explicándole que Peyito había encontrado un rancho habitado, «en la dirección que usted decía». Y él, con la machetilla en la mano y sin dejar de picar las hojas, dirigiéndose a Peyo, le dijo:

—Me imagino que los compañeros tienen bastante carne de danta ¿verdad?

Todos soltamos la risa por ese apunte sarcástico con el que tomaba revancha de un Peyo que no creía en sus calidades de explorador.

Hablamos un momento sobre qué hacer. Peyo propuso que nos moviéramos hacia allá y que ahí organizáramos la quedada; que veía bien ubicado el lugar, y que según el compañero en toda la región no había más ranchos ni gente. «Además, la entrada no es por aquí por donde venimos; este camino está abandonado hace más de ocho años. El señor llega por otro camino que sale más abajo de esta quebrada a otra finca que está abandonada y de ahí él sacó una trocha hasta la frijolera que tiene con sus hijos», puntualizó Peyo.

Cuando llegamos al ranchito hecho con unos plásticos debajo de unos guamos, nos saludamos con aquella gente, y el compañero nos brindó café caliente. Yo me había quitado los lentes oscuros y asumí que los

compañeros no tenían por qué conocerme –pensaba Santrich–. Ya entrados en confianza, nos brindaron sopa espesa de frijol fresco, malanga y yuca que tenían preparada en abundancia para su cena. «Tenemos suficiente comida, aquí hay mucho bastimento sembrado y nosotros comemos bastante», dijo Carlitos, un muchacho de unos 13 o 14 años, el hijo más joven del compañero y el que más se movía atendiéndonos.

Al terminar la cena, Peyo dijo que se iba a buscar el sitio de dormida, pero los compañeros se opusieron argumentando que ahí nunca llegaba nadie diferente a ellos, y que había espacio suficiente para que nos acomodáramos todos. «Además, la plaga es inclemente, hay una mosquitera terrible –argumentaban–. Aquí no se siente mucho zancudo por el humo del fogón», añadió Carlitos, mostrando un deseo sincero de que nos quedáramos con ellos. Total, que terminamos organizando la dormida ahí mismo, estableciendo turnos de guardia de a dos horas a partir de las 21:00, y pactamos levantarnos a las cinco para alistar desayuno y almuerzo a la vez, para salir lo más temprano posible, en busca de la trocha que conduce a Villanueva.

El compañero sacó su escopeta y dijo que nos la prestaba para la guardia y que cada uno de ellos se iba a levantar a acompañar en los turnos correspondientes. Estuvimos de acuerdo, pero le dijimos que la escopeta la utilizaran ellos mismos, si fuere necesario, puesto que nosotros teníamos pistolas.

Daniel, a quien le correspondía prestar el primer servicio de guardia pidió que le permitiéramos acostarse a las siete, porque se sentía algo estropeado –recordó Santrich–. Nosotros seguimos charlando amenamente, tomando café a la luz del fogón que atizábamos constantemente. Durante el intercambio confirmamos que muy cerca de allí había un campamento viejo que el 41 Frente construyó para re-entrenamiento. El compañero sacó unas ollas viejas que había traído de ahí, un morral guerrillero de carpalón enmohecido, y una carpa de techo que hacía un año había tomado de una caleta con comida, arruinada por los animales del monte, y la maraña del tiempo y la

selva. «Esto es de ustedes camaradas –dijo el viejo de la casa–, si les sirve llévenselo, porque de aquí en adelante no hay más ranchos ni camino, todas las trochas están perdidas». Hablamos de la pesca y la cacería que brindaba la región, de los armadillos, los ñeques, los guaras, los venados, los paujiles, las pavas y las dantas. Eso es lo que comemos por aquí aparte del bastimento, nos comentaron. «Cuando estaba la guerrilla la gente se medía para la cacería –comentó el menor–, pero ahora la gente caza, saca carne y madera para vender», como azuzando la lengua de su padre, quien lo interrumpió sutilmente pidiéndole que no exagerara tanto; que la gente sí hace eso, pero de vez en cuando, para rebuscarse la comida. Pero Carlitos no paraba de hablar y denunció que en el rancho vecino tenían muchos rabos de ñeque. Ese comentario nos sacudió de cualquier meditación y soltamos la risa cuando el hermano le dio un coscorrón, preguntándole que desde cuándo los ñeques tenían rabo, que no fuera tonto, que lo que había era rabos de zorra, que por estar hablando tanto era que decía locuras. La charla se volvió una mamadera de gallo, de burlas y chistes de todo tipo alrededor del asunto. Antes de irnos a dormir arrullados por el cansancio, el sonido de la lluvia y los gritos de búhos que se escuchaban a los lejos, Peyo terminó bautizando el lugar como “Campamento rabo e ñeque”.

Era primero de julio

Amanecimos sin novedades bajo el canto de los pájaros, de tucanes, guacharacas y paujiles y con aroma de café caliente. Nos levantamos, y nos preparamos para emprender la marcha hacia Villanueva. Desayunamos arroz y yuca que nos regaló el compañero y cuatro latas de atún que aportamos nosotros, revueltas con cebollín, ají dulce y cilantrón de monte.

A las siete de la mañana ya estábamos de nuevo en marcha, pero en dirección oeste, teniendo como referencia una de las caras del Pintao, imponente cerro rocoso que domina La Guajira y abraza con su

mirada los picos de hielo de la Sierra Nevada de Santa Marta. «Ahora vamos para Villanueva, la tierra de Emilianito Zuleta, el compositor de “Mañanitas de invierno” y de “Mi pobre Valle”, y debemos llegar en dos días —precisó Santrich—. Allá nos espera un transporte que nos aproximará sin pérdida de tiempo, al lugar donde se encuentran Iván, Romaña, el Paisa, Aldinéver y los compañeros que los rodean. Fue la instrucción que recibí cuando pasamos antenoche por Manaure. Es una buena opción para despistar a nuestros persecutores y movernos por donde nadie se imagina», concluyó.

Tuvimos que trepar alturas interminables de rastrojos de helechos y selvas que se elevan al cielo, para luego descender por trochas de cascajos a cañadas profundas con quebradas sonoras. El sube y baja fue muy agotador. Varios tramos cerrados fueron abiertos a machete por Moncho y Peyo para sortear árboles caídos y bejuqueras que obstruían el paso. Detrás de ellos, marchaba yo, tocando siempre con mis manos el bolso que Daniel llevaba en su espalda de lazarillo. Al medio día, en un descanso en el filo de uno de los pliegues del Pintao, pudimos escuchar por noticias radiales el barullo mediático ocasionado por mi decisión de no dejarme apresar ni humillar más por un Gobierno, que como el de Duque, solo quería volver añicos el proceso de paz, al agregarle una eventual extradición mía.

Luego del descanso y de las noticias, la marcha se adentró por una travesía benévola, para retomar luego ese sube y baja frenético de las “montañas rusas” con la mirada del sol que se asomaba cada rato entre lluvias intermitentes. A las cuatro de la tarde —relata Santrich— llegamos a una quebrada de aguas rumorosas, con orillas planas sembradas de palma y helechos, donde decidimos pernoctar. Media hora después, Peyo ya había sacado de la quebrada, ocho coroncoros grandes. Al verlos, se me vino a la memoria el plato que preparamos a un grupo de daneses y alemanes, que nos visitaron en un antiguo campamento guerrillero, y que nosotros denominamos “langosta de sierra”. Yo mismo abrí por el espinazo la caparazón de aquellos peces de aspecto prehistórico, y ya extendidos adobamos su carne

blanca con ajo molido y un poco de sal. Y de ahí, a la parilla improvisada. La carne se cocina en su propia grasa, quedando blanda y deliciosa al paladar. Al poco tiempo teníamos un manjar culinario desconocido que nadie debiera perderse. Nos dimos un banquete exótico, que rematamos con un consomé nutritivo de cabeza de coroncoro. Quedamos listos y con fuerzas recuperadas para la jornada del día siguiente. Esa noche dormimos como bebés recién nacidos bajo el arrullo de la quebrada y una lluvia tenue sobre las carpas.

Al día siguiente subimos cuatro horas por un camino difícil que parecía interminable. Íbamos descansando cada hora y bebiendo el agua pura y fresca que brotaba de los taludes rocosos. Hacia el medio día —relata Santrich— coronamos la cima de ese ramal del Perijá que nos recibió en un hermosa explanación con cristales de cuarzo esparcidos y la vista extraordinaria de la Sierra Nevada y el Valle que se extendía entre las dos cordilleras como buscando el mar. Nos dimos un merecido descanso que se explayó por una hora. De nuevo escuché las noticias que seguían con el tema de mi escape, y tuvimos la oportunidad de escuchar una tanda de vallenatos que salían volando por el aire desde una emisora de Fonseca. Tuve la sensación de lo que era verdaderamente ser libre en medio del viento.

El objetivo era un campamento de la guerrilla ubicado en una pinera y que había sido bombardeado por la fuerza aérea luego de un intento de toma guerrillera del puesto de policía de Manaure. Hacia allá nos dirigimos raudos, cuesta abajo. En dos horas llegamos al lugar. Tuvimos tiempo de bañarnos y quitarnos el barro y el sudor y verificar que todo estuviera en orden en la punta de la carretera, donde esa noche seríamos recogidos por un grupo de rescate. A través de radio, Daniel contactó a los compañeros que nos esperaban y convinimos que nos recogían a las siete de la noche.

El viaje final hacia la libertad

A las seis y media comenzamos a desplazarnos, con el Pintao como testigo a nuestras espaldas, hacia el sitio establecido —comenta Santrich—. Al llegar observamos dos camionetas Toyota parecidas a las utilizadas por la Unidad Nacional de Protección, UNP, una de ellas con vidrios polarizados y otra convencional o de platón. Nos esperaban cuatro compañeros, entre ellos una muchacha de nombre Paola. Tenían identificación clonada, una copia exacta de las que utilizan los escoltas en sus movimientos. Pablito, que era el jefe del grupo, nos explicó que íbamos a tomar la ruta del Magdalena Medio, pasando por Aguachica y que ya tenían campaneros en algunos tramos de la carretera; que todo estaba bien a pesar de la bulla mediática.

Solamente abordamos Daniel y yo —precisa Santrich—. A Moncho y a Peyo ya les tenían organizado un transporte que los llevaría a un punto específico de La Guajira. Pasamos sin novedad por Villanueva y luego parecíamos volar por la carretera. Delante de nosotros iba la Toyota convencional. En el asiento de atrás nos sentíamos bien cómodos con el viejo Dany, escuchando salsa para espantar las preocupaciones. Unas horas más tarde fui informado que estábamos pasando por Becerril, después por Pelaya y luego nos comunicaron que acabábamos de cruzar por Aguachica, y que entrábamos a un tramo de la denominada Ruta del Sol (la del robo de Odebrecht y el grupo Aval) que, según información, podría tener presencia paramilitar. Todos esos puntos críticos fueron superados sin ningún apremio. Bien avanzada la madrugada, los acompañantes nos anunciaron que íbamos a entrar a una finca ubicada discretamente cerca al río Magdalena, donde estaba programado descansar y permanecer allí todo el día. Luego de transitar un tramo destapado, llegamos al refugio que —según Daniel, estaba bien escondido— donde pudimos dormir hasta las nueve o diez de la mañana. Pablito aprovechó para explicarnos el plan de marcha previsto para esa noche. Fue cuando nos enteramos que íbamos para San Vicente del Caguán, donde nos esperaba otro equipo de compañeros. «La idea inicial —explicó Pabli-

to— era llevarlos hasta Villavicencio, pero por obstrucción de la vía, tuvimos que cambiar la ruta».

A las 18:30 de ese día 3 de julio, ya estábamos rodando nuevamente por la autopista. Unas horas después escuché que habíamos dejado Espinal y que tomábamos rumbo a Neiva. En esa ruta observamos una patrulla de policía de carreteras, pero estaban concentrados en el flujo de vehículos provenientes del Huila. La Toyota Hilux convencional se había adelantado para comprar comida en Castilla y nos esperaba en las afueras del pueblo. Veinte minutos después, estábamos degustando unos buenos tamales tolimenses y nos habíamos provisionado de suficiente pan de bono y pan de yuca.

Antes de llegar a Neiva retanqueamos los vehículos en un sitio que había sido acondicionado cerca a la carretera. Cuando entramos a la capital opita —comenta Santrich— empezaron a mamarme gallo con el doble mío que se dejó ver con jata y gafas oscuras tomando guaro en pleno reinado del bambuco. Me ratificaron que el parecido era asombroso y que algunos huilenses se habían tomado selfis con él. Ya saliendo de Neiva, dije en voz alta para que todos me escucharan: «Ojalá no lo vayan a matar por confusión. Quisiera saludarlo personalmente. Debe ser un tipo simpático, como yo».

Unas horas después, sentí que estábamos trepando por una carretera áspera y me dijeron que subíamos por la ruta que conduce a Balsillas. Comentaron que tenían que pasar por un puesto de control del ejército. En el retén hicieron un pare muy breve, pero los soldados de guardia nos permitieron pasar luego que los del primer vehículo hablaron con ellos. Esa carretera es muy dura. Desajusta a la gente. Después de una hora pasamos por Guayabal y luego por los Andes. Unos minutos después cruzamos sin ser importunados por el ejército que presta seguridad a la entrada del ETCR de Miravalle, en El Pato. Al rato sentí que volvimos a tomar vía pavimentada, y antes de una hora viramos a la izquierda, en dirección a San Juan de Lozada, según les escuché. Por esos lados, me recibió el otro equipo de camara-

das guerrilleros que estaba encargado de llevarme por sabanas, montes y ríos, al lugar donde me esperaban Romaña, el Paisa, el Zarco Aldinéver e Iván. Pero esa es otra historia que seguramente relataré en otra ocasión.

FARC-EP, La lucha sigue

Manifiesto

Una nueva etapa de lucha para el despertar de las conciencias

Desde el Inírida que acaricia con la ternura de sus aguas frescas la selva amazónica y del Orinoco, sitiados por la fragancia del Vaupés, que es piña madura, anunciamos al mundo que ha comenzado la Segunda Marquetalia bajo el amparo del derecho universal que asiste a todos los pueblos del mundo de levantarse en armas contra la opresión. Es la continuación de la lucha guerrillera en respuesta a la traición del Estado al Acuerdo de Paz de La Habana. Es la marcha de la Colombia humilde, ignorada y despreciada hacia la justicia que destellan las colinas del futuro. Será la de la paz cierta, no traicionada, desplegando sus alas de anhelos populares sobre la perfidia del establecimiento. La rebelión no es una bandera derrotada ni vencida; por eso continuamos con el legado de Manuel y de Bolívar, trabajando desde abajo y con los de abajo por el cambio político y social.

Buscaremos coordinar esfuerzos con la guerrilla del ELN y con aquellos compañeros y compañeras que no han plegado sus banderas que tremolan patria para todos.

Esta insurgencia no se levanta de las cenizas como el ave fénix para seguir operando en las profundidades de la selva remota. No. Volará a través del cristal de esas lejanías brumosas para abrazar con la fuerza del amor, los sueños de vida digna y buen gobierno que suspiran las gentes del común.

El objetivo no es el soldado ni el policía, el oficial ni el suboficial respetuosos de los intereses populares; será la oligarquía, esa oligarquía excluyente y corrupta, mafiosa y violenta que cree que puede seguir atrancando la puerta del futuro de un país.

Una Nueva Modalidad Operativa conocerá el Estado. Solo responderemos a la ofensiva. No vamos a seguir matándonos entre hermanos de clase para que una oligarquía descarada continúe manipulando nuestro destino y enriqueciéndose, cada vez más, a costa de la pobreza pública y los dividendos de la guerra.

Durante el tramo final del proceso de paz desarrollado en La Habana, y en el breve espacio de un año de posacuerdo, pudimos constatar que hay militares y policías que anhelan la paz para Colombia, tanto como la gente del común. Ellos —que son pueblo uniformado— fueron tocados por los beneficios del acuerdo y quisieran ahora dedicarle más tiempo a sus familias, a estudiar una carrera, a prepararse mejor para la defensa de la soberanía y consagrar sus armas al servicio del pueblo. Sabemos que quisieran tener el poder suficiente para arrancarles las charreteras a los altos mandos corruptos de la institución... No quieren seguir siendo utilizados por políticos dementes como gatillo de los falsos positivos, del asesinato de líderes sociales y de excombatientes. No quieren seguir siendo cómplices del paramilitarismo, del desplazamiento forzoso, del inhumano despojo de tierras y de las políticas económicas que victimizaron a millones de colombianos. Les indigna que solo ellos tengan que sentarse ahora en el banquillo de los acusados mientras la cúpula política que emitió las órdenes, contempla indiferente el espectáculo tras el burladero de la impunidad. Luego del Acuerdo de Paz de La Habana, la gran ma-

yoría se distancia de la absurda idea de ser cipayos de Washington en una guerra injusta contra Venezuela.

Compatriotas y ciudadanos del mundo, nuestra divisa es: paz a los colombianos, paz a los países vecinos, paz a los cuarteles que no dirijan sus miras y sus cañones contra las comunidades. Unidad, unidad, unidad... Movilización de la inconformidad contra los malos gobernantes, y por la construcción de un nuevo orden social justo.

Anunciamos nuestro desmarque total de las retenciones con fines económicos. Priorizaremos el diálogo con empresarios, ganaderos, comerciantes y la gente pudiente del país, para buscar por esa vía su contribución al progreso de las comunidades rurales y urbanas. La única impuestación válida será –siempre en función de la financiación de la rebelión– la que se aplique a las economías ilegales y a las multinacionales que saquean nuestras riquezas.

Vamos a entrarle duro, con ustedes, al combate contra la corrupción, la impunidad, contra los ladrones del Estado que como sanguijuelas le están chupando la sangre y hasta el alma al pueblo.

Seguiremos siendo la misma guerrilla protectora del medio ambiente, de la selva, de los ríos, de la fauna, que los colombianos conocen, y no dejaremos de alentar el esfuerzo mundial de la razón por detener el cambio climático. Cuenten con nuestra férrea oposición al fracking que contamina nuestras aguas subterráneas.

Queremos trabajar con todos los estratos del pensamiento humanista la construcción de la patria del futuro. Tenemos los colombianos la carta de navegación del Libertador para marchar hacia “...*un Gobierno eminentemente popular, eminentemente justo, eminentemente moral, que encadene la opresión, la anarquía y la culpa. Un Gobierno que haga reinar la inocencia, la humanidad y la paz*”. Con ello estaremos comprometidos de corazón y sin descanso –como dice Marulanda– en una lucha constante por los cambios, motivados

en la gran causa de la paz con justicia social y soberanía, por un nuevo Gobierno Alternativo que salve al país de la crisis general.

Sí; nuestro objetivo estratégico es la paz de Colombia con justicia social, democracia, soberanía y decoro. Esa es nuestra bandera, la bandera del derecho a la paz que garantiza la vida. Es la vida el derecho supremo. Ninguno de los derechos fundamentales es aplicable si no hay vida. Por eso queremos para todos paz con alimento, empleo, agua, techo, salud, educación, vías, mercadeo, conectividad, recreación y la más amplia democracia. Solo así daremos sentido a la vida. Unidos seremos la antorcha de la esperanza, la potencia social transformadora que puede hacer realidad el sentimiento más profundo que anida en el corazón humano.

La paz traicionada

La historia de Colombia es una historia salpicada por las traiciones a los acuerdos y a las esperanzas de paz.

En 1782, tras firmar un acuerdo con la corona española que prometía el fin de la opresión, el guerrillero comunero, José Antonio Galán, terminó traicionado, arrestado y descuartizado vivo. Las partes de su cuerpo desmembrado fueron exhibidas en las entradas de algunos pueblos como escarmiento y recurso brutal para disuadir la rebeldía.

Luego de la batalla de Boyacá –aurora de la independencia de Nuestra América– la traición se explotó como niebla revuelta, agitada por una ambición desenfrenada de riquezas y poder. Y fue Santander el cabecilla de la traición. Él intentó por todos los medios, en concierto con el Gobierno de Washington, asesinar al Libertador Simón Bolívar y destruir su legado; él condecoró con la Cruz de Boyacá a los asesinos del mariscal Antonio José de Sucre, quien había derrotado con sus soldados internacionalistas la opresión colonial en la pampa de Ayacucho. Santander es el héroe de la oligarquía colombiana y es

su paradigma; no es el héroe del pueblo.

Esa oligarquía santanderista truncó la vida de Jorge Eliécer Gaitán, el caudillo amado por el pueblo y que era para este, su esperanza de redención. Su intransigencia no perdonó a Guadalupe Salcedo, jefe de las guerrillas liberales del Llano, quien terminó acribillado a tiros en la pacificación de los años 50. Tampoco se la rebajaron a Jacobo Prías Alape, vocero de la guerrilla comunista en las conversaciones de paz con el Gobierno del Frente Nacional. En 1960 fue asesinado por la espalda en la población de Gaitania.

El movimiento político Unión Patriótica surgido del primer diálogo de paz Gobierno-FARC, fue exterminado a tiros. Más de cinco mil militantes y dirigentes de la UP, fueron abatidos. Toda una generación de revolucionarios y revolucionarias fue masacrada.

Después de firmar el Acuerdo de Paz con la guerrilla del M-19 en los años 80, el Estado fue matando, uno a uno, a sus principales comandantes, los compañeros Iván Marino Ospina, Álvaro Fayad y Carlos Pizarro Leongómez.

Y ya en el año 2011, un presidente de la república ordenó con premeditación y alevosía asesinar al comandante de las FARC-EP Alfonso Cano con quien desde hacía meses adelantaba contactos exploratorios para abrir conversaciones de paz. Esta traición ocurrió, luego de un bombardeo de la fuerza aérea, con el agravante de que el comandante insurgente se encontraba capturado y en total indefensión.

Desde la firma del Acuerdo de Paz en La Habana, y del desarme ingenuo de la guerrilla a cambio de nada, no cesa la matazón. En dos años, más de 500 líderes y lideresas del movimiento social han sido asesinados, y ya suman 150 los guerrilleros muertos en medio de la indiferencia y la indolencia de un Estado.

Cuando firmamos el Acuerdo de La Habana lo hicimos con la con-

vicción de que era posible cambiar la vida de los humildes y los desposeídos. Pero el Estado no ha cumplido ni con la más importante de sus obligaciones, que es garantizar la vida de sus ciudadanos, y particularmente la de evitar el asesinato por razones políticas. Todo esto: la trampa, la traición y la perfidia, la modificación unilateral del texto del acuerdo, el incumplimiento de los compromisos por parte del Estado, los montajes judiciales y la inseguridad jurídica, nos obligaron a regresar al monte. Nunca fuimos vencidos ni derrotados ideológicamente. Por eso la lucha continúa. La historia registrará en sus páginas que fuimos obligados a retomar las armas. Nos reclamamos herederos del legado de Manuel Marulanda Vélez. Somos la continuación de aquella gesta que se iniciara en Marquetalia en 1964.

El expresidente Santos juró con impostada voz de Nobel de Paz que no cambiaría ni una sola coma de lo pactado, que cumpliría lo firmado de buena fe y que no nos iba a poner conejo. Pero ni siquiera se atrevió a titular tierras a los campesinos que han vivido en ellas por décadas, siendo algo tan sencillo como el agua. Tanto el fondo de tierras, como la sustitución voluntaria de cultivos de uso ilícito acompañada de proyectos alternativos y el mejoramiento de las condiciones de vida en el campo, han quedado por ahora, perdidas en el laberinto del olvido. Nada hizo Santos para impedir el hundimiento en el Congreso de la Reforma Política, sabiendo, como todos los colombianos, que ninguna guerrilla se desarma si no existen plenas garantías de participación política para todos. Y para rematar, sabotearon las Circunscripciones Electorales Especiales de Paz concebidas para que las víctimas de las regiones más afectadas por el conflicto, tuvieran voz en el Congreso de la República.

Estos son asuntos nodales de la paz. Ahora su sucesor en la Presidencia de la república, Iván Duque, asegura sin inmutarse que lo que él no firmó, no lo obliga, desconociendo así que el acuerdo se firmó con el Estado, no con un Gobierno.

¿Quiénes son Duque y el Centro Democrático para desconocer una

obligación de Estado elevada a norma constitucional, que hoy es Documento Oficial del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y Acuerdo Especial del artículo 3 de los Convenios de Ginebra? El Estado que no respeta sus compromisos no merece el respeto de la comunidad internacional, ni de su propio pueblo.

Estuvimos cerca de poner fin a través del diálogo al más largo conflicto del hemisferio, pero fracasamos porque el establecimiento no quiso respetar los principios que rigen las negociaciones, el *pacta sunt servanda* y la buena fe. Logrado lo que querían, que era la entrega de las armas, conscientemente hicieron trizas el Acuerdo de Paz, despedazando –como dicen los uribistas– “ese maldito papel”.

Volviendo la mirada hacia atrás, el primer paso de la traición fue la convocatoria de un plebiscito improcedente, porque siendo la paz un derecho contramayoritario, no se consulta. Pareciera, que más que blindar la paz, lo que quería Santos era derrotar a Uribe, exponiendo así el más importante logro de Colombia en las últimas décadas al albur de la mentira, la politiquería y la manipulación mediática del uribismo.

El Acto Legislativo 002 de 2017 que obliga a las instituciones del Estado a cumplir el Acuerdo de Paz, fue debilitado de manera incoherente hasta por la propia Corte Constitucional que lo aprobó. Si algunos contenidos del acuerdo no eran consonantes con la normativa constitucional, el camino era modificarla para que no colisionara con lo dispuesto en el Acuerdo Final, respetando siempre los convenios internacionales sobre Derechos Humanos y el Derecho Internacional Humanitario.

Las modificaciones de esta Corte dañaron el acuerdo sobre víctimas y justicia para la paz, acabaron la autonomía de la JEP como jurisdicción de cierre, modificaron el régimen de condicionalidad solo para entrapar a los guerrilleros, excluyeron a terceros involucrados en el conflicto amparándolos con la impunidad, y ampliaron el fuero

especial para presidentes de la República a todos los aforados constitucionales. También modificó la Corte la Ley de Amnistía pasando por alto claras disposiciones del Estatuto de Roma con relación al reclutamiento de menores.

Esa Corte que había sentenciado que el acuerdo no podía ser modificado en los próximos tres Gobiernos terminó soltándoles la rienda a legisladores de derecha que en dentelladas rápidas del “fast track” lo destrozaron con el pretexto de su implementación normativa. Preguntamos ¿en qué lugar del planeta un Acuerdo de Paz firmado solemnemente por una guerrilla y un Estado, aplaudido por el mundo, ha sido destruido unilateralmente de esa manera tan infame por personas que nunca fueron plenipotenciarias de las partes? El fiscal general, congresistas de derecha de la facción política de Uribe y Duque, y la embajada de los Estados Unidos, comandaron la inexcusable derrota de la paz.

La oración de Jorge Eliécer Gaitán, que recordamos en la instalación de los diálogos de paz en Oslo, recobra hoy, ante esta realidad la más arrolladora vigencia: *“Bienaventurados los que entienden que las palabras de concordia y de paz no deben servir para ocultar sentimientos de rencor y exterminio. ¡Malaventurados los que en el gobierno ocultan tras la bondad de las palabras la impiedad para los hombres del pueblo, porque ellos serán señalados con el dedo de la ignominia en las páginas de la historia!”*.

Para los hijos de Santander sigue siendo “primero la ley —en este caso el derecho penal del enemigo— *así se lleve el diablo la República*”. Esa visión fundamentalista fue lo que mató la paz.

¿Cómo construir la paz sobre estas ruinas taciturnas? Por algo hay que empezar. Y tiene que ser con la instalación en el Palacio de Nariño de un nuevo Gobierno colocado allí por una gran coalición de fuerzas de la vida, de justicia social y democracia, que convoque a un nuevo diálogo de paz. Un nuevo diálogo que corrija y encadene

la perfidia y la mala fe, que involucre a las fuerzas guerrilleras y a todos los actores armados para que podamos fundar una paz definitiva, estable y duradera, sellada con el compromiso colectivo del Nunca Más. Un nuevo Acuerdo de Paz sin más asesinatos de líderes sociales y de excombatientes guerrilleros, en el que las armas sean verdaderamente retiradas de la política y colocadas lejos de su uso, no entregadas.

No más santanderismo

Si no nos liberamos de la maldición del santanderismo, los colombianos nunca tendremos paz, ni patria digna. Con ese lastre será imposible levantar el vuelo. Fue Santander un falso héroe nacional y “el arquetipo de la simulación: no tenía cara sino careta”. “No fue el paradigma de Colombia sino de su destrucción”. El santanderismo es “el triunfo del pícaro sobre el hombre honrado”. Un “sórdido rábula que afilaba sus garras en los dorsos de los tratados de derecho”, eso fue Francisco de Paula Santander. Se robó el empréstito de 1824. Era invencible en el campo de la pequeñez, es decir, en elecciones, compadrazgos, clientelismos, libelos, suspicacias, intrigas, en organizar mayorías en el Congreso...; controlaba el Poder Judicial y el Legislativo; manipulaba la prensa de Bogotá. Planeó con los Estados Unidos dividir y desmoralizar al ejército libertador; sabotear el Congreso Anfictiónico de Panamá; desmembrar a Colombia; imponer su racismo, asesinar a Bolívar y a Sucre, y abolir la obra política y legislativa bolivariana. Y promovió la invasión del Perú a la Gran Colombia. Con razón decía el Libertador: *“En cuanto a Santander, este hombre perverso ya nada le queda por hacer, toca todos los resortes de la intriga, de la maldad, y la maldad es para dañarme y formarse su partido... La existencia de ese monstruo de iniquidad y de perfidia es una asechanza perpetua al gobierno, a mí mismo y a Colombia”*.

Una nueva forma de hacer política

Mirada desde el deber ser y la inocencia, la política es una elevada manifestación de altruismo, que impulsa —lejos de todo interés material individualista— a servir a los ciudadanos y a la patria, no por el oro, ni por la fama, ni el predominio, sino por amor y sentimientos puros de humanidad; por la dignificación de la vida y por la grandeza de la patria.

Pero la política en Colombia —salvo honrosas excepciones— dejó de ser una práctica laudable para convertirse en el arte de robar y de embaucar acompañado de una elocuencia sonora y demagógica. La mayoría de los políticos y sus alfiles incrustados en los Poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial no piensan en servir, sino en enriquecerse. Inventan todos los días leyes y más leyes para beneficiar a la gran empresa, al capital y a ellos mismos, mientras mantienen al pueblo lejos, muy lejos de su corazón. Magistrados venales interpretan la ley que es la ley del embudo: “lo ancho pa’ ellos y lo angosto pa’ uno”. La gran mayoría de nuestros males vienen de sus leyes absurdas. El control de la Hacienda Pública, la firma de contratos, las coimas jugosas, es lo único que llena su ambición. Y para lograrlo compran todo: curules, alcaldías, gobernaciones, presidencias de la república, y también conciencias famélicas y sin luces para que voten por ellos.

El Estado ha sido secuestrado por los forajidos y la mafia de la corrupción y la impunidad. Rescatarlo y liberarlo, está en manos de la movilización de las conciencias, de la nación en masa, del pueblo unido. Esa es la fuerza que puede.

La palabra la tiene el soberano

Sí. Debemos levantar de las ruinas esta República. Y eso solo lo puede hacer el pueblo, que es el verdadero soberano. Por encima de él, el cielo, solamente. El movimiento social y político colombiano tiene

la palabra. En la introducción del Acuerdo Final de La Habana, hay un compromiso que quedó suspendido en el firmamento yerto de los incumplimientos y que es necesario revivir; se trata de la convocatoria a todos los partidos, movimientos políticos y sociales, y a todas las fuerzas vivas del país a concertar un gran ACUERDO POLÍTICO NACIONAL encaminado a definir las reformas y ajustes institucionales necesarios para atender los retos que la paz demande, poniendo en marcha un nuevo marco de convivencia política y social.

El régimen imperante, de políticas neoliberales, de corrupción y guerra del actual poder de clase, nos ha colocado frente a dos caminos: o se abre una recomposición como resultado de un diálogo político, y de la institucionalización de los cambios resultado de un proceso constituyente abierto, o esos cambios, tarde o temprano, serán conquistados mediante el estallido de la inconformidad de todo un pueblo en rebelión.

Sigamos intentando la salida más concertada; abramos todos los caminos de aproximación; analicemos y recojamos las múltiples propuestas y plataformas elaboradas desde el campo popular y la intelectualidad crítica del país y bordemos con ellas una sola bandera, para marchar como proceso constituyente abierto hacia la superación de la exclusión, la miseria y las inmensas desigualdades; hacia la democratización en profundidad del Estado, la vida social, restableciendo la soberanía y buscando incidir en los procesos de cambio en Nuestra América y garantizar el bienestar y el buen vivir de nuestro pueblo. Se trata también de potenciar nuestras aspiraciones y llevarlas a un nuevo nivel en el que entonces sí, una Asamblea Constituyente, suficientemente representativa y con plenas garantías de actuación, dé un impulso definitivo a las transformaciones estructurales que requiere Colombia.

Los jóvenes, las mujeres, los campesinos, los negros y los indios, los transportadores, los gremios, los partidos políticos, las centrales obreras, los desempleados, los cristianos e integrantes de otros cre-

dos religiosos, los ambientalistas, los deportistas, el movimiento comunal, el arco iris LGBTI, los que sueñan con la paz, todos y todas, debemos sumar fuerzas para conquistar el objetivo de un nuevo país, de un nuevo orden social, con una economía al servicio de la nación, que regida por principios de humanidad estimule la producción interna y el empleo. Que asuma la educación gratuita y de calidad en todos los niveles, como la primera necesidad de la República. Una política internacional de paz que retome la idea de Bolívar, de conformar en este hemisferio una Gran Nación de Repúblicas hermanas que garantice nuestra independencia y libertad. Un nuevo orden que al proclamar la soberanía patria proscriba la extradición de nacionales, el libre albedrío de las multinacionales y la presencia de bases militares extranjeras en el territorio.

La potencia transformadora

La unidad del movimiento social y político del país con sus banderas de vida digna desplegadas al viento es la potencia transformadora, la potencia del cambio social en cuya construcción debemos empeñarnos.

La fuerza del pueblo está en la UNIDAD, en la minga nacional por la dignidad de Colombia y su gente. La potencia transformadora se conforma con la unidad y la fuerza de todas las conciencias que confluyen desde todos los puntos cardinales donde palpita el anhelo de patria nueva. No debemos dejarnos arrinconar por los guerreristas y tiranos.

Seamos un solo puño en alto, por un nuevo Gobierno, un Gobierno de Transición. No más de lo mismo. Tomemos el timón de Colombia y dirijámosla sin pérdida de tiempo hacia las costas de la dignidad humana. Somos más. Apliquemos la fuerza de la unión y de la razón para llevar al Palacio de Nariño, un Gobierno amoroso con sus ciudadanos, respetuoso de sus vecinos, enemigo de la guerra, soberano

y solidario con los pueblos; con unas nuevas instituciones integradas con gente virtuosa, honrada, de méritos y sentimientos humanos. Un gobierno que haga la felicidad del pueblo.

La lucha sigue.

¡Con Bolívar, con Manuel, con el pueblo al poder!

FARC, Ejército del Pueblo

Llamamiento del Movimiento Bolivariano por la Nueva Colombia

“...Tenemos el deber de contribuir a rescatar el espíritu bolivariano de en medio de la hojarasca mentirosa de la interpretación oficial y pro-imperialista de su obra, con el propósito de volver viva su imagen a las masas populares de América. Son ellas las herederas legítimas de su ardiente pensamiento genitor, y el limo fecundo que ha de encarnarlo y multiplicarlo en la hora de ahora y en la historia de los siglos”. Gilberto Vieira.

Compatriotas, con un abrazo de amor y de esperanza en el futuro queremos reiterarles en este presente aciago que transitamos por cuenta del terrorismo de Estado, que tenemos la certeza en la victoria de la reconciliación de los colombianos, en la medida en que logremos por fin derrotar a las castas oligárquicas de siempre que han impuesto a las mayorías su mano de explotación y represión para mantener sus privilegios mezquinos, sumiéndonos en una guerra fratricida en la que los que más pierden son las pobrerías y la gente de bien que clama porque se respeten los intereses nacionales.

Ya a dos décadas del nacimiento del Movimiento Bolivariano por la Nueva Colombia como movimiento político amplio y clandestino que surgió en el marco del proceso de paz que se adelantó en San Vicente del Caguán, hoy en medio de los avatares que se nos presentan en un escenario caracterizado por la perfidia del régimen contra los

anhelos de reconciliación de las mayorías, el Movimiento Bolivariano por la Nueva Colombia seguirá reuniendo pueblo en la clandestinidad, agitando sus blancas banderas de paz y el amarillo, azul y rojo tremolando en la lucha por la patria del futuro, la que siempre hemos querido inaugurar en condiciones de buen vivir, con democracia, con dignidad y con soberanía.

Después de la traición a los Acuerdos de La Habana, con nuevas experiencias que revitalizan nuestra moral revolucionaria y nuestra rebeldía insurgente, retomamos las palabras del inolvidable comandante Alfonso Cano, quien hasta su muerte actuó como jefe de ese Movimiento Bolivariano que empezaba a desplegar su potencia transformadora, cuando explicó la propuesta política como un instrumento civil, amplio, policlasista, orientado hacia la conquista del poder, hacia el resurgimiento de Colombia bajo un nuevo orden social justo, con unas Fuerzas Armadas inspiradas en el espíritu y genio de Simón Bolívar, garantes de la libertad, la soberanía y las conquistas sociales:

Las prácticas del ejercicio político —decía el comandante Cano— deben transformarse, cambiando lo que Gaitán llamó las “viejas costumbres de la pequeña mecánica política” para dar paso al ejercicio de una democracia esencialmente directa, en donde las ejecuciones de los administradores de la cosa pública, se correspondan estrictamente con la voluntad popular. Construir el Cuarto Poder o el Poder Moral, como enseñó nuestro Libertador a partir del pueblo, para erradicar la corrupción y señalarle derroteros éticos ciertos a los administradores y a la misma sociedad. Hacer de la libertad de prensa una realidad que impida el monopolio, la manipulación y la desinformación. Revocarles el mandato a todos los politiqueros responsables del caos actual y sentar precedentes ejemplarizantes que erradiquen la impunidad de las tropelías que se han ejercido desde el poder contra la nación entera.

...El rostro semioculto del Libertador Simón Bolívar que hace

parte de la presidencia de este acto y que descubre su noble y profunda mirada —decía el inmolado comandante— significa que el nuevo movimiento político tendrá un funcionamiento clandestino. La amplitud de los objetivos a conquistar no oculta los peligros que se ciernen sobre su existencia.

No repetiremos la experiencia de la Unión Patriótica en donde la heroicidad de sus integrantes y la generosidad que caracterizó su compromiso, fueron brutalmente abatidas por las Fuerzas Armadas oficiales en traje de civil, hasta prácticamente hacerla desaparecer.

...Así que todos y cada uno de los integrantes del nuevo movimiento, tendrán una actividad dentro del sector social donde vivan, trabajen o estudien, sin que sea de público conocimiento su pertenencia política. Como todos los bolivarianos, deberán hacer esfuerzos por colocarse al frente de las luchas por las reivindicaciones del pueblo y solo compartirán su secreto con los pocos compañeros que le sean asignados para trabajar. Nadie más será conocedor de su pertenencia bolivariana.

¿Difícil? —se preguntaba— seguramente sí, pero todos debemos recordar que son los enemigos del pueblo quienes han impuesto las condiciones. Si las circunstancias políticas cambian positivamente por la acción popular o el proceso de diálogos avanza significativamente, o si crecemos hasta ser mayoría actuante y combativa, analizaremos la conveniencia de nuevas formas de trabajo y de organización.

Dentro de tales lineamientos debía marchar el Movimiento Bolivariano bregando por poder en algún momento mostrar su rostro pleno una vez en Colombia se hubieran abierto las amplias avenidas de la democracia.

Como dice la Carta de Reunión del Movimiento Bolivariano por la

Nueva Colombia, guardando plena vigencia, esta nueva construcción política alternativa es un movimiento amplio, sin estatutos, reglamentos, ni discriminaciones, con excepción de los enemigos del pueblo. No tiene oficinas y su sede es cualquier lugar de Colombia donde haya inconformes. En el Movimiento Bolivariano caben todas y todos los patriotas que sueñen con la concreción del pensamiento político y social del Libertador. “Su base la constituyen millones de colombianos vinculados a los núcleos clandestinos, de múltiples y variadas formas como círculos, juntas, talleres, malocas, familias, uniones, combos, hermandades, lanzas, grupos, clubes, asociaciones, consejos, galladas, parches, barras, mesas de trabajo, mingas, cofradías, comités y todas las formas que a bien tengan sus integrantes adoptar y que, a su juicio, les garantice el secreto de pertenencia y la compartimentación”.

Hoy, entonces, reconfirmando con la práctica y sobre todo con los lutos que nos ha dejado el haber creído en algún momento, que la paz por fin llegaba cuando tras la firma de un acuerdo lo que se observó fue al Bloque de Poder Dominante haciendo trizas lo pactado, estamos –por el deber del compromiso de cambio con Colombia– compelidos a renovar ese llamamiento:

Todas y todos los que se sientan bolivarianos, vengan con nosotros, que el Movimiento Bolivariano por la Nueva Colombia es una inmensa bandera al viento que sigue en construcción y que podría tener en este momento la posibilidad histórica de dar el salto a la lucha política abierta, siempre y cuando, como dijera Alfonso, LAS CONDICIONES LO PERMITAN.

Es necesario entonces seguir en la batalla porque no se trunquen los sueños de la Nueva Colombia y de la Patria Grande en socialismo, impidiendo que se apague la llama de la esperanza. La unidad nos está diciendo en las movilizaciones populares, y en todos los rincones de la patria inconforme, que es factible un triunfo popular si nos levantamos como un solo puño de indignación frente al mal gobier-

no y la derechización de un régimen sumiso a Washington.

Colombia puede gobernarse desde el decoro y la soberanía poniéndole punto final a los abusos de las castas oligárquicas de siempre; diciéndole basta a los gobernantes, congresistas, magistrados y burocratas corruptos; cambiando el sistema electoral fraudulento; clausurando la entrega de nuestras riquezas y nuestra soberanía a las transnacionales y los desafueros del poder y de la brutal represión, sí; pero sabemos que “no hay mejor manera de alcanzar la libertad que luchar por ella”.

Tenemos certeza en la victoria de la reconciliación de los colombianos, y es por eso que convocamos a la rebeldía de la juventud, a las mujeres descendientes de la Pola, a los campesinos, a los pueblos indígenas y comunidades negras, a los trabajadores y desempleados, a los académicos, a los policías y militares bolivarianos, a quienes anhelan patria soberana. A quienes se sientan bolivarianos y bolivarianas les convocamos a sumarse a la búsqueda decidida de la verdadera paz con justicia social, reemprendiendo la lucha para cambiar la política, la economía, la educación, la cultura hegemónica y las relaciones de sumisión. Les invitamos a la acción en favor de la justicia social y la dignidad, con el sentimiento de solidaridad que debe caracterizar la profunda sensibilidad humana.

Vamos a juntarnos para avanzar hacia la restauración moral de la República, confluyendo en el inmenso raudal sonoro del proceso constituyente abierto, con la fuerza transformadora del común que ha de abrirle paso a la transición hacia la Nueva Colombia que tanto anhelamos y que ponga fin a esta guerra, alcanzando un escenario de paz que nazca de las manos del pueblo colombiano que es el máximo poder soberano que tiene nuestra nación.

Carta de reunión

Agosto de 2019, año bicentenario de la Batalla de Boyacá.

“El pueblo no puede seguir disperso”

1. El Movimiento Bolivariano por la Nueva Colombia reúne a patriotas que anhelan los objetivos libertarios y de unidad latinoamericana por los que combatió Simón Bolívar. En él caben y se integran quienes deseen aportar su grano de arena a la reconstrucción y la reconciliación nacional.

2. Expone su ideario en el Manifiesto Bolivariano y en la Plataforma para un Gobierno de Reconciliación y Reconstrucción Nacional que ahora se cualifican y actualizan con los documentos programáticos de la Campaña Bolivariana por la Nueva Colombia y con las iniciativas referidas al impulso de un proceso constituyente abierto en busca de la superación del orden capitalista, tal y como lo enseñan las históricas luchas de nuestros pueblos.

Comprendemos a plenitud la potencia transformadora del actual momento histórico. Somos conscientes que se vienen gestando condiciones que nos ponen frente a dos caminos: o se asiste a la recomposición del régimen imperante como respuesta a la crisis en maduración en todos los niveles, que consolidaría el actual poder de clase y profundizaría aún más sus políticas neoliberales, o se transita la ruta de un proceso constituyente capaz de producir la fuerza social del cambio realmente transformador. Ese es el reto que hoy enfrentamos.

3. Es un movimiento amplio, sin estatutos, reglamentos, ni discriminaciones con excepción de quienes sean enemigos declarados del pueblo. No tiene oficinas y su sede es cualquier lugar de Colombia donde haya inconformes. Su base la constituyen millones de compatriotas que se vinculan a los núcleos clandestinos, de múltiples y

variadas formas como círculos, juntas, talleres, malocas, familias, uniones, combos, hermandades, lanzas, grupos, clubes, asociaciones, consejos, galladas, parches, barras, mesas de trabajo, mingas, cofradías, comités y todas las formas que a bien tengan sus integrantes adoptar y que, a su juicio, les garantice el secreto de pertenencia y la compartimentación.

4. Los bolivarianos y bolivarianas de corazón y de convicción, luchan y se expresan de muchos y variados modos en pro de la causa del pueblo.

5. Las FARC-EP ponen toda su capacidad para impulsar y organizar el Movimiento Bolivariano, y destacan a alguien de su Dirección Nacional para que haga parte de su conducción con la asesoría de un Consejo Patriótico Bolivariano.

6. Este Consejo se conformará con cien personas destacadas por su actividad en bien del país y su pulcritud moral, postuladas por el pueblo a través de los núcleos bolivarianos, que obtengan las cien mayores votaciones y luego de ser consultadas en secreto, acepten esta responsabilidad. En principio este Consejo estará integrado por veinte compañeras y compañeros encargados de la reestructuración y cohesión de los núcleos existentes en esta primera etapa de relanzamiento.

7. Cada núcleo bolivariano propone a diez compatriotas para este propósito. Luego de reunir todos los nombres se hará la elección de quienes integrarán el Consejo Patriótico Bolivariano.

Colombia insurgente, agosto de 2019. Año bicentenario de la Batalla de Boyacá.

Saludos al movimiento social y político

*De la Reunión Extraordinaria de Comandantes, **FARC-EP, La lucha Sigue***

Trabajar por una paz con justicia social cierta, que traiga consigo verdaderos cambios políticos y sociales estructurales que conlleven al buen vivir del pueblo colombiano, ha requerido de la confianza, los esfuerzos y aportes de muchísimas personas con quienes aún estamos en deuda y a quienes extendemos hoy un fraternal saludo, con el compromiso de seguir batallando hasta conquistar el propósito mayor de la Nueva Colombia. Por ello la Reunión Extraordinaria de Comandantes **FARC-EP, LA LUCHA SIGUE**, agradece y saluda a los Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación, ETCR, que son escenarios de esperanza contruidos con el esfuerzo y trabajo mancomunado de la militancia que creyó en las promesas del Estado, de las cuales su materialización hoy día brilla por su ausencia. Hacemos la invitación a los(as) camaradas que aún integran estas zonas para que con dignidad y con la razón que les asiste en justicia y por la fuerza de los incumplimientos, a continuar la lucha cualquiera sea el lugar donde se encuentren y cualquiera la forma en que su actual situación se los permita o decidan. La historia de traiciones padecida, no deja otra alternativa.

Saludamos a los países garantes y acompañantes del proceso de paz —Cuba, Noruega, Venezuela y Chile— a los representantes de Naciones Unidas, de la Unión Europea, del CICR, demás organismos internacionales e individualidades y colectivos de otros países, reiterando nuestro reconocimiento a su labor por tratar de llevar a buen puerto un proceso de paz en el cual creyeron y cifraron sus expectativas entregando su tiempo, sus capacidades y optimismo con desprendimiento. Esperamos que en el futuro podamos encontrarnos nuevamente bajo circunstancias en las que la contraparte actúe sin la perfidia con que lo hizo en este sentido intento de reconciliación que volvió trizas, sin importarle el valor de la palabra y los compromisos

que con la misma comunidad internacional entrañaban los acuerdos que suscribió con la insurgencia.

Saludamos al Movimiento Continental Bolivariano, al movimiento obrero y sindical, a los jóvenes, a las mujeres, a los campesinos, negritudes, indígenas y pueblos étnicos en general, a los gremios, a los ambientalistas, al movimiento comunal y barrial, a la comunidad LGBTI, a los cristianos e integrantes de otros credos religiosos, a los sectores académicos y científicos, deportivos, artísticos y culturales; con quienes esperamos seguir conjugando voluntades para alcanzar un nuevo orden social justo que abrace con la fuerza del amor, los sueños de vida digna y buen gobierno que anhela el pueblo: a todas y todos los habitantes de nuestra bella tierra comunera.

Saludamos a los integrantes del Partido Clandestino y del Movimiento Bolivariano, al Partido Comunista Colombiano, a la Unión Patriótica, que se han mantenido en sus trincheras de combate pese a las adversidades. Y al Partido de la Rosa, expresándole a su militancia firme —como dijera el comandante Marulanda— que si somos revolucionarios tarde o temprano nos tendremos que encontrar en el camino.

Saludamos a las organizaciones y movimientos sociales, a los integrantes de Defendamos la Paz y al universo de los inconformes, a quienes convocamos a seguir ahora más que siempre a mantener y multiplicar su compromiso de corazón y sin descanso en una lucha constante por los cambios, motivados en la gran causa de la paz con justicia social y soberanía, que ojalá sea la paz total que involucre a todos los actores armados y forje un nuevo Gobierno Alternativo que salve al país de la crisis general.

Saludamos al Ejército de Liberación Nacional (ELN) del que valoramos su persistente lucha y continua búsqueda de una Colombia justa y soberana, reconociendo los esfuerzos que han hecho por trazar un derrotero de paz a través del diálogo, el cual viene siendo trunca-

do por la perfidia del Estado; la misma que ahora nos hace empuñar nuevamente las armas. Expresamos con sincera fraternidad que no escatimaremos esfuerzos en seguir abriendo caminos por la unidad del movimiento guerrillero como factor de cohesión de la lucha revolucionaria y ariete demoledor contra el régimen fascista.

Con profundo afecto y solidaridad saludamos a los prisioneros políticos y de guerra reiterándoles la firme decisión de seguir buscando su libertad, para lo que redoblabremos acciones en el ámbito jurídico y asistencial. Por su intermedio saludamos también a los presos sociales con nuestro deseo de que puedan resolver su situación judicial, mejoren las condiciones carcelarias y el respeto a los derechos humanos. Y saludamos a los guardianes del INPEC (Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario) a quienes reconociéndoles su condición de explotados y parte de los sectores excluidos, llamamos a identificarnos en la causa de la emancipación y a solidarizarse con quienes están privados de la libertad por levantar su voz reclamando justicia.

Saludamos extendiendo los brazos de la concordia a quienes se han mantenido en armas enarbolando los ideales de una patria diferente sin más miseria, desigualdad y exclusión política, y reconocemos en ustedes la capacidad, la firmeza en su decisión de lucha y de resguardar los principios a pesar de todas las vicisitudes. Reiteramos una vez más nuestra decisión de aunar esfuerzos por una Nueva Colombia.

Saludamos a los hombres y mujeres de esta patria, que creen que otra Colombia es posible y que decidida y evidentemente han bregado y siguen peleando con paciencia e inteligencia por la paz, desde diferentes vertientes políticas y escenarios sociales: a Iván Cepeda, a Álvaro Leyva, a Roy Barreras, a Piedad Córdoba, a Juan Fernando Cristo, a Gustavo Petro, a Ángela María Robledo, a Angélica Lozano, a Ernesto Samper, a Jorge Enrique Robledo, a Aida Abella, al padre Bernardo Hoyos, a Pablo Catatumbo, a Antonio Sanguino, a Jaime Caicedo, a José Luis Arias, a la dirigencia indígena, afrodes-

cientiente y campesina, al profesor Alfredo Molano, a los defensores y defensoras de presos políticos y derechos humanos, a Imelda Daza y quienes integraron con denuedo el equipo de Voces de Paz, entre muchas otras personalidades que se convirtieron en fuego moral de la causa de la reconciliación, y esperamos encontrarnos en esa gran coalición de fuerzas de la vida, de la justicia social y la democracia que impulse un nuevo diálogo para lograr la verdadera paz definitiva, estable y duradera, por la que clama el país, teniendo como premisa que solo a través de un proceso constituyente abierto y un Gobierno Alternativo impregnado de humanismo, podremos allanar el camino hacia un escenario de convivencia en el que se prioricen los intereses del pueblo y el verdadero desarrollo nacional.

Saludamos a las individualidades y sectores del Senado, de la Cámara de Representantes, de la Rama Judicial, del conjunto de la institucionalidad y del entramado social, incluyendo a gremios, comerciantes, juristas, periodistas objetivos y demócratas, entre otros, que, superando las imposiciones del Bloque de Poder Dominante, se empeñaron en contribuirle al cumplimiento de los traicionados acuerdos, a la causa de la paz, a la dignificación de la vida de sus compatriotas y a la defensa de la soberanía. Les hacemos un llamado a impedir que Gobiernos reaccionarios sigan truncando el sueño de paz.

Saludamos a los soldados, policías, oficiales y suboficiales patriotas, respetuosos de los intereses populares, que creen que la guerra no debe seguirse dando entre hermanos de clase, porque claro está que los responsables del conflicto político, social y armado en Colombia, han sido los miembros de una clase oligarca que siembran guerras para que las libren otros; son ellos los que aún tienen una deuda con el pueblo, que solamente se puede saldar dando paso a un nuevo orden social en el que impere la justicia, la dignidad y la libertad.

Gloria a los mártires del pueblo que han entregado sus vidas en la búsqueda de la paz con justicia social.

¡Hemos Jurado Vencer y Venceremos

Desde las montañas de la Colombia insurgente, Fuerzas Armadas Revolucionaria de Colombia, Ejército del Pueblo (FARC-EP)

La ruptura con la JEP

Posición de la “Reunión extraordinaria de comandantes **FARC-EP, LALUCHASIGUE**”

El proceso de distorsión de la JEP, puñalada de muerte a los Acuerdos de Paz de La Habana

Compatriotas, saludo fraternal con esperanza inapagable en la reconciliación nacional.

El presente documento, brinda una explicación general sobre el proceso que condujo a la creación de la Jurisdicción Especial para la Paz a partir del cuestionamiento del *ius puniendi* como facultad o potestad sancionadora que un Estado puede tener, pero si efectivamente cuenta con la legitimidad para ejercerla, y sobre las razones que condujeron a la contraparte insurgente a declarar su ruptura con el sistema transicional.

La alocución latina que en un sentido estricto se define como el “derecho a sancionar”, y que se utiliza en referencia al Estado respecto a sus ciudadanos, en el plano de derecho subjetivo pone a disposición de aquel el derecho penal, para que imponga dentro de determinadas circunstancias preexistentes y luego de un debido proceso en el que se establecen responsabilidades, un castigo, o penas, o sanciones o medidas de seguridad, a estos, que vendrían a ser el sujeto pasivo, siempre y cuando se les identifique como culpables de lo imputado.

Para el caso del Estado colombiano, al que indiscutiblemente le cabe

responsabilidad en la generación del conflicto político, social y armado que ha padecido nuestro país durante décadas, y que ha causado innumerables víctimas, se partía de la valoración de que no podía –mediante su rama jurisdiccional, también bastante cuestionada por su venalidad, impunidad y sesgo contrainsurgente– convertirse en juez y parte, sobre todo cuando más allá de las sanciones a que hubiera lugar si fuere el caso, lo que se pretendía en una situación de posacuerdo de paz era la reincorporación de los alzados en armas contra la institucionalidad, y la adecuación de una nueva conducta de convivencia para los responsables de todas las partes en el plano de la reconciliación que derivaría de las transformaciones sociales que implicaba la implementación cabal del Acuerdo de La Habana.

Creada esta jurisdicción especial y en violación de principios universales como el *pacta sunt servanda* y la buena fe, lo que aconteció fue su desfiguración mediante variaciones unilaterales que la colocaron en el plano del derecho penal del enemigo, y que trazaron el crimen de la perfidia, razón por la cual gran parte de los negociadores insurgentes del acuerdo, y un amplio espectro de la militancia fariana deciden, como ya se manifestó, entrar en ruptura con la JEP y, obviamente con el conjunto de la institucionalidad que incumplió flagrantemente el tratado de paz suscrito ante acompañantes y garantes internacionales, la ONU incluida.

I. De cómo y por qué se estableció un Sistema de Justicia Especial para la Paz.

Con una cita del voto concurrente del Juez García-Sayán respecto a la sentencia de la Corte Interamericana de Derechos Humanos en el caso de la masacre de El Mozote, inicia el texto original del acuerdo de creación de la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), suscrito entre el Gobierno colombiano y la insurgencia de las FARC-EP. En el numeral 1°. del aludido documento uno de sus apartados dice que: *“La paz como producto de una negociación se ofrece como una alternativa moral y políticamente superior a la paz como producto del*

aniquilamiento del contrario. Por ello, el derecho internacional de los derechos humanos debe considerar a la paz como un derecho y al Estado como obligado a alcanzarla”. Pero no, simple y desafortunadamente no ocurrió así para el caso de la implementación de los compromisos suscritos, y en particular nunca los representantes del régimen oligárquico de nuestro país respetaron el modelo de justicia transicional que construimos conjuntamente, para cerrar medio siglo de confrontación político-militar en Colombia.

Desde el principio pretendieron imponernos un modelo concebido unilateralmente por el Estado como Marco Jurídico para la Paz, que la insurgencia no aceptó en la medida en que no solamente no resolvía el problema de impunidad reinante sino que apuntaba a inhabilitar a la dirigencia guerrillera para ejercer la actividad política, pasando por alto que ninguna organización política rebelde se desarma como consecuencia de un Acuerdo de Paz si no existen plenas garantías de participación en la vida política para todos sus integrantes.

A pesar de las dificultades y enormes distanciamientos en esta materia, después de veinte meses de discusión, en diciembre de 2015, alcanzamos el acuerdo sobre el punto 5 de la agenda sobre las víctimas del conflicto, concertándose dentro de él, lo que dimos en llamar Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición (SI-VJRN), el cual se plasmaría en el Acuerdo Final de agosto de 2016. Pero fue esta la primera construcción a la que le metieron mano los enemigos de la verdadera paz, tras el espurio plebiscito de octubre, que conllevó a que a la hora de cerrar el texto del Teatro Colón del 24 de noviembre de 2016, aparte de las limitaciones y el recorte sensible a la ya precaria financiación de la reincorporación, se agregaran cambios y distorsiones que comenzaron a desnaturalizar, lo que muchos especialistas consideraban que era probablemente el más avanzado ejemplo de *lex pacificatoria* hasta la fecha.

II. Las primeras variaciones al texto de noviembre.

En el texto de noviembre de 2016, la contraparte, atendiendo sobre todo a las exigencias del uribismo incluyó variaciones entre las que se destacan:

1. Ampliación de los espacios de impunidad para los no combatientes que tenían responsabilidades en el conflicto y fueron debilitadas las garantías jurídicas para los integrantes de las antiguas FARC.
2. Inclusión de la regulación penal colombiana y no solo del derecho internacional, que era lo originalmente acordado.
3. Endurecimiento de requisitos para otorgar validez a los testimonios acusatorios de testigos.
4. Impusieron como presunción legal que el comportamiento de la fuerza pública siempre actúa conforme a derecho.
5. Ampliación de las conductas consideradas “grave crimen de guerra” y regulación más estricta de los mecanismos por los cuales las FARC-EP efectuarían colectivamente la reparación material a las víctimas del conflicto.
6. Endurecimiento de requisitos para apreciar responsabilidad por cadena de mando en las actuaciones de la fuerza pública y otorgamiento de rango legal a las denominadas “normas operacionales” de las Fuerzas Militares.
7. Limitación de la temporalidad de funcionamiento del Sistema de Justicia creado en el acuerdo, a diez años, y a dos años el plazo de presentación de informes con acusaciones por parte de organizaciones de víctimas y de derechos humanos.
8. Intensificación de la intervención de la justicia ordinaria en la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), como ocurrió en temas como la resolución de conflictos de competencias, tutelas y en el régimen

disciplinario de magistrados de la JEP.

9. Exclusión de la JEP del cupo de jueces extranjeros, y su sustitución por la figura del *amicus curiae* o expertos jurídicos.

10. Endurecimiento de las sanciones aplicables a quienes reconozcan verdad y responsabilidad de forma temprana.

11. Incorporación de amplio régimen de libertad transitoria para integrantes de la fuerza pública y cumplimiento de sanciones impuestas a estos, en sus acuartelamientos.

A pesar de que hasta en la víspera de la firma del Colón, por exigencia de los militares, el Gobierno impuso cambios para su propio favorecimiento —de nuestra oposición a ello los garantes y la ONU tienen en sus manos constancia— se decidió avanzar considerando que el acuerdo en general contenía caminos de solución estructural a problemas sociales que el país arrastraba durante décadas con un lastre de violencia; se trataba de soluciones a problemas sobre todo en el ámbito rural y especialmente en el campo de la reparación a las víctimas del conflicto.

III. Aspectos positivos más relevantes, y otros detalles de aquel acuerdo:

1. Se pactó un cuerpo normativo con naturaleza y objetivos propios de un Sistema de justicia para la paz que comportaba una nueva jurisdicción cuyos objetivos eran *“satisfacer el derecho de las víctimas a la justicia, ofrecer verdad a la sociedad colombiana, proteger los derechos de las víctimas, contribuir al logro de una paz estable y duradera, y adoptar decisiones que otorguen plena seguridad jurídica a quienes participaron de manera directa o indirecta en el conflicto armado interno, respecto a hechos cometidos en el marco del mismo y durante este que supongan graves infracciones del Derecho Internacional Humanitario y graves violaciones de los Derechos Humanos”*.

2. La JEP, como jurisdicción especial ejercería funciones de manera autónoma y preferente sobre los asuntos de su competencia cometidos con anterioridad a la finalización del conflicto armado interno y hasta la finalización de la dejación de armas, *“por causa, con ocasión o en relación directa o indirecta con el conflicto armado”* y *“respecto a conductas consideradas graves infracciones al Derecho Internacional Humanitario o graves violaciones de los Derechos Humanos”*.

3. Dado que el conflicto colombiano ocasionó tantos millones de víctimas y que ningún sistema en el mundo ha tenido capacidad de procesar tan elevado número de casos, sin que aventurarse a tal propósito implique el colapso o la ineficacia de cualquier modelo, generándose con ello, indefectiblemente, una acentuada situación de impunidad de similar nivel que el de la ausencia de persecución penal—en Colombia más del 95% de los crímenes cometidos durante el conflicto quedaron impunes— el Sistema optó por procesar crímenes cometidos durante al menos cincuenta años por decenas de miles de victimarios y con millones de víctimas, priorizando el conocimiento de los casos más graves y representativos. Pero el Sistema de Justicia debía también estar dotado de mecanismos para procesar el mayor número posible de casos que afectaban al resto de victimizaciones y responsabilidades. Este sería el rumbo más claro para acabar con la impunidad estructural existente en Colombia, garantizando los derechos a la verdad, a la justicia, a la reparación y a las garantías de no repetición.

4. El acuerdo del Teatro Colón estableció que la JEP sería competente respecto a todas las personas que participaron de manera directa o indirecta en el conflicto armado interno: rebeldes, integrantes de la fuerza pública —Fuerzas Militares y Policía Nacional— agentes del Estado o civiles. Regularmente se hablaba de “no negociar impunidades”, y coloquialmente se decía que en materia de justicia “todos en la cama o todos en el suelo”. Pero ya desde diciembre de 2015 por exigencia del Gobierno de Colombia, comenzaron a incluirse las excepciones a la regla. El mayor inamovible se trazó respecto a

expresidentes de la república, quienes conservaron como exclusivo el fuero penal del artículo 174 de la Constitución Política, que da la competencia para procesarlos a la Comisión de Acusaciones del Congreso de la República. Esta excepción que de suyo era ya una enorme gabela para el Gobierno, la Corte Constitucional en su sentencia sobre el Acto Legislativo 001 de 2017 que creó el SIVJNR, la amplió cobijando a todos los aforados constitucionales, lo cual descaradamente significaba crear una coraza de impunidad para evidentes responsables del conflicto. De complemento, quienes quedaron obligados a presentarse ante la JEP sí, o sí, fueron los excombatientes. Para los demás su comparecencia era una opción.

5. También se dejaron fuera de la competencia de la JEP a integrantes de grupos paramilitares, porque según criterio del Gobierno, estos ya estaban sometidos a la competencia de la jurisdicción creada por la Ley 975 de 2005, de Justicia y Paz. No obstante, se contempló la competencia de la JEP respecto a *“las conductas de financiación o colaboración con los grupos paramilitares, o con cualquier actor del conflicto, que no sean resultado de coacciones, respecto de aquellas personas que tuvieron una participación activa o determinante en la comisión de los crímenes competencia de esta jurisdicción”*.

6. Se pactó otorgar suficientes garantías para quienes se sometieran a la JEP, adecuando un Sistema claramente diferenciado de la justicia ordinaria colombiana, cuya característica era la de ser una justicia que durante décadas se había negado a reconocer la existencia de un conflicto armado; había operado como una herramienta de lucha contra la insurgencia a la vez que permitía la impunidad de la fuerza pública, el paramilitarismo y los terceros civiles; y que había ido restringiendo el alcance y contenidos del delito político hasta hacerlo desaparecer.

7. El componente de justicia se inserta en el Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición (SIVJNR), creando una jurisdicción no estrictamente penal, sino un Sistema de justicia para

la paz, adecuado para alcanzar esta y la reconciliación sin impunidad. De tal manera que concibe aplicar la amnistía más amplia posible, conocer de todos los crímenes no amnistiabiles cometidos –atribuibles a máximos responsables o a cualquier otro autor– y satisfacer los derechos a la verdad, a la justicia y reparación de las víctimas a la vez que ofrecer suficientes garantías de no repetición, que deberían beneficiar al conjunto de toda la sociedad colombiana y en la medida de lo posible reparar el daño causado, a la vez que contribuir también a la superación de las causas que originaron el conflicto.

8. De lo que se trataba era de asumir la normativa de derecho internacional que señala que, al finalizar un conflicto, en materia de indultos y amnistías, se debe proceder aplicando la amnistía más amplia posible, que es lo que estipula el artículo 6.5 del Protocolo II de las Convenciones de Ginebra de 1949. Es decir, aplicar una amnistía que extinga plenamente la responsabilidad penal o administrativa respecto a aquellas conductas que el derecho internacional no califica como crimen de lesa humanidad, genocidio o grave crimen de guerra. Se excluyeron las amnistías de crímenes internacionales, por estar taxativamente prohibidas por las leyes internacionales.

9. La JEP tendría competencia también para examinar y extinguir la responsabilidad penal, sobre personas condenadas o sancionadas por protesta o liderazgo social y defensa de los derechos humanos, ya que la protesta social y la defensa de los derechos sociales, económicos, culturales y políticos había sido asimilada en muchos casos por las autoridades a la rebelión e incluso al terrorismo, recibiendo un tratamiento penal excesivamente punitivo.

10. Para estimular el ofrecimiento de verdad y reconocimiento de responsabilidad se estableció un sistema de sanciones diseñadas y ponderadas en relación al grado y momento procesal de ofrecimiento de verdad y reconocimiento de responsabilidades. A mayor y más temprano ofrecimiento de verdad, más componente restaurativo en la sanción impuesta. Y en caso de negativa a ofrecer verdad, o de

reconocer responsabilidad cuando la hubiere, de ser hallado culpable se establece una sanción retributiva pura.

11. La JEP se concibió como un Sistema de Justicia de cierre, cuyo ejercicio se agotaba en sí misma; su base es la incentivación del reconocimiento voluntario de verdad por parte de quienes participaron directa o indirectamente del conflicto, ya como combatientes o ya como civiles, políticos, financiadores, instigadores, organizadores, etc. Sus sanciones restaurativas tendrían un máximo de duración de ocho años para quienes reconozcan responsabilidades de forma temprana. Para aquellos que no reconozcan verdad porque entiendan que no incurrieron en ninguna responsabilidad penal, se contempla un procedimiento adversarial, con las garantías del debido proceso, las garantías de defensa, la presunción de inocencia, el principio de legalidad, asistencia de abogado, la independencia e imparcialidad de los magistrados y fiscales, obligatoria aplicación del principio de favorabilidad respecto al tratamiento a recibir por cualquier persona sometida a la jurisdicción. El reconocimiento de verdad no implicaría obligatoriamente reconocer responsabilidades, y ello para garantizar el derecho a la presunción de inocencia y a no declarar contra sí mismo, a la vez que evitar que los anteriores derechos impidan acceder a la verdad. El Sistema no obligaba a autoinculparse para acceder a los tratamientos sancionadores especiales o de extinción de responsabilidades. Obligaba sí, a relatar la verdad de que se tuvo conocimiento.

12. Para el caso de que un juicio adversarial concluyera con sentencia condenatoria firme, preveía penas de prisión de hasta veinte años, como sanciones ordinarias. Y existía una categoría intermedia consistente en que si una vez iniciado un proceso de enjuiciamiento adversarial, el procesado cambia de criterio y reconoce verdad y responsabilidad antes de pronunciarse sentencia, se aplicará una sanción alternativa que comienza con un periodo de reclusión intramuros para acabar transformándose en una sanción de tipo restaurativo, de trabajo social o comunitario extramuros, con una duración total

que no puede exceder de ocho años.

13. Se convierten en formas de cumplimiento de sanción las distintas acciones contenidas en cada uno de los acuerdos parciales que componen el Acuerdo Final de Paz –Reforma Rural, participación política, sustitución de cultivos ilícitos, descontaminación de restos explosivos de guerras, municiones sin explotar y minas antipersona, etc.– en el entendido de que la implementación de las acciones y medidas previstas en el Acuerdo Final permitirá acabar con las causas del conflicto, con la victimización ocurrida y con la exclusión social derivada de ambas.

14. La JEP operaría junto a otras instituciones extrajudiciales y programas de políticas públicas: la Comisión de Esclarecimiento de la Verdad (CEV), la Unidad de Búsqueda de Personas Desaparecidas (UBPD) y las políticas públicas de reparación a las víctimas (Punto 5.1.3. Reparación: Medidas de reparación integral para la construcción de paz).

15. Se acuerda la puesta en marcha, fuera del SIVJRN, de otra institución judicial dentro del organigrama de la Fiscalía General de la Nación, pero de funcionamiento autónomo: la Unidad de Investigación y desmantelamiento de las organizaciones criminales y sucesoras del paramilitarismo (Numeral 74 del acuerdo de creación de la Jurisdicción Especial para la Paz).

16. Se incluyó el concepto de justicia prospectiva, como justicia que no solamente garantice derechos y solvante los problemas de las generaciones que han vivido el conflicto armado, sino que evite que las próximas generaciones padezcan la misma violencia. Dicho fundamento es complementario con el de justicia restaurativa, que debe atender especialmente la victimización sufrida por los grupos sociales más vulnerables: *“los pueblos indígenas, las comunidades afrodescendientes y otros grupos étnicamente diferenciados, las comunidades religiosas, los campesinos, los más pobres, las personas en*

condición de discapacidad, las personas desplazadas y refugiadas, las niñas, niños y adolescentes, la población LGBTI y las personas de la tercera edad”.

17. El acuerdo de creación de la JEP, establece una norma hermenéutica vinculante para la institucionalidad, que buscaba consolidar la paz como derecho síntesis de todos los derechos fundamentales del ser humano: *“Todos los operadores del componente de justicia del SIVJNRN deberán interpretar las normas pertinentes y tomar sus decisiones teniendo como principio orientador que la paz, como derecho síntesis, es condición necesaria para el ejercicio y disfrute de todos los demás derechos”.*

18. En la filosofía del universo del Sistema lo que se observaba era que las sanciones restaurativas garantizan el derecho de la víctima a conocer la verdad, porque ellas solo tienen cabida si el victimario realiza reconocimiento de verdad; garantizan el derecho a la justicia porque las impondría un tribunal respetando el debido proceso, las garantías de defensa y con intervención de las víctimas en el procedimiento. Garantizan el derecho a la reparación porque la sanción implica una obligación concreta y verificable de reparación por el victimario. Y genera una expectativa de cumplimiento de la no repetición que se verificará cuando se haya cumplido la sanción. En contraste, la sanción retributiva solo garantiza uno de los de los cuatro derechos que el derecho internacional reconoce a las víctimas, el derecho a la justicia. No garantiza el derecho a la verdad ni el derecho a la reparación.

19. La determinación de responsabilidades individuales por la JEP no hace desaparecer la responsabilidad subsidiaria del Estado de ser garante de todos los derechos fundamentales, de donde se derivó un cuarto componente del SIVJNRN, consistente en *“Medidas de reparación integral para la construcción de paz”* y *“Compromiso con la promoción, el respeto y la garantía de los derechos humanos”.*

IV. Sobre los verdaderos alcances de la JEP y la Ley de Víctimas.

1. Con el establecimiento de la JEP, se pretendía superar el cuestionamiento que desde el principio de las conversaciones hiciera la insurgencia al *ius puniendi* en cabeza de un Estado que por ser el genitor principal de la victimización no podía pretender ser juez y parte en la aplicación de la justicia, sobre todo en materia penal.

2. Observemos, por ejemplo, que al menos del 20% de los guerrilleros encarcelados, condenados o procesados, tenían acusaciones o condenas por delito de rebelión, pero para la mayoría de casos lo que abundan son acusaciones y condenas por delitos comunes. Y ello tiene que ver con la desnaturalización que paulatinamente el régimen colombiano hizo del delito político. Como consecuencia, la aplicación de la amnistía presentó múltiples obstáculos que sumaban también la negligencia de los funcionarios judiciales.

3. Este es un asunto que hace parte del conjunto de las actuaciones de la jurisdicción ordinaria como una justicia de parte, que era la razón que impedía admitirla como el órgano que se encargara de impartir justicia respecto a los hechos del conflicto, o examen del inmenso número de conductas criminales que están impunes hasta hoy. A la JEP, entonces, también se le otorgó competencia para revisar las resoluciones emitidas por la justicia ordinaria relacionadas con el conflicto armado, así como para modificar las calificaciones penales efectuadas.

Evitar la aplicación de las normas penales del derecho interno colombiano, en tanto derecho penal diseñado dentro de la concepción del enemigo interno, tenía el propósito de superar la práctica de convertir al impreciso tipo penal de terrorismo las manifestaciones de rebeldía, el delito político y la protesta social legítima.

4. Las víctimas podían ser oídas en los supuestos de priorización y selección de casos, que participaran en audiencias, y que los re-

glamentos y normas de procedimiento respetaran su derecho a una justicia pronta, cumplida y eficiente, pero incluir su participación en todas las fases del procedimiento, redundaba contra la eficiencia procesal del Sistema, aunque se contemplaba supuestos en los que pudieran interponer recursos contra las resoluciones emitidas por los órganos judiciales, cuando las actuaciones de estos órganos hubieran supuesto una vulneración de sus derechos fundamentales. Y finalmente se preveía que fueran oídas antes de imponerse cualquier sanción restaurativa respecto al alcance de estas. En concreto, se buscó ajustar tal participación procurando guardar proporcionalidad con la limitación temporal que tenía el funcionamiento de la jurisdicción respecto al alto número de casos a procesar, pretendiendo que la eficacia contra la impunidad no encontrara mayores obstáculos por abundancia de procedimientos, los cuales debían ser ágiles, evitando tácticas dilatorias. Pero tal principio se vulnera con la inclusión unilateral del Estado, en la Ley de Procedimiento de la JEP, del denominado “principio dialógico” como uno de los principios procesales orientadores del Sistema. Tal determinación evidentemente violó la decisión que los negociadores habían tomado de no incluir el mencionado principio por el efecto negativo que tendría sobre el Sistema, pues si bien otorgaba visibilidad a las víctimas en todas las fases del procedimiento, dilataba las fases cuando se abre la puerta a multiplicar los recursos que se pueden interponer incluso contra decisiones de trámite que tome la JEP, todo lo cual hace imposible que la Jurisdicción pueda tratar en su limitado tiempo de funcionamiento las más de ocho millones de victimizaciones que se cree ocurrieron durante el conflicto.

5. La creación de la JEP también tenía el propósito de corregir la concepción jurisprudencial restrictiva, de guerra, que desde finales de los 90 se había puesto en práctica para obstruir la aplicación de nuevas amnistías. De tal manera que el Acuerdo de Paz debía posibilitar la expansión, o mejor dicho el restablecimiento de los límites del delito político, a fin de poder establecer la amnistía más amplia posible, según lo recomienda el Protocolo Adicional Segundo de las

Convenciones de Ginebra. Así, entonces se le abrió paso a la aprobación de la Ley 1820 de Amnistía e Indulto del 30 de diciembre de 2016. Pero las obstrucciones fueron tantas que hubo de elaborar dos Decretos Presidenciales (el 277 y 1252 de 2017), para sobre explicar cuestiones procesales de la Ley y tratar de acelerar la lenta implementación y la resistencia a su aplicación de parte los jueces de la justicia ordinaria.

La Ley 1820 establece que son amnistiabiles el delito político y los delitos conexos cometidos en el ejercicio de la rebelión dejando intactos los límites que establece el Estatuto de Roma. No habría amnistía, ni indulto, ni beneficios equivalentes respecto a los delitos de lesa humanidad, genocidio, reclutamiento de menores de quince años, graves crímenes de guerra, toma de rehenes u otra privación grave de la libertad, tortura, ejecuciones extrajudiciales, desaparición forzada, acceso carnal violento y otras formas de violencia sexual, la sustracción de menores y el desplazamiento forzado.

6. Respecto a la fuerza pública ni la amnistía, ni el indulto, ni los tratamientos penales diferenciados podían cobijar delitos comunes que carecen de relación con la rebelión, y especialmente los que obedecieran a un ánimo de enriquecimiento personal o de obtener beneficio individual.

7. Para el caso de los rebeldes, la amnistía tenía la condición del abandono de las armas y el compromiso de respeto al sistema constitucional. Dejaba sentado el deber de ofrecer verdad y la reparación quedaba a cargo del Estado. Todos los presos por conductas relacionadas con la rebelión adelantada por las FARC-EP, debían haber sido excarceladas, ya por vía de la amnistía que correspondía otorgar a la justicia ordinaria o ya por quedar en libertad condicionada a disposición de la JEP. Similares medidas se trazaron para los integrantes de la fuerza pública en prisión preventiva o condenados que se sometieran a la Jurisdicción Especial para la Paz.

8. Pese a que el diseño de la Ley 1820 fue más riguroso y exigente que cualquiera de las leyes de amnistía que le antecedieron, los enemigos de la paz arreciaron sus ataques contra ella una vez culminó el proceso de dejación de armas por parte de la insurgencia. Los ataques también se enfilaron contra lo que era el proyecto de Ley Estatutaria de la JEP.

El ataque a la Ley 1820 se centró en que tal ley de amnistía otorgaba beneficios a personas condenadas sin hacer reconocimiento de responsabilidades, sin hacer aportes a la verdad y sin hacer reparaciones de labores sociales, desconociendo los detractores que los mecanismos y medidas de verdad, justicia, reparación y no repetición debían observarse como un conjunto interconectado por relaciones de condicionalidad y de incentivos para acceder y mantener cualquier tratamiento especial de justicia, siempre fundados en el reconocimiento de verdad y responsabilidades, y que atendiendo al Protocolo Adicional II de las Convenciones de Ginebra, tras la firma del Acuerdo de Paz, debía propiciarse la amnistía “más amplia posible”, y que ninguna amnistía tiene obligación individual de reparar a las víctimas por la ocurrencia de conductas amnistiables, en el entendido que el delito político, en que consiste la rebelión, se inscribe en el ámbito del deber político: *“A fin de que el hombre no se vea compelido al supremo recurso de la rebelión contra la tiranía y la opresión”*, según se consigna en el preámbulo de la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

9. Respecto a las normas de responsabilidad por cadena de mando se tomaría en cuenta *“el control efectivo de la respectiva conducta, en el conocimiento basado en la información a su disposición antes, durante y después de la realización de la respectiva conducta, así como en los medios a su alcance para prevenir, y de haber ocurrido, promover las investigaciones procedentes”*, lo cual se apega a lo establecido en el artículo 28 del Estatuto de la Corte Penal Internacional. Aunque dicha definición limita los principios de responsabilidad por cadena de mando para la fuerza pública establecidos por la juris-

prudencia internacional. Este déficit se superó agregando la formulación del derecho internacional que expresa que: *“Se entiende por control efectivo de la respectiva conducta, la posibilidad real que el superior tenía de haber ejercido un control apropiado sobre sus subalternos, en relación con la ejecución de la conducta delictiva, tal y como se establece en el derecho internacional”*.

En todo caso, tratándose de la guerrilla sería necesario demostrar en cada caso que dicha cadena estaba en condiciones de conocer, y de haber conocido, disponía de medios efectivos para impedir la continuación de la conducta. Y se agregó tener en cuenta *“la relevancia de las decisiones tomadas por la anterior organización que sean pertinentes para analizar las responsabilidades”*, esto en función de respetar el principio *non bis in idem*, que prohíbe sancionar dos veces la misma conducta.

V. Las distorsiones y modificaciones a la JEP realizadas por el Legislativo y por la Corte Constitucional.

Unilateralmente, en el proceso de implementación legislativa, el Estado también alteró lo acordado generando modificaciones estructurales y de principios orientadores a la JEP, violando el *pacta sunt servanda* y la norma constitucional como el Acto Legislativo 002 de 2017, que obligaban a la institucionalidad a cumplir, con el contenido de lo acordado.

1. La Corte Constitucional misma fue la primera que procedió con alteraciones sustanciales del acuerdo de víctimas y justicia para la paz, cuando profirió la sentencia C-674/17 del 14 de noviembre de 2017 de Revisión de constitucionalidad del Acto Legislativo 01 de 2017 “por medio del cual se crea un título de disposiciones transitorias de la Constitución para la terminación del conflicto armado y la construcción de una paz estable y duradera y se dictan otras disposiciones”. En consecuencia, entre las más resaltantes modificaciones:

- Acabó con la autonomía de la JEP como jurisdicción de cierre, de-

clarando inexequibles los contenidos de la JEP que garantizaban la plena autonomía de esta jurisdicción respecto a la justicia ordinaria. La garantía de no injerencia de otras jurisdicciones quedó inutilizada.

- Se declararon inexequibles los mecanismos previstos para resolver los conflictos de competencia con la justicia ordinaria; para aplicar las tutelas sobre decisiones de la JEP resueltas por la Corte Constitucional; para aplicar sanciones y correcciones disciplinarias a los jueces de la JEP al margen de la justicia ordinaria; y para resolver cuestiones de competencia entre la JEP y la jurisdicción indígena, y la potestad de la JEP de establecer mecanismos de coordinación con esa jurisdicción.

- Se modificó el “régimen de condicionalidad” pero en lo que concierne a los exinsurgentes, añadieron condiciones para su permanencia en el SIVJNR diferentes a las que se había contemplado en el Acuerdo Final y que consistían solamente en la dejación de las armas, el cumplimiento de las obligaciones respecto a la Comisión de Esclarecimiento de la Verdad y la Unidad de Búsqueda de Desaparecidos y el cumplimiento de las resoluciones que emita la JEP. La Corte añadió la obligación exigida por el entonces fiscal general de la Nación Néstor Humberto Martínez Neira, de dar información sobre “procedimientos y protocolos para inventariar todo tipo de bienes” utilizados por las FARC en el conflicto. En contraste, omitió incluir entre las condicionalidades aportar informaciones relativas a los graves crímenes internacionales cometidos por grupos paramilitares y la fuerza pública.

- La Corte incluyó entre las condicionalidades conceptos imprecisos como “abstenerse de cometer nuevos delitos”, “abstenerse de cometer delitos de ejecución permanente”, o la obligación de “contribuir activamente a garantizar el proceso de reincorporación a la vida civil de forma integral”.

- La Corte excluyó a los “terceros” no combatientes de la jurisdicción obligatoria de la JEP, lo que quebró el eje fundamental del acuerdo, que era establecer una justicia para todos los que pudieran haber tenido responsabilidades derivadas del conflicto, al margen de que hubieran intervenido en él como combatientes uniformados o como

civiles. Esta exclusión sin duda favorece la impunidad y por lo tanto atenta contra los derechos de las víctimas. El argumento de la Corte para excluir a los terceros, la supuesta prevalencia del juez natural establecido por la ley para conocer las responsabilidades de los anteriores, carece de consistencia puesto que el mismo derecho al juez natural asiste a guerrilleros y miembros de la fuerza pública. En los sistemas de justicia transicional para la paz es habitual aplicar una excepción a dicho principio –derecho al juez natural predeterminado por la ley en el momento de ocurrir las conductas a examinar– para todas aquellas personas que presuntamente tuvieran responsabilidades derivadas del conflicto.

- La Corte amplió el cuestionable fuero especial –reconocido por exigencia del Gobierno de Colombia– en el Acuerdo Final y en el Acto Legislativo 001 de 2017 para presidentes y expresidentes, a todos los aforados constitucionales, como ya se había explicado.

- El texto de la Ley Estatutaria de la JEP aprobado por el Congreso y declarado exequible por la Corte Constitucional, reiteramos, incrementó los recursos procesales que podrían interponerse contra las resoluciones de la JEP e introdujo nuevos requisitos de condicionalidad para poder aplicarse por la JEP los supuestos de renuncia a la acción penal contra exguerrilleros.

2. Ya con las resoluciones previas por parte de la Corte Constitucional, que modificaban el acuerdo durante el trámite de la Ley Estatutaria, el Congreso eliminó los contenidos que garantizaban la total autonomía de la JEP respecto a la justicia ordinaria; amplió desproporcionadamente el régimen de condicionalidades y los supuestos de exclusión de la aplicación de la competencia personal por la JEP, pero solo respecto a lo aplicable a los antiguos insurgentes de las FARC-EP, no así para los miembros de la fuerza pública que se acogieran al Sistema.

3. La finalidad de estas variaciones presionadas sobre todo por Martínez Neira, no era otra que intentar excluir al mayor número de los exintegrantes de la insurgencia de los mecanismos de ofrecimiento

de verdad y reconocimiento en su caso de responsabilidades. De ahí, también, la introducción en la Ley Estatutaria de las aludidas condicionalidades de contenido indeterminado como eso de “abstenerse de cometer nuevos delitos”, sin precisar que en ningún caso podía tratarse de cualquier tipo de delito común. O aquello de “abstenerse de cometer delitos de ejecución permanente”; o “contribuir activamente a garantizar el proceso de reincorporación a la vida civil de forma integral”, que sin duda excede las potestades y capacidades de cualquier persona si se observa que la reincorporación que por definición es un proceso colectivo, corresponde garantizarlo al Estado posibilitando los instrumentos que lo hagan exitoso.

4. Los posibles incumplimientos no solamente supondrían la pérdida de tratamientos especiales –sanciones restaurativas– beneficios y renuncias a la persecución penal –para miembros de la fuerza pública– sino también la pérdida de derechos, como el derecho a la no extradición por hechos relacionados con el conflicto, o la pérdida de garantías, cuando en un Estado de derecho las garantías deben existir para toda persona sin que las circunstancias que las rodeen las afecten.

5. El extremismo de estas amenazas se extendió incluso a la posible afectación de la participación política, cuando se establece en la Ley Estatutaria de la JEP que el reconocimiento de verdad plena y de responsabilidades es presupuesto para el ejercicio de los derechos de participación política, lo cual contraviene lo que el Acto Legislativo 001 de 2017 consignó en cuanto a que: “El deber de aportar verdad no implica la obligación de aceptar responsabilidades”, y que el requisito para el ejercicio de la política era solamente abandonar las armas y cumplir las obligaciones del Acuerdo de Paz, obligaciones entre las que no se encuentra “reconocer responsabilidades” porque se parte del respeto al principio de presunción de inocencia. Sin exagerar se puede decir que en la práctica se nos impuso un “principio de presunción de culpabilidad”.

6. Y ya hablamos de la inclusión del llamado “procedimiento dialógico”, argumentando el interés por los derechos de las víctimas, pero de manera hipócrita porque quienes lo hacen son los mismos que le negaron la posibilidad de existencia a las Circunscripciones Especiales de Paz, o han obstruido la devolución de las tierras usurpadas a los campesinos, o le han colocado obstáculos a la implementación de los programas de desarrollo rural y a la reparación material a las víctimas a que está obligado el Estado.

7. Por otra parte, la Ley de Procedimiento estableció, también contrariando lo acordado, que el reconocimiento de verdad equivale a confesión judicial. Lo que estaba normatizado con rango de norma superior era que “(...) el deber de aportar verdad no implica la obligación de aceptar responsabilidades (...)”, pero lo que ocurrió fue que transformaron una jurisdicción especial transicional, concebida para alcanzar “la paz estable y duradera”, en un Sistema penal para lapidar a quienes están dando el paso a la legalidad.

8. Dentro de esa línea del “derecho penal del enemigo” y del “derecho penal de autor” se intentó con saña y objetivo claro de afectar a la dirigencia fariana, prohibir a la JEP que practique pruebas, o evalúe la conducta imputada en los procedimientos que conozca la sobre aplicación de la garantía de no extradición. Y eso se hizo en el marco del montaje burdo hecho contra Jesús Santrich para involucrarlo en el delito de narcotráfico, sin darle garantía alguna para su defensa, lo cual corroboró con creces el estado de inseguridad jurídica en que se sumía a la militancia del nuevo partido que irrumpía en el escenario nacional. La Corte Constitucional, finalmente declaró inexecutable esa parte de la Ley Procedimental que ya había sido objetada por la misma JEP.

9. Y otra de las más importantes variaciones introducidas en contravía de la ya existente Ley de Amnistía que en apego al Estatuto de Roma consideraba delito no amnistiable el reclutamiento de menores de 15 años, fue hecha por la Corte Constitucional al decidir que el reclutamiento de menores de 18 años y mayores de 15, sería amnis-

tiable únicamente cuando la conducta se hubiera realizado antes del 25 de junio de 2005.

VI. El papel de la Fiscalía General de la Nación y otros demonios.

1. En el centro del sabotaje al SIVJNR y, obviamente, al Acuerdo de Paz, fue una constante el accionar de la Fiscalía General cuando estuvo a su cargo Néstor Humberto Martínez Neira. Este sujeto obstaculizó desde el principio la creación y puesta en marcha de la Unidad Especial para el desmantelamiento del paramilitarismo y paralelamente se ensañó contra la JEP. Fueron las propuestas de modificación que él trasladó a través de la vicefiscal María Paulina Rivero a principios de 2017, los argumentos que posteriormente tomó Iván Duque para hacer sus objeciones a la Ley Estatutaria a fines de 2018. Estos serán los mismos argumentos de los partidos políticos opuestos al proceso de paz, que sirvieron de ariete en el parlamento contra el Acto Legislativo 001 de 2017.

2. Martínez Neira obstruyó también desde el principio la aplicación de la Ley de Amnistía, alentó la exclusión de los “terceros” (instigadores, organizadores o financiadores de grupos armados o de graves crímenes por ejemplo) para que permanecieran en situación de impunidad; se opuso a la creación de la Unidad Especial de lucha contra las organizaciones criminales y sucesoras del paramilitarismo prevista en el numeral 74 del acuerdo de creación de la JEP, y cuando por fin se creó generó las circunstancias para restarle autonomía funcional y orgánica.

3. En coordinación con este nefasto sujeto el Gobierno de Iván Duque hizo todos los intentos por modificar el acuerdo sobre el Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y Garantías de No Repetición (SIVJNR), en especial la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP). Para eso se presentó el proyecto de Acto Legislativo 024 de 2018, hacia la reforma del Acto Legislativo 001 de 2017. Y esa era la forma de acción legal para complacer al Centro Democrático en

su delirio de “hacer trizas” el Acuerdo de Paz, o “ese maldito papel”, como también lo llamaban, pero tal iniciativa fue archivada por falta de apoyo parlamentario. No está demás recordar que aquel proyecto de reforma constitucional apuntaba a desincentivar la comparecencia de los miembros de la fuerza pública ante la JEP con la creación de una sala especial de juzgamiento para los miembros de la fuerza pública que optaran por acogerse a esta jurisdicción. En sí era la creación de otra estructura con catorce magistrados cuyas características solo las podrían cumplir exmiembros de las Fuerzas Militares, de tal maneja que era muy evidente la intención de controlar la verdad procesal del conflicto armado, extendiendo la impunidad estructural en Colombia y evitando acabar con esta. El proyecto, afortunadamente, se archivó por falta de mayoría del uribismo en el parlamento.

4. La siguiente gran avanzada contra la JEP fueron las objeciones del presidente al proyecto de la Ley Estatutaria después que la Corte Constitucional ya lo había declarado exequible. De manera insólita Duque se negó a su sanción argumentando inconveniencia política en alternativa a que por su exequibilidad no podía argumentar inconstitucionalidad. Pero esas objeciones fueron rechazadas en la Cámara como en el Senado y luego la Corte Constitucional declaró su ineficacia y la obligación de Duque de sancionarla y ponerla en vigencia, que es lo que en efecto se hizo, pero respecto a una Ley con todas las deformaciones que ya mencionamos y que sin duda la convierten en instrumento ya no de pacificación sino de retaliación contra la antigua guerrilla de las FARC.

5. En desarrollo del más reciente capítulo de contrainsurgencia que el Estado colombiano ha puesto en marcha, con el uribismo como protagonista nefando, y en su representación gubernamental en cabeza del pelele Iván Duque, a lo anterior se añaden nuevas restricciones a los delitos políticos y conexos; y el primer gran golpe se lo dan a la amnistía con la promulgación del Acto Legislativo No. 2 de julio 15 de 2019 que “adiciona un inciso y un párrafo al numeral 17 del artículo 150 de la Constitución Política”, buscando cambiar la con-

cepción del delito político inaugurada en el Acto Legislativo No. 001 de 2017 y en la Ley de Amnistía 1820 de 2016 en las que el espectro de los delitos conexos al delito político incluyó algunas conductas que producen afectaciones a los combatientes, pero no son consideradas crímenes internacionales, como la captura de combatientes en operaciones militares, y las conductas que, estando exentas de lucro personal, tenían como finalidad la financiación de la rebelión.

6. Estas conductas se definen como no amnistiables, y aunque se indique que no tienen carácter retroactivo respecto a anteriores Acuerdos de Paz, son sin duda un obstáculo para futuras conversaciones con las organizaciones rebeldes que se mantienen en armas, e incluso acentúa la desconfianza y la inseguridad jurídica de centenares de excombatientes que, como otro de los incumplimientos del establecimiento, todavía no han recibido la amnistía por parte de la Sala de Amnistía e Indulto de la JEP.

7. Tal realidad se da teniendo como contexto el asesinato de por lo menos medio millar de dirigentes sociales, algo más de 150 excombatientes y sus familiares, y la evidente persecución o guerra jurídica contra otros; universo al que se le da tratamiento de tercera categoría en lo que concierne a sus denuncias y demandas sobre el respeto a sus derechos, produciéndose más bien una verdadera andanada de estigmatización que encabezan los grandes medios de comunicación o de propaganda de guerra del Bloque de Poder Dominante.

8. El Estado colombiano, además, se ha negado sistemáticamente a reconocer como víctimas a los excombatientes y sus familiares, que hubieran sufrido victimizaciones conforme al Derecho Internacional –DIH, Derecho Penal Internacional o Derecho Internacional de los Derechos Humanos– aun habiéndose establecido en los Acuerdos de La Habana la obligación de modificar el artículo 3 de la Ley 1448 de 2011 de Víctimas, entre las medidas de implementación urgente que se harían en el primer año de su desenvolvimiento, y que implicaba “(...) Reconocer a las víctimas directas e indirectas de gra-

ves violaciones a los derechos humanos o infracciones al DIH que también hayan sido combatientes.(...)”, lo cual hacía directa alusión a los insurgentes y sus familiares, antes excluidos —con algunas mínimas salvedades— de la posibilidad de ser considerados víctimas, violándose con ello el “principio de universalidad” que contempla el Derecho Internacional.

De esta síntesis de calamidades se puede desprender la evidente posición de desconocimiento a lo pactado, a su implementación, que es compromiso político y jurídico de orden interno y de orden internacional, porque así se firmó entre la insurgencia y el Gobierno Santos en representación del Estado colombiano. Y a estos incumplimientos que de por sí solos son gravísimos y rompen con el acuerdo, se suman los que obstruyen la implementación de la Reforma Rural, de las políticas de sustitución de cultivos de uso ilícito, de la Reforma Política, y de las medidas para erradicar la violencia de la vida política. La paralización de la implementación también ha afectado la atención a las víctimas y el conjunto de los puntos que debían propiciar la tan cacareada paz estable y duradera, quedando claro que las salvaguardas apostadas para impedir la inaplicación tanto del acuerdo como de las prerrogativas de la JEP o su carácter de jurisdicción preferente, se han hecho inanes por cuenta de la perfidia institucional, que en resumidas cuentas, hizo trizas lo pactado, destrozando con ello una magnífica oportunidad histórica para lograr la reconciliación del pueblo colombiano.

Fraternalmente,

Reunión extraordinaria de comandantes **FARC-EP, LALUCHASIGUE**

***NOTA:** Este documento se elaboró consultando puntos de vista públicos de analistas y juristas que de manera crítica han abordado el estudio de la implementación del Acuerdo de La Habana en lo que concierne al Sistema Integral de Verdad, Justicia Reparación, y No Repetición. Prescinde de detenerse en los detalles de lo que fue el capítulo referido a las objeciones presidenciales a la Ley Estatutaria de la JEP.*

FARC-EP responden al diario alemán *junge Welt*

“¿Cuánto más debíamos esperar?”

01. Nov. 2019

Una parte de la antigua guerrilla de las FARC-EP regresó a la lucha armada. Esta responsabiliza a la oligarquía del fracaso del Acuerdo de Paz. Una conversación de Iván Márquez y Jesús Santrich con el diario alemán *junge Welt*.

1. Ustedes han anunciado en su comunicado del 29 de agosto volver a la lucha armada. ¿Por qué ahora? ¿Y cuál es el objetivo? ¿Cómo se podría resumir la estrategia que van a aplicar ahora y cómo se relaciona con el momento actual histórico y geopolítico?

El Acuerdo de Paz de La Habana fue un documento de solución política al conflicto colombiano. Como acuerdo expresaba la correlación social de fuerzas y el balance político-militar e histórico-concreto de la guerra. Así lo planteamos en las tesis políticas de la Décima Conferencia Nacional de Guerrilleros previa al paso de las FARC-EP a la legalidad. Como instrumento de solución política implicaba el reconocimiento de las partes de que las armas y el poder de fuego de ninguna de ellas logró vencer a su adversario y que para evitar prolongar la evidente afectación de todo orden que padecía el país por cuenta de la guerra había que buscar la continuidad de la lucha a través de medios exclusivamente políticos. El acuerdo no representaba la materialización de nuestras aspiraciones estratégicas como fuerza revolucionaria y menos podía entenderse como la claudicación de nuestra fuerza político-militar guerrillera. En síntesis, ni pretendíamos esbozar la revolución por decreto ni mucho menos la rendición en una mesa en la que por muchas ocasiones lo único que se escuchaba por parte del Gobierno eran palabras mezquinas y huérfanas de sensatez.

Nuestra determinación estaba centrada en dejar sentadas condiciones que permitieran a la gente del común adelantar en democracia las transformaciones mínimas que resolvieran los problemas esenciales que impiden el bienestar social, a sabiendas de que no era el fin o la superación del conflicto inherente al orden capitalista, sino el camino para la continuidad de la lucha social y de clases, colocando como base la terminación de la expresión armada de la lucha haciendo transitar a las FARC-EP hacia una condición de organización política legal, que de la mano de las masas, con garantías ciertas para la acción política abierta, proseguirían su brega por las transformaciones estructurales hacia un nuevo orden social de democracia verdadera y justicia social. Este acuerdo fue roto por el establecimiento desde el momento mismo en que se debía iniciar la implementación, habiéndose incluso sentado obstáculos desde tiempo antes. Consecutivamente el Gobierno que entra en reemplazo del de Juan Manuel Santos profundizó los incumplimientos de manera pertinaz, inoculable, llenando con trampas y a sangre y fuego, de inseguridad jurídica, personal y económica la reincorporación de los excombatientes, y dejando de lado los cambios prometidos a las comunidades más empobrecidas, como la Reforma Rural Integral, por ejemplo.

Roto el acuerdo pese a nuestros esfuerzos por mantenerlo vivo, no tuvimos otra opción que retomar el camino de las armas, porque, si bien los compromisos del acuerdo representaban una ruptura en nuestra historia, al mismo tiempo eran una línea de continuidad. El desistimiento del alzamiento armado no se concibió como desmovilización; y tampoco podía ser un compromiso unilateral de la insurgencia. Así que quedando en evidencia plena y creciente la traición por parte del establecimiento, cerrada nuevamente la vía de la legalidad, nosotros no podíamos caer en el derrotismo y en la claudicación. Se nos manoseó en la dignidad, se nos estigmatizó y calumnió, se procedió con montajes asquerosos, con persecución judicial, intentos de extradición y asesinatos que indicaban que la reconciliación era una farsa y la paz una bandera de mentiras. Entonces, cuánto más debíamos esperar para que se considerara legítima nuestra reac-

ción. Eso nunca ocurriría porque lo que querían era sacrificarnos y desaparecernos como organización revolucionaria.

De tal manera que el ahora es la respuesta de oportunidad a una necesidad de legítima defensa y al deber de no permitir que se debilitara o apagara la llama de un resurgir posible en medio de tantas adversidades. De tal suerte que es una determinación muy apegada a un proceso de lucha de clases muy específico de Colombia, independientemente del tipo de correlación de fuerzas que en este momento exista en el contexto internacional. Aunque no quiere decir ello que no tomemos en cuenta la profunda crisis estructural por la que pasa el capitalismo, la cual es no solo global sino sistémica, sin reversa, y que nos corresponde mirar en ese aspecto para continuar con el desenvolvimiento de una estrategia de combinación de formas de lucha que en esencia es continuidad del Plan Estratégico histórico de las FARC-EP con las variaciones notables en el manifiesto de agosto, el cual sienta ciertas consideraciones respecto a la fuerza pública. Mira que hemos dicho que nuestro alzamiento es respuesta a la traición del Estado al Acuerdo de Paz de La Habana, y la marcha de la Colombia humilde, ignorada y despreciada hacia la justicia, en procura de la paz cierta, poniendo de presente que la rebelión no es una bandera derrotada ni vencida; pero que esta insurgencia, se levanta para abrazar con la fuerza del amor, los sueños de vida digna y buen gobierno que suspiran las gentes del común, expresando claramente que su objetivo no es el soldado ni el policía, el oficial ni el suboficial respetuosos de los intereses populares sino la oligarquía; la oligarquía excluyente y corrupta, mafiosa y violenta que cree que puede seguirle atrancando las puertas del futuro al país.

Decimos que se conocerá una nueva modalidad operativa que sobre todo responderá a la ofensiva, porque en nuestra decisión está no seguir matándonos entre hermanos de clase. De ahí nuestro llamado también a los integrantes de la fuerza pública que tengan dolor de pueblo, a que caminemos juntos por sus reivindicaciones y su felicidad.

Fíjate también en que tomamos distancia de algunos métodos como el que hacemos respecto de la práctica de retenciones de personas con propósitos económicos. En todo caso actuamos como fuerza político-militar con estructura de ejército y de partido, un partido marxista-leninista y bolivariano que sigue el legado del comandante Manuel Marulanda Vélez.

2. Tras firmar el Acuerdo de Paz en 2016, las FARC-EP entregaron las armas. ¿Ustedes están preparados ya para nuevos combates? ¿De dónde sacaron sus armas? ¿Con cuántos combatientes pueden contar?

Nuestra lucha es esencialmente política; las armas son solamente un instrumento, un medio y no un fin en sí mismas. Su implementación es más una necesidad impuesta por el carácter del régimen al que enfrentamos, el cual con su reciente traición no ha hecho otra cosa que reafirmar su carácter de régimen oligárquico de terror, acostumbrado a pisotear la palabra empeñada y los compromisos. Entonces, si no hubiera necesidad de usar las armas no lo haríamos. De hecho, estamos insistiendo en encontrar una salida dialogada y total (con todos los actores armados) al conflicto colombiano que persiste y se amplía en el país.

Lo de la firma del Acuerdo de La Habana era un elemento de alivio de esa confrontación, pero de ninguna manera era la paz, pues con el ELN –importante fuerza revolucionaria colombiana– y otras fuerzas, no había todavía acuerdo y lo que se veía era la decisión del Gobierno de Iván Duque de romper con la posibilidad de acuerdo que se abría con esa guerrilla. Por lo demás, hay centenares de conflictos armados y no armados, irresueltos a lo largo y ancho del país. Así que por más importante que fuera el Acuerdo de La Habana era solo un paso en el camino de la reconciliación y no la paz completa que necesitamos. Y lo peor es que habiendo estado cerca de poner fin a través del diálogo al más largo conflicto del hemisferio, el fracaso se produce porque el establecimiento no quiso respetar los principios que rigen las negociaciones, el *pacta sunt servanda* y la buena fe. Por

eso decimos que habiéndose logrado por parte del establecimiento lo que quería, que era la entrega de las armas, conscientemente hicieron trizas el Acuerdo de Paz, despedazando –como dicen los uribistas– “ese maldito papel”. El paso que dimos fue truncado, con el agravante del mal precedente que se le deja al procedimiento del diálogo como herramienta de entendimiento.

Sobre las armas, pues tenemos las que tenemos. Seguramente son pocas o muchas de acuerdo a la situación que se presente. Si se nos impone la confrontación porque el régimen persiste en el militarismo, en la represión, en la guerra sucia y en no buscar una salida sensata a los problemas del país, tendremos que buscar más y más recursos para la resistencia y siempre parecerá poco lo que consigamos frente a un Estado que se sabe está apoyado por un imperio poderoso y guerrerista como lo son los Estados Unidos de Norte América. Pero si se le da paso a un proceso constituyente abierto, donde la palabra del soberano que es el pueblo tenga oídos que la escuchen y manos que realicen sus aspiraciones, sin que se siga traicionando el diálogo, la buena fe, los pactos, cualquier fusil deberá silenciarse, porque en toda circunstancia el arma principal de los pueblos está en sus propias palabras y en su determinación de cambio. De ello hay muchos ejemplos en el continente y en el mundo. Solamente miremos los ejemplos que nos dejan en las calles hermanos latinoamericanos en Haití, Ecuador, Perú, Chile, por ejemplo. O lo que le están diciendo a Duque los estudiantes en las calles de las ciudades de nuestro país. El problema es que la implosión que se está viendo en muchos países de América Latina y el Caribe es producto del fracaso del neoliberalismo, de la situación social miserable en que está sumiendo a las mayorías mientras se llenan las arcas de los grandes capitalistas que al mismo tiempo tratan de generar crisis en los países que optan por vías de justicia social. Entonces, frente a regímenes de terror no se le puede negar a los pueblos el derecho que tienen a la rebelión en todas sus modalidades. No se les puede condenar a los pueblos a que para que sus luchas tengan legitimidad se deban enfrentar a la represión con los pechos desnudos y con vocación de mártires.

La militancia en esta causa la contamos en el seno de la inconformidad porque nuestra idea no es la de asumir la guerra combatiendo frontalmente la máquina militar del régimen. No. En este conflicto, la solución, siempre estará en manos del pueblo. La salida la definen las mayorías en las calles, en una mesa de negociación, en las urnas o en una insurrección armada.

¿Quiénes y cuántos están armados? Gente amante de la paz que ha decidido seguir empuñando los fusiles porque no está dispuesta a resignarse, a dejar que una élite de oligarcas les impida a las mayorías realizar sus sueños de justicia social. Quizás no son muchos, pero son suficientes para mantener encendida la llama de la rebeldía y la luz de la emancipación mediante la rebelión. Y en eso creemos en que una chispa puede encender la pradera, así que no es que haya afán de desespero que nos lleve a armar montoneras. Entre otras cosas porque nuestros recursos son limitados y hay que utilizarlos de la manera más racional posible, pues las armas en los mercados clandestinos tienen costos altos. En un mundo capitalista como el que tenemos, fuentes de armas siempre están abiertas. La mayoría de fusiles que tenemos son americanos e israelíes, pero no los envió Trump. Esto no es un asunto de armas fundamentalmente sino de ideas, y por eso nuestro mayor afán y propósito es sumar voluntades en torno a un propósito político que es el que está planteado en nuestro Programa y en la Plataforma Bolivariana por la Nueva Colombia...

3. En su comunicado no descartan un nuevo diálogo de paz, pero con un nuevo Gobierno colombiano. ¿Por qué creen que con un nuevo Gobierno se puede realizar lo que anteriormente fracasó? ¿Cómo debería darse un nuevo proceso de diálogo y cómo es la propuesta que ustedes han mencionado de un proceso constituyente?

La salida política negociada al conflicto colombiano es un aspecto estratégico, no coyuntural. Es una constante histórica en el devenir de las FARC-EP. Nosotros no hemos renunciado a él. Persistimos

en ese planteamiento advirtiéndole que lo que no podemos permitir es que se burle ese anhelo de los colombianos. Entonces, si lees con detenimiento los documentos de agosto que son la base del relanzamiento del proyecto guerrillero fariano, verás que son una reiteración de los propósitos. Y lo es porque sencillamente los cambios que se plasmaron como necesarios para nuestra sociedad sumida mayoritariamente en la miseria, la desigualdad y la exclusión política no se han surtido. El Acuerdo de Paz fue traicionado no exclusivamente respecto a las FARC sino ante todo respecto a las comunidades que debían ser favorecidas con la Reforma Rural, la apertura democrática, la reivindicación de las víctimas o la política de sustitución de cultivos de uso ilícito. Pero más allá de esos puntos hay un sinnúmero de reformas que están a la orden del día y que el régimen se negó a abordar en La Habana pero que se suponía serían resueltos mediante un proceso constituyente. Ese fue un compromiso que hizo de palabra el Gobierno Santos. Ese es el compromiso que está implícito cuando en la introducción al Acuerdo de La Habana se habla de un Acuerdo Político Nacional, porque el país requería reforma judicial de fondo, reforma electoral de raíz, reforma en el manejo de los medios de comunicación, en los asuntos laborales, en la educación, etc., etc. El país debía resolver el cangro de la corrupción y de la impunidad que carcome al establecimientos, etc., etc. Y eso no era algo que lo podían hacer las dos partes sentadas en La Habana. Pero si debía abrirse un proceso participativo que diera paso a esas reformas. Por eso la idea de proceso constituyente abierto, paso a paso, suscitando las transformaciones con movilizaciones y con la presencia del ciudadano de a pie tomando las decisiones.

El Gobierno que en este momento ocupa la Casa de Nariño, lo que le pone es un particular acento de guerrerismo y destrucción a lo logrado en materia de Acuerdo de Paz. Pero la posición obstruccionista de fondo está en el Bloque de Poder Dominante. Con seguridad esa postura va más allá de las bravuconadas de Iván Duque que es una especie de pelele de Álvaro Uribe Vélez, verdadera mano tras los hilos de la casa de Nariño. Pero por encima de este hay intere-

ses de transnacionales y de poderosos empresarios como Sarmiento Angulo. De estos sale la idea de hacer trizas el “maldito papel” de La Habana. Entonces en ese escenario sería difícil adelantar aproximaciones, aunque no digo que sea imposible. Esto es un asunto muy complejo en el que los Estados Unidos tienen mucho peso, pero aspiramos a que haya un viraje en la política nacional que pueda generar circunstancias en las que la paz sea un propósito común si queremos que el país sea un escenario de progreso para todos. Y ese diálogo implicaría no una mesa para la guerrilla y el Gobierno sino para el Gobierno y los diversos actores de la vida nacional que son los que padecen los efectos, no en exclusivo de la confrontación, sino de las políticas apátridas del establecimiento.

Nosotros hablamos desde los tiempos del diálogo en La Habana y luego en el marco de la Décima Conferencia y del Congreso Constitutivo del Partido de la Rosa sobre la necesidad de forjar un movimiento amplio, una gran convergencia política, social y popular, que sacara adelante la construcción colectiva de un programa de interés común, con iniciativas progresistas, democráticas y revolucionarias a nivel nacional. Esto implicaba pasar por un Gobierno de transición.

Hablábamos y seguimos haciéndolo, de estructurar un partido como parte de una gran convergencia; no de actuar en solitario con espíritu mesiánico. Y para eso la Conferencia destacó un equipo de personas que debían desenvolverse con esa hoja de ruta, haciendo un relacionamiento político encaminado a crear las bases de construcción de tal iniciativa. Buscando en un mismo momento, a nivel nacional y regional desarrollar los asuntos programáticos como organizativos del proceso de construcción del nuevo partido y de la gran convergencia. Pero eso se quedó en literatura. Son cosas que están por hacerse, construcciones que debían tomar por base los puntos pactados en el Acuerdo de La Habana y los aspectos programáticos del movimiento social en el país, diseñando estrategias de desarrollo interno y una efectiva política de alianzas, dentro de nuevas formas de hacer política que pasarán por encima de las prácticas clientelares de siempre.

El epicentro de esta visión era lograr una política y concepción de unidad del movimiento popular, yendo más allá de la necesaria unidad de los comunistas, comenzando por trabajar en la unidad de acción para ir avanzando hacia aproximaciones programáticas, dando papel protagónico en la conducción del trabajo político-organizativo a la juventud y a las mujeres. Como verás, una convergencia de ese nivel tomaba como factor principal a todas las organizaciones del movimiento popular incluyendo al Ejército de Liberación Nacional y el EPL (Ejército Popular de Liberación).

Hay unos ejes que fueron claramente trazados por las FARC-EP desde antes de la entrada al escenario de la legalidad en materia de acción política, sea cual fuere la situación: 1. La política de unidad con las diversas fuerzas de izquierda, democrática y de los movimientos sociales y de masas, luchando porque converjan las diversas expresiones de lucha. En esta dirección estaba definido claramente buscar y mantener las mejores relaciones con el ELN. 2. Luchar por la unidad y cohesión de los comunistas, entendida esta, como un proceso de encuentro en las luchas populares a escala nacional y regional. Esta unidad estaría basada en los principios del Marxismo-Leninismo Bolivariano. 3. La propuesta de unidad del movimiento social y popular debía incorporar a las organizaciones de izquierda, a los movimientos democráticos y a los sectores políticos que nos han acompañado en la larga lucha por la paz democrática con justicia social. Debía vincular, además, al movimiento social en todas sus nuevas y antiguas expresiones. Y 4. Concretar la unidad implicaba de nuestra parte el compromiso de amplitud, flexibilidad, espíritu de respeto a la democracia interna y resaltar que la ética de revolucionarios y la alta moral estarían presentes como una constante. Y se precisaba que los objetivos políticos de un movimiento amplio no podían surgir solo de nuestro criterio, sino que se debían construir en discusión con todas las fuerzas de una posible convergencia, colocando como aspecto de primer orden de cualquier alianza, la defensa y lucha por la implementación de los acuerdos alcanzados, más el conjunto de reivindicaciones que agitan las diversas organizaciones de masas y

sociales del país. Esto, al decir que se defendería en cualquier circunstancia, lo que llevaba de fondo es que habiendo o no ratificación de los acuerdos, nuestra lucha por la paz quedaba sentada como meta estratégica de primer orden. Y así sigue siendo.

En síntesis, para explicar las razones de fondo de nuestras decisiones hemos precisado que el régimen imperante, de políticas neoliberales, de corrupción y guerra, nos ha colocado frente a dos caminos: o se abre una recomposición como resultado de un diálogo político, y de la institucionalización de los cambios resultado de un proceso constituyente abierto, o esos cambios, tarde o temprano, serán conquistados mediante el estallido de la inconformidad en rebelión.

Siendo nuestro Plan Estratégico en esencia la misma Campaña Bolivariana por la Nueva Colombia concebida por Manuel Marulanda en lo que concierne a los objetivos esenciales, en materia política lo que expresamos arranca por fundamentarse en el dogma bolivariano de la insurrección que dice en palabras del Libertador que *“La insurrección se anuncia con el espíritu de paz. Se resiste al despotismo porque este destruye la paz, y no toma las armas sino para obligar a sus enemigos a la paz”*. Dentro de esa perspectiva, decimos que iniciamos una nueva etapa de lucha para el despertar de las conciencias con una estrategia que *“tiene por objetivo la unidad del movimiento popular para la conquista de la paz con justicia social, democracia y soberanía, mediante la motivación e incidencia en el accionar de masas, que por vías insurgentes de todo tipo a que obliga el carácter y la naturaleza violenta del orden social vigente, dispute el monopolio de las armas y el poder del Estado”*.

Pero la paz con justicia social sería garantizada por un nuevo poder que habrá de ocuparse de la felicidad del pueblo ejecutando un programa económico, social, político y cultural que dignifique la vida de los colombianos. Para lo cual conjugaremos el accionar político-militar con unas líneas de acción que denominamos en su conjunto estrategia política expansiva, con estos componentes:

1. Reestructuración política y militar, impulsando la creación de un Bloque de Poder que unifique a todos los revolucionarios con los que se tenga afinidad estratégica. Aquí el ELN lo miramos como un protagonista fundamental, y por eso decimos y son pasos que estamos dando, que con ellos buscaremos la reactivación de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar.

2. Dedicaríamos esfuerzos para conformar y darle vida al Movimiento de Movimientos, como poderosa fuerza social y política que reclamará movilizadas en las calles y en las carreteras los derechos ciudadanos conculcados.

3. Convocaremos la conciencia democrática del país a la conformación de una Gran Coalición política y social que, bajo una conducción colectiva, establezca un Gobierno de Transición. Todo lo cual se debe ir implementando simultáneamente, y desarrollando además una estrategia mediática efectiva a través de medios alternativos de diverso tipo con énfasis en las redes sociales.

Todo ello implica reestructuración política, militar; recuperación territorial y de masas, mediante nuestras estructuras de Partido Clandestino, Movimiento Bolivariano y milicias. Es decir, expansión material y subjetiva de las fuerzas del común, dentro del movimiento real de los sectores sociales en rebeldía o en acción de reclamo contra las injusticias del orden social vigente, dinamizando alternativas políticas sectoriales y regionales; respetando y atendiendo los proyectos de movimientos sociales y políticos que recojan la rebeldía, reivindicaciones y potencialidades de los inconformes. Esa es la nueva forma de hacer política, desde abajo, conjugando amplitud, solidaridad, el interés común, la lucha con dignidad y contra la corrupción en función de la justicia social y la paz, lo cual implica la lucha por la solución de las necesidades básicas insatisfechas en materia de empleo, salud, vivienda, educación..., etc.

No descartamos que se pueda producir un alzamiento insurreccio-

nal o la presión para obligar a la búsqueda de un nuevo y definitivo Acuerdo de Paz por parte de la gente que ya está cansada de tanto abuso de poder. Y sin duda, para esta circunstancia, tampoco descartamos que se tengan que silenciar los fusiles, pero sin la ingenuidad de la entrega de armas. Estas se guardarán, lejos de su uso en la política, con control directo de la guerrilla, como garantía de cumplimiento del nuevo Acuerdo de Paz que tuviere lugar, el cual, por decisión de la Asamblea Nacional Constituyente, se implementaría con la nueva institucionalidad que los retos de la paz demanden.

Para todo escenario nuestra organización actuaría además como guerrilla ambiental vinculada a la lucha de la humanidad por detener el cambio climático, por la preservación del medio ambiente y la generación de energías limpias, y defensa de las riquezas del común. Nuestra oposición al fracking no tendrá atenuantes. Y el sueño de unidad latinoamericana se mantiene como constante.

Debemos hacer énfasis en que, si se produce un triunfo electoral de la Gran Coalición Democrática, el nuevo Gobierno, que será un Gobierno de Transición, anunciaría lógicamente como una de sus primeras decisiones la apertura inmediata de la mesa de conversaciones de paz con las insurgencias. Y esto tendría que darse, suponemos, como una negociación expedita que retome el texto original del Acuerdo de Paz de La Habana al que se le harían los ajustes imprescindibles relacionados con la inclusión de los planteamientos programáticos del ELN y su agenda de diálogo, garantizando la invulnerabilidad de la seguridad jurídica, la incorporación a la discusión de los 42 puntos del frízer del diálogo de La Habana, y los textos de los acuerdos con el movimiento social hasta ahora incumplidos por los Gobiernos de turno.

La construcción de la paz total implicará la búsqueda de procedimientos de solución a las diferentes expresiones de conflicto armado existentes.

Firmada la paz este Gobierno procederá a dinamizar el proceso constituyente abierto que desemboque en una Asamblea Nacional Constituyente democrática que depurará el marco normativo a favor de toda la nación y trazará la ruta para la integración de los poderes públicos con hombres y mujeres honrados y virtuosos.

El Gobierno de Transición con el respaldo de la potencia transformadora del pueblo, materializará el plan de choque social para el buen vivir, y desarrollará el programa económico que le dé el impulso inicial a Colombia hacia el futuro de la paz estable y duradera.

Todo este planteamiento es lo que significa que la palabra la tiene el soberano, tal como lo dejamos escrito en la introducción del Acuerdo Final de La Habana. Ahí quedó pactado ese compromiso incumplido que indicaba hacer la convocatoria a todos los partidos, movimientos políticos y sociales, y a todas las fuerzas vivas del país a concertar un gran ACUERDO POLÍTICO NACIONAL encaminado a definir las reformas y ajustes institucionales necesarios para atender los retos que la paz demande, poniendo en marcha un nuevo marco de convivencia política y social.

Vemos entonces que existen las herramientas para seguir intentando una salida concertada, impulsando un proceso que posibilite la superación de la exclusión, la miseria y las inmensas desigualdades; hacia la democratización en profundidad del Estado y la vida social, restableciendo la soberanía y garantizando el bienestar y el buen vivir de nuestro pueblo. Se trata también de potenciar nuestras aspiraciones y llevarlas a un nuevo nivel en el que entonces sí, una Asamblea Constituyente, representativa y con plenas garantías de actuación, dé un impulso definitivo a las transformaciones estructurales que requiere Colombia.

4. Según su comunicado buscan coordinar esfuerzos con el ELN. ¿Ya han avanzado en esa dirección?

Parece que en lo dicho ya se ha respondido esta pregunta. Y los avances en la dirección planteada se están dando, tomando en cuenta que el ELN es una fuerza autónoma, con sus propias posiciones bien definidas a las que hay que atender y sobre las que hay que construir conjuntamente.

5. ¿Qué opinión tienen de las reacciones y declaraciones de integrantes del Partido de la Rosa, principalmente de Timochenko, acerca de su decisión? (Entre otras las declaraciones de que no hay una motivación política, sino individual y económica, o la solicitud de expulsión de la Comisión de ética del partido). ¿Cómo está y cómo va a quedar la relación de ustedes con el Partido de la Rosa?

No queremos hacer valoraciones tempranas sobre declaraciones apresuradas y sin fundamento de algunos integrantes del Partido de la Rosa. Pensamos que el tiempo y los hechos deben dar elementos de reflexión a quienes observan el desenvolvimiento de los acontecimientos. Claramente se ve que existen diferencias, viejas diferencias que se habían podido saldar internamente, pero que desafortunadamente para ambos sectores comienzan a salir a la luz pública bastante desfiguradas. Hasta el momento hemos tomado la decisión de no hacer caso a descalificaciones o acusaciones temerarias que quieren quitar mérito al rumbo que hemos decidido tomar, sin cuestionar a quienes por una u otra motivación siguen en la legalidad. En el Partido de la Rosa hay un importante caudal de cuadros y militantes que tiene enorme valor como personas y como dirigentes, y en eso es en lo que más nos detenemos. Sabemos que con ellos debe contar cualquier sector político que desee lograr los cambios que requiere Colombia para alcanzar la verdadera paz con justicia social.

Hace pocos días nos llegaron las tesis preparatorias del Segundo Congreso o Asamblea Nacional de los Comunes. Lo cierto es que hay planteamientos en materia social con los que nos identificamos porque también fuimos constructores de los mismos. Es más, están incluidos en nuestros documentos más recientes. Pero hay también

mucha argumentación que desinforma sobre el trasfondo de nuestra ruptura. Si esos argumentos salen a la luz pública tendríamos el deber moral y político de referirnos a ellos. Pero lo que queremos más que todo es trabajar por la unidad de todo el movimiento revolucionario; por ello, más allá de cualquier diferencia, luego de nuestra reunión Extraordinaria de Comandantes en el saludo que dirigimos a las organizaciones sociales y movimientos políticos, lo que les dijimos textualmente fue que saludábamos al Partido de la Rosa expresándole a su militancia firme –como dijera el Comandante Marulanda– que si somos revolucionarios tarde o temprano nos tendremos que encontrar en el camino. Y de verdad que ese es nuestro deseo.

6. Frente a los ataques del imperialismo gringo y sus lacayos en la región a la Venezuela Bolivariana, y especialmente en caso de una agresión armada en contra de este país, ¿qué papel jugarían las FARC-EP?

La solidaridad es un principio en el corazón de todo revolucionario y tal sentimiento con los pueblos en lucha contra el imperialismo es una constante entre nosotros. Especialmente la solidaridad con Cuba y Venezuela. Quizás eso es muy poco o casi nada en relación con las enormes necesidades que tienen estos pueblos hermanos en su lucha contra el imperialismo. Pero ahí está con franqueza nuestra solidaridad y así sea de manera simbólica, puesto que de resto creemos que la República Bolivariana de Venezuela, la Venezuela heroica de Bolívar y de Chávez, como Cuba, la Cuba heroica de Martí y de Fidel, tienen fortaleza espiritual y material para hacer resistencia a cualquier agresión sin tener que depender de nadie.

7. En la reciente 74° Asamblea General de la ONU Iván Duque presentó un informe con supuestas pruebas de la presencia del ELN en Venezuela. Las fotos contenidas en el informe resultaron ser un falso positivo, ya que ni la fecha, ni el lugar en las que fueron tomadas coincidían con lo indicado por Duque en su informe. Esto produjo el retiro de su cargo del jefe de intelligen-

cia y contrainteligencia militar conjunta de Colombia al general Oswaldo Peña Bermeo. ¿Cuál es su lectura sobre estos hechos?

Desafortunadamente, siguiendo su papel de Caín del continente, el Estado colombiano mantiene una posición de conspiración permanente contra Venezuela, haciéndole el juego intervencionista de siempre a Washington.

No vamos a referirnos al asunto de las fotografías y la manera en que el general Peña Bermeo fue usado como chivo expiatorio, porque es tema que fue bastante trillado por los medios de comunicación, muy a pesar del sesgo de las transnacionales mediáticas que también hacen el juego al imperio. Lo que quisiéramos sería dejar una opinión sobre aspectos más generales, aclarando que es algo complicado, difícil, saber hasta dónde van los compromisos íntimos y oscuros del conciliábulo de Estados Unidos con Gobiernos lacayos de la región, entre los que como primero se cuenta el de Colombia. Pero habiendo como lo hay, un viejo libreto histórico de sometimiento, aparte de la subordinación de las políticas internas del terrible monstruo del norte, es de inferir que con el Gobierno pusilánime de Duque se han reforzado las orientaciones sobre el papel de desestabilización que Colombia debe jugar contra el país hermano, usando la escenografía del llamado “Grupo de Lima”.

Tenemos que el canciller colombiano despliega desde el momento de su posesión, como tarea principalísima, una campaña enfermiza anti-Venezuela, disfrazada de diplomacia. El propósito frontal es derrocar al presidente Nicolás Maduro. Pero esta no es una tarea en solitario, pues aparte del Grupo de Lima está todo el tinglado fétido de la Organización de Estados Americanos (OEA) en cabeza de su secretario general Luis Almagro. Pero este es uno de los tantos capítulos de una larga trayectoria que toma a Colombia como punta de lanza para someter a todo el continente. Esto va desde los inicios de la Revolución Bolivariana, cuando los gringos sintieron que perdían parte de su “patio trasero” por causa de la ola emancipadora que le-

vantó el ejemplo de rebeldía antiimperialista del pueblo venezolano junto al comandante Hugo Rafael Chávez Frías, lo cual perdura en la herencia que retoma Nicolás Maduro Moros.

El Gobierno colombiano, en conclusión, es una pieza del tablero político intervencionista que juega el Pentágono para aplastar la Revolución Bolivariana y que el Comando Sur ha plasmado, más recientemente, en el manual “*Venezuela Freedom 2 Operation*”, que de manera específica establece el objetivo de derrocar al presidente Nicolás Maduro mediante una operación militar que patrocinaría el TIAR y la Conferencia de Ejércitos Americanos con el respaldo de la OEA.

En el libreto intervencionista y golpista escrito por la Casa Blanca y operado por el Comando Sur mediante la OEA, el Grupo de Lima y el conjunto de la derecha internacional, todos están confabulados para, mediáticamente, calificar de dictador al presidente Maduro y después del 10 de enero, fecha de su posesión para un nuevo mandato legítimo por venir del voto popular, desconocerlo y tildarlo de usurpador, arreciando el bloqueo económico y político. En ello, la acción militar hace parte de un menú demencial que está ayudando a preparar de forma irresponsable y servir de plataforma, el presidente Duque. No dudo que este Gobierno mediocre e insulso aparte de estar acabando con los girones que quedan del Acuerdo de Paz de La Habana, está empujando al país a una guerra que de darse tendría desastrosas consecuencias de todo orden. No bastaría una década para recuperar los daños de una confrontación que en la práctica no duraría más de dos o tres días. Sería una locura, pero así es la condición humana despreciable de estos lacayos de Washington.

8. En las últimas semanas se dieron grandes movilizaciones de las y los estudiantes universitarios colombianos por el derecho a la educación, en contra de la corrupción en las casas de estudio y en rechazo a la represión del ESMAD (Escuadrón Móvil Antidisturbios). ¿Qué significan para la Colombia actual y para su movimiento po-

pular estas grandes y combativas marchas de los estudiantes?

Las movilizaciones del estudiantado no son de ahora, como no lo son las de los indígenas y otros sectores sociales, que en su mayoría sufren el ocultamiento de la gran prensa. Salen a flote cuando la rebeldía y la justa rabia se desbordan frente a tanta desatención y respuestas de choque. Esta es una situación que hace parte de un conjunto de acciones de protesta y de propuesta que el movimiento popular viene haciendo a lo largo y ancho del continente. América Latina está en efervescencia, en reacción contra las políticas neoliberales que han seguido sumiendo a las mayorías en el endeudamiento, la zozobra, la miseria. Decíamos antes, que hay una especie de implosión producida por el neoliberalismo y que se enmarca en lo que hoy por hoy es la crisis mundial del capitalismo, la crisis estructural del mismo. Los pueblos buscan alternativas y muchos Gobiernos proclives a los intereses de las transnacionales, lo que hacen es seguir los recetarios nefastos del FMI (Fondo Monetario Internacional), entonces ahí tenemos las consecuencias. No es casualidad que se den levantamientos como los recientes de Perú, Ecuador y Chile, sin descontar la creciente inconformidad y protestas en Argentina y Brasil. El trasfondo de los problemas está en el neoliberalismo y de eso no escapa Colombia. Aquí el rechazo a la corrupción y a la impunidad es uno de los factores, como otro lo es el rechazo a la fuerza represiva criminal del ESMAD; pero hay otros elementos que se suelen ocultar como las voces por el derecho a la vida, las voces que claman no más asesinatos de líderes sociales y excombatientes que es pan de cada día. O lo que tú indicas en lo que respecta al derecho a la educación.

La paciencia de una juventud hastiada de pedir a las buenas por la solución de sus problemas acumulados durante décadas, sin que haya eco gubernamental favorable, se colma. El abandono de la educación pública es una vergüenza en Colombia; la indolencia gubernamental frente a este renglón de los derechos ciudadanos es tan grande como la que existe frente a todas las necesidades básicas de salud, vivienda, empleo, etc. Entonces, lo que se ve es apenas una muestra

de lo que por lógica irá en crecimiento; sin duda las protestas irán en escalamiento porque las políticas sociales son un asco en estos tiempos del “Aprendiz del Embrujo”, Iván Duque, “que finge la paz, reinventa la guerra y privatiza lo público”, sin pudor, contando con el beneplácito de la jauría mediática empeñada en agudizar la criminalización de aquellos que se atreven, desarmados, a enfrentar tanta vagabundería con sus libros y sus ideas.

EPÍLOGO

Como el ave fénix, las FARC-EP han nacido de nuevo y fulgen como espejo de sol de una esperanza nueva. De las cenizas de la paz traicionada ha regresado la guerrilla de Manuel empuñando sentimientos y fusiles, bendecida por el derecho universal a entregarse en cuerpo y alma, a la lucha por la paz y vida digna para todos los colombianos.

Es el momento de la unidad como punto de partida que nos permita trabajar mancomunadamente hacia una nueva época de justicia social. Ha llegado el tiempo de escuchar la voz del general inolvidable de nuestra independencia y libertad: *“Unidad, unidad, unidad, ¡esa es nuestra divisa! Unidos seremos fuertes y mereceremos respeto; divididos y aislados, pereceremos”*.

La gran bandera, que debemos levantar todas las manos, es la de paz con justicia social, democracia y soberanía, y es ella el legado de nuestros padres fundadores, que nos siguen iluminando con el esplendor de su estrategia.

El país no puede seguir encadenado a la indolencia y al egoísmo de una oligarquía santanderista que quiere todo para sí, el oro y el poder, para dominar y humillar a las mayorías. Una oligarquía traga

tierra que no quiere la Reforma Agraria y que no duda en recurrir a la violencia para despojar a los campesinos de sus parcelas y surcos. A esa casta gobernante le importa un comino que la gente no esté bien alimentada, o no tenga empleo, ni vivienda digna, ni servicios, ni educación gratuita y de calidad, ni transporte, ni carreteras. Sus leyes no protegen a los débiles sino las ganancias de poderosos empresarios ligados a las trasnacionales. Les importa un bledo la miseria en que viven los negros de los litorales, los indios en sus tambos, malocas y rancherías. Hecha la ley, hecha la trampa; todo es para cubrir la corrupción y la impunidad, el cáncer que está matando a Colombia.

¿200 años de tiranía de clase, de injusticia, de ausencia de democracia y de asesinatos de líderes sociales y políticos no bastan?

Esto tiene que cambiar. Colombia tiene por dentro una fuerza material y espiritual arrolladora que puede barrer con la maldad de la injusticia; una fuerza irrefrenable que no ha encontrado el camino que la unifique y enlace para darle starter a la potencia transformadora, al tsunami incontenible del cambio.

Cuando los pueblos se movilizan las oligarquías tiemblan. El pueblo unido, jamás será vencido, nos enseñan los hermanos chilenos, los ecuatorianos, los argentinos... Se está agotando el tiempo de la tolerancia a las políticas económicas empobrecedoras y a los dictados insensibles del Fondo Monetario Internacional. Colombia ha empezado a levantarse. Contra la unidad y la movilización en masa de todos los sectores de la sociedad, no habrá ningún ejército, ni cortina de fuego, ni fuerza del ESMAD, que valgan. Además, porque los soldados, los policías, los suboficiales, los tenientes, los capitanes, los mayores, los coroneles y algunos generales, provienen del pueblo. A ellos, que también sienten la necesidad del cambio, los necesitamos del lado de su gente, de su familia, luchando por un nuevo país.

Convoquemos la constelación de los movimientos sociales y políticos; coloquemos sobre la mesa los sueños de cada sector, de cada

movimiento, y formemos con ellos una sola bandera que nos guíe: la plataforma social y política de la Colombia del futuro. Y sin detenernos en ese nivel, como paso subsiguiente, plantearnos el “asalto al cielo”. El derecho a ser Gobierno no puede seguir siendo la exclusividad de unas castas hegemónicas carentes de humanidad, corruptas y sin castigo.

Con ese propósito estratégico, el movimiento real en acción por los derechos ciudadanos, debe plantearse el diálogo con los liderazgos democráticos de los partidos liberal y conservador y otras expresiones, buscando conformar una Gran Coalición Democrática capaz de instalar un nuevo Gobierno de Transición en el solio de Bolívar. Un Gobierno que se trace, como punto de partida, la paz completa, mediante un acuerdo de solución política con la guerrilla y todos los actores armados, sin perfidia y sin traiciones, y con el compromiso de tomar distancia de políticas económicas empobrecedoras, de poner en marcha con urgencia, un plan de choque social contra la pobreza, en medio de la más dilatada libertad y de participación ciudadana. Un nuevo Gobierno que trabaje por la justicia social, la democracia verdadera y la soberanía patria.

Todo esto, para desembocar, luego de transitar los caminos de un proceso constituyente abierto, en una Asamblea Nacional Constituyente que plasme en una nueva Carta Magna las transformaciones que la paz demande, como mandato del soberano, que es el pueblo y no de las mezquindades y traiciones de una minoría plutocrática.

Queremos que los medios no utilicen la información como arma de guerra, sino como instrumento de paz. Que informen desde el punto de vista de una sociedad –de la que hacen parte– que busca superar un conflicto sangriento y comenzar una nueva era. Una nueva etapa para la justicia y el despertar de las conciencias.

Estos son los sueños de la Segunda Marquetalia. Hermano, hermana: Colombia es nuestra y vamos por ella.

Un sueño que no perece

De manera constante, el acontecer del continente, subrayado hoy en realidades como las de Ecuador, Chile y Bolivia, por ejemplo, nos ratifica que una revolución desarmada es insostenible; es efímera ilusión sin futuro; y que ningún pueblo puede ser condenado a enfrentar a sus victimarios con sus manos vacías y sus solos pechos desnudos, so pena de trazarles oscuras rutas de martirologio.

De estas valoraciones estaba persuadido el comandante Manuel Marulanda Vélez, héroe insurgente de la Colombia de Bolívar, símbolo de la resistencia y del derecho inalienable e imprescriptible a la rebelión armada. Y fiel a sus convicciones y a su amor al pueblo, entregó hasta el último instante de su vida, a la lucha por la emancipación de los desposeídos sin jamás pensar en rendir los fierros.

Con esa herencia fariana es que marchamos, y no con la simple querrela de la crónica de una traición consumada; teniendo presente, además, como bien se plasma en estas cuartillas desnudas, aquella máxima del Che Guevara que consigna que “es el heroísmo del pueblo en lucha el que impone las soluciones”.

Y es que los sentimientos de las almas insumisas suelen transitar entre el lirismo de sus propósitos mayores y la crudeza de las condiciones que impone la realidad adversa que pretenden transformar en el afán de alcanzar la justicia social y la libertad verdadera, que no puede ser tal sin dignidad, incluso a costa de la vida. Por eso, en no pocas ocasiones, a los rebeldes, cuando más afianzado está el poder de los opresores, imponiendo no solo la explotación, sino su visión del mundo y su hegemonía cultural, se les tilda de anacrónicos, desfasados e ilusos soñadores locos. Y más, cuando parece que la llama insurgente se percibe tenue, por cuenta de las defecciones, de la mezquinad y el terror de las oligarquías y los imperios omnipresentes que no descansan en lograr su aniquilamiento. Pero es que parece que olvidaran, que la lucha es un renacer constante; como en el credo

de Katari en agonía: “Solamente a mí me matan... Volveré y seré millones”. Vibrante profecía que mana de la fe en los pueblos.

De tal manera que, hacer un epílogo de un relato como el de *La Segunda Marquetalia*, no puede tener el carácter de final de nada; sencillamente porque con él no termina una historia cuya esencia es, precisamente, la construcción de futuro; el esbozo de un prospecto de acción liberadora contra la opresión recalcitrante y mezquina, en fibras de amor y de esperanza en la potencia transformadora de las masas.

Al leer *La Segunda Marquetalia*, resplandece el mensaje de que al cierre de cada marcha por la selva de monte y de ideales, cada final de jornada, no es otra cosa que más puertas abiertas a la creatividad y al arrojo de los que creen en que una Nueva Colombia es posible; en que un mundo mejor, sin explotadores ni explotados, se puede forjar con la unidad del pueblo, creyendo en su subjetividad y sus utopías.

En el corolario de estas páginas bizarras, estamos seguramente ante la conjugación de un intento, cuyos horizontes se definen dentro del campo del realismo mágico, o de lo real maravilloso, como en efecto lo está el trasegar de sus actores por el camino del renacer constante referido, transitando una realidad bastante atípica, cotidianamente fantástica y llena de crudeza, con verdades vestidas al mismo tiempo de imaginación, mito y axiomas, de alegorías y símbolos, de leyendas y de historia.

Después de la firma del Acuerdo Final de Paz de La Habana y con voz en alto, se proclamó la terminación de la guerra. Pero en vez de luz nos envolvieron las sombras. Lo que anhelábamos como la victoria de la paz y no como una derrota de nadie, encontró la dureza ruda de la perfidia; el incumplimiento con las comunidades que esperaban los cambios que nunca llegan; el insulto del abandono para los ex-combatientes; la guerra sucia que no cesa; el despliegue infame de la persecución judicial y las humillaciones; la traición interna que en

claudicación de principios evidentemente se expresa...

¿En qué quedó la herencia de los fundadores, la sangre derramada de los que ofrendaron sus vidas o su libertad por la conquista de la patria sin cadenas? Su desatención y postergación es tan sórdida, que pareciera que al igual que se quiso hacer por el régimen y por el séquito vergonzante de nuestros propios arrepentidos, se les hubiese impuesto la *damnatio memoriae*, o condena de la memoria, que era la práctica imperial romana consistente en condenar el recuerdo de un enemigo del Estado tras su muerte; todo cuanto recordara al condenado, imágenes, monumentos, inscripciones, y hasta se prohibía el uso de su propio nombre. Cuando esta se decretaba se procedía a eliminar de la memoria, tal como se quiso hacer proscribiendo, o disfrazando al menos, el nombre de las FARC.

¿Pero en qué quedó la herencia, la sangre ofrendada, las vidas...?, nos hemos preguntado. No podían haberse esfumado como el humo del árbol convertido en leña, sencillamente porque el espíritu de la insurrección no ha muerto, porque aun en el silencio de la prudencia, late en nuestros corazones y en los caudalosos raudales de recuerdos que permanecen bravíos en las verdes montañas de los sentimientos partisanos más profundos. Y no podía ser de otra manera en la conciencia de un comunista verdadero, en el entendido que su sustancia no tiene retórica diferente a la lealtad con las marquetalianas banderas de nuestra humilde cuna rural y de pobreza; o al respeto indeclinable para con las palabras revolución y camarada.

Por eso, uno de los grandes de la gesta libertaria de la América Nuestra, Fidel Castro Ruz, expresó sabiamente que “Cuando muchos nombres de políticos mediocres sean olvidados, el de Marulanda será conocido como uno de los más dignos y firmes luchadores por el bienestar de los campesinos, los trabajadores y los pobres de América Latina”.

Nuestro compromiso militante no se ofende si le llaman insurgente,

si le llaman subversivo, si le llaman disidente; y su condición no la define estar o no estar enguerrillerados, pero sí la define estar o no estar comprometidos; y eso implica no hacerle coro al lenguaje “políticamente correcto” que avasalla más que la indiferencia. Entonces, es concluyente digamos, reflexionar en que desarticulado sin consulta y sin consenso el despliegue estratégico de nuestra fuerza militar, el colmo del giro a la derecha de los claudicantes estaba en hacer inviable la reconfiguración del rumbo revolucionario dentro del camino de la insurgencia sin armas, imponiéndonos el horizonte democrático liberal, su chantaje de que seguir tras cualquier perspectiva de cambio radical, lo que haría sería dar elementos para la continuidad del terrorismo de Estado y de la guerra, con lo que se dejaba totalmente de lado nuestra raigambre marulandista y bolivariana, que enseña que lo que corresponde a los revolucionarios es hacer lo imposible porque de lo posible se encargaban los demás todos los días.

Así que es categórico decir, y así se reafirma en *La Segunda Marquetalia*, que un punto esencial del rompimiento con la “oficialidad” ha sido nuestro rechazo a sentar bases programáticas reformistas; esas de los cambios cosméticos del capitalismo de “rostro humano”, lo mismo que nuestra postura de no descalificar con argumentos peyorativos infundados a quienes decidieran optar por defender el legítimo derecho de los pueblos a la rebelión armada contra las tiranías, cuyo desconocimiento se venía fraguando dentro del mismo rumbo de su nuevo look de representantes de la llamada “real politik” y del posibilismo renegando de cualquier estrategia de poder. A nuestro juicio, injustificada genuflexión irremediable.

Y es que el debate radica también, y así lo deja claro Iván Márquez, con la voz del colectivo que recoge en *La Segunda Marquetalia* – ya lo hemos dicho– en que nos han querido hacer creer, ahora junto a los hipócritas chacales del establecimiento que día a día devoran las entrañas de los de abajo con sus fauces neoliberales, que con el culto al arrepentimiento respecto a lo que hemos sido; que disimulando nuestro nombre de leyenda y sacrificio de más de medio siglo,

además, es que se sanarán las heridas de una guerra impuesta por la canalla oligárquica vende patria y sus amos del norte, de la cual ahora nos muestran como responsables. ¿Habrase visto tantos cinismos mientras sigue en marcha la guerra sucia paraestatal, arropada con el manto tenebroso de la “ilusión democrática”?

Como si acaso los hechos presentes no nos dieran los elementos para contrastar las verdades con las falacias de las corporaciones mediáticas. Libretos que se repiten desde que a los Estados Unidos se les ocurrió que el sur era su patio trasero. El papel grotesco de la OEA, operando como embajada de colonias, el de los lacayos del Bloque de Poder Dominante que imponen golpistas en uno y otro lado, que conspiran contra quienes muestran independencia, que ordenan aplastar a los inconformes. Aplausos para el Sebastián Piñera de Chile y para el Lenin Moreno de Ecuador que reprimen las voces contra las imposiciones del FMI; loas al Bolsonaro homófobo, misógino y facho; ignominioso e inhumano bloqueo contra Cuba; ataques a Nicaragua, la patria de Sandino; pillaje e intervencionismo protervo y descarado contra Venezuela, donde han pretendido imponer al autoproclamado Juan Guaidó como presidente paralelo del país, violentando toda norma internacional; intriga y complot golpista en Bolivia, obligando la dimisión de su primer mandatario, el único presidente indígena en la vida republicana del continente, para ahora usurpar el Gobierno mediante Jeanine Áñez, otra autoproclamada que cierra el derrocamiento criminal, al que suman feroz castigo para quienes levantan sus voces contra la dirigencia racista que ha ocupado ilegítimamente el poder...; en fin, intervencionismo descarado de un imperio arrogante presto siempre a saquear las riquezas naturales de Nuestra América, ahora con Trump y su banda, se ha dicho en el libro en comentario, al compás de la Doctrina Monroe, o del “Destino Manifiesto”, o del “Gran Garrote”, o la “Democracia del Dólar”, o la “Política del Buen Vecino”...; miserablemente aupando el militarismo y la tiranía del capitalismo en crisis global, que acude a las guerras como instrumento de piratería, despojo y tabla de salvación de un brutal imperio en decadencia, en un mundo en el que bien lo ha

dicho Zlavož Zizek retomando a Badiou: “Hoy por hoy, el enemigo fundamental no es el capitalismo, ni el imperio, ni la explotación, ni nada similar, sino la democracia: es la “ilusión democrática”, la aceptación de los mecanismos democráticos como marco final y definitivo de todo cambio, lo que evita el cambio radical de las relaciones capitalistas”.

Como camino, tenemos el deber político y moral de resistir a la tiranía mundial, porque de nada sirve la inacción. La estupefacción y la parálisis de nada sirven. Hay que reaccionar; pasar a la respuesta unida del mundo contra el atropello de Estados Unidos. Es uno de los grandes mensajes consignados en *La Segunda Marquetalia*. No permanecer impávidos ante tanto desafuero de las clases opresoras; debemos mirar más allá de las apariencias, más allá de lo que nos venden los culebreros de la cultura hegemónica, porque tras de ello, bajo la superficie está la realidad de las cosas. Y, es en esa dinámica de hacer conciencia de las causas y consecuencias de tan vil avasallamiento, donde están las claves precisas para la batalla del pensamiento, para un combate en el que papel fundamental tiene la ideología en la imposición, dominación y reproducción del sistema en sí. Pero teniendo claro que, de cualquier forma, es en los movimientos populares donde está el embrión del poder popular que debemos construir.

En eso estamos. Sería principios de julio de 2018 cuando uno de los tantos grupos resistentes a la traición y a la entrega retomó el rumbo que algunos pretendieron dar por clausurado; la verdad, era un tiempo lunar de mil novecientos sesenta y siempre en la cordillera andina...; paso a paso nuevas huellas avanzaban sumando certidumbres de victoria a la marcha de los que perseveran. Atrás quedaban con un “hasta pronto” la efigie del comandante Manuel oteando hacia el futuro, las laderas y cumbres, las exuberancias y trochas, y el calor fraternal de la región de El Pato. Días después, “Dispuestos ya, con equipos al hombro, a reanudar desde uno de los raudales de Chiribiquete nuestra marcha hacia el río Itilla, fuimos despedidos por la

mágica visión de una constelación de mariposas amarillas revoloteando en un ignoto playón del Tunia que nos hizo recordar a Mauricio Babilonia en *Cien años de soledad* y la mañana de lluvia tenue del río Caguán en la que por horas vimos pasar la más multitudinaria procesión de mariposas que con sus alas de sol subían en dirección a Cartagena del Chairá.

Luego de esta visión, orientando la brújula de nuestros pasos hacia el oriente como punto cardinal de referencia, buscando el Itilla, nos adentramos entonces en el corazón de esa selva de enigmas, resueltos a devorar la distancia lo más pronto posible...”, y seguramente pensando en que en Macondo no podía ser eterna la fatalidad de la guerra impuesta por los de arriba determinándonos la condición de estirpes condenadas a cien años de soledad; que el sendero que se extendía mostraría en algún tramo no lejano las señas para llegar a esa anhelada segunda oportunidad sobre la tierra.

Algunos meses más tarde, bajo la cálida humedad de las horas de un agosto en ocaso, la Reunión Extraordinaria de Comandantes, “FARC-EP, La Lucha Sigue”, lanzaba su Manifiesto para el despertar de las conciencias, tejiéndose en el telar continuo en ese mentado y clandestino renacer constante. Y la consigna ¡hemos jurado vencer y venceremos!, de los combatientes de Bolívar y Manuel, viajaba tonante sobre el lomo del viento.



“Como el ave fénix, las FARC-EP han nacido de nuevo y fulgen como espejo de sol de una esperanza nueva. De las cenizas de la paz traicionada ha regresado la guerrilla de Manuel empuñando sentimientos y fusiles, bendecida por el derecho universal a entregarse en cuerpo y alma, a la lucha por la paz y vida digna para todos los colombianos.”

★★★★★



**2ª MARQUETALIA
EDITORES**